

LIBERTAD PARA **VENGARSE**



ALBERTO LÓPEZ



Edición creada por: Archivo 007

Título: Libertad para vengase + 20 relatos cortos

Autor: Alberto López

Descripción: Bond ha sido víctima de una elaborad trampa. Su investigación le llevará a enfrentarse a una amenaza que, como en otras tantas ocasiones, vuelve a tener un alcance internacional y unas consecuencias realmente terribles.

Para conseguir esta novela en formato físico puedes contactar con el autor mediante el correo: albertolopezcalvo@gmail.com

PRÓLOGO

Situada cerca de la frontera de China con Mongolia, la pequeña localidad de Erenhot, habitada por algo más de 15.000 personas, era bien conocida por sus fósiles. Los restos de dinosaurios atraían a buen número de visitantes al museo de la villa. Sin embargo, la mayor aportación que realizaba de cara al país no tenía que ver con el turismo –más relevante en la capital, Pekin- sino con el transporte: disponía de un trazado de ferrocarril muy eficaz para enlazar con Mongolia y Rusia.

Pese a estar a escasos kilómetros del temido desierto de Gobi, las temperaturas de Erenhot resultaban ciertamente agradables. En verano rondaban los 25°C de media, mientras que en invierno descendían hasta los 7°C. No obstante, la oscilación térmica era muy acusada entre el día y la noche, tal y como es propio de los climas desérticos, llegando a pasar la cota de los cero grados en algunas ocasiones.

Aquel día de agosto hacía un sol de justicia. Irónicamente, se estaba cometiendo una terrible injusticia, impropia de los tiempos que corren. A pesar de las excelentes comunicaciones humanas, tanto en términos técnicos como lingüísticos, el Gobierno Chino había rechazado todas las objeciones promovidas por el Gobierno Japonés para que no se llevara a cabo la ejecución de una de sus mejores agentes secretas, Akari Ayane. La diplomacia había fracasado. No era la primera vez y tampoco sería la última. En un país con un régimen tan estricto, donde estaba permitida la tortura y se carecía de libertad de prensa, había poco que se pudiera hacer en ciertos casos.

Una de las soluciones pasaba por una incursión armada, pero el Servicio Secreto Japonés no estaba dispuesto a arriesgarse a perder más miembros o, peor aún, a provocar una tensión entre ambas naciones de peligrosas consecuencias. Únicamente se resignaba a lamentarse, no sólo por la pérdida de una vida humana y una brillante empleada, sino también por la información que había logrado sonsacar en la misión que estaba desempeñando.

La operación, clasificada por el Servicio como de “Nivel 1”, es decir, “Alto Riesgo”, consistía en infiltrarse en la ilícita y despreciable banda de los Shing, una mafia capaz de cualquier cosa con tal de aumentar su riqueza y su poder. Se había extendido a pasos agigantados en los últimos años, hasta llegar al punto de traspasar las fronteras. Sus actividades llevaban tiempo haciéndose notar en tierras japonesas. El gobierno del país ya tenía bastante con las organizaciones autóctonas, como los infames Yakuza, como para que encima tuviera que hacer frente a las extranjeras. Había que cortar el mal de raíz y para ello optó por atacar a los Shing desde dentro mediante el empleo de una agente doble.

Formar parte de la banda exigía, en primer lugar, ser chino, lo que implicaba que sólo alguien del país o, como era el caso, un japonés con una documentación falsa de calidad, podía disponer de la posibilidad de convertirse en miembro. El segundo requisito pasaba por superar una serie de pruebas con las que el sujeto ganara la confianza del líder. Fue ésta la razón por la que Akari se vio obligada a cometer un total de tres asesinatos. Para su fortuna, dos eran criminales pertenecientes a otras mafias. No la importaba tener que acabar con las vidas de delincuentes de esa calaña. El problema estaba en el tercero, un comerciante. Su conciencia la impedía atacar contra un inocente, lo que la supuso una mayor carga de trabajo, dado que tuvo que apañárselas para hacer creíble el asesinato cuando en realidad había proporcionado a la víctima la información necesaria para que iniciara una nueva vida, por gentileza del consulado nipón. Demostrada su valía, pudo

obtener el estatus de Miembro Shing. A partir de ahí, fue labrándose una reputación, siempre con el objetivo en mente de llegar a desvelar la identidad del líder de la organización, todo un misterio incluso para los más altos cargos. Así funcionaba la banda desde sus comienzos: el líder ocupaba su puesto de forma vitalicia y elegía a su sucesor en el más absoluto secreto. En caso de que pereciera antes de comunicárselo al interesado, los subalternos de mayor rango debían obtener un código oculto en cierto lugar de la base de operaciones. Sólo ellos habían sido enseñados en su desciframiento. Una vez conocida la identidad del nuevo dirigente, éste cubría su rostro con una máscara ninja, mientras que el resto de altos cargos debían nombrar a sus sucesores y abandonar la banda con el fin de mantener el secreto.

Este sistema, en apariencia fuerte y seguro, era, a su vez, bastante débil, ya que si alguien lograba descubrir la identidad del jefe, podía liquidarle y suplantarle, no sin cierta dificultad, por supuesto, pero el Gobierno Japonés confiaba en destruir la organización de esta manera. Si Akari cumplía su misión, otro agente podría asesinar y sustituir al líder, logrando después la desmantelación del grupo de las más variadas formas: inventando traiciones internas, organizando operaciones trampa en cooperación con la policía local, etc. O más fácil y rápido: convocando la reunión de todos los miembros con vista a una redada masiva. Los Shing desaparecerían de un solo golpe.

Toda esta estrategia tan aparentemente planeada conllevaba, en realidad, una elevada dosis de improvisación por parte de Akari para aparentar ser quien no era. La mala suerte hizo que las autoridades encontraran las pruebas incriminatorias suficientes para arrestarla por los dos asesinatos. La estrategia se había ido al traste por un par de pequeños fallos y coincidencias varias. Era toda una tragedia: con lo que la había costado ser respetada en la banda, finalmente vio cómo fracasaba en su empeño por culpa de los que estaban de su parte, aunque no lo supieran.

Ahora se encontraba caminando en dirección a un paredón de fusilamiento sin más esperanza que la que puede tener un paracaidista al que le falla su paracaídas en pleno descenso. Casi podía sentir la muerte rondando a su alrededor, acechando su alma. Jamás en su vida le había latido el corazón como en aquellos angustiosos momentos. La pareja de guardias que la acompañaban, la dieron la vuelta una vez la situaron en posición: a unos dos metros de la pared, la cual constituía uno de los muros del patio de aquella prisión, y de cara a sus verdugos, otra pareja uniformada que portaba sendos rifles AK-47. Los guardias la pusieron una venda negra sobre los ojos, pero no la quitaron las esposas, algo totalmente ridículo dada la situación: ¿acaso pensaban que iba a poder detener las balas con las manos? No tenía sentido alguno, como tampoco lo tenía la situación en sí.

El sol era abrasador. El ambiente, seco, carente de humedad y sin la menor presencia de viento. El silencio invadió el lugar una vez los guardias se detuvieron a una distancia prudente, esperando a que se efectuaran los disparos para poder retirar el cadáver. Era como si el tiempo se hubiera detenido. Akari demostró su fuerza interior al evitar las lágrimas. De cara a los verdugos, parecía serena. En su interior, era algo muy distinto. Creía que el corazón iba a abandonar su cuerpo antes de que la alcanzara la primera bala.

Entonces el alcaide rompió esa quietud cuando vociferó la orden de cargar las armas. Se oyeron los chasquidos de los rifles. Dos segundos después, hizo lo propio para que apuntaran al objetivo. Las miras se alinearon con la cabeza de la condenada, situada a unos cinco o seis metros de distancia. Los verdugos, experimentados en esta tarea,

mantuvieron el pulso sin problema alguno, a la espera de la tercera y última orden. Les extrañó el tiempo que estaban tardando en oírlo. Tal es así que bajaron levemente sus armas para mirar en dirección a su superior. Cuál fue su sorpresa cuando observaron que se hallaba de rodillas. Su rostro mostraba una expresión de dolor. Su mano derecha palpaba a un costado de su cuello. Tanto los guardias como los verdugos echaron a correr en su dirección, olvidándose por completo de la presidiaria. La mujer, desconcertada ante la tardanza de los disparos primero y al escuchar el sonido de las pisadas después, vislumbró un rayo de esperanza. Aquello tenía que ser una señal. Sus ansias de seguir con vida así se lo hacían creer.

En efecto, y para su fortuna, era una realidad. Unos segundos después, una granada sobrevolaba el cielo de aquel mugriento patio y se posaba a los pies del quinteto de carceleros. Sorprendidos al ver que la causa de la dolencia y del desfallecimiento de su jefe era un dardo cargado de somnífero, ni siquiera se percataron del artefacto. Lo único que hicieron en esos instantes de desconcierto fue mirar en todas direcciones en busca del atacante. La explosión posterior acabó con todas sus preocupaciones y dejó vía libre al causante de sus muertes, que ya descendía desde la torre de vigilancia situada en la esquina izquierda del paredón de fusilamiento. Previamente había aturcido al encargado de esa vigía por medio de otro dardo. Lo mismo había hecho con el de la torre de la esquina opuesta. A pesar del buen servicio que le había prestado, dejó en el suelo su rifle de francotirador y saltó en dirección al suelo terroso del patio, no sin antes haber disparado un pitón de escalada procedente de la parte superior de la pequeña mochila que llevaba, que se incrustó en el techo de la estancia. En realidad, la prenda ocultaba un mecanismo, capaz de detener su caída en seco en cuanto tirase de cierta anilla. Sin duda, se trataba de la manera más rápida de llegar al suelo y, además, de espaldas a la fachada, lo que permitía disparar en el aire si fuera necesario. El empleo de otra anilla cortaba la cuerda. Todo estaba diseñado para continuar sin más pausa que lo que durase el descenso en sí.

Y es que el tiempo jugaba un papel crucial en aquel rescate. El estallido de la granada había alertado a las docenas de guardias de la penitenciaría, que ya se dirigían al patio para comprobar qué había sucedido. Entretanto, el invasor quitaba la venda de los ojos de la condenada a muerte, descubriendo una bella e intensa mirada, y utilizaba el láser de su reloj para romper la cadena que unía sus esposas.

- ¿Quién es usted? – preguntó intrigada Akari, que no salía de su asombro al tener ante su persona a un apuesto salvador. Tal era su admiración que olvidó por completo la peliaguda situación en la que se hallaban.

- Ahora no hay tiempo para presentaciones. ¡Vámonos! – su rescatador la instó a correr lo más deprisa que fuera capaz en dirección a la torre opuesta a aquella por la que había accedido al recinto, situada en el mismo muro. Luego giró la carcasa del reloj y una nueva explosión tuvo lugar cerca de esa esquina. La pared se abrió entre una lluvia de ladrillos despedazados y polvareda, formando un boquete. Sus dimensiones eran las necesarias para que cualquiera pudiera pasar a su través con tan sólo agacharse. La pareja así lo hizo mientras las primeras balas silbaban a su alrededor y colisionaban contra la superficie del muro, agujereándola. Sus perseguidores no tardaron en hacer lo mismo, aunque sólo les sirvió para comprobar que sus presas ya no estaban allí. Al menos, eso era lo que parecía a simple vista: les ocultaba parcialmente una densa polvareda provocada por el vehículo en el que estaban huyendo.

Se trataba de un buggy biplaza de reducidas dimensiones, lo que le permitía desplazarse sobre arena a grandes velocidades. Esa era la razón por la que se había elegido tan peculiar transporte para aquella misión, dada la cercanía del desierto de Gobi al que se dirigían. Además, contaba con una estructura antivuelco, muy propicia a la hora de subir y bajar dunas tan traicioneras como las que caracterizaban a aquel paraje, capaces de hacer volcar hasta el más pesado de los camiones. Sin embargo, poseía una desventaja muy nociva de cara a operaciones tan peligrosas como aquella: carecía de techo y cristales. Era el precio de disponer de una estructura antivuelco. Rescatador y rescatada esperaban no ser perseguidos a través de aquel mar de arena, dado que el más leve tiroteo podría dar al traste con su fuga. El propio armazón del coche presentaba una debilidad similar al estar falto de chapa. Todo estaba diseñado, como era obvio, para evitar el calor en la mayor medida de lo posible bajo el abrasador sol de ese tipo de entornos.

- Por cierto, me llamo Bond... James Bond, agente británico.- se presentó el espía, con su forma habitual, ahora que disponían de cierta tranquilidad. Lo de británico era obvio, ya que conducía desde el asiento derecho. Akari no ocultó su bonita sonrisa: la alegría había sustituido a la angustia en su corazón.- Espero que no sea propensa a los mareos: nos espera un viajecito de cuidado.- su tono despreocupado y gracioso contagió a su compañera.

- Puede estar tranquilo. Si no he vomitado ya, no creo que vaya a hacerlo por un simple desplazamiento.- casi se arrepiente de su respuesta poco más tarde, cuando el terreno empezó a ser más accidentado conforme se alejaban de la cárcel.

El hecho de que la penitenciaría estuviera ubicada en aquella localización no era fruto de la casualidad. Cualquier intento de fuga podía considerarse un suicidio, independientemente del rumbo que se siguiera. En dirección sur, se podía alcanzar Erenhot, siempre y cuando se fuera capaz de recorrer a pie más de 20 kilómetros por una carretera empedrada. Si se optaba por el este o por el norte, la distancia era mucho menor, apenas una docena de metros, pero el destino era otro obstáculo en sí mismo: la Gran Muralla China. Por si fuera poco, si se superaba su considerable altura -entre los 8 y los 10 metros-, el desierto de Gobi daba la bienvenida. Sí, era ya Mongolia, era la libertad, pero también era un pase de ida al infierno. Seguir la dirección más occidental también conducía a este desolador paraje, pero en su parte china. De ahí que la seguridad de la prisión fuera más bien reducida. A parte de cuatro torres de vigilancia, no disponía de nada más. Bond sólo tuvo que hacerse cargo de los guardias de dos ellas, aquellas que daban al patio, mediante el uso de un rifle de francotirador. De esta forma, nadie detectó su llegada en el buggy, ni mucho menos su ascenso a una de las estructuras.

Ahora estaba utilizando el mismo trayecto que había empleado para llegar -por el oeste, en paralelo a la muralla- pero, claro está, en sentido inverso. 007 tenía la esperanza de que si se mantenía próximo al monumento, sus perseguidores, en caso de que los hubiera, evitarían dispararle para no dañar la más preciada edificación de su país. Era su único blindaje. En aquella ocasión no disponía de la carrocería y los cristales antibalas de su querido Aston Martin.

Su previsión fue del todo acertada: una vez el jeep de los vigilantes penitenciarios les dio alcance, rehusaron de apretar el gatillo de la potente ametrallora que portaba su parte trasera. No tendrían inconveniente alguno si se situaran al rebufo de su presa, pero la polvareda que se levantaba hacía impracticable aquella posibilidad. Debían desplazarse en paralelo y, por tanto, cualquier disparo fallido podría impactar en la Gran Muralla. Lo

único que podían hacer era continuar el rumbo de su objetivo hasta que se llegara a algún tramo en el que se hubiera derruido una porción del monumento por alguna causa. Por ejemplo, uno de los motivos más frecuentes era la construcción de carreteras y vías de tren.

Precisamente una vía de tren constituía la ruta de escape de Bond. Era el mismo sitio que había empleado para pasar de Mongolia a China. Dada la presencia del desierto de Gobi, no había puesto fronterizo alguno. Éste se hallaba a unos pocos kilómetros de allí, en un lugar algo más agradable en el aspecto climático. Cualquier locomotora que quisiera continuar con aquel trayecto, debía detenerse y esperar a ser registrada concienzudamente.

Los agentes chinos sabían bien que pasado ese punto, no podían hacer nada. Se tendrían que resignar a dejar huir a la pareja. Eso era algo que el encargado de la ametralladora no estaba dispuesto a permitir. Su orgullo y sus ansias de venganza -uno de los verdugos del fusilamiento era una de sus mejores amistades- así se lo exigían. Dejando de lado cualquier restricción, apuntó a la ruedas del buggy y apretó el gatillo repetidas veces. Las ráfagas provocaban diminutas explosiones de tierra a ras de suelo, a muy poca distancia de los neumáticos. Sin embargo, a pesar de su excelente puntería, sobre todo teniendo en cuenta las numerosas irregularidades del terreno, el considerado sucesor del fallecido alcaide le vociferó que se detuviera en su propósito. El artillero le desoyó y prosiguió con su tarea, cegado por su furia. Bond y Akari comenzaban a preocuparse: alguna bala había colisionado contra la estructura de su vehículo. De seguir así, debían plantearse algún plan alternativo, si es había alguno en una situación tan delicada como aquella. Bastaba con que el guardia apuntara un poco más alto para que les hiriera, ante la ausencia de cualquier tipo de protección más allá de los asientos.

Afortunadamente, la vía de tren y, por tanto, el acceso a Mongolia, estaba ya muy cerca. A la vertiginosa velocidad a la que iban, la alcanzarían en apenas medio minuto. Era muy poco tiempo, pero era el suficiente como para que el artillero les pinchara las ruedas si continuaba con su incesante emisión de plomo. Y, de hecho, así fue: uno de los neumáticos traseros reventó al ser atravesado por una de las incontables balas. La conducción se volvió mucho más inestable e incómoda para Bond, si bien lograba conservar la dirección, aunque con bastante esfuerzo. Vista la destreza de su subordinado, el jefe del jeep cesó en su intento de que se detuviera. Otro tiro de ese calibre podría inclinar la balanza a su favor definitivamente y dar por concluida la persecución.

Akari rezaba para que aquello no ocurriera. Supondría el fin a aquella operación de rescate tan brillantemente planificada por el MI6. El resultado sería el mismo que si se hubiera llevado a cabo el fusilamiento con Bond y Akari situados frente al paredón. Temía más por la vida de su compañero que por la suya propia, a la que ya había dado por perdida desde hacía semanas, cuando fue encarcelada.

El artillero gritó innumerables blasfemias cuando la ametralladora se detuvo: se había agotado la munición. Se puso a insertar una nueva hilera de cartuchos con toda presteza, sabedor de que no le quedaba apenas tiempo para cazar a su presa. Su jefe también se enfureció en gran medida. Tal es así que ordenó, a la desesperada, chocar lateralmente contra el buggy, ahora que había perdido velocidad al disponer de tres ruedas. Sus secuaces le miraron con gesto de sorpresa, puesto que una acción así conllevaba más riesgo aún de deteriorar la Gran Muralla, ya que el empuje, de izquierda a derecha, conducía directamente hacia ella.

Bond y Akari también sintieron extrañeza ante aquel cambio de estrategia. Sólo esperaban que les diera tiempo a llegar a la vía antes de la primera colisión, como así parecía que iba a ocurrir, dada la escasa distancia que les separaba de la misma. No obstante, el jeep se les estaba aproximando muy rápidamente, gracias a su ventaja de disponer de las cuatro ruedas.

De pronto, se oyó a lo lejos un sonido inconfundible: se acercaba un tren de mercancías. "Una desafortunada coincidencia", pensó Bond, consciente de que si les alcanzaba, no podrían atravesar el estrecho pasadizo por el que se accedía a Mongolia, ya que la muralla desaparecía sólo durante la parte esencial para que cupiera la vía. Bond trató de acelerar más, pero se dio cuenta de que ya lo estaba haciendo desde hacía un buen rato. El problema estaba en el lastre que suponía continuar con un neumático pinchado. Se alegró de que aquellos coches tuvieran tracción a las cuatro ruedas. De otra manera, sus perseguidores ya les habrían atrapado.

Llegó el momento de decidir entre frenar en seco o continuar sin pensar en las posibles consecuencias. Elegir la opción acertada era complicado, vista la asombrosa coincidencia de tiempo entre la locomotora y los automóviles. Bond confió en lo más arriesgado, en que pasaría a tiempo. Justo, pero pasaría. Su vida dependía de ello. Sus rivales pensaron lo mismo, si bien se encontraban dos o tres metros más atrás, probablemente motivados por sus ansias de venganza.

- ¡No pasaremos, frena! – exclamó presa del pánico Akari.

- Confía en mí – fue la respuesta de su compañero, muy seguro de sí mismo a pesar de la incertidumbre. El buggy siguió su veloz marcha. El conductor de la locomotora hizo sonar la bocina, indicando que su consideración de que no les iba a dar tiempo. Pensó en aminorar la marcha, pero pensó que bastaría con la señal acústica para que declinaran su intención. Resultó inútil.

- ¡Es imposible, detente! – Akari se inclinó y estiró los brazos hacia el volante con motivo de girarle y evitar así la letal colisión.

- Ya verás como sí.- le respondió Bond al mismo tiempo que la apartaba de un manotazo.

Entonces llegó el momento del cruce. Las ruedas delanteras del buggy botaron bruscamente sobre el primer raíl. El agente británico pulsó un gatillo oculto en la parte inferior de la palanca del freno de mano y los dos asientos del vehículo salieron disparados en vertical, de igual forma que lo hacían los de los cazas militares. La pareja voló junta, unidos por un segmento diseñado para ese fin e impulsados por una potente propulsión flamígera. El jeep sobrepasó el primer raíl y fue en ese instante cuando la locomotora arrolló a ambos automóviles 4x4, provocando sendas bolas de fuego y fragmentos metálicos. Una explosión de chatarra, aceite y gasolina en la que se encontraban los cuerpos descuartizados de los cuatro carceleros. Milagrosamente, la locomotora y su extensa colección de vagones continuaron su curso, si bien la parte delantera de la cabina quedó destrozada. Menos mal que sólo lo era en apariencia, en la parte externa. Como comprobó el conductor al regresar a su puesto -tras haberse resguardado en la minúscula sala de descanso-, los mandos de control se conservaban intactos. Todo ello gracias al resistente armazón con que contaba el vehículo, diseñado precisamente para soportar ese tipo de colisiones y los posibles descarrilamientos. El hombre suspiró de alivio y recuperó la calma. La monotonía de su habitual viaje invadió de nuevo su cabina.

Akari también volvió a respirar tranquila mientras descendía junto a Bond lentamente gracias a los dos paracaídas que salieron disparados de sendos compartimentos traseros de los asientos. Estaba sumamente alegre, tanto de continuar con vida tras semejante acrobacia de índole mortífera como por el hecho de observar desde las alturas que el tren seguía su marcha, si bien perdió algo de velocidad mientras arrastraba, durante una docena de metros, los amasijos de hierro en los que se habían convertido el jeep y el buggy.

- Q no me perdonará esta vez.- aseguraba el inglés, visiblemente contento por lo bien que le habían salido las cosas una vez más. Destrozar el buggy no estaba en sus planes, pero se vio obligado por las circunstancias, como de costumbre. Era la única forma que tenía de librarse de sus perseguidores: incitándoles a atravesar la vía.

- ¿Q? ¿Quién es Q? – preguntó curiosa la japonesa.

- Es el equivalente a tu “hatsumei” – 007 demostraba al mismo tiempo su dominio de las lenguas orientales y sus conocimientos de los entresijos del Servicio Secreto Japonés.

- ¡Ah, el inventor, ja, ja, ja! – se reía la mujer.- Ya lo creo que no te perdonará. Ahora su buggy no vale ni para chatarra.

- Al menos le devolveré los asientos. Espero que con eso haga la vista gorda otra vez.- el comentario del inglés extrañó a la japonesa. Aún no le conocía lo suficiente como para discernir si estaba bromeando o no.

- ¿Los asientos? ¿No pensarás en cargar con ellos durante la caminata que nos espera a través del desierto?

- Tranquila, caminar no estaba en mi plan y no lo va a estar ahora.- el agente agarró una palanca situada en el lado derecho de su asiento y comenzó a moverla como si fuera la de un avión de combate. Por cada uno de sus movimientos, un pequeño chorro propulsor salía de las cuatro toberas dirigibles localizadas bajo los asientos. De esta forma, controló el descenso y lo controló de tal forma que se aseguró de aterrizar sobre el techo liso de uno de los últimos containers que transportaba el tren. Su precisión asombró a Akari, sobre todo cuando incluso giró hasta colocarse de cara al sentido de la marcha.

- Veo que sigues preocupado por que no me maree, ¿eh? – le comentó graciosa la bella agente.- Gracias, Bond-san, te debo la vida. ¿Cómo podría agradecértelo?

- Mi plan también contemplaba esa parte.- se acercó lentamente a Akari mientras la hablaba.- La “Fase A” decía algo como esto.- la japonesa aceptó de buen grado la obvia sugerencia de besarse. Una vez se dieron por satisfechos, unos cuantos segundos más tarde...

- ¿Y cuál es la “Fase B”? – preguntó curiosa, siguiéndole el juego.

- Es la parte más... - hizo una pausa de una manera muy teatral mientras bajaba suavemente la cremallera de su chaqueta de camuflaje marrón claro.-...delicada.- luego se dispuso a besarla de nuevo al mismo tiempo que continuaba desabrochándose la prenda.

- No, aquí no. Me apetece mucho pero podrían vernos.- comentó la chica, visiblemente preocupada.

- Estamos en pleno desierto de Gobi, querida, ¿quién podría vernos? – aquellas palabras la convencieron de que, en efecto, a excepción del conductor de la locomotora, no había nadie en aquellos parajes en, al menos, un radio de unos 50 kilómetros. Y el propio conductor no disponía de ángulo alguno para poder presenciar aquel atractivo espectáculo.

El sol apenas atravesaba el manto de nubes que se extendía hasta el horizonte. Por ello la temperatura era elevada sin llegar a ser abrasadora. Los asientos del buggy eran bastante más cómodos de lo que cabría esperar de un automóvil tan reducido. El avance del tren traía un viento que no molestaba demasiado. Todas las condiciones eran favorables para que la pareja de agentes intimara -y en profundidad- durante su largo viaje de regreso a casa sobre el techo de un container transportado por un tren. Sólo el mar de dunas que les rodeaba era testigo de aquella representación del placer.

1 - INFILTRACIÓN

Eran las 3:13 de la madrugada cuando un individuo, vestido con ropa militar negra y pasamontañas a juego, abandonaba un bosque para aproximarse a una valla de enrejado metálico. No era en absoluto supersticioso. Se burlaba de ese tipo de leyendas. De ahí que hubiera optado por iniciar su misión justo en ese preciso minuto.

Por medio de unas tenazas, fue rompiendo el alambre hasta formar un pequeño hueco por el que acceder al recinto. Se trataba de uno de los límites de una pista de aterrizaje de una base aérea militar. La oscuridad era impenetrable en aquella zona, dado que los focos que discurrían a lo largo del asfalto se encontraban apagados. Sólo eran encendidos cuando se disponía a aterrizar algún avión militar. Así, los vuelos comerciales no tenían ninguna duda de que allí no había ningún aeropuerto para ellos. Sólo podrían usarla, por supuesto, en caso de emergencia.

El infiltrado disponía de un visor nocturno. Sabía que las cámaras de vigilancia también eran capaces de ver en aquellas condiciones, pero también conocía la ubicación de las mismas y estaba al tanto de que aquella parte del complejo era la idónea para acceder sin ser visto. Así pues, fue avanzando siguiendo una ruta determinada muy precisa, diseñada para evitar con facilidad a los soldados de guardia y aprovechar todos los ángulos muertos. No obstante, hizo uso, en un par de ocasiones en las que no le quedaba más remedio, de un disruptor eléctrico, un dispositivo capaz de interferir la grabación de una videocámara. Bastaba apuntar con él para lograrlo, como si de un mando a distancia se tratara. El alcance se situaba en torno a los 15 metros.

Le gustaba la tecnología y, siempre que podía, la aprovechaba para sus fines, bien personales o bien profesionales. Sin embargo, se manifestaba en contra de utilizarla en el campo de las medidas de seguridad. En ciertos casos, como en un supermercado o una joyería, admitía que las cámaras de vigilancia eran de mucha utilidad, pero a la hora de proteger materiales de mayor relevancia o peligrosidad, opinaba que se debía aplicar el mayor factor humano posible. Consideraba mucho más seguro posicionar un par de guardias que una docena de videocámaras. O mejor aún, combinar ambas cosas. Pero en aquella base militar, como en otros muchos lugares, opinaba que se estaba haciendo un empleo excesivo de la tecnología en esta materia. Irónicamente, le iba a beneficiar en gran medida a la hora de completar con éxito aquella operación de infiltración. Es más, dependía por completo de aquel defecto para poder lograrlo.

Avanzando entre las sombras, el intruso llegó a su primer objetivo: el puesto de control de seguridad, una caseta de reducidas dimensiones que albergaba todos los dispositivos relacionados con las videocámaras y las alarmas de las instalaciones, además de un minúsculo cuarto de baño. De nuevo, consideraba un error que no hubiera algún vigilante posicionado en la entrada. En su lugar, habían colocado un lector de tarjetas electrónicas y una cámara estática que filmaba la puerta desde un costado. Mejor para él. Sólo tenía que desconectarla o hacer que dejara de funcionar de alguna manera para así llamar la atención del guardia apostado en el interior. Se decantó por la segunda opción. Se colocó tras la esquina que había detrás del dispositivo y estiró el brazo con el disruptor en mano. A los pocos segundos, le escondió, alertado por el sonido de la puerta. El soldado, con gesto de extrañeza, salió, se acercó a la videocámara y, al no detectar nada que se saliera fuera de lo normal -incluso pudo ver el piloto de luz roja que indicaba su correcto funcionamiento-, se dio la media vuelta para regresar a su puesto. Fue en ese momento cuando el infiltrado dobló la esquina y rodeó la garganta del militar con una cuerda de piano empleando una fuerza brutal. El flujo de aire cesó de golpe. Instintivamente se llevó

las manos al cuello e intentó liberarse, pero la cuerda era tan sumamente fina que no atinaba a separarla de su piel. Durante su duro entrenamiento, le habían adiestrado en numerosas ocasiones para salir ileso de un ataque de esas características y la norma principal tenía que ver con evitar a toda costa tratar de utilizar las manos. El ser humano lo hacía por instinto, pero era necesario dejar a un lado ese acto reflejo y emplear tácticas mucho más eficaces, como utilizar los codos, la espalda o las piernas. En los entrenamientos no había tenido problema alguno a la hora de superar los ejercicios. En aquella situación real, había cometido el peor de los errores por culpa de un elemento que obviamente no estuvo ni podía estar presente en las simulaciones: la adrenalina.

El intruso tomó la tarjeta electrónica de identificación de su fallecido oponente y abrió con ella la puerta. Luego le arrastró y le introdujo en el edificio. Concretamente le posó sobre la taza del baño. Se dirigió a la sala de control. Había seis monitores y un panel plagado de botones y diminutas luces. Bajo este último se encontraba lo que le interesaba, cerrado con un candado. Sacó su Walther PPK con silenciador y le rompió de un tiro. Deslizó la puerta corredera de aquel mueble bajo y se dispuso a apagar las semitorres de ordenador que allí se guardaban. Para ello, cortó toda aquella maraña de cables con su puñal. Todos los sistemas de seguridad relacionados con el perímetro de la base quedaron entonces fuera de servicio. Las videocámaras habían dejado de grabar. Las puertas con ranura para tarjetas permitían el acceso a cualquiera que girase sus pomos.

El siguiente objetivo pasaba por acceder al almacén de armamento. Allí se guardaban no sólo las tradicionales armas de fuego -pistolas, ametralladoras...- y explosivos varios -granadas, bombas de humo...- sino también una estancia que albergaba plutonio y uranio. El primero era comúnmente utilizado para fabricar bombas atómicas, mientras que el segundo hacía las veces de combustible de los submarinos provistos de reactores nucleares, entre otras aplicaciones. No había, sin embargo, el resto de componentes que constituían una bomba nuclear. Aquella base se limitaba a custodiar la materia prima. La separación de las diferentes piezas en distintos sitios era una de las mejores medidas de seguridad que se podían poner en práctica, ya que obligaban a los posibles malhechores a tener que localizar tales ubicaciones primero y a burlar los sistemas de seguridad de cada uno de ellos después.

Entrar en esa sala no era nada fácil. Su puerta metálica se regía por un dispositivo diferente al de las ranuras de tarjetas. Poseía, en su lugar, un sistema de reconocimiento dactilar y otro ocular controlados de manera independiente a la seguridad del cuartel. Estaban conectados, vía fibra óptica, a una base de datos de algún servidor central del país. Había también una cámara de vigilancia situada en la misma pared, pero en aquel momento la ausencia de su luz roja indicaba que se encontraba apagada, al igual que las demás.

El intruso se desplazó a buen paso entre los barracones y demás edificios, evitando en todo momento ser avistado por los soldados que hacían guardia, y llegó hasta el almacén. Se colocó frente a la máquina que otorgaba acceso a la denominada "Sala Nuclear" sin temor alguno, con toda la tranquilidad del mundo, como si formara parte de su rutina diaria. Posó su pulgar derecho sobre una pantalla táctil al mismo tiempo que apoyaba las cuencas de los ojos contra sendos soportes de goma negra, cuya apariencia recordaba a los que caracterizaban a los prismáticos.

- Identidad confirmada.- se oyó una voz femenina procedente del aparato.- Comandante James Bond.- el ruido metálico de media docena de pestillos cilíndricos, de diámetro nada despreciable, al desplazarse a través de la no menos gruesa compuerta blindada,

indicaba al usuario que había obtenido permiso para acceder. Únicamente faltaba girar la válvula y empujar.

El individuo entró y fue directamente hacia lo que le interesaba: el uranio. Se acercó a una de las pesadas cajas metálicas que contenían el material radiactivo, rompió su candado – de nuevo, gastando una bala- y extrajo varias de las cápsulas que allí había, metiéndolas después en su mochila negra. Una vez llena, abandonó la estancia y huyó del lugar lo más deprisa que fue capaz, pero siempre teniendo en cuenta las rutas de los soldados vigilantes. La razón de su urgencia residía en que el cambio de guardia y, por tanto, el descubrimiento de que algo iba mal, eran inminentes. Conocer ese dato demostraba, por enésima vez, lo preparado que estaba para llevar a buen puerto aquel hurto.

Pronto una sonora alarma abarcó toda la base. El militar encargado de sustituir a su fallecido compañero acababa de ver los destrozos existentes en los ordenadores de la sala de control. El ejército al completo del recinto dejó las sábanas a un lado para indagar sobre lo ocurrido. La búsqueda del soldado ausente se inició de inmediato y se dio por concluida cuando su sustituto entró en el reducido cuarto de baño. Progresivamente se fueron revelando los detalles del suceso: la “Sala Nuclear” del almacén armamentístico estaba abierta, un tal Comandante James Bond había accedido a ella y se había llevado una modesta -aunque siempre preocupante- cantidad de uranio.

El encargado de izar la bandera aquel día no necesitó la orden de ningún superior para colocarla a media asta. Era algo obvio. No obstante, se establecieron oficialmente tres jornadas de luto en memoria del soldado asesinado. La bandera que representaba al Reino Unido, cuyas líneas recordaban al símbolo del asterisco, parecía negarse a ondular en un día tan triste como aquel en el que, además, quedaba planteada una posible amenaza para un futuro próximo.

2 - PERSEGUIDO

Habían pasado cuatro días desde que Bond cumpliera con éxito la última de sus misiones y aún le venían a la mente remordimientos y cierta sensación de culpabilidad. Detestaba tener que matar, pero sabía que era parte de su profesión. Era psicológicamente fuerte y poseía una más que dilatada experiencia para afrontar cualquier tipo de sentimiento. Por eso era tan bueno en su trabajo. Sin embargo, el rescate de la agente japonesa de una cárcel china le estaba dando más quebraderos de cabeza que de costumbre. No dejaba de reflexionar acerca del hecho de que había acabado con la vida de varios funcionarios de prisiones. Funcionarios como lo era él. Trabajadores totalmente inocentes del fusilamiento que les habían encomendado. Sólo seguían las órdenes de un gobierno injusto y déspota. Su lealtad hacia tan repulsivo régimen se había visto recompensada con la muerte. En otras circunstancias, nada de aquello hubiera ocurrido. La diplomacia habría liberado a la condenada si la democracia fuera el sistema político de aquel país. No se hubiera producido ni una sola muerte.

Para él, matar a terroristas, megalómanos, narcotraficantes... no tenía nada que ver. Sí, era asesinar a seres humanos, pero por el bien de la propia humanidad. Por eso rara vez era víctima de remordimientos cuando acababa con la vida de tan despreciables individuos. Consideraba que era lo debía hacerse. Su licencia para matar existía, a su modo de ver, para esos casos en los que una condena penitenciaria no era suficiente castigo o no mitigaba el riesgo inherente a delincuentes de cierto calibre. Su peligrosidad justificaba su muerte y eso le mantenía completamente tranquilo.

En apariencia, ninguno de estos pensamientos parecía atormentarle. Sabía ocultar sus inquietudes y tampoco tenía problema alguno en dejarlas de lado para disfrutar de sus ratos libres. M le había otorgado quince días de vacaciones –siempre y cuando no surgiera algún asunto de suma relevancia- y pensaba aprovecharlas al máximo. De ahí que se encontrara en uno de los mejores casinos de Londres, “The Unique”, situado en pleno centro de la capital, disfrutando de una buena racha de suerte. Había ganado algo en las tragaperras, bastante en la ruleta y aún más en el Bacarrá, su favorito. Era el juego que más le gustaba porque ofrecía una participación mayor, si bien el azar seguía teniendo mucho que decir. Al fin y al cabo, era como el Blackjack: todo se reducía a acercarse lo más posible a una cifra –el 9 en el Bacarrá, el 21 en el Blackjack-, pidiendo más cartas o manteniendo las dos iniciales.

- El caballero gana de nuevo.- indicó el croupier mientras desplazaba una considerable cantidad de fichas por el tapete hasta dejarlas junto a los montones pertenecientes al vencedor de esa ronda.

- No hay manera de derrotarlo, señor...

- Bond... James Bond.

- A este paso, voy a tener que pedir un préstamo al banco, ja, ja, ja.- el contricante, un tipo con bigote de aspecto sereno y elegante aunque de rasgos duros y angulosos, demostraba con su buen humor que no tenía ningún problema con haber perdido tanto capital. O al menos, eso es lo que aparentaba. En el fondo, era más que probable que se estuviera retorciendo de desánimo y rabia. Nadie iba a un casino con la intención de perder. El propio Bond acudía en parte por mero entretenimiento, en parte por conocer a alguna belleza dispuesta a algo más que echar una partida de cartas y en parte porque le encantaba salir victorioso. Cuando ganaba, su alegría no venía dada tanto por el dinero sino más bien por el hecho en sí de haber resultado vencedor.

- A mí tampoco me quedan muchas fichas ya. Voy a tener que dejarlo enseguida, cariño.- le comentó su acompañante, una dama de atractiva presencia. Su belleza no había pasado desapercibida ante los ojos de Bond, ávidos de mujeres en todo momento y en cualquier lugar. De cabello rubio, liso y largo, tez ligeramente blanquecina, mirada verde y sugerente, labios finos pintados de rosa y un maquillaje que ensalzaba sus pómulos redondeados sin llegar a resultar demasiado obvio, aquella mujer cumplía con los gustos de alguien tan exigente como Bond. Sus atuendos no desmerecían para nada al soberbio conjunto. Llevaba un traje violeta que dejaba a la vista los brazos y los hombros así como formaba un provocador escote. De su cuello colgaba un collar de oro que acababa en un adorno blanco muy brillante. Sus pendientes relucían de igual manera, probablemente estuvieran constituidos por el mismo material. Pero quizá lo más llamativo residiera en sus manos, ya que lucía unos guantes blancos y muy largos, de esos que llegaban casi hasta el codo. Sólo poseía un único defecto: ya estaba acompañada.

- Ciertamente, la suerte está de mi lado.- afirmó Bond mientras el croupier terminaba de recoger las cartas de los tres participantes con su rastrillo. Justo cuando se disponía a invitar a los jugadores a entrar en la nueva partida, el teléfono móvil del individuo con bigote sonó con una melodía jazz tan tranquila y relajante como la que caracterizaba al hilo musical del propio establecimiento.

- Parece ser que el destino quiere que deje de jugar por esta noche. Discúlpeme, señor Bond. Jayne, querida, guárdame las fichas, ¿quieres? - dijo muy educadamente antes de levantarse del asiento y llevarse el aparato al oído mientras se alejaba de la mesa.

- Claro, Peter. Yo jugaré una última partida.- mencionó su acompañante en un tono que indicaba la duda que le había suscitado la decisión de elegir entre continuar o abandonar la mesa.- Es más, apostaré todo lo que me queda. ¿Cree que soy demasiado arriesgada, señor Bond?

- Sí, -la respondió, convencido.- pero es lo que debe hacer. Es su última oportunidad de recuperar algo de lo perdido. Si vuelve a perder, se irá tan triste como está ahora, pero si gana, al menos se llevara una satisfacción a casa.- la dama sonrió: era la misma idea que había estado meditando antes de decantarse por la opción de jugar.

La mujer pidió la banca. El croupier desplazó el dispensador de cartas hasta su posición a cambio de unas cuantas fichas. La mujer repartió dos cartas a cada uno alternativamente. De nuevo, nadie más se había animado a participar. Quizá fuera por la hora que era: más de las cuatro de la madrugada. El volumen de gente había disminuido en gran medida en la última hora, como era habitual. Sólo quedaban los que, como Jayne, se resistían a irse a la cama con los bolsillos prácticamente vacíos, si bien todos los allí presentes no iban a tener problemas económicos, ni mucho menos. Sus arcas personales les permitían costearse el lujo de perder tan considerables cantidades. La cuestión estaba en que les molestaba salir derrotados.

En el bacarrá, las cartas, por norma, se solían repartir boca arriba. En algunos casinos, sin embargo, se permitía a los jugadores ocultar una de sus cartas para aumentar el interés de la partida y permitir la posibilidad de farolear. La dama reveló un 2 de picas, mientras que su adversario mostró la reina de diamantes. Como había prometido, apostó todo lo que la quedaba. Bond igualó la nada despreciable suma de 450 libras.

La aproximación al 9 se hacía atendiendo únicamente a la última cifra. De esta forma, un 8 y un 4 no eran un 12 sino un 2. Los ases equivalían a 1. Las figuras, a 0. El resto de los números valían su propia cifra, salvo los dieces, que también se consideraban 0. Revelar

una reina, como había hecho Bond, no daba pista alguna acerca de su jugada. El 2 que había mostrado la dama incitaba a pensar que poseía otro valor oculto, situado entre uno y siete, ya que era poco habitual dejar boca abajo las figuras. Al pedir carta, quedaba claro que su jugada inicial no era 9, seguramente tampoco 8 y era poco probable que se arriesgara a pedir teniendo un total de 7 puntos. Le tocó un 5 de picas. Tenía una suma de 7 en la mesa, a la que había que añadir el valor de la carta tapada.

- Me planto.- dijo la mujer, decidida. Rara vez se pedían dos cartas y menos con 7 puntos sobre el tapete. Bond lo tenía bastante complicado. Su rival solamente podía tener un 7 – en caso de que hubiera guardado una figura o un 10, cosa poco probable-, un 8 ó un 9. Era una jugada muy difícil de superar, sobre todo teniendo en cuenta que la dama estaba ejerciendo de banca, de modo que el empate inclinaba la balanza a su favor. Esta pequeña ventaja se compensaba abonando al casino el 5% de lo que ganara.

El inglés iba a tener que arriesgarse para poder vencer a la dama, a pesar de contar con un 8 de tréboles en la mano. Sólo con un as no se pasaría del límite de los 9 puntos. O con una carta de valor cero, pero entonces se quedaría con el mismo resultado y tendría que volver a pedir otra. Salió un diez. Dudó por un momento acerca de si continuar era la mejor opción. Su adversaria se mantenía expectante y algo ansiosa por ver el resultado final de la ronda, convencida de que esta vez iba a hacerse con la victoria. Pidió una nueva carta. La deslizó sobre el tapete y la destapó en el centro de la mesa: un as de corazones.

- Me planto.- indicó Bond mientras revelaba el 8 que había ocultado en su mano. La dama hizo el mismo gesto, mostrando un as de picas. Tenía, por tanto, un total de 8 puntos, por lo que había perdido otra vez frente a los 9 de su rival. Bastaba observar su gesto de disgusto para confirmarlo.

- El caballero gana de nuevo.- sentenció el croupier al mismo tiempo que volvía a mover las fichas –las últimas de la mujer- en dirección a la posición del afortunado jugador.

- Sin duda, hoy es mi noche. O quizá es que no sea la suya, señorita...

- Icebreaker, Jayne Icebreaker.- Bond no pudo disimular su sorpresa al oír tan peculiar apellido.

- ¿Su apellido es de origen canadiense?

- En efecto, así es. Mi bisabuelo fue el primero en viajar en barco de Canadá a Rusia atravesando el Círculo Polar Ártico. Inventó el llamado “Icebreaker” (Rompehielo), un barco pequeño diseñado para que los buques puedan pasar a través del hielo. Lo que empezó como la denominación de ese tipo de embarcación se acabó convirtiendo en su mote y, finalmente, en el apellido de la familia.- la mujer desvió la mirada. La estaba llamando su hombre desde la barra del bar. Ya había terminado su conversación telefónica y tenía intención de marcharse. La dama asintió con la cabeza, se levantó y pidió a uno de los camareros que se encargara de recoger y canjear las fichas de su acompañante.- Ha sido un placer compartir mesa con usted, señor Bond, si bien he de admitir que hubiera estado mejor si al menos le hubiera ganado esta última partida.

- Puede que en otra ocasión la diosa de la fortuna se alíe con la suya y me gane una buena suma.

- ¿Y cuál es mi diosa? – preguntó, sumamente intrigada ante aquel comentario.

- La de la belleza, claro.- el piropo pilló por sorpresa a la mujer. Le respondió con una preciosa sonrisa antes de reunirse con Peter. Justo después, la pareja abandonó el casino. Bond se tuvo que contentar con admirar la provocativa silueta de la dama y sus no menos sugerentes andares. A punto estuvo de dirigirse hacia la salida con tal de contemplarla unos segundos más. Era verdaderamente asombrosa. Había visto docenas de mujeres impresionantes, pero el atractivo de aquella le parecía insuperable. “Lástima que ya tenga compañía”, pensó Bond, disgustado. Al menos podía conservar la esperanza de que algún día se volvieran a encontrar en otras circunstancias, dado que se había percatado de que no llevaba anillo de compromiso. “La esperanza es lo último que se pierde” era uno de sus muchos lemas, el cual aplicaba tanto en su vida personal como durante sus arriesgadas misiones secretas.

Viendo la poca clientela que quedaba en el casino y la hora que era, decidió irse a casa. Dada la gran cantidad de fichas que había acumulado, pidió a un camarero que se encargara de canjeárselas. Entretanto, dio una propina al croupier y fue a la barra del bar a pagar sus Martinis –mezclados, no agitados, como de costumbre. Recibió sus ganancias en metálico, dio otra propina, esta vez al camarero que le hizo el cambio de fichas por libras, y se dirigió a las enormes puertas de madera de la entrada.

Ya en la calle, le llamó la atención una serie de fogonazos azules en la distancia. Se trataba de un conjunto de patrullas policiales en plena persecución, vista la gran velocidad a la que se estaban acercando. Llevaban, sin embargo, las sirenas apagadas, ya que no eran horas para hacer ruido. Mayor fue su sorpresa cuando accedieron al aparcamiento propio del casino. Dos de los coches se detuvieron cerca de la escalera que daba a la entrada del establecimiento, en la que se había quedado parado por lo llamativo de la situación. Otros dos vehículos se dedicaron a bloquear la salida del recinto.

- ¡Alto, señor Bond, no se mueva! - los cuatro policías de las patrullas que obstruían la escalera le apuntaron con sus pistolas casi al unísono, como si de una coreografía perfectamente ensayada se tratara. Aquello le resultó totalmente desconcertante.-
¡Levante las manos lentamente y baje hasta aquí!

Tenía claro que si se entregaba, lo más probable es que no llegara a averiguar el por qué de aquella trampa. Porque estaba claro que alguien le había tendido una. No era la primera vez que le pasaba. A pesar de su identidad secreta, siempre había algún enemigo o traidor que lograba ponerle contra las cuerdas. Y, en consecuencia, como en otras tantas situaciones anteriores, se veía obligado a huir de la policía local. Al menos esta vez contaba con la ventaja de conocer las calles.

En un principio, parecía obedecer la orden. Fue subiendo los brazos con suma quietud y bajó un escalón. Pero el siguiente movimiento fue fugaz: apoyó su brazo derecho sobre el balaustre del mismo lado y saltó por encima de él, efectuando una caída de casi tres metros de altura sobre el jardín que rodeaba el edificio. Rodó por la hierba para amortiguar el impacto y echó a correr lo más deprisa que fue capaz en dirección a la esquina de esa pared. Los agentes se quedaron lo suficientemente anonadados como para no llegar a pulsar los gatillos de sus pistolas. Lo hicieron justo después, tras desplazarse para ganar ángulo de tiro, pero las balas impactaron en la pared de la fachada. El objetivo se había desplazado con tal rapidez que fueron incapaces de acertarle. Ni siquiera tuvieron tiempo de efectuar un segundo disparo. Dos de ellos se pusieron a correr tras él, mientras que los otros dos se dirigieron a la otra esquina con motivo de rodearle. Sabían que el casino estaba bordeado por un estrecho contorno de

jardín y seto, limitado, a su vez, por una verja metálica de algo más de dos metros de altura. Bond se encontraba literalmente atrapado entre la espada y la pared.

Sólo se le ocurría una forma de escapar de aquel encierro, por lo que se decidió por ella. Nada más doblar la siguiente esquina, correspondiente a la fachada trasera, se situó a un par de metros del canalón ubicado muy cerca de la misma y esperó a que llegaran los gendarmes. Una vez oyó sus pisadas, corrió hacia la tubería, se agarró fuertemente a ella con ambas manos y estiró su pierna derecha. La patada que recibió el primer policía fue realmente poderosa. Tanto que, a parte de sangrar por la boca, cayó de espaldas sobre su compañero. Bond aprovechó ese momento de distracción para acercarse rápidamente al segundo agente y propinarle un potente puñetazo a la altura de la barbilla. Ambos guardias yacían sobre la hierba, retorciéndose de dolor. Tomó sus pistolas -no sólo para desarmarles sino también porque carecía de su Walther PPK, la cual tuvo que dejar en el coche para poder entrar en el casino- y volvió a ponerse a correr, atravesando de nuevo ese lateral del edificio para evitar la inminente llegada de los otros dos agentes por el otro lado.

Justo antes de doblar la esquina que conducía a las escaleras de la entrada y al aparcamiento, pulsó el botón central de las llaves de su coche. Así, al encenderse el motor de éste, llamó la atención del dúo de policías que bloqueaban la salida del recinto, situada a unos cuarenta metros de su posición. Esto le permitió colocarse frente a la fachada frontal del casino sin que le avistaran. Luego apoyó su espalda contra la pared, estiró el brazo hacia el pasillo que acababa de abandonar y disparó sin mirar y muy bajo. Sus balas se incrustaron en la tierra. Quería evitar herir a los dos gendarmes que se encontraban comprobando el estado de sus dos compañeros magullados. Sólo quería asustarles para que detuvieran su avance. Era una forma mucho más razonable de librarse de ellos mientras intentaba llegar a su automóvil. Le preocupaba en gran medida matar a rivales que no eran más que víctimas, como él, de un ardid promovido por alguien que quería verle entre rejas. Eso sí, no dudaría en hacerlo si fuera estrictamente necesario. Descubrir quién estaba detrás de todo aquello estaba por encima de cualquier cosa.

Los dos policías respondieron con un par de tiros tras resguardarse en la esquina que acababan de doblar, la del canalón. Pero su enemigo ya no estaba al otro lado de esa pared sino corriendo todo lo más deprisa que era capaz a través del aparcamiento, en dirección a su vehículo. Frente a él se encontraban los dos agentes que, extrañados, se habían acercado a él para comprobar que, en efecto, estaba en marcha sin que hubiera nadie al volante.

- ¡Quietos, no os mováis! – vociferó Bond a sus espaldas, en su tono más amenazador y agresivo, mientras les apuntaba con una de las pistolas. Se giraron, sorprendiéndose al ver que se trataba del tipo al que debían apresar. No se explicaban cómo había hecho para librarse de sus cuatro compañeros en un espacio tan reducido y aparentemente sin salida como era el jardín circundante del casino.- ¡Tirad las armas al suelo, vamos! - los gendarmes desenfundaron sus pistolas lentamente y las dejaron caer a un lado.- ¡Ahora quitad de en medio vuestros coches, rápido! – podía haber utilizado uno de los misiles Stinger de su coche, pero la explosión subsiguiente hubiera sido tan enorme que existía el riesgo de que la onda expansiva hiciera estallar, a su vez, alguno de los vehículos allí aparcados. De nuevo, era el plan más razonable.

Controlada la situación, se montó en su flamante “Aston Martin V8 Vantage Roadster”, apodado “Aventajado”. Era descapotable, de color gris plateado y asientos granates, lo

último de lo último en vehículos deportivos –sobre todo por los habituales añadidos y mejoras que le había incorporado la sección Q del MI6. Apenas habían pasado un par de años desde que disfrutara del fabuloso “Aston Martin V12 Vanquish” cuando ya disponía de un nuevo modelo. La razón del cambio no era por puro capricho o por mantenerse actualizado. Era por el motivo de siempre: a Bond le habían destrozado el vehículo en su anterior misión. Q le había felicitado enormemente cuando se le devolvió de una pieza tras su enfrentamiento con Gustav Graves, pero en la operación siguiente, le volvió a regañar cuando vio que lo único que quedaba del automóvil era un amasijo de hierros. “¡Al menos, podrías haberte quedado dentro!”, le gritó el inventor, ansioso siempre de que el agente pereciera en acto de servicio. Estaba harto de trabajar horas y más horas para que luego sus artilugios sólo fueran utilizados una o dos veces. Le estaba pasando lo mismo que le pasaba en su día a su fallecido mentor, el Mayor Boothroyd, a pesar de las continuas promesas de 007 de que no volvería a suceder.

Los policías se montaron en sus respectivos coches patrulla, pero hicieron caso omiso de la orden de Bond cuando observaron a sus compañeros acudir en su ayuda. El dúo se había percatado de que su presa ya no les intentaba detener el paso en el lateral izquierdo del casino, así que corrieron todo lo que pudieron, pistolas en mano, para evitar su huida. 007 se vio obligado a meterse en su vehículo para resguardarse de los disparos de los recién llegados –como siempre, cristales y carrocería estaban blindados a prueba de balas. El lector dactilar de la manecilla de la puerta le permitió acceder al interior en apenas unas décimas de segundo. Se alegró de no haberse ensuciado apenas las manos al agarrarse al canalón. Un escaneo inválido y hubiera permanecido a tiro los instantes suficientes para caer abatido. Ciertamente, no le hacía ninguna gracia aquel dispositivo antirrobo. Era el único defecto que le encontraba a aquel automóvil, pero el único requisito que había impuesto el gobierno para evitar que cayera en las manos equivocadas.

Si Bond seguía con vida tras operar en tantas misiones, era en parte gracias a su habilidad para tener un plan de fuga en cada momento y en parte a los ingeniosos artilugios que le proporcionaba Q. Aquella situación era un claro ejemplo de la combinación de ambas. Había previsto que los policías no iban a desbloquear la salida – en su lugar, pidieron refuerzos por radio-, así que ya tenía pensado un plan alternativo desde un principio. Aceleró en dirección al casino -obligando a los agentes a apartarse de un salto-, dio la vuelta en la pequeña rotonda que colindaba con las escaleras de la entrada y volvió a acelerar rumbo a la salida. Los guardias, viendo lo que se les venía encima, salieron de sus automóviles. Luego se quedaron más atónitos aún cuando vieron cómo la matrícula delantera del Aston Martin empezaba a sobresalir del morro, movida por dos brazos hidráulicos. En realidad, la placa formaba parte de una gruesa barra de titanio. Según Q, su resistencia era tal que podía destrozarse un muro de poca anchura. A Bond le bastaba con que le apartara dos coches de su camino.

La embestida, a casi 80 kilómetros por hora, fue brutal. Sin embargo, apenas afectó al conductor gracias al sistema de amortiguadores que incorporaban los brazos. Q había pensado en todos los detalles, como era costumbre en él. Los dos vehículos salieron despedidos con los costados completamente abollados, derrapando en sentidos opuestos, como si formaran una puerta de dos hojas. Bond apretó el botón que devolvía la matrícula a su posición y volvió a acelerar. Los refuerzos que habían solicitado los agentes estarían de camino.

Le tenían en muy alta estima. Eso le gustaba, le encantaba sentirse valorado, pero, por otro lado, echaba de menos una huida más sencilla y cómoda. Sus adversarios siempre le complicaban la situación de una forma u otra. Siempre estaban muy bien adiestrados,

obligándole a recurrir a todas sus destrezas para derrotarlos. A veces deseaba volver a los “trabajos rutinarios de investigación”, como los llamaba M. Sólo a veces, porque eso conllevaba perder la vida de lujo que llevaba y afrontar un oficio sin ningún interés para él. Sin riesgo. Sin alicientes. Simple rutina.

Su intención era la de llegar a su casa lo antes posible. Quería coger su ordenador portátil para poder hablar del asunto con M por medio de videoconferencia vía satélite. Seguramente podría darle alguna explicación. En un caso así, en el que se debía capturar a un agente renegado, el procedimiento empezaba con advertir de ello al Servicio Secreto, quien podía delegar la operación de búsqueda y captura a la fuerza gubernamental que creyera más conveniente. El instrumento elegido había sido la policía local de Londres, puesto que se sabía de antemano que el traidor en cuestión se hallaba en la ciudad. Por esta razón, le extrañaría que su casa no hubiera sido ya registrada, pero se veía obligado a ir a ella porque aquel ordenador era la única herramienta que disponía para establecer comunicación con su superiora sin tener que pasarse por el cuartel general del MI6.

De pronto, se cruzó con un grupo de coches patrulla que pasaron por el carril contrario. Pensó que a la velocidad que iban quizá no llegarían a percatarse de su presencia, pero, para su desgracia, no fue así. Era el único defecto que tenía su coche: era demasiado reconocible y llamativo. Como todos los que había conducido. Su diseño tenía esa cualidad de único que sólo los automóviles de lujo poseían. Si a esto se añadía el color granate de la tapicería y el poco tráfico existente, todo estaba a favor de que fuera detectado a primera vista.

Con motivo de despistarles, Bond empezó a hacer un quiebro tras otro, aumentando, a su vez, la velocidad hasta límites realmente peligrosos para tratarse de un entorno urbano. Sus perseguidores se vieron obligados a efectuar los mismos derrapes que su presa para no perderle de vista. Pero a pesar de este esfuerzo, la diferencia de potencia entre los coches patrulla y su Aston Martin les distanciaba a pasos agigantados. La única solución que se les ocurría fue la de pedir refuerzos por radio, así como una unidad aérea.

Llegó un momento en el que Bond les despistó por completo. Los policías no tenían ni la más remota idea de la dirección que había tomado. Se dividieron, pero ninguno logró volver a avistarlo. El agente secreto pudo entonces poner rumbo a su casa, recuperando cierta tranquilidad. No obstante, continuó en estado de alerta, atento por si volvía a cruzarse con algún otro coche de policía.

A 007 le encantaba conducir a esas horas de la noche. El tráfico era prácticamente inexistente. Podía moverse por toda la ciudad sin detenerse, a excepción de los semáforos y a la hora de atravesar algún que otro cruce. Además, podía alcanzar mayores velocidades. En aquella ocasión, decidió no ir demasiado deprisa para evitar llamar la atención de las autoridades. Aunque la apariencia del vehículo ya le delataba sin necesidad de hacer nada más. Este pensamiento le llevó a la reflexión acerca de si debía deshacerse de él y conseguir otro más corriente. Si a partir de ahora iban a ser buscado por agentes estatales, debía pasar más desapercibido. Especialmente aquella noche, el primer día que le habían acechado. El delito del que le acusaban debía haberse producido esa misma jornada o, como mucho, la anterior, ya que en ningún momento de aquella tranquila semana había notado nada que se saliera de lo normal.

De repente, un coche patrulla salió a toda velocidad por una de las bocacalles, derrapando lateralmente para girar y ponerse en el carril opuesto. Su intención era la de

tomar el sentido contrario al que llevaba Bond, deslizándose del carril izquierdo al derecho. Los dos vehículos coincidieron en ese preciso instante sin que ninguno de los conductores pudiera hacer nada para evitarlo. La consiguiente colisión desplazó al Aston Martin lateralmente hasta la acera del otro lado de la calle. El bordillo detuvo el avance de las ruedas del costado derecho. El impacto fue tal que hizo que una de ellas reventara e incluso a punto estuvo de hacer volcar al automóvil, que llegó a permanecer un segundo sobre dos ruedas. El coche patrulla se quedó más o menos a un metro de distancia con buena parte del morro abollado, concretamente la zona del foco izquierdo. Su conductor yacía inconsciente sobre el airbag. Bond salió bastante peor parado, ya que al recibir el choque por el lateral izquierdo, no salió el airbag, si bien poco podía haberle protegido, ya que se golpeó la cabeza contra el cristal derecho. Por supuesto, el cristal, fabricado para soportar cualquier tipo de impacto, ni siquiera se agrietó, lo que intensificó la contusión en la cabeza del espía. La sangre enseguida brotó de la sien entre sus cabellos oscuros.

Bond volvió a demostrar su alta resistencia física cuando abandonó el vehículo antes que su perseguidor. Eso sí, su aturdimiento le impedía caminar con normalidad. Fue dando tumbos hasta acercarse al coche patrulla, casi de igual forma que lo hubiera hecho un borracho. Un par de transeúntes se acercaron a él para preguntarle por su estado.

- No se preocupen, –respondió– sólo es un simulacro.- la respuesta dejó extrañados a los individuos, especialmente porque iba vestido de etiqueta con su exquisito smoking, pero Bond lo dijo con un aire de normalidad tal que les sació la curiosidad y les quitó la preocupación, así que continuaron con su paseo nocturno. En el fondo, el agente inglés se estaba riendo a más no poder. A veces la contestación más sencilla le permitía hacer creer a los demás lo que no era. Era el recurso habitual que empleaba a la hora de llevar a cabo aquellas operaciones en las que debía sustituir a otra persona. Como espía, era una de las destrezas más importantes y a la que, en consecuencia, más tiempo había dedicado durante su entrenamiento.

Enseguida le vino a la cabeza una idea para aprovechar aquella situación imprevista. Volviendo a la reflexión sobre si debía cambiar de vehículo, ¿qué mejor que usar uno de la propia policía local? No le sería de mucha ayuda a largo plazo, ni siquiera a medio plazo, pero al menos podría servirle esa noche. Así pues, desnudó al agente, aún inconsciente, y le introdujo en los asientos traseros de su destrozado Aston Martin “Aventajado”. Luego se vistió con su uniforme y dejó sus atuendos sobre el policía. Tuvo suerte: era más o menos su talla. Por último, se sentó en el asiento delantero y se dispuso a llamar a una ambulancia desde el teléfono manos libres que incluía el volante gracias al buen hacer de la Sección Q. Estaba diseñado para que el conductor pudiera marcar los números evitando el riesgo de bajar la vista: bastaba con pronunciar “Teléfono” y seguidamente las cifras. Pulsó el botón de autodestrucción antes de bajarse. No consistía en hacerle estallar, como en otras ocasiones, sino en el derramamiento de un ácido corrosivo capaz de inutilizar todos los sistemas, tanto los mecánicos como los electrónicos. El automóvil pasaba a ser un trasto totalmente inservible. Casi lo único que se podía reutilizar eran los asientos y las ruedas.

Se montó en el coche patrulla y rezó para que funcionara. El destrozo que acarreaba en el lateral izquierdo era tal que podía haber afectado a alguna de las piezas del motor. Giró la llave y el vehículo rugió, pero sólo unos instantes. Volvió a intentarlo y se escucharon algo así como tosidos. “Vamos, vamos”, pensaba Bond mientras repetía el gesto una y otra vez. “A ver si encima voy a tener que robar la ambulancia...”, susurró, sarcástico. Y es que de seguir así, acabaría viendo los inconfundibles destellos anaranjados de la furgoneta de emergencia.

Suspiró de alivio cuando el motor arrancó definitivamente. Aceleró y volvió a dirigirse a su casa, si bien trató de no ir demasiado deprisa para no forzar la lesionada máquina. Se alegró de estar, al menos, en un entorno urbano, ya que carecía del foco izquierdo, que habían quedado completamente aplastado tras el accidente. Dependía en buena medida de la luz que le proporcionaban las farolas.

El camino resultó tranquilo por una vez. Alcanzó su destino sin más percances que alguna que otra mirada sorprendida por parte de transeúntes al ver semejante amasijo de hierros en movimiento. Más llamativo aún era el hecho de que se trataba de un coche patrulla. Bond se sentía un poco como cuando, no hacía mucho, se vio obligado a entrar en uno de los más lujosos hoteles de Hong Kong vestido con un pijama, calado hasta los huesos y luciendo una barba poco menos que repulsiva.

Había dos vehículos policiales aparcados en doble fila frente al portal. Se detuvo por delante del primero, no fuera a ser que le descubrieran y acabara necesitando huir del lugar a toda prisa. Como era costumbre en él, pensaba primero en el plan de fuga antes que en el plan de acción. Lo siguiente sobre lo que reflexionó fue el hecho de que aún estuvieran allí los agentes. Eso le confirmaba su teoría de que el delito del que le habían acusado se había producido esa misma noche. De lo contrario, se hubiera encontrado con las acostumbradas cintas amarillas que indicaban “No Pasar – Investigación Policial” o algo similar, ya que el registro de una vivienda se llevaba a cabo en unas pocas horas.

La puerta del portal estaba abierta. Los policías habían puesto un taco de folletos de propaganda para que permaneciera abierta, lo que podía significar que ya estuvieran en la fase de confiscar artículos. Justo la fase que le interesaba. El edificio, antiguo como pocos en la ciudad, no disponía de ascensor. Sabía, por tanto, que tarde o temprano acabarían bajando por las escaleras cargando con sus pertenencias. Así pues, se acercó al primero de los descansillos y se dedicó a desenroscar la bombilla que le alumbraba. Rechazó la idea de quitar también la luz de la entrada del portal porque quería que al menos se le distinguiera el uniforme de policía cuando se cruzara “casualmente” con uno de los gendarmes.

Apenas tuvo que esperar dos minutos a que comenzara a oír pasos. Esperó a que el agente se dispusiera a bajar hacia ese primer rellano antes de empezar a subir los primeros peldaños. Su cálculo fue del todo acertado: se topó con él justo en el descansillo, donde la oscuridad impedía discernir los rasgos faciales.

- ¿Os echo una mano?

- Claro, toda ayuda es poca. Toma, lleva este maletín y esta bolsa al maletero de mi coche. Yo subiré a por más.- apenas le había sujetado la carga cuando el policía se dio la vuelta y comenzó a saltar por las escaleras de dos en dos. Se notaba que tenía prisa por acabar en el plazo de tiempo establecido por su jornada nocturna. Y que era joven, claro.

Bond se alegró por lo fácil que le había resultado la recuperación de su ordenador portátil, oculto bajo contraseña en aquel maletín metálico color gris plata. Su caparazón de acero hacía muy difícil acceder a su interior sin dañar su contenido. Sólo cierta combinación de Q, ideada por sí al “inmaduro de 007” se le olvidaba la suya, podía permitir a los agentes de la ley abrir su pesada tapa. Y si se daba el caso, aún debían superar otras muchas medidas de seguridad para poder fisgar los contenidos digitales del portátil que guardaba.

El siguiente paso que debía dar Bond era optar por un hotel en el que pasar la noche. Esta vez iba a tener que hacerlo, muy a su pesar, en el más cutre y destartado que

podiera encontrar. Los que solía utilizar, los de cinco estrellas y plagados de lujos, serían los primeros en los que le buscarían, como así habían hecho al tratar de localizarle en el casino “The Unique”, uno de sus favoritos. El llamado “Hostal Big Ben” dejaba bien a las claras, ya sólo con su poco original nombre, que era de poco prestigio. Le encontró al dar la vuelta a la manzana. Había preferido abandonar el destrozado coche patrulla e ir caminando. Ya pensaría en cómo hacerse con otro vehículo al día siguiente, cuando hubiera descansado de aquella ajetreada noche de infortunios.

Si aquella era la mejor suite del hotel, no quería ni imaginar cómo sería la peor. El suelo de madera, desprovisto de alfombras o moqueta, emitía todo tipo de crujidos a cada paso que daba. Las paredes dejaban vislumbrar los ladrillos en un buen número de zonas. El baño dejaba mucho que desear, tanto o más que el resto de estancias. “Sólo será un par de días, James, sólo un par”, pensaba el agente, tratando de tranquilizarse al ver aquel horror de habitación. En comparación con las amplias, pulcra y ostentosas suites a las que estaba acostumbrado, aquello era poco más que una celda.

3 - REUNIÓN

Bond solía ser capaz de dormir sin dificultades en cualquier entorno y bajo todo tipo de condiciones gracias a los duros entrenamientos que tuvo que soportar, primero durante su carrera militar en la Alta Marina Naval Británica y después durante la formación que le permitió convertirse en espía del MI6. Pero aquella noche no descansó del todo bien por culpa, por un lado, de la inquietud que le provocaba el hecho de estar siendo perseguido por los agentes de seguridad de su propio país y, por otro, por lo incómodo que era el colchón. Parecía sacado de un vertedero, pues apenas le quedaban muelles en su sitio y las sábanas eran ásperas como una lija. Pero Bond sabía que el problema, en realidad, era sólo suyo: se había acostumbrado a la buena vida. Llevaba ya una cantidad considerable de años al Servicio Secreto de Su Majestad y eso le había posibilitado dormir en las mejores suites del mundo. Ahora entendía la razón de ser de aquellos cursillos de reciclaje a los que le sometía M de vez en cuando.

Pensar en M le dio el impulso necesario para levantarse. Le hubiera encantado dormir un poco más, pero la necesidad de informarse sobre su situación le impedía hacerlo. Sólo eran las 7:15 de la mañana. Había dormido apenas 2 horas y, encima, de mala manera. "Si por lo menos hubiera tenido compañía...", pensó, disgustado, al recordar a la bella dama que sólo pudo contemplar en el casino.

Fue al aseo -si es que se podía catalogar como tal a aquel cuarto tan deplorable- y volvió a descartar la idea de ducharse, al igual que la pasada noche. La bañera tenía un aspecto tan repugnante que había preferido dormir empapado de sudor. Se había mentalizado a pasar un par de días en aquel pésimo hotel con motivo de evitar a la policía, pero era superior a él. Su cuerpo pedía a gritos un lugar más decente, más acorde con el nivel de calidad y lujo al que se había acostumbrado. Mucho se temía, sin embargo, que, de trasladarse, iba a tener que hacerlo a un antro similar. Un poco mejor, pero similar. No podía ir a uno de cinco estrellas, como su querido "Hotel Ritz", porque disponían de cámaras de vigilancia en cada pasillo. Y si había algo que, como fugitivo que era, debía evitar a toda costa, a parte de acudir a los sitios a los que solía ir con cierta frecuencia, eran las grabaciones de seguridad. Tampoco debía hacer uso de sus tarjetas de crédito y, por supuesto, debía cambiarse de ropa: ir con un smoking de día era como vestirse de rojo frente a un toro. Era una de las cosas que debía atender cuanto antes.

De hecho, fue lo primero que hizo nada más salir del cuarto de baño. Cogió el teléfono -limpiando antes el auricular con el pañuelo de lino de su smoking, por si acaso- y llamó a su sastre. La tienda aún estaba cerrada a esas horas tan tempranas pero disponía de un contestador automático para realizar pedidos fuera de horario. Solicitó un traje de "Brioni", su marca favorita en los últimos años, color azul muy oscuro, casi gris, y, como de costumbre, un pañuelo de lino como detalle decorativo del bolsillo superior de la chaqueta. Indicó la dirección del hotel, no sin notar cierta vergüenza, y advirtió de la urgencia de su pedido.

Pensó en desayunar, pero desechó la idea casi al instante: no se atrevía a acudir a un bar con smoking ni mucho menos a solicitar sustento al dueño del hospedaje, si es que disponía de tal servicio un establecimiento así. Lo único que quería hacer era iniciar una conversación con M. La jefa del Servicio Secreto Británico debía de estar al llegar a su despacho en aquellos momentos. Aún no eran las 8, pero Bond sabía que la gustaba llegar unos minutos antes. Odiaba llegar tarde y así se aseguraba evitarlo a toda costa, aunque se topara con algún atasco de camino a la oficina. 007 también podía haber utilizado la "F1", la llamada de emergencia, con la que podía obtener comunicación con el

teléfono de máxima seguridad del que disponía en su casa, pero intuyó que era posible, aunque poco probable, que esa vía estuviera siendo vigilada por la Scotland Yard. Prefería hablar por videoconferencia vía satélite por medio del portátil de su despacho del cuartel general del MI6. Sin duda era el sistema más seguro.

Abrir el maletín metálico que contenía el equipo era ya todo un desafío hasta para el más experto de los ladrones. Exigía una combinación alfanumérica de 3 caracteres que no se introducía como tradicionalmente se hacía en las cajas fuertes -esto es, por medio de ruedas y engranajes- sino que se trataba de diminutas pantallas electrónicas manejadas por botones. Esta tecnología impedía conocer el movimiento de los engranajes, ya que sólo lo hacían cuando se introducía el valor correcto. Bond pulsó el botón izquierdo una vez. La pantalla dibujó un cero. Hizo lo mismo con el segundo. Apareció otro cero en el siguiente recuadro. Por último, pulsó 8 veces el tercero, de modo que surgió un 7 y se activó el mecanismo de apertura correcta. Al igual que sucedía en otros maletines creados por Q, el tecleo de una combinación inválida ponía en marcha una trampa. En esta ocasión, consistía en un explosivo ubicado en el interior de una bolsa hermética llena de ácido sulfúrico. De esta forma, se destruía el portátil al mismo tiempo que se regalaba al intruso un buen número de quemaduras, provocadas en parte por la acción del estallido en sí y en parte por las salpicaduras de ácido.

Q había insistido a Bond en que de ninguna manera pusiera como contraseña su número de agente. Era demasiado obvia si su enemigo conocía o descubría su identidad secreta. Pero el espía argumentaba que precisamente por ser tan obvia, podía ser muy complicada de descubrir. Además, claro está, tenía la ventaja de ser inolvidable. Q sólo atendía a las matemáticas y, desde ese punto de vista, las posibilidades de que alguien desvelara la clave eran mucho más elevadas que si se empleaba una combinación compuesta de letras además de números.

La siguiente medida de seguridad tenía que ver con el encendido del ordenador. Requería una identificación dactilar primero y una ocular después. Por si fuera poco, una vez se iluminaba la pantalla, era necesario introducir un nombre de usuario y una contraseña. El sistema era común para todos los agentes 00, de modo que podían utilizar el de un compañero en caso de que, por algún motivo, no dispusieran del suyo.

Obtenido al acceso, Bond ejecutó el programa de videoconferencia. Tecleó el código de la persona con quien quería hablar y luego esperó una contestación. A unos pocos kilómetros de allí, el portátil de M vibró de similar manera a como lo hacían los teléfonos móviles. Acababa de sentarse en su cómoda silla de cuero de su despacho y el trabajo ya requería de sus servicios. A veces deseaba volver a ser una simple contable dominada por la rutina. Apoyó el pulgar derecho sobre la pantalla táctil correspondiente. Acercó el ojo izquierdo al escáner de retina. Finalmente, introdujo el nombre de usuario y la contraseña personales.

- Buenos días, M.- le saludó quien consideraba el mejor de sus agentes doble cero, si bien jamás se lo diría.- Supongo que ya sabrás la razón de mi llamada.

- Por supuesto, Bond.- era algo obvio, ambos conocían el procedimiento, pero también era una manera de comenzar la conversación tan buena como otra cualquiera.- Le persiguen por un robo de uranio en una base militar del país, donde, además, uno de los soldados fue asesinado.- a M le gustaba ser muy directa, como así lo demostraba una vez más, al responder a Bond sin que éste hubiera tenido que formular la pregunta.

- ¿Pero cómo es eso posible?- respondió, realmente extrañado.- Para acceder a una sala nuclear es necesario pasar una identificación dactilar y otra oculta.

- Por eso mismo todo el mundo desconfía de usted. Su nombre quedó registrado en el historial de accesos ayer por la noche.

- Ayer por la noche estuve en el casino “The Unique”. Puede preguntar a cualquiera de los croupiers o...

- No he dicho que YO desconfiara de usted.- le interrumpió la mujer, recalando la rectificación.- Oficialmente, estaba de vacaciones y así seguirá siendo. Extraoficialmente, quiero que encuentre a aquel que le ha tendido esta trampa. Evite como pueda a las autoridades. Ahí no puedo hacer nada. De hecho, ya lo he intentado, pero la ley es la ley. El procedimiento exige someterle a un Consejo de Guerra, lo que no haría más que retrasar una investigación que usted mismo puede resolver en mucho menos tiempo. Confío en usted, Bond. Estoy convencida de que no es el culpable, por muchas pruebas en su contra que se presenten.- a Bond le agradó en gran medida la confianza que depositaba su jefa en él, sobre todo después de haberle ocurrido todo lo contrario en una de sus últimas misiones, tras haber sido liberado de las garras del ejército de Corea del Norte. Claro que eran casos bien distintos.

- Gracias, M. Atraparé al verdadero criminal.

- Más le vale, su libertad depende de ello. Si le llevan al juicio, cabe la posibilidad de que su “admirador secreto” le haga alguna jugarreta más para que sea condenado por traición a la patria. Se ve claramente que alguien desea verle entre rejas. Nadie se infiltraría en una base militar sólo para llevarse un puñado de uranio. Sea quien sea, es alguien muy experimentado, no le subestime en ningún momento. Incluso me atrevería a afirmar que fue uno de los nuestros. Conocía las medidas de seguridad demasiado bien y poca gente sabe que los Comandantes de la Marina como usted tienen acceso a armamento nuclear. Puede que le haya escogido a usted al azar, pero también podría tratarse de una venganza personal. Extreme las precauciones.

- Eso me suena a anuncio de preservativo...- Bond solía evitar sus sarcasmos y frases de doble sentido en presencia de M, pero aquella vez, quizá por ser la primera ocasión que hablaba con ella por videoconferencia, sencillamente se le escapó. Para su fortuna, la mujer no sólo no le recriminó sino que le devolvió una sonrisa. Se notaba que habían pasado ya varios años desde que la que fuera contable del MI6 ocupara el puesto, lo que había derivado en un trato de carácter mucho más amigable y algo menos riguroso.

Apenas Bond apagó el equipo y le guardó en el maletín, sonó el timbre del interfono: su traje “Brioni” había llegado. “Justo a tiempo”, pensó, satisfecho por el buen servicio con que siempre le obsequiaba su sastre. Como para no estarlo: había recibido la prenda cuando el negocio tan sólo llevaba abierto poco más de media hora. Además, llegaba perfectamente ajustada a sus medidas, planchada con esmero e introducida en una bolsa de plástico especialmente diseñada para transportar ropa sin que se arrugara por el camino. Todo un servicio de lujo al alcance de muy pocos bolsillos. Y eso sin contar el elevado coste del traje en sí, uno de los más caros del mercado. Bond sólo se conformaba con lo mejor de lo mejor. En una vida de riesgo como la suya, en la que las posibilidades de que le acabara cazando la muerte eran muy altas, cualquiera en su lugar sentiría la misma necesidad de querer disfrutar al máximo de cada detalle.

4 - INTERROGATORIO

M le había dejado clara la situación: de ahora en adelante se las iba a tener que apañar solo. Tampoco es que fuera algo muy diferente a cualquiera de sus anteriores misiones, pero mucho se temía que iba a echar en falta los artilugios de Q o la colaboración de algún otro servicio secreto. Incluso Monneypenny le había proporcionado en ocasiones información de gran valor. Esta vez no iba a poder coquetear con ella en el cuartel general del MI6, algo con lo que siempre disfrutaba. Pero lo peor de todo era, sin duda, el hecho de tener que cumplir con éxito la operación mientras era perseguido por las autoridades. Debía prestar especial atención a cualquier individuo uniformado, así como a las videocámaras de seguridad presentes en las calles más céntricas de la ciudad, si es que, claro está, la investigación fuera a tener lugar en Londres.

Mientras desayunaba en un bar de la misma calle en la que se encontraba su hotel, se dispuso a dilucidar cómo alguien pudo hacerse pasar por su persona en la instalación militar. Desconocía que existiera dispositivo alguno capaz de crear una lentilla a imagen y semejanza del iris de una persona, pero en aquella época tan tecnológica que le había tocado vivir, ya cualquier cosa era posible. Eso no le preocupaba tanto como el descubrir cómo el individuo pudo haberse hecho con una imagen lo suficientemente nítida de su ojo como para fabricar una réplica idéntica. Pensó en que quizá le pudieran haber fotografiado durante una de las incontables veces en las que había sido capturado, pero en seguida descartó la idea por una sencilla razón: hacía tan sólo unos meses que había acudido al departamento médico del MI6 a actualizar su ficha. Esta revisión se hacía cada cinco años porque supuestamente el iris sufría ligeros cambios a partir de ese período. Por tanto, cualquier intento de pasar un escáner de retina con una réplica caduca, habría hecho saltar todas las alarmas.

Eso reducía drásticamente las posibilidades: estaba claro que había un topo entre los miembros del equipo médico del Servicio Secreto, la sección E. En principio, descartaba a la doctora Warmflash. Siempre había tenido un trato de lo más amigable con ella. Incluso habían llegado a “algo más” cuando Bond la pidió el favor de certificar su buen estado de salud, obviando su lesión de hombro, para que pudiera participar en la misión de proteger a Elektra King. El traidor debía ser uno de los enfermeros o el otro médico, el doctor Stowers. No había tenido mucho trato con este último -sobre todo en comparación con la doctora, por razones obvias- pero al menos recordaba que le comentó que estaba a punto de jubilarse. Le extrañó que fuera a hacerlo de manera anticipada, cuando tan sólo le quedaban un par de años para llegar a la edad reglamentaria. Ahora comprendía el motivo: le debían haber pagado una buena suma por robar su ficha personal, de modo que ya no le importaba ni el sueldo ni el dinero correspondiente a la jubilación.

Sin pensárselo dos veces, regresó a la habitación del hotel y trató de establecer contacto con M de nuevo:

- Necesito que me diga dónde vive el doctor Stowers.- la preguntó, sin más rodeos.- Sospecho que fue él quien vendió mi ficha con mi retina y mi huella dactilar.

- Podría ser. La verdad es que no hay muchas otras posibilidades de obtener una información tan restringida. Además, se da la curiosa circunstancia de que acaba de jubilarse recientemente. Déme un segundo.- M se desplazó ligeramente y se colocó frente al ordenador de sobremesa. Se introdujo en la base de datos de los empleados del MI6 y buscó la ficha del sospechoso en cuestión.- Ebury Street, 4.

- Gracias, M. Voy a por él.- el agente cerró el programa de videoconferencia, apagó el ordenador portátil y regresó a la calle. Nada más pisar la acera, pidió un taxi.

Ya en la casa del objetivo, situada en las afueras de la ciudad, se quedó extrañado al ver que un guardia custodiaba la puerta de entrada a la pequeña finca. Ni que el doctor Stowers fuera un millonario preocupado por proteger sus bienes. ¿O acaso ahora sí lo era, tras haber cobrado una cuantiosa cantidad por traicionar a su país? Si Bond estaba en lo cierto, bien podía costearse un servicio de seguridad tan caro. Además, tenía buenos motivos para ello. Por un lado, le permitiría protegerse de una posible redada policial en caso de que su traición fuera descubierta. Por otro, también le serviría de alarma ante la probable visita de 007, dado que había esquivado a las autoridades y continuaba libre, para desgracia de su tranquilidad y su bolsillo.

El guardia, ataviado con gafas de sol oscuras, traje negro y auricular, mostraba un aspecto similar al de los agentes del FBI. La mayor diferencia residía en su corpulencia, mucho más notable. Bond indicó al taxista que avanzara un par de casas más adelante, haciendo como que se había equivocado de número. En realidad, quería evitar a toda costa que el vigilante le viera. Stowers, con toda certeza, debía haberle mostrado la fotografía de su ficha secreta.

Dejó una generosa propina al conductor y comenzó a retroceder por la acera en dirección a la finca. Rodeada por un alto muro de piedra de más de tres metros de altura que terminaba en puntas de lanza, se podía calificar como un buen reto para cualquier ladrón. Bond debía investigar bien el interior antes de idear un plan de acceso. Por esa razón, llamó al timbre de la casa anterior, un edificio de cuatro plantas rodeado de un terreno de similares características.

- ¿Sí, qué desea? – le preguntó el mayordomo que le abrió la puerta, un armatoste compuesto de dos hojas gruesas de madera perfectamente talladas.

- Bond, James Bond, Universal Exports.- respondió el agente al tiempo que mostraba su tarjeta de visita.- Nos encargamos de todo tipo de transferencias internacionales desde hace más de medio siglo y le puedo asegurar que nunca antes nos habían indicado una oferta tan generosa. Un japonés desea adquirir esta vivienda por 50.000 millones de libras.- el mayordomo se quedó atónito ante semejante cifra. En otro lugar y en otras circunstancias, lo hubiera tomado como una broma. Pero el traje “Brioni” de Bond unido a su selecto vocabulario, le hicieron reaccionar casi como si le hubiera tocado la lotería.

- ¿50.000... millones, ha dicho?- el mero hecho de pronunciar la cantidad le hizo tartamudear ligeramente.

- Así es. ¿Me permite pasar y comentarle los detalles al propietario, por favor?

- Adelante, adelante, seguro que le prestará mucha atención.

El criado condujo a Bond hasta la puerta principal. Precedida por una escalera de piedra blanca adornada por una fastuosa balaustrada, no desmerecía para nada a un conjunto de edificio y finca verdaderamente exquisito. Los detalles alcanzaban cada rincón, desde los alféizares de las ventanas hasta los canalones del tejado, sin olvidar un cuidado jardín lleno de árboles, setos y estatuas. No valdría 50.000 millones de libras, por supuesto, pero sí una cantidad nada desdeñable.

Bond continuó con la farsa de la jugosa oferta inmobiliaria en cuanto se presentó ante el propietario, un anciano con el típico aspecto de ricachón inglés: elegante y refinado, incluso cuando portaba bata, pijama y zapatillas, como era el caso. El espía enseguida pidió echar un vistazo a la mansión, simulando especial interés, claro, en el piso superior.

- Impresionantes vistas. A mi cliente le va a encantar.- comentó una vez se situó frente a la ventana que daba a la finca del doctor Stowers. Podía ver sin problema un buen porcentaje de la misma desde allí, al superar con creces su muralla. Mientras continuaba alabando la vivienda, se dedicó a observar si había algún otro tipo de medida de seguridad. No detectó cámaras de vigilancia. Parecía relativamente sencillo acceder a la casa, ya que bastaba con evitar ser detectado por el guardia de la entrada principal, situada, por otra parte, a más de cincuenta o sesenta metros de la fachada frontal del edificio. Pero entonces dos figuras bien diferentes aparecieron en su campo de visión: otro vigilante acompañado por un perro de raza rottweiler. Se encontraban recorriendo una ruta a lo largo del contorno del terreno. Eso complicaba bastante más la infiltración.

Se despidió del anciano tan cortésmente como se había presentado y le aseguró que volvería en poco tiempo con un cheque en mano. La sonrisa del ingenuo propietario y la de su mayordomo reflejaban ilusión en estado puro, como la de un niño al que le regalan el mejor de los juguetes. Bond llegó a sentir un atisbo de lástima por el dúo.

El espía enseguida discurrió un plan para acceder a la finca. El primer paso consistía en aproximarse a una de las esquinas traseras de la muralla. Activó la cuerda de rapel de su reloj "Omega" y salió disparado su diminuto pitón, que se incrustó un instante después en la superficie rocosa, por su extremo más alto. Se quitó el reloj, calculó sacar cierta longitud de la cuerda y le lanzó con todas sus fuerzas, de tal forma que pasó por encima de la tapia, quedando colgado por el otro lado a una altura de en torno a medio metro del suelo. Conservó, sin embargo, la corona con las que se manipulaban las agujas, un elemento separable diseñado, como de costumbre, por Q. Lo guardó en el bolsillo derecho del pantalón y puso rumbo de nuevo a la puerta principal de la propiedad.

Cuando le quedaban un par de metros para alcanzar la puerta de barrotes, pulsó el minúsculo botón que incluía la corona y se apoyó contra la muralla, simulando esperar a alguien. Un diminuto indicador luminoso se encendió en el reloj. En apariencia, nada más ocurrió. Sin embargo, el rottweiler comenzó a comportarse de manera extraña. No tardó en tirarse al suelo, presa de un sufrimiento repentino que dejó atónito a su compañero. Trató de ver qué le podía haber sucedido. Quizá hubiera pisado algo, por lo que lo primero que miró fueron sus patas, pero nada. Por más que miró, no localizó la procedencia del dolor en su físico.

- Robert, llama al veterinario.- indicó al guardia de la entrada a través de un pinganillo que llevaba en la oreja.- Sam sufre unos dolores terribles y no tengo ni idea de por qué.

En pocos minutos, se presentó una furgoneta con el logotipo de "Animal Paradise". El conductor tocó el claxón. El vigilante pulsó el botón que abría la puerta de entrada, desplazándola lateralmente a lo largo de unos raíles. El vehículo subió la pequeña rampa que permitía subir a la acera y atravesó el umbral. Bond corrió hasta situarse a su lado y, una vez la furgoneta comenzó a recorrer el camino asfaltado que atravesaba la finca, volvió a correr todo lo más que pudo en dirección a la caseta del guardia, ubicada al otro lado de la calzada. El vigilante no daba crédito a lo que estaban viendo sus ojos: el mismísimo James Bond avanzando en su dirección. Salió por la puerta de la caseta y se dispuso a desenfundar su pistola, oculta bajo su chaqueta. Pero la presteza del intruso fue

tal que recibió una poderosa patada a la altura del pecho antes de poder hacerlo. El espía había saltado con su pierna derecha por delante, efectuando una patada voladora digna del mejor de los ninjas. Su adiestramiento en judo le permitía realizar excelentes movimientos como aquel. Robert cayó de espaldas con tal impulso que acabó golpeándose la cabeza contra la pared interior de la caseta. Aturdido, trató de reincorporarse, pero perdió el conocimiento un instante después. Bond cogió su pistola y arrastró su cuerpo por el suelo de madera hasta situarlo algo más adentro, ocultando su presencia de cara al exterior. Optó por no pulsar el botón que cerraba la portilla para que así la furgoneta del veterinario pudiera salir directamente, sin necesidad de la aprobación del vigilante –demasiado ocupado en despertar de la inconsciencia.

Obviamente, evitó seguir el trazado de la carretera. Avanzó por el jardín, aprovechando sus árboles, arbustos y monumentos para llegar hasta la fachada del lateral izquierdo sin que el otro guardia o el veterinario advirtieran sus movimientos. También tuvo en cuenta las ventanas, no fuera a ser que el propio doctor Stowers le descubriera. De hecho, hubo un momento en que se detuvo, ocultándose tras el tronco de un árbol, cuando le vio asomarse por una de las ventanas centrales del piso superior. Poco interesado en el estado del perro, ni siquiera preguntó al guardia, sino que simplemente se dio la vuelta y continuó con lo que estaba haciendo.

Bond rodeó el edificio, pasando por la parte trasera, hasta llegar a la esquina en la que colgaba su reloj, ubicada en el lateral derecho. Pulsó el botón que cortaba la cuerda de rapel, volvió a introducir la corona en él y se le puso. Luego se dirigió a la puerta más cercana. Viendo que estaba trancada, utilizó el láser que también incluía el reloj para fundir el pestillo sin hacer ruido. Una vez dentro de la casa, presionó de nuevo el botón de la corona. Así, el mecanismo del reloj que emitía un amplio radio de frecuencia ultrasónica se desactivó.

- Vaya, parece que se recupera.- notó el veterinario entonces. El rottweiler se puso en pie como si nada hubiera ocurrido. Ya no se quejaba de ningún dolor.- Parece que mi trabajo aquí ha terminado, aunque realmente no he hecho nada. Si vuelve a sucederle, no dudé en volverme a llamar.- le indicó al guardia, que se mostraba tan extrañado como al principio. ¿Quién iba a dilucidar que una emisión de ultrasonidos producida por un reloj “Omega” era la causa de aquellos síntomas?

Entretanto, el agente 007 se encontraba ya subiendo por las escaleras. A paso lento para evitar los chasquidos de los tablones de madera y pistola en mano, llegó al primer y único piso, si se exceptuaba el desván. La mansión no tenía muchos niveles, pero sí unas dimensiones nada despreciables, lo que suplía esa carencia y la convertía en todo un edificio de lujo, más aún por ubicarse a escasos kilómetros del centro de Londres. Esto hizo que Bond tuviera que examinar unas cuantas habitaciones antes de dar con el despacho del doctor Stowers, lugar en el que se encontraba. Tenía un ordenador en la mesa de escritorio y estaba encendido. Sin embargo, escribía en un cuaderno.

- ¿Recetándome cianuro, doctor Stowers? – el médico, sobresaltado, levantó la mirada del papel con los ojos bien abiertos. Tardó un par de segundos en recuperarse del susto. No obstante, el temor continuó atormentándole cuando se percató de que era James Bond en persona y que le estaba apuntando con un arma. El hombre más buscado del momento amenazaba su existencia en su propia casa.

- Sr. Bond, ¿qué hace usted aquí? – le preguntó con una voz ligeramente entrecortada. Una gota de sudor recorrió las arrugas de su rostro hasta frenar su avance en su barba

grisácea mientras se quitaba las gafas que empleaba para ver de cerca. Conservaba el mismo aspecto que la última vez que Bond le visitó, a excepción, claro está, de la ropa. Si bien llevaba bata, no se trataba de su uniforme de trabajo sino una pieza de su pijama.

- Dígame usted. ¿Quién me ha tendido esta trampa? ¿Quién le sobornó para que le entregara mi ficha de identidad?

- Le aseguro que no sé de qué me está hablando.- su tono evidenciaba un aumento de nerviosismo. Movía los dedos casi de igual forma a como lo haría si tuviera parkinson. En parte, era consecuencia de su miedo, pero, en parte, también era una maniobra que le habían enseñado los guardias de seguridad para pulsar el botón que poseía el anillo de su dedo índice con su pulgar sin llamar la atención.- Lo único que sé es lo que he visto en la BBC. Ayer protagonizó una persecución por la ciudad. Parece ser que le buscan por el asesinato de un soldado de una base aérea. No sé nada más.

El Gobierno Británico debía haber omitido el robo de uranio: no convenía alarmar a la población. Mientras continuaba el interrogatorio, el reloj del vigilante pitó repetidas veces. Soltó la correa del perro y se adentró en la mansión lo más rápido que pudo.

- Le digo que no sé nada.- insistía el médico.- Me jubilé hace unos meses, le agradecería que me dejara disfrutar de mi merecido descanso.- a Bond le impresionó lo bien que mentía Stowers. Si no llega a ser por su encuentro con el guardia de la entrada, probablemente le hubiera creído. La reacción del vigilante de ir a coger su pistola como si le conociera, sin indicarle ningún tipo de advertencia del estilo de “Deténgase” o “Esto es una propiedad privada”, dejaba bien a las claras que el doctor le había puesto al corriente del enemigo a batir, tal y como había sospechado desde un principio.

- Como no me diga la verdad, le voy a obsequiar con un descanso eterno.- le advirtió nuevamente, moviendo ligeramente la pistola cuya mira señalaba su cabeza.

- ¡No se mueva! – de repente, el guardia apareció en el umbral de la estancia, apuntando a Bond en un veloz movimiento. El espía no le había oído venir. Desconocía cómo sabía que se encontraba allí, pero intuía que debía haberle advertido Stowers con alguna clase de dispositivo oculto. 007 lamentó haber cometido el error de confiarse. Debía haber tomado medidas para evitar una situación así, empezando por haber ordenado al médico que levantara las manos. También debía haber roto un par de bombillas y haber esparcido sus cristales por el suelo del piso a modo de alarma. Se había confiado en exceso y ahora podía pagarlo muy caro.

- ¡¿A qué esperas, imbecil?! ¡Dispárale! – bociferó Stowers con todas sus ganas. Casi se le salen los ojos de las órbitas. Había dado la orden expresa de que, si se trataba de Bond, dispararan a matar, sin remordimientos ni piedad, bajo cualquier circunstancia.

- Si lo haces, mataré a tu jefe. Piénsatelo dos veces.- advirtió el agente, mostrándose bastante calmado a pesar del peligro que corría su vida. Sólo una persona con una experiencia tan dilatada como la suya podría permanecer así de tranquilo, algo que, por otra parte, le permitía infundir un gran repeto e incluso temor en sus enemigos.

Nada más terminar la frase, sin dar tiempo a que el médico repitiera su última orden, pulsó el resorte de la pistola que permitía la extracción del cargador de munición. Éste cayó sobre la alfombra del suelo ante las miradas extrañadas del vigilante y el doctor. Un instante después, aprovechando la distracción, utilizó su pistola descargada a modo de proyectil, lanzándola con todas sus fuerzas en dirección a la cara de su oponente, situado

a su izquierda. El guardia llegó a sangrar ligeramente por la frente al tiempo que cerraba los ojos y le invadía un intenso dolor fruto del tremendo impacto. No fue el único suplicio, ya que, inmediatamente después, antes de que ni tan siquiera volviera a abrirlos, recibió una potente patada en las manos. El golpe hizo que su arma saliera disparada por los aires en dirección al extremo opuesto de la habitación a aquel en el que se encontraba Stowers. Golpeó unas baldas llenas de libros y cayó sobre la alfombra. Bond y el vigilante iniciaron entonces una pelea cuerpo a cuerpo ante la atónita mirada del doctor. Su rostro reflejaba a la perfección su incredulidad al contemplar cómo se había complicado la situación de nuevo. Su vida volvía a estar en peligro. Ahora dependía de las habilidades en el combate de su subordinado... a menos que lograra alcanzar la pistola sin que su adversario se percatara de ello.

Bond continuó llevando la iniciativa tras haber desarmado a su oponente, haciéndole retroceder por el amplio pasillo del piso. El guardia se defendía como podía ante semejante vorágine de puñetazos, cubriéndose la cara con los antebrazos. Harto de recibir golpes, realizó un quiebro lo suficientemente veloz como para tomar una buena posición de ataque. Ahora era su oponente quien debía defenderse, retrocediendo sobre sus pasos en dirección a la puerta del despacho. Bond no permitió esta situación mucho tiempo. Apenas unos segundos más tarde, lanzó otra ofensiva, esta vez a través de una poderosa patada a la altura del estómago. Dado que acertó de lleno en el costado izquierdo, un poco por debajo de las costillas, pudo aprovechar que su contrincante se retorció de dolor para propinarle otro puñetazo en la barbilla. Lejos de dejarle noqueado, el guardia parecía resurgir con más fuerza si cabe. Dejó a un lado su sufrimiento y sus contusiones para efectuar un potente puñetazo sobre el abdomen de su rival. Bond sintió el dolor más intenso hasta ese momento en aquel enfrentamiento, obligándole a permanecer encorvado los segundos necesarios para que su adversario le agarrara. Quería hacerle una llave. En concreto, le rodeó con un brazo la garganta al tiempo que con una pierna trataba de hacerle una zancadilla. Si conseguía tirarle al suelo boca abajo, le podría inmovilizar e intentar ahogarle con mayor facilidad.

En ese preciso instante, en el que Bond se resistía a caer sobre el parqué de madera, apareció Stowers en la puerta de su despacho. Le apuntaba con la pistola que había perdido el guardia. En un arrebato de furia, el espía empleó todas sus fuerzas para levantar a su rival con la espalda y girar 180°, intercambiando sus posiciones. De esta forma, los tres balazos que surcaron el aire se incrustaron en el cuerpo del vigilante y no en el de Bond. Inmediatamente después, el agente caminó de espaldas todo lo más rápido que pudo, empujando al médico con el cadáver hasta derribarle contra su mesa de escritorio. Aplastado bajo el cuerpo del fallecido, Stowers trató de disparar a la desesperada, pero Bond le quitó el arma de un manotazo. Agarró el cuerpo sin vida del guardia, le tiró al suelo y cogió al doctor por el cuello de su pijama, arrastrándole hasta ponerle en pie a escasos centímetros de su cara.

- Muy bien, doctor, dígame el diagnóstico que quiero saber o me verá obligado a hacerle una "operación de urgencia".- advirtió Bond en su tono más amenazador.- Mi paciencia se ha agotado, así que no me tiene más. ¿Quién está detrás de todo esto?

- ¡De acuerdo, de acuerdo, se lo diré! - cedió al fin Stowers, presa del pánico. La mirada asesina de su captor le convenció definitivamente de que lo mejor que podía hacer, por su bien, era colaborar. Eso y el hecho de que le había desarmado y se había librado de su guardia de seguridad. Le extrañó que no apareciera el otro vigilante, pero mucho se temía que debía haber corrido una suerte similar.- Lo único que le puedo decir es que un tal

“Intermediario” me pidió que robara su ficha, nada más. Me pagó en metálico y se la entregué. Eso es todo.

Bond tenía sus dudas acerca de si aquella era toda la información que le podía sonsacar, pero viendo su cara de terror y angustia, decidió que así era. Stowers no tenía nada que ver con quien le quería ver entre rejas. Era un simple compinche, como, sospechaba, también lo sería ese tal “Intermediario”. Sólo esperaba que la cadena de secuaces no fuera demasiado larga. Cuanto más tiempo tardara en descubrir al responsable, mayor era la probabilidad de que la policía le acabara atrapando.

- Descríbame su aspecto: altura, raza, color del pelo...- al menos debía obtener toda la información posible acerca de su físico para poder localizarle después. Si bien la base de datos de criminales del MI6 era la más amplia de toda Inglaterra, tipos de esa calaña, que sólo se encargaban de los trámites de las operaciones delictivas, escaseaban en ella.

- Sobre 1,80, tez negra... Tampoco le puedo decir mucho en ese sentido, iba con un pasamontañas cuando se infiltró en mi casa.

- ¿No le vio en ningún otro lugar?

- No, las dos veces que me reuní con él fue en este mismo despacho.

- ¿Tenía algún tipo de distintivo? ¿Un tatuaje? ¿Un piercing?

- No... No que yo recuerde.- el nerviosismo podía estar afectando a su memoria. No importaba: Bond ya tenía la información que necesitaba. Normalmente ya con el nombre le solía bastar para hallar a una persona. Entre las bases de datos policiales y su extensa red de contactos, disponía de las herramientas necesarias para lograrlo. Eso no quitaba, claro está, que tratara de obtener la mayor cantidad de datos posible.

- ¿Hay algo más que podría serme de utilidad? Lo que sea.

- No, nada más. Bueno, le digo otra cosa: debe protegerme de él.

- Demasiado tarde. Debió rechazar el dinero y comunicarlo a M. Si no lo hizo, es tan cómplice como él de quien desea verme entre rejas. Ha traicionado a su patria por dinero, doctor, y éso no tiene cura posible... salvo la muerte.

- ¡No, no me mate! ¡Haré lo que sea, no...! - fueron las últimas palabras de Stowers antes de caer inconsciente sobre la alfombra tras un preciso golpe de Bond en el cuello. No podía arriesgarse a dejarle sin más, ya que podía advertir a la policía de lo sucedido nada más saliera por la puerta. Tampoco quería matarlo, si bien consideraba que traicionar a Su Majestad lo merecía, sin lugar a dudas. Dejaría que las autoridades se hicieran cargo, lo que llevaría al médico a ser castigado con la cadena perpetua. Por su parte, se conformó con sancionarle con aquel susto, una broma pesada no apta para cardíacos.

El agente descendió hasta la planta baja y salió de la mansión con el alias “Intermediario” grabado en la mente. Estaba tan concentrado en pensar en cómo descubrir el paradero de su próximo objetivo que olvidó por completo que “el bueno de Sam” le estaba esperando. El rottweiler, que merodeaba por las cercanías de la portilla corredera que daba acceso a la calle, abierta en aquel momento, no tardó en ponerse a correr en dirección al espía. Si el animal hubiera sido otro guardia, hubiera expresado su extrañeza

al ver que su presa ni se inmutaba, continuando andando a paso normal. Un segundo después, accionaba el mecanismo de su reloj que emitía los ultrasonidos que tanto dolor causaban al perro. Tumbado en el suelo, se retorció de sufrimiento más aún que la primera vez por encontrarse bastante más cerca del dispositivo.

De pronto, el "Omega" emitió un pitido audible por el ser humano. La luz indicadora de que la emisión ultrasónica estaba funcionando parpadeó un par de veces antes de apagarse. Bond observó el reloj para comprobar que se trataba, como había supuesto, de que se había agotado la batería. Q le había advertido que no debía usar el emisor ultrasónico por un tiempo demasiado prolongado, ya que consumía mucha más energía que cualquier otro artilugio del reloj. El agente había tardado demasiado en acceder a la mansión, al haberse enfrentado al guardia y haber tenido que rodear el edificio para evitar ser detectado tanto por el médico como por el veterinario y el otro vigilante.

Sin pensarlo dos veces, se dio la vuelta y echó a correr en dirección a la casa. Sabía que podía pasar por encima del perro y alcanzar la salida de la finca, pero eso no le serviría de mucho, ya que el animal le continuaría persiguiendo por las aceras. Indudablemente, había tomado la mejor decisión. Al menos, en teoría.

El rottweiler, libre de molestias, recobró sus ansias de atacar cuando su presa apenas había retrocedido un par de metros. Le persiguió todo lo más rápido que sus cuatro patas le permitían, reduciendo la distancia que les separaba. Esa distancia era lo único que podía posibilitar a Bond alcanzar su meta: la cuerda de rapel. Prefería arriesgarse a subir por la tapia con la cuerda que había empleado para introducir el reloj en la propiedad que darse la vuelta y disparar al animal. A la velocidad a la que se movía, probablemente no le acertaría, y aunque lo lograra, una única bala casi seguro que no le detendría sino que avivaría aún más sus ganas de cazarle.

El agente no tenía claro que le fuera a dar tiempo. La distancia disminuía a pasos agigantados, entre otras cosas porque habían pasado del duro asfalto al resbaladizo césped, donde Bond tenía las de perder, con sus zapatos "Gucci". El cansancio, además, hacía más mella en el humano, sobre todo después de haber superado dos combates cuerpo a cuerpo hacía escasos minutos.

Cuando apenas le quedaban dos o tres metros de trayecto, el espía, para su desgracia, resbaló y cayó sobre la hierba debido a que esa parte, situada muy cerca de la esquina de la finca, permanecía húmeda al estar a la sombra de la muralla. Sin perder un instante, se giró y se puso de cara a su perseguidor, tumbado boca arriba, preparado para lo peor. El perro saltó en su dirección. Bond demostró una vez más sus buenos reflejos al efectuar una veloz patada que atinó al animal en pleno vuelo, lanzándole por los aires a un costado. Dolorido, el rottweiler trató de levantarse a la primera de cambio, pero no fue capaz. Entretanto, su presa se le escapaba: se encontraba ya agarrándose a la cuerda. El perro no quería darse por vencido, así que sacó fuerzas de donde parecía no haberlas, dejando a un lado el intenso dolor del impacto que le acababa de propinar su presa, y corrió de nuevo tras el agente. Bond subió lo más rápido que pudo con la esperanza de ser lo suficientemente veloz como para que la distancia al suelo impidiera al animal hincarle el diente a la altura de los tobillos. No fue así: el perro saltó tanto que parecía que se hubiera impulsado con algún tipo de resorte, alcanzando el zapato derecho de su presa. Por fortuna para el espía, los colmillos no llegaron a perforar ni la suela ni el recubrimiento de piel. Se alegró más que nunca de haber confiado en una marca de renombre.

Por más que sacudía la pierna con todas sus fuerzas, el animal continuaba aferrándose a su pie. No le había llegado a herir, pero sí que sentía cierto dolor muscular por tener que soportar su peso al tiempo que hacía toda clase de movimientos bruscos para tratar de tirarle al suelo. Parecía imposible liberarse de tan férrea sujeción cuando, al fin, Bond logró balancear a su captor y golpearle después contra la muralla. Dado que el perro pesaba lo suyo, no fue capaz de hacerlo con demasiada fuerza, pero bastó para quitársele de encima. Sin perder un segundo, el espía continuó con el ascenso, agarrándose con firmeza a la cuerda de rapel al mismo tiempo que se impulsaba con los pies sobre la tapia. Así logró alejarse del alcance de los sucesivos saltos que efectuó el animal, enrabiado a más no poder y ávido por mordisquear nuevamente a su presa.

Una vez llegó al borde del muro, Bond evitó con sumo cuidado las puntas de lanza, izó la cuerda y la echó por el otro lado para iniciar el descenso, operación, obviamente, mucho más sencilla. Cuando volvió a posarse sobre el suelo, se ajustó la corbata, colocó algo mejor el traje y los bajos del pantalón, y se dispuso a andar por la calle como si nada hubiera ocurrido.

- Ahora entiendo la expresión "tener muy malas pulgas".- murmuró, tan irónico como era costumbre en él. El humor era la herramienta que empleaba para relajarse tras una situación de peligro. Y la verdad es que le funcionaba muy bien. Mucho más tranquilo, ya sólo pensaba en qué iba a tener que hacer para localizar al llamado "Intermediario".

5 - CONTACTO

Su propio nombre ya le indicaba que no debía ser un “pez gordo” ni mucho menos. Casi con toda probabilidad, se trataría de un tipo de los bajos fondos, pero de poca calaña. Uno de esos que se encargaba de tareas poco remuneradas a la par que menos peligrosas dentro del mundo de los trabajos sucios, como era la de hacer de intermediario entre dos bandas. Por esta razón, había escasas posibilidades de que existiera una ficha suya en los archivos del MI6. Bond, por tanto, descartó desde el primer momento la idea de volver a solicitar la colaboración de M. Esta vez debía acudir a otra persona. Alguien que conociera muy bien ese mundo lleno de contrabando, dinero negro y delincuencia. Alguien como Adam Montgomerie.

No guardaba ningún parentesco con Colin Montgomerie, el mítico jugador de golf escocés, pero compartía con él su pasión por tan singular deporte. De hecho, a esas horas de la mañana, Bond calculaba que podría estar practicándolo. Era una de las pocas cosas que sabía de él: le gustaba jugar al golf por la mañana. Según decía, se le daba mejor acertar al hoyo en el green cuando había un poco de rocío sobre el césped.

La única ocasión que habían compartido tuvo que ver con el contrabando de armas. El caso llegó a una magnitud lo suficientemente considerable como para requerir la participación de un agente 00. Tras la investigación, Bond determinó que Montgomerie era inocente. Su delito, a priori, había sido ínfimo en esa ocasión, ya que no quedaba clara su vinculación con los auténticos beneficiarios del asunto. Le ofreció la posibilidad de continuar con su pequeño negocio de contrabando a cambio de una promesa: que le ayudara cuando lo fuera a necesitar. Adam se mostró muy dispuesto, sobre todo porque el espía le había salvado la vida durante una trifulca en el bar de su hotel relacionada con el caso.

Ésa era su tapadera. Ambos servicios le permitían llevar una buena vida, ya que eran de cinco estrellas, pero no una de lujo. Ese nivel sólo le podía alcanzar con el contrabando. Su actividad, no obstante, carecía de demasiada importancia, por lo que era fácil de ocultar de cara a las autoridades. Proporcionaba armas de fuego de bajo calibre y alguna que otra arma blanca, de modo que se podía considerar casi como un armero, porque sólo vendía a clientes individuales, en pequeñas cantidades. La diferencia con una tienda legal residía en que las marcas y modelos de su catálogo podían estar prohibidos o se salían de la gama normal, lo que incrementaba su precio considerablemente. Su negocio, por tanto, distaba mucho de los verdaderamente preocupantes, aquellos en los que las ventas se hacían al por mayor, a bandas enteras, y en los que se transportaba armamento de cualquier clase por toda la nación o incluso hacia otros países, como Irlanda o Canadá.

Antes de ir a encontrar a Montgomerie, Bond debía hacer algo antes: adquirir un nuevo traje y llevar el que tenía a la tintorería. Iba a una tan prestigiosa como lo era su sastre. Le gustaba su calidad y, por supuesto, su discreción: nadie le preguntaría nunca por qué les entregaba un traje manchado de verdín y algo de sangre mezclada con babas de perro. Pensar en lo mal que se lo había hecho pasar el animal le recordó que también debía hacerse con unos zapatos “Gucci” nuevos. Mucho se temía que, para los mordiscos que tenía los suyos, no había zapatero que pudiera arreglarlos.

Una vez dispuso de otro traje “Brioni” con su correspondiente calzado, el agente volvió a hacer uso de un taxi para llegar al campo de golf preferido de Adam: “Stoke Poges Golf Club”. También era el suyo. Era socio desde hacía unos cuantos años y siempre que M le daba vacaciones, aprovechaba para jugar algunos partidos contra cualquiera que se lo

permitiese. Mejor aún si se trataba de una soltera, claro está, ya que le podía llegar a dar mucho “juego”...

Pagó al taxista, obsequiándole con una generosa propina para compensar la enorme distancia recorrida –el campo se hallaba a casi 40 kilómetros de Londres, en la región de Buckinghamshire-, le pidió que le esperase, a cambio de otra buena suma, y accedió al establecimiento tras recibir el visto bueno del portero. No requirió mostrar identificación alguna, al igual que la mayoría de los miembros que se pasaban por allí con cierta frecuencia. Preguntó en recepción si estaba presente el sr. Adam Montgomerie. La manera tan dubitativa con la que respondió la empleada le dejó bien claro que había recibido la orden expresa de indicar que no estaba allí aunque así fuera. Bond se dirigió al césped siguiendo esa intuición, dejando antes su pistola –aquella que le había cogido a uno de los guardias del doctor Stowers- en una de las consignas para poder pasar por el detector de metales. Desde el 11J, las medidas de seguridad se habían extremado en casi cualquier establecimiento público. La recepcionista le sugirió un vestuario más adecuado, a lo que el agente respondió: “Sólo he venido a dar un paseo”.

No tardó en divisar a quien buscaba en el hoyo número 5. Se encontraba sobre el green, acompañado por otros tres jugadores, dos guardaespaldas y un caddy. Golpeó la pelota con suavidad, la introdujo en el agujero y se irguió al tiempo que realizaba un leve ademán de victoria. Fue entonces cuando observó a un tipo vestido elegantemente acercándose en la lejanía.

- ¿Es quien creo que es? – preguntó a su guardaespaldas más cercano mientras fruncía la mirada para intentar identificarle. Mucho se temía que, a sus 58 años, su vista ya no le servía como antes.

- Es el sr. Bond, señor.- le confirmó su subordinado.

- Ya sabéis lo que tenéis que hacer.- con esa sencilla indicación, los corpulentos guardias se dispusieron para el combate.- Caddy, lánzame un hierro 4 y un 5.- el joven le miró extrañado: ¿para qué podía querer dos palos al mismo tiempo? Y más aún cuando acababa de terminar el hoyo. A pesar de la sorpresa, obedeció la orden sin hacer ningún tipo de comentario. Sabía que, de lo contrario, podía perder la propina. Montgomerie los cogió al vuelo.- Tomad, usad esto.- y se los lanzó a los guardaespaldas. A falta de armas, los cogieron con sumo agrado.- Señores, me retiro. La próxima semana les pagaré lo acordado.- aseguró a sus tres rivales, contrariados ante los acontecimientos. A uno de ellos no le convencía que se marchara sin antes abonar la cantidad apostada, pero Adam se subió a su carrito motorizado a tal velocidad que no tuvo tiempo de advertir de su inconformidad.

Por su parte, Bond también torció el gesto, molesto ante la reacción del que creía que iba a ser su contacto de confianza. Sin pensarlo dos veces, echó a correr en dirección al carrito. La tarea se planteó bastante complicada. Por un lado, debía esquivar antes a los dos escoltas, armados con sendos palos metálicos. Por otro, el carrito de Montgomerie distaba mucho de lo que venía a ser el clásico carrito. Se trataba del último modelo de la compañía “Porsche” en esta clase de vehículos. Por muy increíble que pareciera, el famoso fabricante se había introducido también en los campos de golf, presentando modelos bastante más potentes de lo habitual y con una carrocería que imitaba a sus hermanos mayores. En este caso, el diseño se correspondía con el modelo “Cayenne” y el motor le permitía alcanzar los 24 kilómetros por hora. Todo un lujo, sólo para los más

exigentes. O para gente que, como Adam, necesitaba tener un modo de escaparse en cualquier momento.

Bond trató de evitar el enfrentamiento con los guardaespaldas por todos los medios, pero se interpusieron en su camino con tanta precisión como si hubieran sido jugadores de rugby. Fue incapaz de continuar corriendo en dirección al carrito de Montgomerie, que siguió alejándose a buena marcha. Lo que sí logró esquivar fueron los ataques del dúo. Uno tras otro, por medio de movimientos bruscos de cadera y torso, se libró de recibir fuertes batacazos con las barras de metal. Sabía que no iba a poder aguantar mucho en modo defensivo, así que optó por agarrar el palo de uno de ellos, deteniendo su ataque. Luego trató de dar una patada al palo del otro contrincante cuando iba en su dirección, pero le salió mal la jugada y recibió un doloroso impacto en el muslo derecho. Eso le debilitó para seguir agarrando el palo del primero, que recuperó su improvisado arma de un fuerte tirón. Un instante después, le propinaba un tremendo golpe, esta vez a la altura del abdomen. Un tercer impacto, dirigido a la cabeza, a punto estuvo de aumentar su sufrimiento e incluso de dar por concluida la pelea, pero un hábil movimiento, consistente en rodar por la hierba, le permitió sortearlo. Tras ponerse en pie de un salto, decidió dejar la lucha. A parte de que veía bastante complicada la victoria, si se entretenía con aquellos dos tipos, perdería la pista de su verdadero objetivo. Echó a correr entonces en dirección a una franja de árboles que separaba ese hoyo del siguiente. Al atravesarla, atajaría una buena porción de terreno en su intento de atrapar a Adam, que había tenido que dar un rodeo mucho mayor al ir sobre ruedas. Los guardaespaldas reaccionaron al instante, poniéndose tras su pista todo lo más rápido que eran capaces. Pero vista la distancia que enseguida les sacó su presa, quedaba claro que su fuerte no era precisamente la velocidad.

Montgomerie veía más cerca la salida de las instalaciones. Además, su confianza en sus guardias era muy alta. Sin embargo, a pesar de todo, había visto a Bond en acción tiempo atrás y sabía de lo que era capaz, por lo que seguía mostrándose nervioso y atemorizado. Cuando le vio salir de entre los árboles, su pulso se disparó hasta límites peligrosos. Ver semejante máquina de matar corriendo en tu dirección no podía causar ningún otro síntoma. Instintivamente, presionó con más fuerza el acelerador, aún sabiendo que ya le estaba pisando a fondo. Era otra consecuencia más del miedo, junto a la de dejar de mirar hacia adelante para no perder de vista a quien pretendía cazarle. Menos mal que conducía por una amplia extensión de césped. Si aquello hubiera sido una carretera convencional, ya hubiera sufrido algún tipo de accidente. También le benefició la ausencia de bunkers de arena en aquel hoyo.

Bond no tuvo ningún problema en aferrarse a las barras que componían la estructura del diminuto vehículo biplaza por su parte trasera, dada la escasa velocidad a la que se desplazaba, al menos en comparación con un automóvil normal y corriente. Veinticuatro kilómetros por hora eran una cifra asequible para alguien tan atlético como 007. No así para sus perseguidores, que, enfurecidos a más no poder, le lanzaron sus palos, al verse incapaces de alcanzarle. Exhaustos, se detuvieron a recuperar el aliento antes de continuar con la exigente carrera.

Adam trató de tirar a Bond del carrito efectuando giros bruscos, pero, a esa velocidad, apenas incomodaron al agente. Tal es así que se pasó al asiento delantero sin mayores problemas.

- ¡Pare, Montgomerie, pare! - le pidió el espía.- ¡Sólo quiero hablar!

- ¡Eso dicen todos! - fue su respuesta, al tiempo que cogía su palo de golf y le atizaba con él. Le había colocado entre las piernas para tenerle a mano en caso de que aquella situación fuera a darse, como así había sido. A Bond le pilló tan desprevenido que no pudo hacer nada por evitar el fortísimo impacto, que le alcanzó a la altura de la barbilla. La siguiente ofensiva, consistente en un no menos poderoso empujón, le hizo caer sobre el terreno, ante la ausencia de puertas. Rodó un par de veces antes de detenerse.

Dolorido en buena medida, el espía tardó unos segundos en ponerse en pie. Las caídas desde vehículos en marcha nunca eran buenas, por muy suaves que fueran, como era el caso. Además, la brecha ensangrentada que adornaba su barbilla confirmaba la dureza del golpe que acababa de recibir. Su estado de aturdimiento estaba más que justificado. No obstante, su preparación y su experiencia le permitieron ponerse a correr de nuevo antes incluso de que los escoltas llegaran a alcanzar su posición.

Entretanto, su objetivo ya se había bajado del carrito y corría todo lo que le permitían sus ancianas piernas en dirección a la salida del recinto. La recepcionista no pudo ocultar su sorpresa al ver a aquel cliente huir del lugar a esa velocidad. Mayor aún fue su asombro cuando al poco rato atravesó la estancia el tipo que había accedido al campo vestido de etiqueta. Pero lo que más la llamó la atención fue la entrada de otros dos individuos más, también trajeados, cuya corpulencia les hacía fácilmente identificables como guardaespaldas. Nunca antes había visto una persecución así. Y mucho menos en un entorno tan apacible como solía serlo aquel club de golf, donde se ganaban y perdían apuestas con toda tranquilidad. Pensó que el sr. Montgomerie debía haber perdido una suma por encima de sus posibilidades. "Las apuestas son odiosas", pensó.

El hotelero buscó con la mirada su coche en el aparcamiento unos instantes antes de continuar corriendo. Fue hacia él, se subió y le arrancó, todo con la mayor presteza que fue capaz. Bond se encontraba a apenas una docena de metros de distancia, por lo que cualquier despiste podía suponer su fin. Para su fortuna y alegría, no fue así: dio marcha atrás para sacar al vehículo de la plaza justo delante de las narices del agente. Es más, el espía tuvo que poner las manos por delante para evitar ser derribado por el maletero. Llegó a desplazarse algo más de un metro en el aire con los brazos apoyados en el portón y a punto estuvo de caer de espaldas al asfalto. Luego, el "Mercedes Benz", modelo "Clase C Berlina", le dejó atrás en un suspiro, gracias a la potencia de sus 272 CV, dejándole a merced de los guardias.

La única oportunidad que le quedaba a Bond de atrapar al empresario residía en la estructura del aparcamiento: sólo disponía de una única salida y, para llegar a ella, Montgomerie debía recorrer medio recinto, dada su forma elíptica. El agente pasó de un carril a otro, corriendo entre las dos filas de coches aparcados en la parte central, y se tiró al suelo en mitad de la última de ellas. Apuntó con su reloj hacia adelante y activó el láser que incorporaba justo antes de que pasara el "Mercedes" a toda velocidad, manteniéndolo paralelo al suelo. Las dos ruedas de ese lado explotaron por efecto del haz de luz roja. El incrédulo conductor, incapaz de asimilar lo sucedido, trató por todos los medios de no perder el control del vehículo. Pero resultó algo completamente imposible. Las llantas empezaron a emitir sendos chorros de chispas al arañar el asfalto, obligando al vehículo a torcer su trayectoria hacia ese lado. La colisión subsiguiente contra uno de los coches aparcados produjo un estruendo audible en un amplio radio. El impulso era tal que propició, además, un segundo impacto entre el vehículo golpeado y su adyacente. El humo brotó del capó en apenas unos segundos. Adam yacía bastante aturdido sobre el airbag, que le había evitado una peligrosa contusión frontal contra el volante.

Mientras se recuperaba, uno de sus escoltas agarró a Bond por la espalda nada más éste se levantó del suelo, sujetándole ambos brazos para que su compañero pudiera atizarle sin dificultad alguna. El espía se esforzó todo lo que pudo por liberarse de la llave, pero entre el cansancio que acumulaba de haber corrido tanto y la musculatura de su oponente, no obtuvo ningún resultado. Así, nada evitó que recibiera un potente puñetazo en la boca del estómago, lo que le dejó sin aliento unos instantes al tiempo que le invadía un intenso dolor. El mero hecho de inclinarse hacia adelante para reprimir el sufrimiento en la medida de lo posible, le dio la idea para zafarse de su rival: al erguirse, lo hizo con rapidez y brusquedad, golpeando la nariz de su adversario con su cabeza. La fuerza fue tal que se la rompió. El guardia se llevó las manos a la cara, presa del dolor, liberando así a Bond. El agente pudo entonces defenderse del siguiente ataque de su compañero e, inmediatamente después, contraatacar. Primero le propinó un golpe en el abdomen, provocándole una sensación similar a la que él seguía sintiendo, y luego le dio un gancho a la altura de la barbilla. El guardaespaldas demostró su fortaleza física cuando aguantó el impacto sin caer al suelo. Bond le dio otro puñetazo en la cara, pero con el otro brazo. Volvió a resistir. Finalmente, le agarró de un brazo y le lanzó contra su compañero con todas sus fuerzas. Ambos, al fin, yacieron sobre el asfalto tras el encontronazo, el uno sobre el otro, lamentándose de sus magulladuras y contusiones.

Entretanto, Montgomerie había conseguido abrir la puerta y salir del coche por su propio pie. Aún seguía bastante aturdido, pero no lo suficiente como para impedirle avanzar en dirección a un taxi que divisó en el propio aparcamiento, aquel que había empleado Bond. Apenas dio un par de pasos cuando 007 le agarró y le llevó con rudeza hacia el vehículo. Le subió a los asientos traseros y ordenó al conductor que pusiera rumbo a la calle Langham, en pleno centro de Londres, ya que allí se encontraba el hotel de Adam.

- Tiene media hora para decirme todo lo que quiero saber.- le dijo el agente con firmeza y cierto aire de amenaza. Era el tiempo aproximado que tardarían en llegar a su destino.

- No creo que sea el mejor lugar...

- Sí, lo es.- le interrumpió, secamente.- No sé si se habrá enterado, pero estoy en busca y captura. Un vehículo en movimiento es el mejor lugar.- antes de proseguir con la conversación, se dirigió al taxista. Probablemente fuera el motivo por el que Montgomerie no quería hablar allí.- Usted, ¿cómo se llama?

- Tony.

- Bien, Tony, le daré una propina de 500 libras si no cuenta a nadie nada de lo que ha presenciado u oído hoy, ¿de acuerdo?

- Entendido.- respondió con la mejor de las sonrisas. Era una cifra increíble. Es más, nadie antes le había entregado tanto dinero como aquel tipo trajeado. Sin duda, era su día de suerte.

- Ahora, sr. Montgomerie, dígame cómo puedo contactar con "el Intermediario".- le preguntó, sin más dilaciones y en su tono más serio e intimidador.

- ¿"El Intermediario"? No conozco a nadie con ese alias.- respondió, con gesto de extrañeza.

- Miente.- le replicó Bond al mismo tiempo que le daba un puñetazo en el estómago. Si había algo que se le daba especialmente bien al espía, era saber con certeza cuándo

alguien le estaba intentando engañar. El hotelero se quejó, y con razón, de la punzada de dolor que recorrió su cuerpo. Respiró hondo antes de volver a hablar.

- ¡Vale, vale, se lo diré! Como ve, soy un anciano débil y fácil de convencer.- afirmó, sonriente, en un tono que denotaba comicidad. En parte, tenía su gracia: sólo había resistido un único golpe y ya había tirado la toalla. Se tomó un momento más para recuperarse.- Pero quiero que me asegure que no se entrometerá en mis asuntos. Sabe que mi negocio es minúsculo y carece de relevancia. Quiero que todo siga como está.

- No me interesa en absoluto su negocio. Como ya le dije en el club, sólo quiero hablar, nada más. Me prometió su colaboración para lo que necesitase aquella ocasión en la que salvé su vida, pero ya veo que no tiene buena memoria.

- Lamento habérselo puesto tan difícil, sr. Bond, pero comprendame. Usted es un fugitivo. Si le ayudo, me convertiré en cómplice, seré investigado a fondo y puede que mi negocio salga a la luz. No puedo arriesgarme así porque sí a perder lo que tantos años de esfuerzo me ha costado conseguir.- Adam siguió con su explicación. Quería justificar su conducta para ganarse la confianza de su interrogador y evitar a toda costa otro doloroso golpe.- Además, en un primer momento pensé que venía a arrestarme. Después de lo de la última vez, había muchas posibilidades de que sus jefes le hubieran ordenado terminar con mi negocio.

- Su negocio no corre peligro en absoluto. Ahora, dígame, ¿cómo puedo contactar con el "Intermediario"?

- No puede...- se tomó una pausa antes de terminar su respuesta.- ...pero yo sí.

6 - INTERMEDIARIO

A Bond le estaba empezando a preocupar su situación económica. Los dos trajes "Brioni", el hospedaje, los taxis, los pagos de favores... sumaban ya una cantidad considerable. El dinero en metálico obtenido aquella afortunada noche en el casino estaba llegando a su fin. Era el único del que disponía. No necesitaba ir a ninguno de sus bancos para comprobar algo que sabía de antemano: en casos como el suyo, una de las primeras medidas que se tomaban era cerrar las cuentas bancarias. Todo un problema porque, además, era muy probable que la policía también hubiera incautado la caja fuerte de su casa cuando la registraron aquella noche. El abanico de opciones de conseguir más capital se reducían a tan sólo dos: pedir un favor a alguien de confianza o infiltrarse en su propia casa para acceder al lugar donde ocultaba algunos fondos más. De momento, tenía para aguantar un par de días, siempre y cuando evitara el lujo al que estaba acostumbrado. Había cometido el error de intentar llevar su vida tal y como lo hacía antes de aquella peliaguda situación -a excepción del hospedaje-, pero a partir de aquel momento se iba a tener que mentalizar a conformarse con productos y servicios de baja calidad en todos los ámbitos.

Desconocía cómo lo había hecho, pero no le importaba. Montgomerie había concertado una cita con el "Intermediario", quien puso las condiciones de hora y lugar. Eso era lo único que le interesaba: verle en persona para poder interrogarle acerca de quién estaba detrás de todo aquello. Para alegría del agente, su deseo se vería cumplido esa misma noche, a la 1 de la madrugada, en un callejón sin salida situado cerca del mítico parque "Hyde Park", conocido especialmente por "Speaker's Corner", donde la gente puede exponer sus ideas con toda libertad cada domingo. Bastaba subirse a alguna caja o estrado similar para ello, lo que justificaba que el orador pudiera hablar con total inmunidad, ya que no estaba pisando suelo inglés al hacerlo.

No era de extrañar que el "Intermediario" se hubiera decantado por una ubicación como aquella. Alejada de cualquier posible testigo, tétrica... y perfecta para una trampa. Bond pensaba que era del todo imposible que pudiera ser una emboscada. Carecía de motivos, a menos, claro está, que se hubiera enterado de su alianza con Montgomerie, cosa muy poco probable, dado el escaso tiempo transcurrido. O que hubiera algo más entre ambos. ¿Se podrían haber puesto de acuerdo para atraparle? ¿Querría el "Intermediario" librarse de Montgomerie por alguna razón? Las posibilidades eran infinitas, por lo que prefirió dejar de reflexionar acerca de la situación. En principio, lo más probable era que el "Intermediario" fuera allí para obtener un nuevo trato, sin más. En cualquier caso, debía mantenerse en alerta por lo que pudiera pasar.

Bond acudió al sitio una hora antes para inspeccionarle. Quería tener claras las salidas, la estructura del lugar, posibles posiciones donde alguien pudiera haber instalado un rifle de francotirador, etc. También debía hallar un buen escondite. Había acordado con Montgomerie que irían cada uno por su lado para evitar que el "Intermediario" notara algo sospechoso y decidiera marcharse. Su norma principal, de hecho, establecía que en la reunión sólo podía haber dos personas: quien requería de sus servicios y él.

Tras mucho meditarlo, 007 optó por ocultarse bajo un todoterreno que había aparcado en esa misma acera y, además, justo en frente del callejón. Nadie se fijaba en un lugar así, fuera a parte que el contraste con la luz de las farolas le convertía prácticamente en una sombra. Disponía, por tanto, de una visibilidad insuperable, como si estuviera dentro del propio lugar. Sólo le encontraba una pega a tan perfecto escondite: se iba a manchar su traje casi con seguridad.

Montgomerie llegó un par de minutos tarde, a bordo de un taxi. Probablemente lo hizo adrede para no tener que esperar al "Intermediario". Le ponían muy nervioso las esperas en ese tipo de encuentros. Accedió al callejón, tras haber echado un vistazo a los alrededores para asegurarse de que nadie le observaba al hacerlo. Por supuesto, no se percató de la presencia de 007, preguntándose dónde se habría ocultado. Caminó a través del estrecho pasillo, cuyo ancho debía rondar los 3 ó 4 metros y cuya longitud se situaba en torno a los 20. Avanzó hasta superar la mitad del recorrido, que terminaba en un muro de unos 5 metros de altura. La oscuridad en aquella zona era tal que apenas se discernían las paredes del suelo. Era normal. Dadas las dimensiones del lugar, no había espacio para farola alguna, de modo que la única luz procedía de la acera. Las condiciones, por tanto, alentaban al miedo, como así lo demostraban las gotas de sudor que empezaron a recorrer la frente del hotelero. Sólo había tratado una única vez con el "Intermediario" y no estaba acostumbrado, ni mucho menos, a ese tipo de reuniones. Lo normal, en su caso, era que sus clientes de armas ilegales se hicieran pasar por clientes del hotel, por lo que siempre les atendía en las habitaciones del mismo, asegurando la discreción y la comodidad al mismo tiempo que se minimizaban los riesgos. Quedar en un callejón sin salida le parecía una pésima idea... a menos, claro, que se tratara de una trampa. No había motivos para pensar en aquella posibilidad, pero al menos se le pasó por la cabeza por lo obvio que resultaba. En cierto modo, estaba tranquilo: tenía a Bond de su lado. Ocurriese lo que ocurriese, disponía de un buen guardaespaldas. Y eso era lo único que le hacía dejar a un lado la tensión del momento y mantener la calma. O al menos en parte.

No bastó, sin embargo, para que se llevara un susto de muerte cuando oyó una voz a su espalda. Se dio la vuelta y apenas distinguió una silueta situada cerca del muro

- Hola de nuevo, sr. Montgomerie.- era el "Intermediario". Su voz, algo ronca, era inconfundible y por eso le reconoció. Por lo demás, llevaba similar indumentaria a la anterior ocasión: un pasamontañas negro sobre la cabeza, un abrigo negro, un pantalón negro... La única diferencia residía en que llevaba gafas de sol. Así pues, apenas se le podía distinguir de las paredes. Casi formaba parte de la oscuridad misma del lugar. Tal es así que Bond no detectó su presencia. Tampoco oyó su tenue voz.- ¿Qué puedo hacer por usted?

- Eeeeh... Quería... Quería... formalizar un trato... para... - la tensión hacía mella en el hotelero como nunca antes en su vida lo había hecho. Las preguntas "¿dónde se encontraba su guardaespaldas?" o "¿cuándo tiempo tendría que fingir antes de que acudiera al lugar?" le atormentaban sobremanera. Estaba descubriendo en qué consistía tartamudear.

- ¡No tengo todo el día! ¡O te aclaras o me largo!- le interrumpió secamente el enmascarado delincuente, elevando considerablemente su tono de voz. Eso permitió llamar la atención de Bond, quien no tardó en salir de debajo del todoterreno y acceder al pasadizo, extrañado al observar que su objetivo había accedido desde el interior y no desde la acera.- ¿Quién anda ahí? - preguntó el "Intermediario", desconcertado.

- Sólo quiero hacerle una pregunta.- fue la escueta respuesta del agente.

- ¡Ha incumplido las normas, Montgomerie! – gritó, enfurecido a la par que alterado, señalándole con el dedo.- ¡Lo pagará caro! – lo siguiente que hizo fue llevarse las manos a los bolsillos y sacar de ellos dos pequeñas esferas metálicas. 007 ya sabía de qué se trataba antes de tocaran el suelo: bombas flash, diseñadas para generar un fogonazo

cegador. Su efecto era aún mayor en un sitio tan oscuro como aquel. Era la distracción que se utilizaba en operaciones de asalto. En este caso, el "Intermediario" la requería para huir del lugar sin ser visto. Pero para su desgracia, la previsión y buenos reflejos de su contricante le chafaron el plan. El espía, que lo había sospechado desde el momento en que se percató de que su rival llevaba gafas de sol, se puso un brazo delante de los ojos los instantes que duraba la emisión lumínica mientras echaba a correr en dirección al criminal. Adam, por su parte, sólo pudo gruñir y quejarse de la molestia ocular. Así, sólo Bond pudo ver con claridad la trampilla secreta que empleaba el mediador para pasar al otro lado del muro que cerraba el callejón. Incluso llegó a ella antes de que su presa le cerrara. Era una pequeña sección de ladrillos falsos, situados a ras de suelo, que giraban de igual forma que lo hacía una puerta. Viendo que no iba a poder detenerle, el "Intermediario" cesó en su empeño de cerrar la abertura y continuó su huída a la mayor velocidad que le permitían sus piernas. Bond hizo lo mismo nada más atravesar el estrecho hueco.

La persecución a pie tenía visos de terminar en apenas unos segundos, ya que el perseguido entró en un coche situado muy cerca de ese otro callejón en el que se encontraban. Era un "Volkswagen New Beetle Cabriolet" descapotable. Abrió sus puertas con el mando que incluían sus llaves, arrancó y pisó a fondo, rezando para que no se le calara en el intento. Se alegró de haber seguido a rajatabla sus estrictas normas, como la de aparcar en doble fila para permitir las huídas rápidas en caso de apuro. Para su desgracia, no fue suficiente tal precaución, ya que su perseguidor logró saltar encima de la capota. Más bien se tiró en plancha, aferrándose como pudo a sus laterales y soportando a duras penas la fuerza del acelerón que dio su conductor. Éste, consciente de la presencia del agente, comenzó a efectuar giros bruscos, eses y arriesgados adelantamientos. Su conducción podía haber servido de ejemplo para todas las clases posibles de conducción temeraria, pero, aún así, Bond logró seguir agarrado. Sus piernas se zarandeaban con tal brusquedad que en más de una ocasión se vio obligado a sujetarse con una sola mano, incapaz de hacer frente a semejantes embestidas. Parecía imposible que fuera a durar mucho, pero lo cierto es que la capota le permitía asirse con más fuerza de lo que le hubiera permitido un techo metálico.

El "Intermediario" no estaba dispuesto a que aquella situación se prolongara por más tiempo. Discurrió entonces la manera en que podía librarse definitivamente de su adversario: puso rumbo al túnel más cercano. Por unos momentos, dejó de moverse alocadamente. Bond aprovechó para descansar y situarse en mejor posición. También intentó avanzar hacia la parte delantera de la capota para luego intentar acceder de alguna forma al interior del vehículo. Pero la visión de un túnel aproximándose, le quitó la idea de la cabeza.

No había que ser demasiado listo para adivinar las intenciones del conductor: iba a volver a efectuar giros bruscos en abundancia, pero esta vez haciendo chocar el automóvil contra la pared del túnel. De esta forma, si Bond no evitaba que sus piernas se zarandearan, podría raspárselas gravemente. O incluso se podría dar el caso de que la propia capota se las aplastara. El plan del "Intermediario", por tanto, tenía muchas posibilidades de tener éxito.

Nada más acceder al túnel, el "New Beetle" se introdujo en el carril contrario –el derecho– para, justo después, dirigirse velozmente hacia la pared del otro lado. Semejante colisión propició que 007 no pudiera evitar que su cuerpo se desplazara hacia ese costado. El espejo retrovisor voló por los aires. Las chispas surgieron a millares, como si de un soplete en uso se tratara, a lo largo de toda la carrocería, al mismo tiempo que los

pantalones de Bond, por la parte de su pierna izquierda, se hacían trizas. Su piel se llenó de rasponazos a la altura de los tobillos. El dolor fue lo suficientemente intenso como para hacerle proferir algún que otro gruñido. Menos mal que pudo volver a la parte central de la capota al poco tiempo, de modo que las heridas carecieron de demasiada gravedad.

Se preparó para la siguiente embestida. El conductor siguió la misma estrategia: giró bruscamente hacia el carril derecho, en un momento en el que no pasaba ningún otro vehículo, y volvió al izquierdo hasta colisionar contra la pared de ese lado. La maniobra le salió tan bien que su oponente a punto estuvo de verse atrapado entre las ventanillas y el hormigón, movido por el impulso del desplazamiento. Sólo su sangre fría y sus reflejos le permitieron impulsarse contra la propia pared para evitar el desastre. No obstante, eso no sirvió para impedir que volviera a rasparse y con mayor dureza. Esta vez las heridas abarcaron su muslo y rodilla izquierdos. Brotó más sangre que en la anterior vez. En consecuencia, le invadió un dolor más intenso. Su grito desgarrador dejaba bien claro su sufrimiento.

El "Intermediario" se disgustó al ver que el túnel estaba llegando a su fin y aún no había logrado librarse de su perseguidor. Éste intentaba sacar fuerzas de donde parecía no haberlas para seguir aguantando en tan peligrosa posición.

- ¿Cómo no se me había ocurrido antes? - se preguntó el conductor una vez su coche volvió a verse iluminado por las farolas. Pulsó un botón del salpicadero y surgió un ruido robótico al tiempo que la capota comenzaba a deslizarse en dirección al maletero. El espacio al que se estaba aferrando Bond se reducía sin cesar. Pensó en que podía ser su oportunidad para acceder al interior del vehículo, pero entonces su rival volvió a efectuar toda clase de violentas maniobras, lo que sumado al pliegue de la capota, que continuaba su avance de forma constante, ajena a los volantazos, le complicó la ya de por sí delicada situación. De hecho, acabó cayéndose por la superficie del maletero en dirección a la matrícula trasera. Trató por todos los medios de agarrarse a algo, pero le fue totalmente imposible. Al menos, en la parte superior, porque finalmente logró asirse a los bajos del "New Beetle" una vez tocó el asfalto.

El riesgo y la dificultad no podían ser mayores. Se encontraba de espaldas al suelo, sujetándose al borde de la carrocería, por su cara interior, con una sola mano. Había tenido unos reflejos de lince para meter la mano por debajo del chasis nada más golpearse contra el suelo. Un logro que, sin embargo, le hacía dudar sobre si era lo que debía hacer. El rozamiento, si bien no era tan dañino como el que sufrió contra la rugosa pared del túnel, dado que el asfalto era completamente liso, le estaba causando bastante dolor, especialmente en la pierna herida, que no contaba con la mínima protección de la ropa. Debía pensar en una solución pronto.

Afortunadamente, así fue: metió la mano que le quedaba libre -la derecha- en el interior de la chaqueta y extrajo una pistola "Walther P22". Le había pedido una a Montgomerie, ya que la que tenía la había dejado en la consigna del campo de golf, y ése era el único modelo de la marca "Walther" del que disponía su nuevo aliado. Hubiera preferido una "PPK" o una "P99", sus favoritas, pero se tendría que conformar con aquella. Apuntó entonces a la rueda trasera más asequible de disparar, es decir, la del lado izquierdo del vehículo. Debido al movimiento, no le resultó fácil. De hecho, erró el primer intento, de modo que la bala se incrustó en el alquitrán. El "Intermediario" se sorprendió al oír el disparo. Había sonado demasiado cerca. Miró por los alrededores pero no había nadie mínimamente sospechoso en aquella calle. No le dio importancia. En ningún momento pensó en que Bond pudiera continuar aferrado a su coche. Hasta que oyó un segundo

tiro. Miró por todos los espejos retrovisores, pero seguía sin advertir de la presencia del espía. Lo que sí advirtió fue un empeoramiento drástico de la maniobrabilidad del automóvil. Se torcía ligeramente hacia la izquierda. Además, sentía que la velocidad disminuía. Apenas tuvo tiempo de adaptarse a la nueva conducción cuando un tercer disparo la volvió a complicar. Se había reventado la otra rueda de ese costado. El "New Beetle" giró bruscamente hacia la izquierda. Su conductor dio un volantazo hacia el lado opuesto, pero no pudo evitar que acabara colisionando contra una fila de coches aparcados. El impacto resonó a lo largo de la calle. Su cuerpo se desplazó hacia adelante, rebotando contra el airbag que acababa de inflarse. A Bond le hubiera sucedido lo mismo, con la diferencia de que se hubiera golpeado contra el parachoques, si no llega a ser porque se soltó del automóvil nada más pinchar el segundo neumático. Ahora se encontraba corriendo cerca de la acera en dirección a su presa mientras ésta trataba de recuperarse de su aturdimiento.

En el momento en el que el delincuente se disponía a abrir la puerta, alguien lo hizo por él. Le agarró y tiró de él con fuerza hasta sacarle del vehículo. Le tumbó sobre el asfalto y le puso una rodilla sobre la garganta.

- Bien, "Intermediario", ahora me vas a decir todo lo que quiero saber.- apretó un poco para demostrarle que iba totalmente en serio, que no iba a tener piedad alguna a la hora de estrangularle.

- Nnnnnng... - trató de hablar pero, sin oxígeno, le fue imposible. Su captor aflojó la presión.- ¡¿Quién eres?! ¡¿Qué quieres?! - le respondió, nervioso, presa del miedo.

- Respuesta incorrecta.- le indicó Bond al mismo tiempo que le volvía a hincar la rodilla. El criminal llevó sus manos a la pierna del agente en un gesto desesperado por volver a respirar. Sus aspavientos no le iban a servir más que para aumentar su pánico. 007 era un experto en llaves de ese tipo gracias a su preparación en judo y artes marciales, de modo que su rival tenía muy pocas posibilidades de librarse de él. Le soltó, dándole otra oportunidad de colaborar.

- De acuerdo, de acuerdo, ¿qué quieres saber? - susurró, entre jadeos.

- Quiero que me digas quién anda detrás de todo esto, quién te contrató para sobornar al doctor Stowers. Y, por favor, no me digas lo típico: "No sé de qué me estás hablando", "No conozco a ningún Stowers"... Lo tengo todo muy visto. La verdad o la muerte, tú decides.

- Está bien. El hombre al que busca se llama...- en este preciso instante, una sonora sirena enmudeció al aterrado mediador. Se trataba de un coche patrulla de la policía local. Alguien debía de haber advertido del accidente.- Se lo diré si me ayuda a escapar.- Bond, lleno de rabia por la desafortunada coincidencia, se vio obligado a aceptar su propuesta. Aquel nombre era de vital importancia para su investigación. Era posible que no tuviera otra oportunidad como aquella de descubrirle.

- ¡Vamos! - le gritó, agarrándole de la ropa para ponerle en pie y forzándole a correr a su lado en dirección a la bocacalle más cercana. La policía llegó justo a tiempo de verles doblar la esquina, así que no se detuvo ante el destrozado "New Beetle" sino que prosiguió su marcha en esa dirección. Ver a dos tipos huyendo de un accidente era demasiado sospechoso como para no hacer nada al respecto. La pareja de gendarmes pensaron en que debían de ser un conductor borracho y su amigo, dado que era lo más habitual en la madrugada del sábado al domingo. Nadie se hubiera imaginado, ni por un

momento, que se trataba del fugitivo más buscado del momento acompañado de un delincuente de poca monta.

- ¡Por aquí! - le ordenó Bond, señalándole un estrecho callejón. Su anchura debía ser inferior a un metro, lo que les iba a obligar a desplazarse un tanto ladeados.

- ¡No tiene salida! - indicó el "Intermediario", negándose a entrar. Había un muro de unos 3 metros de altura en el otro extremo.

- ¡Vamos, confía en mí! - vociferó el espía, agarrándole por un brazo y tirando de él hacia el interior del pasadizo. Así, la policía tuvo que detener el vehículo y continuar con la persecución a pie. Bond, entretanto, continuó con su plan. Una vez llegó a la pared que les bloqueaba el paso, apoyó ambas piernas en las fachadas de sendos edificios. Ayudándose también de las manos, fue ascendiendo a buen ritmo tal y como lo habría hecho un ninja o un militar en su misma situación. Su entrenamiento en ambas especialidades le ofrecía soluciones para obstáculos como aquel. Apenas tardó unos segundos en alcanzar el borde superior de la tapia.- ¡Átate a la muñeca! - fue su siguiente orden tras lanzarle la cuerda de rapel que incluía su reloj. Le faltaba el gancho - le había utilizado para introducirse en la finca del doctor Stowers- y disponía de unos pocos metros, pero le bastaba para llevar a buen puerto su objetivo. En cuanto su compañero se la ató, uno de los policías accedió al callejón y le gritó que se detuviera. Bond saltó entonces al otro lado del muro, por lo que el "Intermediario" ascendió rápidamente y él redujo su velocidad de descenso, evitando cualquier daño al posarse en el suelo. El mediador se tumbó sobre la tapia, se agarró por el otro lado y Bond se ofreció para que pisara sobre sus hombros antes de saltar al suelo.

Una vez localizaron un lugar más seguro –otro callejón- en el que continuar la conversación...

- ¿Y bien?

- Se lo diré si jura dejarme marchar.

- Por supuesto, no es a usted a quien busco.- la respuesta le resultó convincente al "Intermediario", si bien le costaba creerle. Al fin y al cabo, casi le mata durante el recorrido en coche, tenía motivos para querer deshacerse de su persona. De hecho, Bond pensaba para sus adentros lo mucho que ansiaba acabar con aquel tipo, aunque sólo fuera por venganza. Se podía decir que había aceptado a regañadientes.

- Vale. Se llama Peter Whitman. No le puedo decir más.

- Seguro que sí.- le contestó al tiempo que le agarraba del brazo, evitando que se fuera.- Descríbamele.

- Alto, cabello moreno, bigote, delgado pero de constitución fuerte, rostro anguloso, rasgos duros. Mantenía una compostura muy firme, la típica de la clase alta.

- O del ejército.- añadió el espía.

- Podría ser.- nada más pronunció aquel par de palabras, Bond tiró de su pasamontañas negro, descubriendo su rostro de tez oscura.- ¡¿Pero qué hace?! – gruñó, enfadado a más no poder. Había desvelado su identidad con aquel veloz movimiento.

- Si te he encontrado esta vez, puedo hacerlo de nuevo. Y con más facilidad, ahora que he visto tu cara, así que no vuelvas a meterte en mis asuntos, ¿queda claro?

- De acuerdo. Devuélveme mi pasamontañas.- así lo hizo. Luego, cada uno se fue por su lado.

Podría ser una simple coincidencia sin fundamento, pero a 007 le vino a la mente una persona: el jugador al que derrotó en el casino la noche anterior. Se llamaba Peter y encajaba bastante bien con aquella descripción. Además, recordó que se había disculpado para efectuar una llamada telefónica. ¿Habría avisado de su presencia a la policía? Si había sido así, era él quien estaba detrás de la infiltración en la base militar. Nadie se podría haber percatado de ello salvo quien lo hubiera planeado, ya que apenas habían pasado unos minutos desde que se produjo el asesinato del soldado y el hurto del uranio. Era la única justificación lógica a que la policía acudiera con tan asombrosa prontitud al establecimiento. Puede que fuera una coincidencia sin fundamento, pero, ciertamente, encajaba y sólo por eso, opinaba que le merecía la pena continuar investigando en esa dirección.

Pidió un taxi y puso rumbo a su odioso y repugnante hotel. No es que le apeteciera dormir o que tuviera sueño, ni mucho menos. La razón de su regreso era bien distinta: requería utilizar su ordenador portátil para averiguar dónde residía ese tal Peter Whitman. Aprovecharía, de paso, para curar sus heridas, pero lo que más le impulsaba a mantenerse despierto eran las abundantes posibilidades que tenía de terminar con aquella trama esa misma noche.

7 - FIESTA

Lo que más odiaba Bond de su trabajo era resultar herido, no por el hecho de sentir dolor durante la pelea o el enfrentamiento en cuestión sino más bien por lo que venía después: la curación. Ahí el dolor parecía intensificarse, sobre todo si alguien se encargaba de curarle. Por eso, y porque acudir a un servicio médico en el campo de operaciones era demasiado arriesgado, prefería recuperar su estado físico por sus propios medios. Se alegró sobremanera al descubrir que al menos el botiquín del cuarto de baño de la habitación era bastante decente. No obstante, se hubiera sentido más satisfecho si hubiera tenido a su disposición el kit médico que le otorgaba el MI6 y que guardaba en el maletero de su destrozado coche.

Afortunadamente, no tenía más que rasponazos y magulladuras leves, así que en pocos minutos terminó la tarea. Ahora el problema residía en que tenía la ropa hecha trizas, especialmente los pantalones. Su falta de recursos le obligó a recurrir al smoking que llevaba en el casino la noche anterior. A esas horas de la madrugada de la noche del sábado, apenas llamaría la atención.

Encendió el ordenador portátil y accedió, vía satélite, a la base de datos criminal. A ésta sí tenía acceso, al contrario que la de los empleados del MI6, de modo que no requería de la colaboración de M. Por supuesto, eso no quitaba para que tuviera ciertas restricciones propias de su rango, pero era más que probable que pudiera leer la ficha de ese tal Peter Whitman. Era de suponer que tuviera un expediente limpio, dado su estatus social, si bien Bond sabía muy bien -mejor que nadie- que, en muchas ocasiones, las apariencias engañaban.

En efecto, así era. La información referente a su persona sólo constaba como posible sospechoso en un asunto de contrabando de armas, pero nunca se había demostrado su culpabilidad. Ni en esa ni en ninguna otra materia. Estaba limpio. Además, ninguno de los datos allí expuestos le relacionaba con él. Entonces, ¿qué motivo oculto podía tener para querer verle entre rejas? ¿Quizá porque resultaba creíble que Bond consiguiera robar uranio con tanta destreza y perfección? ¿Pero por qué él y no cualquier otro agente 00? ¿Podría ser porque era el único con rango de Comandante en la Marina, lo que le capacitaba para acceder a aquella sala de armamento nuclear? Fuera por lo que fuese, debía interrogarle, al igual que había hecho con el doctor Stowers primero y con Adam Montgomerie y el "Intermediario" después.

En principio, parecía ser el último eslabón de la cadena, dado su poderío económico. Era el máximo dirigente de una flota de buques dedicados al transporte de gas natural licuado (GNL) en la línea rusacanadiense, que atravesaba, en parte, el Polo Norte. La tapadera perfecta para traficar entre ambos países, pasando incluso por Inglaterra, dado que ahí se encontraba su astillero principal. El nombre de la compañía, en un alarde de originalidad, era "Whitman Corporation". Pero aquellos datos le traían sin cuidado a 007. Lo único que requería saber era, obviamente, la dirección de su casa. Quería hacerle una visita esa misma noche.

- A "Paradise Village", por favor.- indicó al taxista. Odiaba no poder contar con coche propio, pero sabía que, aún habiendo conservado el "Aston Martin Aventajado", se hubiera tenido que deshacer de él igualmente. Como fugitivo que era, utilizar siempre el mismo coche no le convenía para nada. Y más aún tratándose de un modelo tan exclusivo.

Una vez llegó a su destino -una de las urbanizaciones más lujosas de todo Londres-, se asombró de las dimensiones de la vivienda del empresario. Las de su finca tampoco eran nada desdeñables, sobre todo si se tiene en cuenta que estaba a muy pocos kilómetros del centro de la ciudad. Tal es así que no le extrañaría que tuviera piscina o alguna pista deportiva. El lujo se hacía notar ya en la calidad de los muros de piedra que la rodeaban y de la puerta metálica que permitía el acceso y que conducía a la entrada principal del edificio, donde había una rotonda provista de una fuente y un aparcamiento. Todo ello adornado con setos y árboles cuidadosamente podados.

Como era de esperar, había una pareja de guardias uniformados vigilando ese umbral. Se podía aventurar, sin necesidad de realizar ni una sola comprobación más, que las medidas de seguridad iban a ser mucho más sofisticadas y numerosas que las de la propiedad del doctor Stowers.

Por suerte, se estaba celebrando una fiesta en aquellos momentos, lo que le podría facilitar bastante las cosas. Su atuendo era muy adecuado. Sólo le faltaba la disculpa para entrar en el recinto a una hora tan avanzada. La idea le vino nada más salir del taxi, al observar a una limusina a la espera de que se abriera la puerta corredera con motivo de abandonar la propiedad. Se colocó entre dos coches aparcados y se dispuso a cruzar por delante de la trayectoria del vehículo, simulando un atropello. Le salió una interpretación tan verosímil -rodó por el capó y cayó con brusquedad al asfalto- que el conductor no dudó en detenerse para atenderle.

- ¡Señor, ¿se encuentra bien, señor?!

- Uuugh... lléveme... - Bond continuó con la farsa, haciendo creer que estaba tan aturdido y lesionado que le costaba articular las palabras.- Lléveme... a la casa... de Peter... de Peter Whitman... Soy amigo suyo.

- ¿Pero no cree que sería mejor que le llevase a un hospital?

- No... - se tomó otra pausa.- Necesito... unas pastillas... para el corazón. Las he perdido... me dirigía a su casa... sé que tiene.

El chófer obedeció la petición sin hacer una sola pregunta más. Le cogió en brazos y le sentó junto a la pareja que esperaba expectante en los asientos traseros. Dio la media vuelta en la propia calle, aprovechando que no venía ningún otro vehículo, y volvió a solicitar la entrada a la propiedad de Whitman. Los guardias no requirieron volver a consultar la lista de invitados, ya que acababan de permitirles salir hacía unos minutos. Ni siquiera comprobaron quiénes ocupaban los asientos, tal y como había previsto Bond, de modo que su presencia permaneció oculta tras los cristales tintados del lujoso automóvil. Estaba dentro.

Mientras recorrían el camino que daba a la rotonda de la fuente, Bond desenfundó su pistola, escondida en el bolsillo interior del smoking, y les amenazó con usarla si no seguían sus instrucciones. Lo único que quería era que le dejaran frente a la puerta de entrada y que se marcharan justo después. A partir de ahí, volvería a improvisar.

El dependiente encargado de dar la bienvenida y despedir a los invitados a la entrada de la mansión se sorprendió al ver que la limusina continuaba su marcha nada más dejar a su pasajero. Sin embargo, se mostró rígido e impávido, tal y como lo exigía su puesto, así como ni se le pasó por la cabeza saciar su curiosidad preguntando al recién llegado. Al contrario que en otro tipo de lugar, la labor de otorgar el acceso no caía de su cuenta. Esa

tarea estaba asignada a los vigilantes de la portilla metálica. Por tanto, Bond sabía de antemano que iba a poder entrar sin problemas.

- Buenas noches, señor. Le informo de que los invitados se encuentran en estos momentos en la sala de juegos, la segunda puerta a mano derecha. Espero que la fiesta sea de su agrado.

- Gracias.- Bond siguió la indicación y entró en la estancia, dejando a un lado una impresionante escalera de caracol que conducía a los pisos superiores. Se trataba de una habitación de grandes dimensiones exquisitamente decorada con tapices, cuadros y lámparas de estilo clásico. Por extraño que pareciera, daba la sensación de mayor amplitud por dentro que por fuera del edificio. Las paredes disponían de grandes ventanales que hacían las veces de puertas que daban al jardín. Dada la baja temperatura del exterior, estaban todas cerradas, lo que había propiciado que el ambiente estuviera un tanto caldeado. Le sorprendió, sin embargo, el hecho de que no había ni rastro de humo. Nadie en la sala fumaba. Debía ser una de las normas del anfitrión, sin duda. Se alegró de haber dejado tan nocivo vicio. Le solía apetecer echar un par de cigarros o algún que otro puro en las fiestas. Curiosamente, fueron los diagnósticos del doctor Stowers los que le convencieron definitivamente de que debía dejarlo. Su rendimiento en el trabajo era de vital importancia para él, no sólo por sus ansias de conseguir el éxito en todas y cada una de sus misiones sino también porque su vida dependía muchas veces de su estado de forma.

- ¿Señor... Bond? – le preguntó Peter Whitman en un tono dubitativo y con los ojos entrecerrados, como si le estuviera costando reconocerle, mientras dejaba a un lado la partida de billar en la que participaba. No era nada habitual jugar a ese juego en ese ámbito social, otro aspecto realmente llamativo junto al de la prohibición de fumar.

- Sí, el mismo.

- ¡Vaya, no recordaba haberlo invitado a mi fiesta! Menuda memoria la mía. ¡Y eso que nos conocimos ayer mismo, en el casino “The Unique”!- en efecto, no le había invitado, pero 007 se aprovechó de la circunstancia.

- Lamento haber llegado tan tarde. Me entretuve en una ruleta un tanto... traicionera.- el agente recalcó esta última palabra, como si hiciera mención a la situación por la que pasaba. Le encantaban los dobles sentidos en sus conversaciones. Siempre intentaba sacar de quicio a sus rivales con unas frases punzantes o unos buenos comentarios sarcásticos.

- Bah, no se preocupe. Aún queda mucha fiesta por delante. Precisamente en estos momentos estábamos terminado las partidas de billar americano para pasar al billar francés. ¿Ha jugado alguna vez al billar francés, señor Bond?

- Sí, un par de veces, pero dudo que esté a su altura o la de sus invitados.

- No sea modesto, seguro que no juega tan mal. Bueno, caballero, -se dirigió a su oponente.- ¿terminamos la partida?- Peter volvió a mirar a la mesa, se colocó en posición y golpeó la bola blanca con el taco de manera sutil. Rodó lentamente hasta el lado opuesto, chocó contra la bola negra y ésta se coló en el agujero de esa esquina.- ¡Parece que he vuelto a ganar! – entonó, lleno de alegría, poco antes de recibir un buen fajo de billetes por parte de su disgustado adversario. A Bond le preocupaba que hicieran apuestas incluso en el billar. Apenas le quedaba dinero en metálico y mucho menos para

derrocharlo en un juego. Debía conservarlo para pagar el alojamiento, la comida y demás a lo largo de los días que tardase en descubrir al culpable de su situación. Mucho se temía que no le iba a quedar más remedio que entrar al trapo para mantener las apariencias. Y también se temía que iba a perderlo todo, dada la habilidad que parecía caracterizar a Whitman. “He vuelto a ganar”, había dicho. ¿Cuántas veces se había hecho con la victoria aquella noche? 007 sólo tuvo que contemplar los rostros de disgusto de los invitados para hacerse una idea de hasta qué punto llegaba la destreza del anfitrión con los tacos.

- Le reto al mejor de tres sets, sr. Bond.- le indicó una vez le condujo hasta la mesa de billar francés. Al contrario que la americana, la francesa tenía la particularidad de carecer de agujeros en sus laterales. El juego consistía en conseguir que la bola del jugador golpeará una bola roja y otra amarilla mediante todo tipo de carambolas. La dificultad que entrañaba le había hecho quedar en segundo plano frente al americano, mucho más popular.- Sé que habitualmente se juega al mejor de 5 sets, pero aquí solemos jugar a 3 para que no se haga demasiado largo. ¿Le parece bien?

- De acuerdo.

- Bien.- se giró para ir a coger los tacos, pero a medio camino se dio la vuelta para dirigirse de nuevo a Bond.- Por cierto, tenemos la costumbre de apostar. Lo hace mucho más interesante. ¿Qué tal 50 libras por carambola y 100 libras por set?- teniendo en cuenta que cada set se componía de 15 carambolas, la partida podría llegar a alcanzar una suma bastante elevada: 2.450 libras en el mejor de los casos, es decir, si uno de los jugadores no consiguiera ningún punto.

- Me parece bien.- respondió Bond, muy a su pesar. Tenía todas las de perder, pero, como era habitual en él, lejos de caer en el desánimo, se propuso esforzarse al máximo. Se crecía ante los retos y, gracias a ello y a su destreza, en parte innata, en parte fruto de su entrenamiento militar, solía obtener muy buenos resultados en las más diversas disciplinas.

- Para no complicarlo en exceso, solemos jugar en la modalidad que consideramos más sencilla: la de Banda. Por tanto, su bola deberá tocar al menos uno de los laterales para que la carambola sea válida. Dicho esto, creo que no se me olvida nada más; puede empezar, sr. Bond.

El espía tomó su palo, se inclinó y golpeó con delicadeza. Logró que la bola blanca tocara tanto la roja como la amarilla, pero le faltó rebotar contra una de las bandas, así que su jugada no puntuó. Turno de Whitman. Puso el taco casi en vertical sobre la bola amarilla – otra diferencia con el billar americano es que cada jugador golpeaba a una bola distinta- y la golpeó de tal forma que la hizo girar y girar por el tapete justo en la dirección que necesitaba: dio a la roja, luego a una banda y, por último, a la blanca. Primera carambola del anfitrión; primeras 50 libras que ganaba. Uno de los dependientes contratados para la fiesta se encargó de manejar el marcador, consistente en un casillero colgado de la pared, en el que se indicaban los 15 puntos y los 5 sets a los que se podía optar en una partida.

Dado que había puntuado, Whitman volvió a tirar. Y volvió a lograrlo. Parecía imposible que fuera capaz de hacer carambola, puesto que la posición de las tres bolas era bien complicada, pero su dominio a la hora de dar efecto a su bola amarilla era realmente increíble. Muchos de los presentes no pudieron ocultar su cara de asombro. Otros reflejaron una mezcla de desagrado y hastío ante la superioridad del anfitrión. Debían ser

sus amigos más cercanos, aquellos que le acompañaban más a menudo y que estaban cansados de ver siempre el mismo resultado.

Bond logró puntuar por vez primera cuando su adversario ya llevaba seis carambolas. Aún se estaba acostumbrando a la manera tan especial de jugar a esa modalidad de billar. Al contrario que en el "pool" americano, en aquel era de vital importancia otorgar a la bola de cierta rosca. Las líneas rectas apenas tenían utilidad. Todo dependía de realizar rebotes curvilíneos contra las bandas. Tampoco se premiaba la habilidad de efectuar tiros potentes con precisión, puesto que tan sólo había que tocar dos bolas y no había que desplazarlas para colarlas en agujeros. El agente enseguida comprendió por qué aquel billar era tan relativamente desconocido. Parecía destinado sólo a los profesionales o a los más expertos. En el billar americano bastaba un poco de práctica para alcanzar cierto nivel, lo que le había convertido en el rey de los bares de todo el mundo.

- Quince a dos a favor del sr. Whitman.- indicó el encargado del marcador a los pocos minutos. Eso suponía que Bond ya había perdido la nada despreciable cifra de 750 libras. Y aún faltaban dos sets más, a menos, claro, que fuera derrotado de nuevo. Estaba estipulado que el perdedor de un set tenía derecho a sacar en el siguiente, así que fue 007 quien tiró primero.

La partida pintó algo mejor para el espía en aquella segunda ronda. Si bien su contrincante había conseguido puntuar cinco veces consecutivas, al menos Bond había logrado tres tantos y veía más claras las jugadas. También comenzaba a notar un mayor dominio de los efectos y las roscas. Tal es así que, por primera vez en lo que iba de partida, consiguió ponerse por delante en el marcador: nueve a ocho.

El set estaba reñido. No hacía falta observar la partida para saberlo. Bastaba ver la atención que estaban prestando los invitados. Muchos dejaron lo que estaban haciendo para seguir de cerca el encuentro. Probablemente era la primera vez en mucho tiempo que alguien hacía sudar al anfitrión en su juego predilecto. Algunos incluso empezaron a hacer apuestas a favor de Bond, algo insólito.

- Quince a trece a favor del sr. Bond.- exclamó el encargado del marcador. Tuvo que emplear un tono de voz bastante más elevado que de costumbre, dado el murmullo que generaba la multitud. Nunca antes, o al menos en mucho tiempo, se había congregado la totalidad de los asistentes en torno a la mesa de billar francés. La expectación de la gente, sumada al hecho de haber perdido aquel segundo set, derivó en un aire de nerviosismo en Whitman. Sus ganancias habían disminuido hasta las 550 libras. Claro que el dinero no era lo que más le importaba en aquel momento. Lo que más le preocupaba era perder su estatus de invicto, de maestro del billar. El prestigio para con los suyos era una de las cosas que más valoraba de su existencia y eso le estaba sometiendo a una presión muy alta.

- Le felicito, sr. Bond. He de admitir que me ha sorprendido la rapidez con la que ha dominado el juego.- Whitman ocultaba su rabia tras una máscara de educación.

- Sí, la verdad es que no se me ha dado mal en este segundo set. Espero seguir así en el tercero.- le respondió con la mejor de sus sonrisas mientras ponía algo de tiza en su taco. Sabía que, en el fondo, le estaba molestando sobremanera que un novato le estuviera venciendo.

Peter se dispuso a iniciar la última ronda. Golpeó su bola amarilla y logró que colisionara tanto con la blanca como con la roja, tras haber rebotado con la banda derecha. Primer

punto. Disponía de otro tiro. Aunque era bastante más difícil, volvió a puntuar. Y así lo hizo hasta ni más ni menos que en seis ocasiones. Ocho a cero indicaba el marcador. Ya tenía media partida ganada. Recuperó un poco la calma. Volvió a mostrarse algo más sereno, si bien la presión le seguía atormentando considerablemente en su interior.

Al fin era el turno de Bond. Se pensó muy bien su jugada antes de ponerse en posición. La colocación de las tres bolas no era nada favorable. Además, debía evitar fallar lo menos posible. Si su oponente seguía mostrándose tan certero, podía perder en apenas un par de rondas. Una vez vislumbró la trayectoria más adecuada, efectuó el tiro. A punto estuvo de conseguirlo, pero su bola se quedó a escasos centímetros de la roja. Le faltó esa pizca de suerte que se debe tener en cualquier juego o deporte.

Volvía a ser el turno de Whitman. El público, al igual que 007, esperaba que fracasara, pero, de nuevo, el anfitrión logró la carambola. Es más, puntuó en otras dos ocasiones. El marcador señalaba once a cero a su favor. A falta de cuatro puntos, pudo relajarse un poco más y ni siquiera se disgustó, ni en lo más mínimo, cuando falló el cuarto tiro. Veía la victoria tan cercana que se permitió una sonrisa.

Bond, por su parte, se mostraba serio y preocupado, si bien no le importaba tanto la derrota como a su rival. Aunque perdiera quince a cero, disponía de suficiente capital para asumir la apuesta. Siempre le disgustaba en gran medida salir derrotado en cualquier tipo de competición, pero en aquel caso, en el que se trataba de una disciplina que apenas había practicado, no le otorgaba tanta relevancia. En ese aspecto, contaba con ventaja respecto a Whitman, pues jugaba sin presión alguna.

Así pues, se dispuso a golpear la bola blanca con toda la tranquilidad del mundo aunque con el esfuerzo que era habitual en él. Había calculado meticulosamente las diferentes posibilidades de acertar a las otras dos bolas y sabía por dónde debía impulsar a la blanca para que siguiera la trayectoria deseada. El resultado, para su fortuna, fue el que esperaba. Primer punto para él en aquel tercer y último set. Quería repetir la hazaña un par de veces más para tratar de alcanzar a su adversario, pero, tal y como quedaron situadas las tres bolas, lo veía bastante complicado. No lo era, quizá, para alguien tan experto como Whitman, pero para su escaso domino, era un listón muy alto. Demasiado alto.

Para su sorpresa, y la de los allí presentes, lo logró. Y no sólo eso: consiguió puntuar otras diez veces más antes de fallar. El marcador volvía a estar tan igualado como en la anterior partida: doce a once a favor de Bond. Whitman no daba crédito a lo que veían sus ojos. El sudor recorrió su frente como nunca antes lo había hecho en lo que iba de partida. De ver la victoria a un paso a verla peligrar era un cambio tan chocante que le alteró hasta límites insospechados. Su rostro parecía el de otra persona. El público, por el contrario, se sentía alegre y realmente interesado por la vibrante partida. Volvían a sentir la emoción por aquel juego, una emoción que parecían haber olvidado por culpa de la maestría que caracterizaba al invencible Whitman.

Era el turno de éste. Podría hacerse con el triunfo si efectuaba con éxito cuatro carambolas consecutivas. Logró la primera. Logró la segunda. Logró la tercera. Fue en ese momento cuando el desánimo regresó a los rostros de los invitados. Bond también se temía lo peor. No se podía decir que su oponente lo tuviera fácil. La ubicación de las bolas distaba bastante de cualquier carambola asequible. Al menos, para un jugador medianamente experto. De cara a Peter, todos pensaban que era muy capaz de conseguirlo. En una partida cualquiera, era muy probable que lo hubiera logrado, pero en

aquella, en la que la presión le impedía concentrarse como era debido, falló estrepitosamente: se le deslizó el taco de las manos. Las tenía tan sudorosas que no pudo evitarlo, golpeando su bola amarilla de una forma poco ortodoxa. No llegó a golpear a ninguna de las otras dos bolas.

Era el turno de Bond. Esta vez, debía acertar. Y tres veces seguidas, nada menos. El resultado catorce a doce a favor de Whitman no le dejaba otra opción. El anfitrión había fallado una ocasión clara, pero sería de extrañar que le volviera a suceder. Era como si un atleta se tropezara cuando le quedaban diez metros para llegar a la meta. O como si un futbolista chutara fuera con la portería vacía. Era de ese tipo de errores que se veían muy de vez en cuando y mucho menos en la misma partida. Bond debía conseguirlo en ese turno o lo pagaría caro –y nunca mejor dicho.

Al contrario que su rival, el espía se concentró plenamente. Jugaba sin ningún tipo de presión ante un público desconocido que, además, le apoyaba. Pensó en todas las posibilidades para su siguiente tiro. Se podía considerar sencillo, si bien, para su escaso nivel, cualquier carambola suponía todo un esfuerzo. No obstante, estaba sorprendido, al igual que los asistentes y el propio Whitman, de la rapidez con la que había adquirido cierto dominio en un juego tan exigente. El hecho de haber ganado un set al imbatible Peter en su primera partida así lo atestiguaba.

Se dispuso a tirar. Impregnó el taco de tiza. Se inclinó, deslizó lentamente el palo entre los dedos y golpeó a la bola blanca por un lateral para que tomara el efecto deseado. Giró sobre sí misma al tiempo que se movía en dirección a la bola roja. La golpeó y siguió moviéndose hacia una de las bandas. Rebotó y siguió girando, como si de una peonza se tratara. Avanzó lentamente y rozó con suavidad a la bola amarilla. Decimotercer punto. Le faltaban dos.

El público se mostraba inquieto e impaciente por ver el siguiente tiro del desconocido a la par que habilidoso jugador. Estaba ansioso por ver la cara que pondría el anfitrión al ser derrotado por vez primera en los últimos años. Y, por supuesto, muchos deseaban que así fuera por ganar las apuestas, superiores, en la mayor parte de los casos, a la que habían acordado Bond y Peter.

El agente se dispuso para la segunda de las tres carambolas consecutivas. Parecía algo más fácil que la anterior, pero, de nuevo, su escasa experiencia le impedía discernirlo con claridad. Estudió detenidamente las diversas opciones. Banda derecha, roja, amarilla. Amarilla, banda izquierda, roja. ¿Cuál era más factible? Una vez se decidió, apuntó con el taco a la parte de la bola blanca que requería dar para conseguir la trayectoria adecuada. Pensó unos instantes en la fuerza con la que la iba a golpear mientras, como era costumbre en casi todos los jugadores, deslizaba el taco hacia delante y hacia atrás entre sus dedos. Finalmente, golpeó la bola, con la esperanza de cumplir el objetivo. La bola blanca avanzó por el tapete verde hasta colisionar con la bola amarilla. Gracias a la rosca que la otorgó, retrocedió por la misma zona por la que se había desplazado en un principio hasta rebotar contra una de las bandas estrechas. Ese mismo efecto propició que la trayectoria tras el impacto contra el borde fuera la adecuada: rumbo a la bola roja. Sin embargo, parecía fallar un último aspecto –la fuerza–, de modo que daba la sensación de que no iba a llegar a tocarla. La bola blanca fue perdiendo velocidad cuando se encontraba a escasos centímetros de su meta particular. Daba la sensación de que la gente había dejado de respirar en aquellos emocionantes momentos. Whitman no pudo evitar apretar los dientes. Incluso, en un acto de impaciencia, agarró con más fuerza su taco. Entonces, la bola blanca rozó levemente a la roja. Decimocuarto punto para su

oponente. Estaban empatados. Y lo peor de todo es que aún no le tocaba tirar. Bond estaba a una carambola de hacerse con una victoria cuando menos impresionante e inesperada, sobre todo de cara a los amigos más allegados de Whitman, que no daban crédito a lo que estaban presenciando. Ahora sí que veían peligrar sus apuestas, dado que lo habían hecho a su favor, confiados de su impecable estadística.

El espía se dispuso a preparar el que podía ser el último tiro de la partida. Caminó unos pasos alrededor de la mesa, tratando de dar con la mejor combinación. Fue en ese momento cuando su adversario se le acercó.

- Sr. Bond, si me permite un consejo...- en ese momento, posó sus manos en el pecho de su rival. Parecía un gesto casual, pero 007 se dio cuenta de que no era así: quería palpar los bolsillos interiores de la chaqueta de su smoking. Lo normal, en ese caso, hubiera sido apoyar una mano en un hombro o un ademán similar.- ¿Pero... qué lleva usted ahí? – en un rápido gesto, introdujo su mano izquierda en el interior de la chaqueta y extrajo la pistola de Bond.- ¡Seguridad, este hombre está armado! – casi al mismo tiempo que los asistentes emitían un murmullo a medio camino entre la sorpresa y el pánico, Bond agarró la mano de Whitman con la que sostenía el arma y le golpeó con ella en la cara para, justo después, efectuar un fuerte tirón del cañón de la misma, recuperándola. Sin dudarlo un segundo, le rodeó el cuello con su brazo derecho y le apuntó en la sien con el izquierdo, manteniéndole de espaldas a su cuerpo. Era la única forma que tenía de evitar ser apresado por los guardias de seguridad.

Pensando por un momento en la situación, no se podía creer que su rival se hubiera valido de aquella artimaña con tal de evitar la derrota. De esa forma, le había dejado claro que era él quien estaba detrás de la trampa. Había sido capaz de descubrirse con tal de seguir permaneciendo invicto en su juego favorito. Sólo así se explicaba que supiera que portaba un arma. Por tanto, había fingido todo lo referente al olvido de su invitación de la noche anterior. Y era más que probable que la teoría de Bond fuera cierta: cuando se levantó de la mesa del Bacarrá en el casino, lo había hecho para telefonar a la policía. Por alguna razón que aún desconocía, aquel tipo le quería ver entre rejas. Podía haber contratado a un asesino a sueldo o a un mercenario, pero su objetivo no era quitarle la vida sino llevarle a prisión, quizá para encubrir al verdadero culpable del robo de uranio, quizá por alguna clase de venganza personal. Eso era lo único que le quedaba por desvelar: sus motivos.

Así pues, podía afirmar, con cierta certeza, que el “Intermediario” le había dado el nombre correcto. La descripción física coincidía a la perfección. Las intenciones eran de lo más sospechosas. Peter Whitman era el hombre que buscaba, a falta de comprobarlo con un buen interrogatorio.

8 - SECUESTRO

Pero ahora lo que menos le preocupaba a Bond era interrogar a Whitman. Primero debía escapar de aquella encerrona, utilizando para ello a su enemigo, irónicamente. Le sujetaba con fuerza mientras esperaba a que llegaran los últimos guardias de seguridad. Quería ver a cuántos se enfrentaba al tiempo que estudiaba la situación. También era una manera de intentar movilizar a los dos que custodiaban la portilla de acceso a la finca, como así fue. Eso sí, no podía esperar demasiado tiempo. La policía debía estar de camino, alertada por los propios guardias o por cualquiera de las docenas de invitados allí presentes, con sus teléfonos móviles.

La sala disponía de dos puertas. Cada una de ellas contaba con dos vigilantes. Uno de ellos era aquel que le dio la bienvenida en la puerta de la mansión. Los tres croupiers, entre los que se incluía el encargado del marcador de puntos del billar francés, también iban armados. Siete pistolas contra una. Si los invitados se hubieran puesto a apostar, pocos lo hubieran hecho a favor de Bond. Era una situación realmente delicada para el espía.

- No tiene escapatoria, sr. Bond. Ríndase o mis hombres le abatirán.

- Dudo que lo hagan, estando usted en la trayectoria de las balas.- y así era. Ninguno de los subordinados de Whitman se atrevía a amenazar a su captor o hacer nada más que no fuera guardar la posición y apuntar con sus "Berettas". Bond comenzó entonces a moverse lentamente en dirección a la pared frontal del edificio, aquella que daba a la entrada de la finca. Las siete "Berettas" giraron, manteniéndole en su punto de mira. Pero, de nuevo, ninguno de sus portadores se atrevió a apretar el gatillo. El objetivo se cubría muy bien tras su jefe. Una vez llegó hasta su destino, apoyó su espalda contra la puerta de cristal de ese lado que daba acceso al jardín. Soltó por un momento a su presa y así pudo abrirla.

- ¡Estúpidos, teníais que haber controlado todas las salidas! - les gritó Whitman, enfurecido a más no poder. Sus siete guardias admitieron con sus rostros el tremendo error que habían cometido, pues se habían dedicado a bloquear únicamente las puertas que comunicaban con el interior de la casa.

Bond obligó a su rehén a correr a lo largo de la finca, en dirección a la portilla, soltándole. De esta forma, quedó de espaldas a los guardias, que no tardaron en perseguirle y dispararle. El agente les devolvió el fuego y acertó a dos de ellos mientras continuaba con la huída. Whitman no pudo ocultar un gesto de sorpresa al comprobar la eficacia del espía. Luego se tornó en uno de pura rabia y decepción, al ver que sus subordinados no eran capaces de acertar a su secuestrador.

- ¡Al caseto de vigilancia! ¡Vamos! - le ordenó Bond. Era el destino más lógico: debía accionar la portilla al mismo tiempo que protegerse de los disparos. No obstante, 007 dudaba de la resistencia de sus paredes, dado que eran de madera, pero a falta de algo mejor, se tuvo que contentar. Tal era su desconfianza que agarró a Whitman por la nuca y le aplastó contra la pared. Si algún casquillo la traspasaba, su rehén le detendría.

- ¡No disparéis! - gritó a duras penas, con la boca aplastada lateralmente contra los tabloncillos. Para su fortuna, las tres o cuatro balas que se incrustaron contra la madera antes de que sus hombres obedecieran la orden, no llegaron a atravesarla. Entretanto, Bond había pulsado un botón -aquel que accionaba la portilla-, comenzando a deslizarse con la lentitud propia de ese tipo de mecanismos. Poco después, el agente salió del

caseto, con Whitman debidamente agarrado delante de él. Caminó hacia atrás como había hecho en la mansión, atravesó el umbral y pasó a la acera de la calle. Un par de transeúntes contemplaron la escena, atónitos en algunos casos, aterrados en otros. En cualquier caso, todos se alejaron del lugar lo más rápido que pudieron, aunque sin llamar demasiado la atención, es decir, andando a buen ritmo más que echando a correr.

Cuando de verdad huyeron a toda prisa, avivados por el pánico, fue cuando oyeron tres tiros: Bond había disparado contra las tres farolas de esa parte de la acera. Sus perseguidores, precavidos -sobre todo después de haber perdido a dos compañeros- se detuvieron en la portilla, tras la protección del muro que circundaba la finca. Se asomaron unos segundos después. La oscuridad había invadido el lugar. Apenas se distinguían las siluetas de los coches aparcados con la luz de las farolas de la acera de enfrente, de modo que eran incapaces de discernir a su objetivo y su jefe. Recorriendo lentamente la zona, comprobaron que, en efecto, habían desaparecido en las sombras.

Lo único que les llamó la atención fue el hecho de ver un contenedor de basura fuera de su sitio, concretamente en mitad de la acera y con uno de sus laterales estrechos de cara a ellos. Se aproximaron a él con suma cautela. La oscuridad reinante les impedía ver si había alguien escondido detrás. Entonces, de repente, sus ruedas emitieron un desagradable chirrido. Empezó a desplazarse en su dirección con gran presteza. Fue de menos a más a una velocidad realmente increíble. Tal es así que el primero de ellos, incapaz de esquivarlo, recibió un potente golpe que le tiró al suelo, a un lado, quedando aturdido justo después, al darse con la cabeza contra el capó de uno de los vehículos aparcados. Sus cuatro compañeros sí lograron apartarse, aunque no sin dificultad. Pero cuando parecía que el peligro había pasado, una ráfaga de disparos les abatió en una rápida sucesión. No daban crédito de la procedencia de las balas: la parte trasera del contenedor, es decir, el lado opuesto a aquel que esquivaron. Bond había abierto un boquete en ese lateral mediante el láser que incorporaba su reloj "Omega". Luego había empujado el contenedor y se había introducido en él, tumbado de espaldas, una vez había dejado atrás a sus enemigos. El factor sorpresa, unido a la falta de iluminación, le dieron la victoria, tal y como había planeado. Whitman, que había sido obligado a meterse en el contenedor muy a su pesar, no pudo ocultar su asombro ante tan magnífica proeza.

El único inconveniente que tenía su plan era la inevitable colisión. Recorrió toda esa acera, que se correspondía con el contorno de la finca, y botó sobre el asfalto al pasar por encima del bordillo. Llegó hasta el otro lado de ese paso de cebra y colisionó bruscamente contra el otro bordillo. Tal es así que el contenedor volcó con violencia. Incluso una de las sujeciones de las ruedas se partieron. Bond y Whitman se vieron envueltos en una vorágine de bolsas de basura. El agente perdió la pistola en uno de los golpes. Una vez se detuvo el contenedor, su rehén no tardó en luchar contra él, propinándole una fuerte patada. Así se inició un peculiar combate en el que apenas había espacio y mucho menos visibilidad. 007 optó por salir del habitáculo por la misma abertura que él había creado, en cuanto pudo quitarse de encima al magnate. Whitman dudó entre ir a por él o buscar la pistola. Se decantó por la segunda opción. Sabía que no iba a ser rival para un experimentado agente doble cero como aquel. La suerte estuvo de su parte: a pesar de la escasísima iluminación, logró palpar y coger el arma.

- ¡No te muevas! – amenazó a Bond, apuntándole con ella desde el interior, aunque con el brazo sobresaliendo del recipiente. El espía estaba sorprendido, tanto por el hecho de que la hubiera encontrado como por haberlo conseguido en tan poco tiempo, apenas unos segundos, justo lo que tardó en recobrase de los golpes sufridos.

Y entonces apretó el gatillo. Sin pensarlo dos veces. Sin dar ni una sola oportunidad a su notable rival. Sin piedad. Apuntando a la cabeza. Todo estaba a su favor para acabar con la vida de su secuestrador. Todo salvo que el arma carecía de balas. O quizá estuviera atascada. Accionó el gatillo varias veces, con creciente nerviosismo, pero no surgió ningún fogonazo. Bond simplemente se acercó, le propinó una patada a la altura de la mano con la que sujetaba la pistola, desarmándole, y luego le agarró y le sacó del contenedor con brusquedad, tirándole sobre la acera.

- Veo que no has contado las balas que he gastado.- le dijo Bond.- Es una suerte que yo sí.- ahora entendía Whitman por qué su oponente no se había preocupado por recuperar el arma. Le había tendido una trampa muy eficaz. No dejaba de sorprenderse ante la habilidad de su captor.

Ahora el problema para Bond estaba en cómo continuar reteniendo a su rehén. Mucho se temía que se iba a ver obligado a noquearle y cargar con su cuerpo, ante la falta de otra arma con que amenazarle. Le agarró de nuevo, le puso en pie, de espaldas a él, y le dio un golpe a la altura del cuello, por un costado. Whitman se desplomó sobre sus brazos, inconsciente. El espía le cargó sobre sus hombros y rodeó el contenedor para alejarse del lugar. Fue entonces cuando vio que en el suelo, a escasos centímetros del recipiente, había una joven en el suelo. Yacía inerte y presentaba algo de sangre en la frente. Era obvio que debía haber sido golpeada por el contenedor en su rápido desplazamiento. Bond dudó entre atenderla o continuar su huída. La policía estaría al llegar. Su rehén no tardaría en recobrar la consciencia. Pero sus remordimientos le impidieron marcharse. Se introdujo en un callejón, donde dejó a Whitman en el suelo, volvió a por la chica y la llevó al mismo lugar con motivo de examinarla. Tenía que saber que se encontraba bien, que podía prescindir de tener que llevarla a un hospital. Su ética así se lo dictaba.

De repente, antes de que pudiera hacer ni una sola comprobación sobre su estado, la mujer abrió los ojos de par en par y, en un veloz movimiento, le clavó las uñas de la mano derecha a la altura del pecho. Bond no se explicaba en ese instante, en el que el dolor se adueñó de su persona, cómo era posible que le llegara a atravesar un material tan débil. Pronto discernió que se trataba de unas prótesis metálicas y de punta afilada. Su aspecto apenas se distinguía de unas uñas normales y corrientes, pero, en realidad, poseían un filo tan eficaz como lo podía ser el de una navaja. Su pintura violácea también contribuía al engaño. Lo más sorprendente de todo ocurrió justo después, cuando se le empezó a enturbiar la visión. Una sensación de mareo le invadió en cuestión de décimas de segundo. Finalmente, sin haber tenido tiempo ni tan siquiera para sujetar a la chica o para preguntarla sobre sus intenciones, cayó inerte sobre ella.

9 - CONDENADO

Bond se alegró en suma medida al abrir los ojos y percatarse de que no estaba muerto. La chica debía haberle inyectado algún tipo de somnífero de efecto rápido a través de sus uñas. Precisamente lo primero que vio fue la belleza de aquella mujer. Él se encontraba tumbado sobre una alfombra. Ella estaba de pie, acompañada por Whitman y el único vigilante que había sobrevivido a los certeros ataques del espía: aquel que fue arrollado por el contenedor de basura y acabó golpeándose con la cabeza contra el capó de un coche aparcado. De ahí que llevara una venda alrededor de las sienes.

Se trataba de una joven de unos 18-20 años, calculaba. Cabello pelirrojo. Mirada intensa, color castaño. Figura delgada, bastante alta y de atractivas curvas. De aspecto inocente, quizá debido a las dos coletas que adornaban su cabeza. Su ropa también se correspondía con ese estilo juvenil tan de moda: botas de cuero, pantalones vaqueros "shorts" y una camiseta rosa que mostraba una iconografía de índole infantil –animalitos varios- al mismo tiempo que exponía su ombligo. En suma, un vestuario provocativo como pocos. A Bond personalmente le gustaban las mujeres algo más maduras y elegantes, pero, como todos en el Servicio sabían, no le hacía ascos a prácticamente ninguna clase de fémica. En otro lugar y en otro momento, podría haberla acompañado bajo las sábanas sin objeción alguna.

Pero lo que más le llamó la atención fue que carecía de cualquier tipo de herida en la frente. En el pequeño intervalo que había dedicado a estudiar el estado de la joven antes de que le clavara sus peculiares uñas, había observado una considerable cantidad de sangre en esa parte de su cuerpo. Quedaba claro, por tanto, que estaba compinchada de alguna forma con Whitman y sus hombres. Por su edad y por su posición respecto al magnate -a su lado, prácticamente codo con codo-, era más que probable que fuera su hija.

Ladeó la cabeza y observó a un dúo de gendarmes acercándose. Le levantaron y le pusieron esposas.

- Nos volveremos a ver, Whitman. Délo por hecho.- le aseguró Bond, convencido de sus posibilidades. Su tono y su rostro denotaban una furia realmente amenazadora, enmascarando su preocupación: ahora le iban a acusar no sólo de traición a la patria sino también de asesinato y secuestro.

- Lo dudo, sr. Bond. Le espera una larga temporada entre rejas. Adieu! – los agentes le sacaron de la mansión y le condujeron a los asientos traseros de un coche patrulla. El espía aprovechó el tiempo que tardó el vehículo en llegar a la comisaría principal de Londres para reflexionar sobre lo ocurrido.

Se preguntaba quién era aquella joven pelirroja. Tenía todas las papeletas de ser la hija de Whitman, tanto por la edad como por haberse situado tan cerca de él durante su arresto. También podría ser una especie de escolta personal, pero sería de extrañar con esa vestimenta, esa edad y mucho menos con ese cuerpo tan esbelto y carente de musculatura. Decididamente, tenía que ser su hija. En cualquier caso, su ardid había sido perfecto: hacerse la víctima. Se debía haber dado la casualidad de que volvía a casa cuando vio el tiroteo. No tuvo más que tumbarse en el suelo junto al contenedor de basura volcado para engañarle. La sangre la podía haber obtenido a partir de ketchup de algún bar o incluso de alguno de los cadáveres que había dejado 007 a su paso durante el intervalo en el que éste se peleaba con el magnate en el interior del recipiente. Una excelente táctica, más aún teniendo en cuenta su corta edad.

Constituía otra prueba más de que Whitman estaba detrás del complot contra su persona. Y lo había logrado. Había conseguido llevarle ante las autoridades. Aún desconocía sus motivos. Eso era lo que más le disgustaba. ¿Se trataría de algún tipo de venganza personal? Le extrañaría, ya que no le conocía de nada. ¿Le había utilizado por ser un agente 00 con autorización para acceder a salas de armamento nuclear? Era la posibilidad más probable, puesto que sus compañeros del Servicio carecían de ese privilegio. Bond le poseía únicamente por haber llegado al rango de Comandante en la Marina. También le resultaba chocante que tuviera tanto afán en que fuera encarcelado. Normalmente, sus rivales le querían ver muerto. Pero, como había oído alguna vez, “hay cosas peores que la muerte”, y una de ellas era pasar un par de décadas entre rejas. Sobre todo para alguien tan activo como 007, que no cesaba de viajar por todo el mundo, conocer nuevos clubs y casinos y disfrutar de docenas de mujeres.

Dado que era la madrugada del sábado al domingo, Bond tuvo que permanecer todo el domingo en la celda de la comisaría. Para su fortuna, el Consejo de Guerra se fijó para el mismo lunes por la mañana. Era lo mejor de ese tipo de juicios: la prontitud con que se celebraban. Su prioridad era muy alta, dado que los acusados tenían que ver con la estructura del ejército o del Servicio Secreto. Era un asunto de escala nacional, aunque se tratase de un cabo o de un simple secretario. La repercusión mediática y, sobre todo, la problemática internacional que podrían llegar a plantear estos casos, exigían que fueran procesados a la mayor brevedad posible.

Pero esta rapidez era al mismo tiempo su mejor virtud y su peor defecto, ya que se impedía realizar una investigación tan profusa como la de los juicios civiles. Era el principal factor en contra de la libertad de Bond. No iba a tener la oportunidad de interrogar a Whitman. Todo iba a depender de las pruebas que se presentaran. Y, ciertamente, había muchas en su contra. Por un lado, su retina había permitido el acceso a la sala nuclear. Se trataba de un elemento bastante complicado de duplicar –de hecho, era la primera vez que 007 había pensado en algo así–, al contrario que, por ejemplo, las huellas dactilares, muy superado desde hacía años. Por otro lado, se habían hallado restos capilares suyos en la caseta de vigilancia de la base militar. Incluso la estatura y la complexión de aquel que le había suplantado se ceñía con bastante precisión a las suyas. Las pisadas también tenían su talla, bien porque el intruso realmente tuviera esa medida o bien porque la hubiera usado sólo para que concordara con la suya. A todo ello había que añadir el asesinato del soldado de guardia de la base militar, así como el de los vigilantes de Whitman y su secuestro.

- Este tribunal encuentra al acusado culpable de todos los cargos.- fue el veredicto que todos esperaban, incluido el propio Bond. Era un cúmulo de pruebas demasiado grande como para esperar que el jurado, compuesto por un General y cuatro oficiales de alto rango, fallase en su favor. Whitman, en coordinación con quien se infiltró en las instalaciones militares y con el doctor Stowers, habían tenido en cuenta hasta el más mínimo detalle. Si conseguir que un jurado culpase a un inocente se considerara un arte, Whitman era todo un virtuoso. Sin embargo, no parecía que aquella estratagema hubiera sido diseñada por un magnate. Parecía obra de alguien relacionado con el mundo militar. Es decir, era más que probable que el cerebro del grupo fuera aquel que logró robar el uranio. Sólo alguien con formación en alguna de las ramas del ejército podría haber llevado a buen puerto una operación de esas características con tanta perfección. También podía darse el caso de que el propio Whitman hubiera sido militar, pero Bond enseguida desechó la idea. Si hubiera sido así, lo hubiera detectado durante su pelea cuerpo a cuerpo. Sus técnicas de lucha eran muy toscas, distaban mucho del estilo propio de los soldados.- Se le condena a cadena perpetua en la prisión de Basingstoke.- fueron

las últimas palabras que se oyeron en la sala. Luego todo fueron pasos y más pasos hasta que el lugar quedó vacío y en silencio.

El que fuera agente 007 al servicio del MI6 acababa de perder su estatus y, con él, su licencia para matar. Le esperaba una nueva vida en compañía de otros tantos espías y militares que, como él, habían sido condenados por haber cometido traición. Otros estaban allí por haber tomado decisiones de graves consecuencias, como, por ejemplo, programar un ataque cuya ejecución había derivado en un número inadmisiblemente de daños colaterales. Y es que era bien sabido que la prisión de Basingstoke se dedicaba única y exclusivamente a ese tipo de presidiarios. El hecho de separarles de los delincuentes comunes parecía un privilegio, como una recompensa por haber trabajado al servicio de Su Majestad, pero, en realidad, era todo un castigo, ya que sus medidas de retención eran muy elevadas, mayores aún que las que caracterizaban a las cárceles de máxima seguridad. No era para menos: la mayoría de los allí encerrados contaban con una formación que les convertía en sujetos verdaderamente peligrosos.

Bond esperaba que fuera capaz de escapar de aquel confinamiento en el menor tiempo posible. Quería ir a por Whitman. Quería la libertad para vengarse.

10 - PRESO

Le introdujeron en un furgón blindado, el transporte habitual cuando había que trasladar a un grupo pequeño de presos desde las comisarías hasta las prisiones. En su interior, sólo había otro tipo. Uno de aspecto especialmente descuidado: cabello sin peinar, con un rostro lleno de cicatrices, le faltaban un par de dientes... El clásico delincuente de poca monta. Era obvio que le iban a llevar a un recinto bien distinto al suyo.

- ¿Qué cuenta, amigo? – le preguntó, sonriente.- ¿Lo perdió todo en la ruleta? Ja, ja, ja.- le hizo gracia el hecho de que Bond llevara smoking. Y es que el espía no había tenido oportunidad de cambiarse de ropa desde la fiesta de Whitman. En la cárcel de la comisaría también llamó la atención por el mismo motivo. Era raro ver a alguien tan elegantemente vestido metido en líos.

- Más bien perdí una apuesta en el billar francés.- respondió irónico, como si el hecho de haber tenido la partida prácticamente ganada le hubiera acarreado aquella detención. Evidentemente, Whitman le hubiera hecho la misma treta de posar las manos sobre su pecho con cualquier otra excusa. Se podía decir que había caído en su trampa. Aquella fiesta debía estar programada precisamente para atraparle. Era mucha coincidencia que se celebrara justo la noche siguiente a la infiltración en la base militar. Debían conocer muy bien su eficacia, intuyendo que iba a tardar ese tiempo en descubrir a Whitman y acudir a su mansión. De esta forma, los propios invitados hacían las veces de sistema de seguridad adicional.

- Le daré un consejo, amigo. Si a algún compañero se le cae el jabón en las duchas, no se agache a recogerlo, ja, ja, ja, ja, ja.- era el clásico chiste de las cárceles, pero a Bond le sonsacó una sonrisa. Al fin y al cabo, era lo más alegre que había oído en lo que iba de día. Y probablemente iba a ser lo más alegre de lo quedaba de él.

Llegaron a la prisión en la que iban a encerrar al individuo. Bond pensó en atacar al guardia nada más abrir los portones del furgón. Un instante después, desechó la idea. Había sido un impulso totalmente irracional. ¿Qué sentido tenía tratar de escapar del vehículo cuando se encontraba en el interior de una cárcel? A veces la furia le jugaba malas pasadas. Menos mal que la controlaba sin mayores problemas. Era una de las cosas que le hacían ser tan bueno en su trabajo: era capaz de tomar decisiones en las situaciones más tensas o desesperadas.

Pocos minutos después, llegaron a su parada y enseguida se percató del extremo nivel de seguridad que allí regía: nada más sacarle del vehículo, lo hicieron en el interior de una plaza de garaje, de modo que se impedía a los recién llegados estudiar ningún detalle de la zona por la que el furgón había accedido al recinto. La siguiente medida tuvo que ver con su indumentaria. Le desnudaron totalmente y le hicieron pasar por un detector de metales, similar a los que podían verse en los aeropuertos. Luego, le dieron un mono azul marino y un par de zapatos negros de su talla, así como un calzoncillo y calcetines. No había posibilidad alguna de que llevara ningún tipo de dispositivo. Ni siquiera le dejaron llevar el reloj, por lo que iba a carecer de sus sofisticados añadidos. Todas sus pertenencias fueron guardadas, bajo llave, en un cajón metálico de grandes dimensiones. Finalmente, le llevaron hasta su celda tras recorrer varios pasillos y atravesar varias puertas de barrotes. Trató de fijarse en el mayor número posible de detalles. Las puertas requerían de llaves que poseía el guardia que le acompañaba, pero también se podían abrir de manera eléctrica, de igual forma que los portales de las viviendas. Había una cámara de vigilancia por cada corredor. Sin embargo, todas tenían su piloto rojo apagado,

es decir, estaban desconectadas. Debía tratarse de algún tipo de avería. Esperaba que tardaran en repararla, puesto que le podía otorgar cierta ventaja a la hora de llevar a cabo cualquier intento de fuga.

Era lo único en que pensaba, una vez se sentó en la cama de su celda: en cómo iba a escapar de un confinamiento tan riguroso, tan aparentemente perfecto. Si no recordaba mal, nadie nunca había logrado fugarse de aquella prisión. Y eso que sus reclusos solían ser agentes secretos o militares, gente muy preparada, cuyo adiestramiento les capacitaba para cumplir un amplio abanico de objetivos. Pero escaparse de una cárcel de máxima seguridad suponía un listón demasiado elevado, incluso para los más experimentados o los de mayor rango.

Entonces, dejó a un lado sus reflexiones y se dedicó a observar el habitáculo que, a partir de ese momento, se iba a convertir en su nuevo hogar. Sus dimensiones eran reducidas, pero le resultaban algo más amplias de lo habitual. Debía tener unos 6 metros de largo y algo más de 3 de ancho. Constaba de tres paredes algo descorchadas y una diminuta ventana enrejada por la que apenas entraba luz. De ahí la presencia de un fluorescente en el techo. Había una cama, una baza, un lavabo, una pequeña mesa y una silla. “Al menos podré escribir mis memorias”, pensó, sarcástico, al ver que había unos cuantos folios y un bolígrafo sobre la mesa.

- Bienvenido a mi humilde morada, sr. Bond.- la voz procedía de la celda situada justo en frente, al otro lado del pasillo. Se acercó a los barrotes para verle mejor. Su aspecto era, curiosamente, bastante similar al suyo. Su rostro poseía unos rasgos suaves y refinados. Su cabello también tenía un corte parecido, aunque era de una tonalidad algo más parduzca. Incluso su complexión –delgada y atlética- guardaba parentesco. Se podía decir que aquel tipo tenía cierto remalazo con el que fuera agente 007.- Le diré el truco para que su estancia sea mucho más agradable. Agáchese y apriete el lateral trasero de la pata delantera de la cama.- Bond se mostró reacio a seguir aquel consejo tan absurdo. Debía de ser una especie de novatada.- Veo que no me cree. Se lo enseñaré.- el preso apoyó las rodillas en el suelo y accionó un mecanismo oculto justo en el lugar que le había indicado, pero en su propio catre. De repente, una sección de la pared se hundió unos centímetros. Luego se deslizó y reveló una pantalla de televisión plana avanzando hacia el hueco que había quedado libre. Prácticamente al mismo tiempo, se deslizó otra sección más pequeña debajo de ella, a la altura de la mesa de escritorio, pero sobresaliendo, como si de un cajón se tratara. En su interior había un ordenador portátil y unos auriculares inalámbricos. En tan sólo unos segundos, la celda se había convertido casi en una habitación de hotel, al menos en cuanto a servicios se refiere. Bond, extrañado en gran medida, hizo lo propio y, para mayor sorpresa, obtuvo las mismas prestaciones. Tal era su asombro que se quedó atónito, ligeramente boquiabierto. Ni siquiera pudo pronunciar alguno de sus clásicos comentarios sarcásticos.

- Permítame que me presente.- continuó el presidiario. Fue en ese momento cuando Bond se percató de que no había más personas en el resto de celdas de esa hilera. Tampoco las había en el piso superior. Otra rareza más que añadir a la colección. Sin duda alguna, allí había gato encerrado.- Mi nombre es Brian Wells y soy el dueño de este lugar. Se lo demostraré.- se acercó al ordenador portátil, le manejó unos segundos y la puerta de su celda emitió un chirrido eléctrico justo antes de deslizarse hacia un costado, permitiéndole acceder al pasillo. De nuevo, Bond no salía de su asombro. ¿Qué se suponía que estaba pasando allí? Esperaba, ansioso, que se lo explicara a continuación. El recluso avanzó en dirección a su celda, a paso lento.- ¿Se acuerda de la “Operación Ventisca”, sr. Bond?

El agente trató de recordar, pero en ese momento no le venían imágenes a la mente. Gracias a que le otorgó unos cuantos segundos en el más absoluto de los silencios, el que fuera espía al servicio de Su Majestad asoció el nombre de Brian Wells con el de "Operación Ventisca".- Sí, creo que me acuerdo de algo. No me lo diga: le encerraron por mi culpa y ahora quiere vengarse de mí, ¿no es así?

- Exactamente.- le respondió, esbozando una sonrisa.- Cuando mi hermano me lo propuso, no me pude negar. Era lo que más deseaba tras mi detención. Es lo que podría denominarse "el síndrome del preso": se desea más la venganza que la libertad.

- Le felicito, veo que lo ha conseguido: es libre para vengarse de mí.

- Así es. Y pienso disfrutarlo al máximo. A menos, claro, que acepte mi proposición.

- Dudo que me interese, pero adelante, pruebe suerte.

- Me gustaría que se uniera a nosotros.

- ¿Nosotros?

- Sí, nosotros, todos los presos de esta cárcel. Están compinchados conmigo, ¿sabe? Bueno, y con mi hermano. Mi hermanastro, más bien. Creo que ya le conoce. Se llama Peter Whitman.- Bond no se lo podía creer. El tiempo pareció detenerse en aquel instante ante tan inesperada revelación. Aquel tipo era pariente del magnate que le había tendido la trampa. Si fueran hermanos y no hermanastros, lo hubiera sabido, pero la base de datos del MI6 no contemplaba ese dato.- Gracias a su fortuna, me he hecho con el poder aquí en la prisión. El alcaide, los guardias, los demás reclusos... Todos han sido debidamente sobornados y siguen mis órdenes. De ahí que, como habrá podido ver, las videocámaras de vigilancia estén apagadas, tengamos algunos extras en las celdas y ahora mismo no haya nadie en ninguna de ellas. Salimos con mucha más frecuencia al patio, nos dan mejor comida... Es prácticamente como estar en un hotel.

- Pero entonces, si es así, ¿por qué ocultáis la televisión y el portátil?- Bond no creía que los guardias de aquellas instalaciones estuvieran a las órdenes de aquel tipo.

- Para guardar las apariencias cuando vienen visitas, como la suya.- hizo una breve pausa antes de continuar.- Pero no se piense que nos conformamos con estas comodidades. Seguimos ansiando la libertad como cualquier otro presidiario. Y esa es la razón principal por la que los demás reclusos están a mi disposición: les he prometido sacarles de aquí en breve. Lamento no poder contarle más, pero viendo que no desea unirse a nosotros, sr. Bond, me temo que se quedará con la incógnita. Lo único que sí le puedo decir es que aprovecharemos para vengarnos de Su Majestad por habernos encerrado, a pesar de haber estado a su servicio durante tantos años y con tanta dedicación.

- ¿Acaso no se lo merecía usted? ¡Impidió que detuvieran a uno de los mayores traficantes de armas del país!

- No se puede detener a tu propio hermano.- otra revelación sorpresiva: Whitman era traficante de armas, tal y como sospechaba el MI6 en sus informes. Ahora entendía cómo podía haber englosado una fortuna tan inmensa el "bueno" de Peter. Estaba aprovechando su flota naviera de transporte de gas licuado para llevar armamento. Las cúpulas en las que se almacenaba el gas era un buen lugar para tal fin, ya que se

prohibía el acceso a su interior hasta que no fueran debidamente vaciadas. Se podía ocultar, literalmente, cualquier cosa en ellas.

- Sí, si es un traficante de armas.

- Yo no lo vi de esa manera. Preferí ayudarlo a sortear a la justicia, aunque eso me llevara a mí a prisión. Sabía que podía contar con su dinero para salir. Luego se nos ocurrió que era más útil quedarme en la celda como líder de la prisión. Ahora es mi particular base de operaciones. Desde aquí tenemos acceso a Internet, lo que nos permite planificar nuestro gran golpe. También salgo de vez en cuando para hacer algo de “trabajo de campo”.

- Como, por ejemplo, el robo de uranio en la base militar.- se adelantó Bond.

- Cierto. Todo fue obra mía. Seguro que le he impresionado.

- La verdad es que sí. Me sorprende que sea tan estúpido como para creer que sus hombres seguirán con usted una vez les haga libres. Cada uno se irá por su cuenta. Dudo mucho que quieran volver a arriesgarse a ser detenidos sólo por saciar su sed de venganza.- a Bond le encantaba sembrar la duda en sus enemigos. Contemplar cómo la sonrisa de Brian se torcía en un gesto de preocupación le supuso toda una satisfacción. Por desgracia, fue un placer momentáneo.

- Verá como sí.- respondió, recobrando su confianza en sus planes. Luego miró su reloj. Bond se percató de que se trataba de uno de los modelos fabricados por Q. Claro que también podría ser un “Omega” cualquiera, pero sería de extrañar, teniendo en cuenta que aquel tipo había sido un agente doble cero como él. Tampoco sabía a ciencia cierta que hubiera sido espía con licencia para matar, pero si participó en la “Operación Ventisca”, debía de serlo.- La hora del deporte. ¿Le apetece jugar al fútbol?

- No, gracias, prefiero el golf o la esgrima.

- Le pregunté por pura educación. En realidad, va a jugar quiera o no.- se dio la vuelta, manipuló de nuevo el portátil y activó los mecanismos necesarios para que se abriera la celda de su “huésped”.- Sígame.

A Bond le sorprendió el grado de confianza en sí mismo que tenía su nuevo oponente. Le permitía caminar a su lado sin ningún tipo de protección, ya que no había ni guardias ni videocámaras vigilando aquel corredor. El que fuera 007 no se lo pensó dos veces y le atacó, propinándole un fuerte codazo a la altura del abdomen. Brian se dobló, dolorido en gran medida, justo antes de recibir otro poderoso codazo a la altura de la nuca. Cayó al suelo con tanta rapidez que apenas pudo contener el golpe con los brazos. Intentó reaccionar y ponerse en pie, pero Bond se abalanzó sobre su espalda apenas un segundo después. Le rodeó el cuello con un brazo y le sujetó con el otro, tirando de su muñeca izquierda hacia su espalda. Le tenía completamente inmovilizado. Le podía romper el brazo izquierdo con tan sólo hacer un pequeño esfuerzo. Pensó en utilizarlo de rehén, pero para ello necesitaba ir armado. Así pues, descartó la idea y decidió dejarle inconsciente. La mejor manera de lograrlo era hacer uso de su clásico golpe en un costado del cuello. En efecto, Brian cayó al suelo inerte.

El siguiente paso consistió en entrar en su celda. La había dejado abierta y ni siquiera había apagado el ordenador. Era la oportunidad perfecta para desactivar todos los mecanismos de seguridad y efectuar una fuga sin más dificultades que toparse con los guardias o los reclusos. En principio, éstos últimos debían estar en el patio y, dado que

todos estaban en el mismo bando, suponía que los guardias se tomarían lo de la vigilancia con poco esmero.

Se trataba de una aplicación muy sencilla e intuitiva, con la interfaz clásica de los programas de Windows. No había que ser ningún experto para conseguir lo que uno quisiera. Desactivó todos los cerrojos eléctricos de las puertas interiores, abrió los portones que daban al exterior y apagó todas y cada una de las medidas de seguridad, como lo eran los rayos infrarrojos o las vallas electrificadas. Desconocía con cuántos de aquellos mecanismos se iba a encontrar, de ahí que lo más seguro era dejarlo todo desconectado. Una vez se dio por satisfecho, accedió a otra parte de la aplicación en la que se mostraba un plano de la cárcel. Le estudió detenidamente durante algo más de un minuto, memorizando la ruta que iba a seguir y los caminos alternativos por si algo se torcía.

No se podía creer que le estuvieran saliendo tan bien las cosas. Apenas llevaba una hora en aquel confinamiento y ya tenía las llaves de la libertad al alcance de la mano. Iba a convertirse en el primer “traidor a la patria” en escaparse de aquella prisión. Y en un tiempo récord además. Pero aún era pronto para cantar victoria. A pesar de haber desactivado la seguridad, desconocía el número de carceleros que podían salirle al paso o si se habrían percatado de que algo iba mal. La única certeza que tenía era que los reclusos se encontraban en el patio, a punto de empezar un partido de fútbol. Si evitaba pasar por esa zona, sólo se tendría que preocupar de los guardias.

Avanzó por el pasillo, dejando atrás a Brian, aún inconsciente. Y así iba a estarlo durante un par de minutos más. Había pasado a ser la menor de sus preocupaciones. Se aproximó a la siguiente esquina, echó una ojeada y continuó. Siguió este procedimiento cada vez que pasaba de un pasillo a otro. De momento, todo iba de maravilla. No se había cruzado con nadie. El problema vino tras pasar por delante de una puerta que daba a unos servicios. El guardia que salió de ellos le vio avanzando por ese corredor.

- Es el nuevo... - susurró, sorprendido.- ¡Alto, deténgase! – a partir de ese momento, Bond no tenía más remedio que echar a correr, dejando a un lado cualquier tipo de comprobación. Otro inconveniente era que debía recordar constantemente cuál era la ruta a seguir mientras corría a más no poder. El guardia no parecía estar en tan buena forma, de modo que le fue sacando una distancia cada vez mayor. Sin embargo, poco importaba: utilizó un walkie-talkie y avisó a sus compañeros. La alarma invadió cada rincón de las instalaciones. Los reclusos se quedaron paralizados de la sorpresa. ¿Quién podía estar tratando de fugarse? ¿El propio Brian? Absurdo. ¿El nuevo? Impensable. ¿Uno de ellos? Era lo más probable, si bien todos parecían haberse comprometido con la causa de Brian. En cualquier caso, se pusieron en marcha y colaboraron con los guardias para recorrer todos los pasillos y las posibles salidas.

Bond comprobó que lo que le había comentado Brian era totalmente cierto cuando un dúo de presidiarios se cruzaron en su camino e intentaron pararle. Sin apenas detenerse, les propinó sendos puñetazos y les empujó contra las paredes para abrirse paso. Continuó corriendo sin mirar atrás. Ahora le seguían el guardia y dos presos. Pronto tuvo que quitarse de en medio a otro más, driblándole de similar forma a como lo hubiera hecho un jugador de rugby. De esta forma, evitó cualquier tipo de confrontación y continuó su avance sin pérdida de tiempo prácticamente.

Llegó así al último pasillo, aquel que, si la memoria no le fallaba, conducía a una de las salidas del recinto. Vio que había dispositivos por el suelo: eran los rayos infrarrojos. De

poco le había servido haberlos desconectado. Toda la prisión estaba detrás de él. Y ahora en frente. Una vez abrió la última puerta, aquella que daba a un pequeño tramo de tierra antes del definitivo portón blindado que llevaba al exterior, se topó con un cuarteto de policías acompañados por media docena de presos. Pensó en alguna otra salida, pero los laterales de ese camino estaban vallados. Había desactivado la electrificación que pasaba a su través, pero de nada le servía, dada la presencia de un alambre de espinas en su parte superior.

- ¿Ibas a alguna parte? – le preguntó uno de los reclusos.

- Sólo quería tomar un poco el aire.- le respondió Bond, con su humor característico. A punta de fusil, los vigilantes le obligaron a regresar al interior, conduciéndole después al patio de recreo. Le sorprendió que no le llevaran a un calabozo o que no le sometieran a sufrir algún castigo. Quizá ya estaba programado desde el principio: tenía la corazonada de que iba a consistir en un partido de fútbol más agresivo de lo habitual...

11 - VENTISCA

Mientras le obligaban a recorrer los pasillos por los que había huido y a pasar por otros nuevos en dirección al patio de recreo, Bond recordó con más detalle los pasajes relacionados con la “Operación Vestisca”, aquella que terminó con el encarcelamiento de Brian por traición a la patria. Sin duda, era un buen motivo para querer vengarse de su persona: el hermanastro de Whitman debía de llevar algo más de dos años entre rejas. Eso sin contar el hecho de haber perdido su puesto como agente doble cero junto a toda su carrera al servicio de Su Majestad. Una de las cosas que más valoraba cualquier espía o soldado era su honor y Brian le había perdido. Además, era algo que rara vez se podía recuperar. Únicamente se podían satisfacer las ansias de venganza. Y Brian tenía claro que lo iba a lograr, a cualquier precio, si bien sabía que había sido culpado justamente.

M había asignado a Brian, el agente 001, el objetivo de investigar acerca del tráfico de armamento en los muelles del sur del país. En las últimas fechas había aumentado considerablemente ese tipo de delito. Parecía que ni la policía ni la Scotland Yard eran capaces de detener semejante flujo de criminalidad, lo que podía derivar, con el tiempo, en una guerra de bandas fuertemente armadas.

La “Operación Vestisca” empezó con buen pie. Brian no tardó en descubrir y detener a varios de los traficantes, pero eran de rango menor. Al cabo de los meses, seguía sin dar con algún “pez gordo”. Fue ese dato el que levantó las sospechas en el MI6, especialmente cuando llegó un momento en que ni siquiera había detenciones y el contrabando seguía en marcha. Su rendimiento había disminuido drásticamente a lo largo del tiempo. Según sus informes, seguía trabajando sin descanso, pero los criminales estaban esquivándole de nuevas y variadas formas. Le estaba sucediendo lo mismo que a la policía. No había que ser ningún Sherlock Holmes para sospechar de que podría haber algún tipo de soborno de por medio. M tomó la decisión entonces de asignar a 007 la investigación de los movimientos de Brian, sin que este, por supuesto, detectara su presencia.

No iba a ser nada fácil. Espiar a un espía podía constituir una operación más complicada que una infiltración en un cuartel enemigo. Se trataba de una presa adiestrada precisamente para esquivar cualquier tipo de seguimiento. Sólo alguien de su especie, como lo era Bond, podía acercarse sin ser detectado. Lo único positivo que tenía aquella misión era que si se ponían las cosas feas, siempre se podía intentar aclarar el asunto, dado que eran aliados. Existía una frase, a modo de contraseña, para esos casos, así como una combinación de gestos si había contacto visual a larga distancia. Esperaba que Brian lo tuviera bien presente en su memoria. No quería verse obligado a matar a un compañero, ni mucho menos deseaba morir en sus manos.

Bond sólo contaba con un dato para localizar a Brian, a parte de su fotografía: la dirección de su piso franco, ubicado en las cercanías del puerto de Marina Village, en Brighton. Allí era donde supuestamente se estaba llevando a cabo un mayor número de actividades delictivas. No obstante, el volumen de tráfico de armamento, lejos de haber disminuido, había ido en aumento. Así lo atestiguaba la policía en las detenciones que estaban realizando en diferentes puntos del país. Pero de esa forma no se solucionaba el problema, evidentemente. La forma de erradicarlo pasaba por Brian, ayudando a evitar la descarga de tan peligrosa mercancía.

Bond optó por vigilar el puerto primero y a Brian después. Quería intentar detectar los más que probables sobornos a los agentes de aduanas o algún movimiento sospechoso. No

tenía mucha confianza en que fuera a lograrlo por simple observación. Por eso se mantuvo en posición tan sólo 3 días y 3 noches antes de dejar su vehículo –un BMW último modelo con los cristales tintados que incorporaba una mira telescópica en cada espejo retrovisor y cuya visión se retransmitía a una pantalla ubicada en el salpicadero. El puesto de vigilancia perfecto, ya que, además, contaba con nevera, aire acondicionado, calefacción... y hasta máquina de café con capacidad para una semana, en la parte superior de la guantera. En otras palabras: el usuario sólo tenía que preocuparse de acudir al baño. Bond le había sugerido a Q la inclusión de algún tipo de dispositivo que evitara tener que abandonar el automóvil por esa razón. El genuino inventor, harto de las estupideces y las bromas del agente, le contestó de igual manera a como lo solía hacer su fallecido predecesor: “Madure, 007”.

Visto lo visto, Bond pasó a vigilar a Brian. Pero cuál fue su sorpresa cuando, tras permanecer atento al piso franco durante todo un día, no le llegó a ver ni entrando ni saliendo en ningún momento. Utilizó entonces uno de los trucos más sencillos a la par que más efectivos: pidió una pizza a la dirección de su objetivo bien entrada la noche. Pero antes colocó un sensor de movimiento en la parte inferior de la puerta del piso de Brian, dirigido hacia el interior de la vivienda. El motorista encargado de llevar el pedido llamó al interfono repetidas veces sin hallar respuesta. Bond le observaba apoyado en la pared contigua al aparato. El repartidor esperó unos minutos, volvió a intentarlo y continuó esperando en la puerta del portal para intentarlo más tarde por tercera y última vez. En ese momento, un vecino bajó a pasear a su perro. El pizzero aprovechó para acceder al edificio. Bond le siguió sin hacerse notar, impidiendo que se cerrara la puerta en el último momento y en el más absoluto de los silencios. Subió hasta el piso por las escaleras mientras su “compinche” hacía lo propio por medio del ascensor. Ocultándose en una esquina, aguardó a que Brian abriera la puerta al pizzero. A pesar de su insistencia, el umbral permaneció cerrado. El repartidor regresó al ascensor con la caja de cartón sobre los brazos y un gesto que denotaba hastío y rabia. Creía haber sido víctima de otra broma, cuando en realidad había actuado al servicio de Su Majestad. A Bond siempre le sonsacaba una sonrisa ese tipo de “colaboraciones”. Una vez el individuo se introdujo en el ascensor, 007 comprobó en la pantalla de su reloj “Omega” que, en efecto, el sensor de movimiento no había captado ninguna señal. Volvió al coche, aparcado en la acera de en frente, y se dedicó a esperar a que el dispositivo emitiera su alarma. Gracias a ello, esta vez pudo echarse a dormir.

A la mañana siguiente, le despertó su reloj: Brian se debía haber levantado y estaría caminando cerca de la puerta. Permaneció atento toda la mañana para ver si su objetivo atravesaba el portal, pero tan sólo vio a los que debían ser sus vecinos y personas varias. Sólo había dos posibilidades: o estaba en casa sin salir u otra persona había accedido a la vivienda. Debía despejar la duda.

Esperó a que llegara el cartero para colarse de nuevo en el portal. Subió al piso de Brian y se sorprendió al ver la puerta en el suelo, derribada con algún pequeño explosivo, dada la presencia de quemaduras. Desenfundó la Walther P99 y examinó la vivienda, habitación por habitación, hasta asegurarse de que quien había entrado, ya se había ido. Por como estaba todo –destrozado a más no poder- parecía tratarse de una amenaza. Quedó claro cuando discernió una nota de papel encima de la cama que decía: “Estás muerto”.

Ahora entendía por qué Brian no había pasado por casa. Debía tener la sospecha de que iban a ir a por él, de modo que se alojó en otro lugar, probablemente en una posada en las afueras de la ciudad. Era el procedimiento estándar en esos casos. Le habían descubierto precisamente esa noche. Si ya lo estaba haciendo mal en los últimos meses,

sin apenas avances en la investigación de nuevos traficantes, a partir de ese momento podía ser aún peor. Cuando un agente perdía su identidad secreta, sólo le quedaba pasar a la acción directa, pero en aquel caso el enemigo era totalmente inabarcable por un solo hombre. Ni siquiera Bond, obligado habitualmente a entrar en acción, podría acabar con tan abrumadora oleada de delincuencia.

Se introdujo en su coche y utilizó el ordenador que incluía el salpicadero para acceder al GPS. Compartía la misma pantalla que aquella por la que veía las imágenes que captaban las miras telescópicas de los retrovisores. Por supuesto, el GPS no era uno normal y corriente de los que se pueden encontrar en los comercios. Se trataba de uno especialmente diseñado por el MI6, capaz de ofrecer la información más detallada de cualquier lugar del mundo. Le configuró para que mostrara todos los hostales y pequeñas posadas de la zona. Así descubrió la ubicación de un establecimiento que cumplía todos los requisitos para que se hubiera instalado en él un agente doble cero. Sin embargo, vigiló la entrada del edificio a lo largo de todo un día y no vio salir a Brian en ningún momento.

Probó con varios hoteles y pensiones más, vigilando cada uno de los sitios concienzudamente, pero pasaron los días y nunca le llegó a localizar. Algo raro estaba ocurriendo. O simplemente se estaba ocultando muy bien. De seguir así, se iba a ver obligado a pedirle a M que contactara con Brian para que le hiciera presentarse en un lugar concreto. Pero Bond no quería pasar por esa humillación. Debía ser capaz de dar con el paradero del espía por sus propios medios.

Decidió entonces urdir un plan para hacerse pasar por un agente de aduanas. Podría ser la forma ideal de ver lo que allí se cocía. Y, en efecto, así fue. Se percató de que ciertos contenedores no se abrían, independientemente del barco del que se tratara. Lo que había en común era que el jefe de la aduana siempre recibía una llamada telefónica según la cual acataba la orden de no registrar una serie de recipientes. Tenía que descubrir al individuo que efectuaba el aviso. El mejor método estaba en localizar la procedencia de la llamada mediante uno de los ingeniosos inventos de Q. El dispositivo se ocultaba en uno de los gemelos de la camisa que solía utilizar con el smoking. Bastaba desplegar una minúscula clavija de su interior y pincharla sobre el cable telefónico para emplearlo.

Así descubrió que se trataba de un huésped de un hotel de 5 estrellas ubicado en la cercana localidad de Woodingdean. Le bastó vigilar un par de horas el hall principal para detectar la presencia de Brian. ¿Habría realizado él las llamadas? Mucho se temía que así iba a ser. Sin embargo, le extrañaba que le hubieran amenazado de muerte si estaba colaborando con ellos. Debía tratarse de alguna estratagema para encubrir su traición. Además, era mucha coincidencia que se hubiera producido el allanamiento de su piso franco justo cuando Bond se encontraba vigilando el edificio.

007 confirmó sus sospechas cuando instaló una videocámara oculta en la habitación de Brian. Tuvo que alojarse en el piso superior y utilizar el cable retráctil de su reloj para pasar de balcón a balcón. En efecto, se le veía –y se le oía– enumerar los códigos de los contenedores que no debían registrarse. El Consejo de Guerra se celebró escasos días después.

Con Brian en la prisión, el tráfico de armas disminuyó notablemente, otra prueba más de su participación en el contrabando. Peter Whitman fue investigado, dado que el último de los buques supervisados en aduanas con contenedores ilegales pertenecía a su empresa,

pero nunca se le llegó a acusar por falta de pruebas. Ahora estaba claro que también estaba involucrado. De hecho, era el que lideraba el asunto y el que debió convencer a Brian, su hermanastro, para que traicionara al MI6. Por supuesto, su amplia fortuna debía haber sido el aliciente, más que sus lazos familiares.

Bond emergió de sus recuerdos cuando el sol le deslumbró. Habían llegado al patio de recreo. Guardias y presos le esperaban con ansia. Entre el calor abrasador y la presencia de aquellos tipos, el agente sentía como si las puertas del infierno se estuvieran abriendo.

12 - RETO

Bond se sorprendió de las amplias dimensiones del patio. Tenía cabida para dos canchas de baloncesto, una pista de fútbol y un campo de fútbol. Éste último estaba situado en un lateral del recinto y consistía en una porción de tierra con las líneas blancas débilmente pintadas. Sus proporciones se asemejaban a las propias del fútbol 7. Las porterías también pertenecían a esa subclase, pues parecían medir en torno a los 5 metros de ancho. Las porterías hicieron recordar a Bond sus tiempos en la escuela de Fettes. Nunca se le dio demasiado bien aquel deporte. Le gustaba más el boxeo, donde llegó a destacar en buena medida, representando al colegio. También alcanzó un nivel bastante alto en judo, siendo uno de los partícipes de la creación de la primera clase de este deporte en una escuela pública inglesa. Conforme maduró y, sobre todo, después de convertirse en agente doble cero, al aumentar considerablemente su nivel económico, sus gustos se fueron refinando y eso afectó también a sus deportes predilectos. Se fue decantando especialmente por el golf y la esgrima.

Pero desde aquellos tiempos, en los que aún era menor de edad, no había vuelto a jugar al denominado “deporte rey”. Ahora mucho se temía que iba a tener que volver a chutar un esférico, dado que una multitud de presos y guardias le esperaban alrededor del campo. El criterio general parecía más propio de un combate, un indicativo claro de que las normas iban a ser un tanto diferentes. Brian confirmó las sospechas de Bond:

- ¿Le gusta apostar, sr. Bond?

- Sí, pero lo evito con gente de su calaña.

- ¿No se fía de mi palabra de militar?

- No, no me fío de su sangre. Su hermano no aceptó la derrota.

- ¿Derrota?

- Le gané en el billar francés.

- Eso tiene mérito.- admitió Brian, sorprendido.- Mi hermano suele ser invencible en ese juego. Espero que usted sea tan bueno en el fútbol como en el billar. Le hará falta si desea ganar la apuesta.- se tomó una breve pausa antes de continuar, intentando la atención de los allí presentes.- Le ofrezco la libertad si consigue marcar tres goles, enfrentándose a tres de mis hombres.

- ¿Y si pierdo?

- Se unirá a nuestra causa.

- Eso nunca.

- Lo siento, quise ser educado. En realidad no tiene elección.

- Me lo temía. Igual que temo que no cumplirá su palabra, como su hermanastro.

- Le garantizo que así lo haré. Tome.- le dijo lanzándole el balón.- Empezará siempre desde el medio del campo y deberá avanzar y regatear a un jugador antes de chutar a puerta.- se dispuso a colocarse entre la hilera del “público”, pero entonces recordó algo.- Ah, por cierto, sr. Bond. La única norma de esta prueba es que no hay normas.- tal y

como se había imaginado 007, su castigo por haber rechazado la propuesta de unirse a su causa y el subsiguiente intento de fuga, iba a ser materializado en aquel juego. Así, Brian ofrecía algo de diversión a los aburridos reclusos al tiempo que demostraba cómo se trataba a los traidores.

Bond se dirigió al centro del campo, balón en mano, y cuando llegó allí echó un vistazo al jugador al que se iba a enfrentar y al portero. El primero, entre su aspecto rudo, su altura y su complexión obesa, poseía una presencia realmente amenazadora. Era muy ancho de hombros y se podía afirmar, sin temor a equivocarse, que era fuerte como un luchador de lucha libre. Debía utilizar el gimnasio con frecuencia. Sin embargo, de cara al fútbol, podía ser un rival asequible. Tenía la pinta de carecer de la agilidad necesaria. El portero era totalmente opuesto a estas características. Su físico se podía calificar como delgado y atlético. Daba la impresión de que iba a ser capaz de efectuar los saltos requeridos para ese puesto, lo que podía complicar la victoria de 007.

El agente posó el esférico en el suelo de gravilla. Apenas un segundo después, el presidiario echó a correr en su dirección tras soltar un gruñido más propio de un animal salvaje que de un ser humano. Bond sintió como si un oso pardo avanzara hacia él con ansias de devorarlo. La mejor táctica para esquivar semejante ofensiva pasaba por hacer un autopase. Esperó a que se acercara algo más, chuto el balón por el costado izquierdo de su oponente y él corrió por el derecho. Desconcertado, el defensor tardó en darse la vuelta el tiempo necesario para que su rival le pudiera sacar una clara ventaja en su recorrido rumbo a la portería. El guardameta, viendo que el obeso jugador no iba a ser capaz de alcanzarle, decidió salir del área chica y situarse a la altura del punto de penalti. En parte, servía para intimidar al delantero, pero la razón principal de este movimiento residía en cubrir el mayor ángulo de disparo posible. Claro que también tenía su parte arriesgada: el atacante podría efectuar una vaselina. Como así fue. Bond chutó suavemente la pelota por debajo, con el golpeo sutil idóneo para que se elevara lo suficiente como para evitar los guantes pero sin exceder la altura del larguero. El inglés había marcado gol, ante la incrédula mirada de carceleros y presos. Y lo más sorprendente no era la facilidad con que lo había logrado –sin haber recibido ni un solo golpe- sino que, además, era un gol de los bonitos. Tal es así que el defensor, atónito en un primer momento, continuó su persecución con motivo de atizar al inglés por la espalda. Su rostro reflejaba la furia que sentía por haber sido derrotado con tanta rapidez. El agente se percató de ello justo a tiempo de evitar el ataque. Se dio la vuelta, poniéndose de cara a él, y se agachó con presteza, estirando la pierna de tal forma que le hizo la zancadilla. El oponente cayó de bruces al suelo, raspándose los brazos y el pecho con la gravilla. Apenas tardó unos segundos en levantarse, pero para entonces cuatro compañeros le agarraron para que no volviera a la carga, por orden expresa de Brian. Quería que la prueba continuara, no tenía interés en ver un combate cuerpo a cuerpo. Al menos, en aquel momento...

El segundo contrincante era bastante más delgado, por no decir esquelético. Era un jugador completamente opuesto, de modo que su mayor virtud no sería su fuerza física sino más bien su agilidad. Un jugador, en definitiva, mucho más adecuado para ese deporte y, en consecuencia, un rival más peligroso de cara al éxito de Bond.

El agente se acercó a la red de la portería para coger el balón y regresar al punto de partida, en el centro del campo, mientras el griterío de los reclusos expresaba la ansiedad que sentían por ver un nuevo encuentro. Al mismo tiempo, se notaba un ligero descenso de decibelios por la decepción de haber visto cómo el inglés marcaba el primer tanto. Fruto de esa rabia, los presos que se encontraban detrás de la red le pegaron varias

patadas a Bond cuando se disponía a hacerse con el esférico. El agente cayó al suelo dolorido, pero no pudo hacer más que coger la pelota y alejarse a rastras un par de metros. Evidentemente, desechó su reacción instintiva de enfrentarse a ellos. Eran demasiados y muchos podían ser ex-agentes tan diestros como él en el arte de matar.

Bond posó el balón en el suelo y comenzó a avanzar. Su adversario se aproximó a él unos pocos metros, pero luego prefirió esperarle para estar más atento al regate que le fuera a efectuar. Bond recordaba que se le daban bastante bien las bicicletas, esto es, una serie de amagos consistentes en pasar las piernas alternativamente por delante del balón sin tocarle. De esta forma, se desconcierta al defensor, incapaz de determinar cuál va a ser la dirección que va a seguir el atacante. Éste se decidió finalmente por el lado derecho. Su rival fue incapaz de adivinarlo, por lo que perdió las décimas de segundo necesarias para que Bond le dejará atrás. Tal es así que no le quedó otro remedio que tirarse en segada, golpeándole por detrás con brusquedad a la altura de los gemelos. Bond cayó inevitablemente al suelo, raspándose con la gravilla y llegando a rodar hasta en dos ocasiones. El agente levantó la vista en dirección a Brian, que estaba en la primera fila del público de la banda más cercana, como si del árbitro se tratara. Sólo recibió un gesto burlesco como respuesta, indicándole algo así como “ajo y agua” con una sonrisa maliciosa y recordándole que no había norma alguna a la que atenerse.

007 se levantó al instante, enfurecido a más no poder y ansioso por pagar con la misma moneda a su oponente, que ya se encontraba en las cercanías del área. A pesar de los dolores procedentes de las piernas tras la dura entrada, Bond esprintó y consiguió alcanzarle. Justo después, saltó hacia él por la espalda, de igual forma que hubiera hecho para atrapar a un ladrón en plena huída. Dado que le agarró de la cintura, parecía un auténtico placaje típico del rugby. Ambos cayeron al suelo sobre el esférico. Su contrincante soltó un pequeño alarido por el sorpresivo encontronazo y otro por el dolor del subsiguiente impacto. Bond se levantó ágilmente de su espalda y se dirigió hacia la pelota. Entonces volvió a precipitarse contra la tierra: su rival giró sobre sí mismo desde su posición tumbada, con su pierna derecha estirada, efectuando un barrido que le pilló totalmente desprevenido. No esperaba que reaccionara con semejante presteza tras la tremenda caída.

Un segundo después, ambos se habían puesto en pie, ante la atónita mirada de los allí presentes. El griterío reflejaba con claridad la emoción del particular enfrentamiento “deportivo”. Estaban entusiasmados ante el coraje y la vitalidad de los jugadores, que ya estaban empujándose, de modo nuevamente antireglamentario, en su lucha por llevar la pelota. Avanzaban rumbo a la portería, chutando casi de forma alternada y sin apenas control. El portero decidió salir del área chica, preparado para un posible disparo. Viendo que ninguno optaba por hacer un chut a puerta y que estaban a punto de entrar en el área grande, siguió alejándose de los tres palos. Unos segundos después, estaba tirándose al suelo con motivo de atrapar el esférico con su cuerpo. Pero para entonces Bond había tenido los reflejos necesarios para picar el balón en el momento preciso. El esférico pasó ligeramente por encima del guardameta. El propio Bond trató de saltarle por encima para continuar con la jugada, pero le fue imposible por culpa del forcejeo que le propiciaba el defensor. Estaba muy desequilibrado como para lograr el salto y acabó tropezando contra el hombro del cancerbero. Algo similar le sucedió a su rival, de modo que ambos cayeron de bruces al suelo. El balón siguió su curso unos pocos metros más, pero acabó deteniéndose cuando apenas faltaban tres metros para que sobrepasara la línea de gol.

La emoción no podía estar en un punto más álgido. Los espectadores gritaban eufóricos, en buena parte porque muchos desconocían quién había sido el último en chutar el balón.

La mayoría pensaba que su compañero estaba a punto de marcar el tanto. Y es que el forcejeo que habían practicado los dos contrincantes, había impedido ver con claridad la jugada. Lo que ahora estaba claro era que el primero que se pusiera en pie, marcaría. Bastaba empujar el balón para hacerse con la victoria.

De ahí que apenas tardaran unas décimas de segundo en abandonar el suelo. Tanto Bond como su adversario corrieron un par de metros y, casi al mismo tiempo, se lanzaron en segada para tratar de ser el primero en golpear el esférico. No les importaba en lo más mínimo las rasgaduras que esa acción implicaría. Aunque hubiera habido chinchetas en el suelo, hubieran efectuado la misma acción. Todo por la victoria. Había mucho en juego: Bond podía hacerse con la libertad –si es que finalmente Brian era un hombre de palabra como afirmaba ser, cosa que 007 dudaba; su oponente recibiría una cuantiosa cantidad de dinero.

El inglés ganó por cuestión de centímetros. Es más, en cuanto chutó al balón, su rival golpeó sus tobillos, causándole un fuerte dolor, no porque lo hubiera hecho adrede sino porque se encontraba deslizándose. Lo que sí hizo con mala intención fue pisar a Bond en cuanto se puso en pie. El recluso se había levantado casi de un salto, movido por su frustración y rabia por haber perdido, de modo que no le había dado tiempo a 007 a hacer lo propio. El agente se defendió aplicándole un barrido desde el suelo. Luego se puso en pie a gran velocidad con motivo de abalanzarse contra su oponente, pero otros dos presos le sujetaron por los brazos, impidiéndoselo. Lo mismo hicieron con su rival, que fue llevado a rastras a una de las bandas, con el resto de los presidiarios. Bond fue empujado con fuerza en dirección al interior de la portería. Tal es así que cayó de nuevo al suelo, rasgándose una vez más codos y rodillas. Su ropa comenzaba a dar señales de las heridas, con diversas manchas rojizas. Se levantó y trató de coger el esférico sin que le atizaran los presos que se encontraban detrás de la red, pero fue totalmente imposible. Acabó de nuevo por los suelos tras recibir un par de patadas.

El dolor empezaba a hacer mella en Bond. Ya no se sentía tan ágil como en los anteriores duelos. Las molestias en las piernas le impedían andar con normalidad, por lo que más aún le iba a costar correr. A pesar de todos los males, el hecho de haber salido victorioso en dos ocasiones, tras haber abandonado aquel deporte durante tanto tiempo, le había subido la autoestima en buena medida y se sentía con la confianza necesaria como para ganar una vez más.

Su próximo adversario se encontraba a medio camino entre el primero y el segundo en los aspectos físicos. Estaba en forma, era delgado, pero al mismo tiempo era de constitución fuerte. Pero su rasgo más característico residía en su rostro: una cicatriz le cruzaba la cara, desde la ceja derecha hasta la parte izquierda de la barbilla. Sus compañeros comenzaron a gritar su apodo: Caos. El bullicio había vuelto a aumentar considerablemente tras la decepción de haber vuelto a ver a 007 ganando. La ansiedad por verle derrotado reinaba en el ambiente.

El agente miró a los ojos a su rival, intentando intimidarle. ¿O era Caos quien le intentaba intimidar a él? Aquellas miradas asesinas anunciaban un enfrentamiento de extrema dureza y brutalidad. Se intuía que lo deportivo iba a quedar relegado a un segundo plano en mayor medida aún que en los dos anteriores encuentros, lo cual, por supuesto, era lo que esperaban los reclusos, ávidos de satisfacer su sed de violencia.

Caos no esperó ni un momento más. Echó a correr en dirección a Bond cuando ni siquiera había posado el esférico en el suelo. Esto le obligó a moverse rápido, intentando

esquivarle al mismo tiempo que trataba de acercarse a la portería con el balón en los pies. Mucho se temía que hiciera el movimiento que hiciera, su contrincante se iba a abalanzar sobre él, dejando a un lado la posición de la pelota. Así pues, Bond optó por una estrategia diferente: realizó un potente chut con motivo de dar un balónazo a su oponente. Acertó de lleno, aprovechando la distracción para acercarse y propinarle un gancho a la altura de la barbilla. Sorprendentemente, no logró tumbarle, así que le dio otro fuerte puñetazo en la cara. Caos bufó, dolorido, pero demostró su gran resistencia al conseguir mantenerse en pie por segunda vez consecutiva. Bond se quedó paralizado de asombro las décimas de segundo necesarias para que su rival le devolviera el golpe. Un golpe mucho más fuerte si cabe que le lanzó de espaldas al suelo. Es más, el agente se retorció de dolor y fracasó en su intento de levantarse. Estaba demasiado dolido. Pocas veces antes le habían propinado un puñetazo de esa fuerza.

Caos podía haber aprovechado la situación para pisarle o pegarle alguna patada, pero estaba más ansioso por ganar el encuentro que por destrozar a su adversario, así que corrió rumbo al esférico. Avanzó y avanzó con él sin encontrar oposición alguna. Bond sólo pudo contemplar su disparo a puerta, un potente chut con una trayectoria muy idónea para evitar al portero: cerca de la escuadra derecha. 007 supuso que el guardameta se dejaría marcar. Brian se habría encargado de sobornarle. Pero, para su sorpresa, no fue así. El cancerbero saltó todo lo más que pudo y logró despegar el balón con uno de sus puños, lanzándole por encima de la portería y evitando la victoria de Caos.

Estaba claro que Brian debía haber sobornado al portero pero para que se esforzara al máximo. No había otra explicación posible, porque pocos se hubieran arriesgado a pararle un balón a Caos, ante el riesgo de recibir una paliza de categoría. Debía de haber una buena suma de por medio. Caos, de hecho, a punto estuvo de aproximarse al guardameta para pisotearle, pero una mirada reprochadora de Brian le bastó para calmarse. Al fin y al cabo, todos pertenecían al mismo grupo, sólo que aquella vez Brian lo había preparado todo para conseguir un buen espectáculo.

Mientras el guardameta se hacía con el balón por medio de los compañeros, Bond había logrado ponerse en pie. Se acercó a la frontal del área y esperó a que sacara, como era habitual en ese juego, de espaldas. Se mantuvo alejado de Caos. No quería recibir un codazo en el salto por la posesión de la pelota, así que prefirió hacerse a un lado y dejar que su rival se hiciera con él. Por primera vez en aquel reto, iba a tomar el papel de defensor. Y lo prefería. Jugando de esa forma, sin norma alguna, tenía ventaja aquel que no debía llevar el balón. Además, necesitaba unos segundos más para recuperarse. El dolor de mandíbula aún no había cesado del todo.

Caos enseguida puso rumbo a la portería. Bond se situó para interceptarle de igual forma que había hecho su rival con él: dejó de atender al esférico para centrarse en cazar al jugador. No se anduvo con pequeñeces. Se tiró en segada con las dos piernas por delante y alzando los pies hasta la altura de las rodillas. Caos fue incapaz de esquivar un movimiento así, cayendo irremediamente al suelo. Bond se levantó un instante después, echó a correr y se hizo con el balón. Su adversario tampoco tardó en ponerse en pie y perseguirle. Demostró que no sólo estaba entrenado de cintura para arriba cuando alcanzó a 007 antes incluso de que éste llegara a pisar el área. Le aplicó un placaje similar a aquel que efectuó Bond en el duelo anterior. El inglés sufrió un fuerte impacto contra el suelo, potenciado además por el peso del recluso. A pesar de ello, tanto uno como otro se levantaron al unísono y corrieron en dirección al balón, empujándose constantemente hasta que Caos propició un codazo a Bond en toda la cara. Eso detuvo el avance del agente, pero le motivó aún más para continuar con la persecución. Tal es así

que llegó a impedir el disparo a puerta de Caos con una nueva segada, otra de igual brutalidad, que derribó al fiero oponente y desvió la pelota hacia una banda.

Caos no pudo levantarse tan rápidamente como lo había hecho hasta entonces. Sus dolencias le exigían quedarse en el suelo algunos segundos más para recuperarse. Bond aprovechó para correr a por el balón, que se había detenido a apenas un metro de los reclusos de la banda izquierda. Cuando estaba a punto de llegar, uno de ellos entró en el campo y chutó el esférico. Todos se rieron al unisono de 007, quien no pudo hacer más que contener su rabia. Pero lo que más le enfureció fue ver que no se trataba de una simple broma: el presidiario había chutado con la intención de pasarle el balón a Caos. El fornido jugador se encontró entrando en el área llevando el esférico. El guardameta salió a su paso, ante la ausencia de defensas. Bond no podía hacer más que resignarse y rezar para que su oponente fracasara el intento.

Caos hizo el amago de disparar con la habilidad propia de un profesional. Así logró que el portero se tirara al suelo antes de tiempo, dejándole en desventaja para acometer cualquier otra acción. Al atacante le bastó correr ligeramente de lado para evitar cualquier posibilidad de que el cancerbero detuviera su chut. Golpeó el esférico y ya se disponía a festejarlo cuando, sorprendentemente, a pesar de contar con la portería vacía, rebotó contra el poste derecho en dirección a la banda de ese lado. Indudablemente, la suerte estaba del lado de 007. El público, que llegó a cantar gol, se quedó sumido en el silencio, aunque sólo por unos instantes. Al poco volvían a animar a Caos, que ya corría para hacerse de nuevo con el control de la pelota.

Ahora sí que Bond podía tratar de evitar el siguiente ataque. Disponía del tiempo justo para interceptar a Caos durante su regreso a la portería. Y así fue: al poco estaba en la esquina derecha del área intentando detener el avance de su rival. Éste intentó un regate pero Bond no estaba para juego limpio a esas alturas: le derribó con el antebrazo con todas sus fuerzas. Su adversario cayó al suelo de espaldas, donde se retorció de dolor. Si alguien cercano a 007 le hubiera visto en aquel momento, hubiera pensado que era un criminal más de aquella prisión. Su rostro también reflejaba la furia propia de un animal salvaje. Como para no estarlo después de lo que estaba sufriendo en aquel reto tan violento y cargado de brutalidad. Los hilos de sangre que brotaban de sus labios y de su nariz así lo atestiguaban.

Bond llevó el balón hasta el área y se dispuso a superar al portero, quien, una vez más, había salido de debajo de los tres postes para tapan el mayor ángulo posible. El atacante optó por el movimiento que dominaba mejor: las bicicletas. El guardameta trataba de adivinar la dirección que iba a seguir su rival, pero lo veía francamente complicado, dada la velocidad a la que Bond movía las piernas. Finalmente, el cancerbero, que esperaba un regate, se vio sorprendido con un disparo a puerta. 007 ejecutó un tiro raso y recto, de forma que el esférico pasó por debajo de las piernas de su oponente. Gol y victoria para el nuevo recluso.

Los espectadores no daban crédito a lo que veían sus ojos. Si hubieran tenido que apostar, nunca lo habrían hecho a favor del inglés. Era un reto demasiado difícil al caracterizarse por la ausencia total de normas. Ni un jugador profesional lo hubiera logrado, habituado al juego limpio. Sólo alguien como Bond, diestro en el combate y hábil en muchas disciplinas físicas, podía ser capaz de lograr el "hat trick" –marcar en tres ocasiones.

Brian tampoco salía de su asombro. Habían pasado unos cuantos segundos desde que el balón entrara en la portería y aún no se lo creía. ¿Cómo era posible que un tipo tan refinado y elegante había logrado superar a sus tres mejores futbolistas? Sí, era un agente doble cero, con licencia para matar, pero eso no le capacitaba para tener semejante habilidad física en un deporte que probablemente había dejado de practicar hacía tiempo, sustituyéndolo por los juegos de azar y los billares.

- Me ha amargado el día, sr. Bond.- le dijo mientras caminaba en su dirección. El agente se había quedado parado en el área en el mismo sitio desde el que había terminado la jugada del gol. El portero se había quedado tumbado sobre el suelo de gravilla, enfadado consigo mismo por no haber sido capaz de evitar el tercer y último tanto. El resto de los reclusos también comenzaron a acercarse a 007, creando un cerco de lo más amenazador. Bond tuvo la sensación de ser el protagonista de una película de terror, de esas en las que una horda de muertos vivientes atosiga a los personajes.

- ¿Acaso no le ha gustado el espectáculo? - respondió tan sarcástico como era costumbre en él.- Un "hat trick" no se ve todos los días. Creo que incluso merezco un premio mayor que la libertad.

- No cuente con ningún tipo de recompensa, sr. Bond. Lo único que usted se merece es un buen castigo. ¡Llévósele! – 007 fue aún más rápido que sus captores, pues fue capaz de propinar un puñetazo a Brian antes de que a ninguno de los presidiarios le diera tiempo a sujetarle. Brian cayó al suelo y Bond saltó sobre él para seguir atizándole, pero, entonces sí, varios hombres le pusieron los brazos a la espalda y le alejaron de su líder. Brian tenía un hilo de sangre brotando desde su nariz y un gesto que denotaba una mezcla entre dolor y furia contenida. Entonces pensó "¡Qué demonios, soy el jefe aquí!", dejó a un lado su contención y se dedicó a golpear a 007 hasta que se sintió satisfecho – cinco puñetazos después.- ¡Llévadle a su celda! Mañana le daremos su merecido.

- Pero, Comandante, ¿por qué no esta tarde? – le sugirió uno de sus esbirros.

- He de pensar en algo... especial.

13 - FUGA

Había pasado una media hora y Bond aún se sentía muy dolorido. En un momento de debilidad, se preguntó por qué había ejecutado una maniobra tan estúpida. Estaba claro que le iban a atizar en gran medida ante una acción así. ¿De qué le servía tratar de saciar su sed de venganza con un simple puñetazo? Fue cuestión de segundos que recordara el por qué de aquel movimiento: durante la breve refriega, se había hecho con el reloj “Omega” de Brian, en un gesto fugaz y limpio, como los que caracterizan a los ladrones o a los magos. Había engañado a todo el mundo. Ahora disponía de un dispositivo obra de Q en su bolsillo. El ex-agente le había conservado tras su detención.

Observó la chapa trasera del reloj con la esperanza de discernir, por su código, de qué modelo se trataba y cuál eran sus características especiales. Nunca prestaba demasiada atención a Q –consideraba sus artilugios prescindibles, si bien tenía que admitir que siempre le facilitaban las misiones y en muchos casos le habían salvado la vida-, así que dudaba que llegara a recordar tal información.

99-BC-11-08. En efecto, aquella identificación no le decía nada. Tendría que examinarle o incluso probar a pulsar sus botones. La característica principal de las creaciones de Q era que los artilugios quedaban perfectamente camuflados en objetos cotidianos. Ni siquiera 007 era capaz de adivinar qué dispositivos se ocultaban detrás de cada artículo. De ahí que siempre que visitaba el departamento del genial inventor, se quedaba asombrado. Lo mismo veía una radio con lanzamisiles que una pluma explosiva.

Decidió hacer una prueba. Se le puso en la muñeca izquierda y apuntó al suelo con su esfera. Emitió entonces un rayo láser, provocando una minúscula quemadura en el suelo. Expresó su alegría con una sonrisa: era justo lo que necesitaba para salir de la celda, ya que podía cortar los barrotes sin dificultad alguna. Eso sí, esperaría a la noche. Intentar fugarse con todos los reclusos fuera de sus celdas era prácticamente imposible, como había comprobado hacía tan sólo unas horas.

Los presos debían de estar en el comedor, puesto que un guardia le llevó comida en una bandeja. Por un momento estuvo a punto de cambiar de idea y tratar de escapar en ese instante. No tardó apenas unos segundos en volver a desechar la idea. El hecho de que estuvieran en el comedor no le daba suficiente ventaja. Tampoco es que fuera mucho más fácil hacerlo por la noche, pero estaba claro que sí tenía alguna posibilidad más. Si lo hacía en plena madrugada, todos estarían durmiendo y encerrados. Probablemente podrían abrir sus celdas desde sus respectivos ordenadores, pero cabía la posibilidad de que sólo pudieran salir con permiso de Brian o los vigilantes.

Una vez terminó de comer, activó el mecanismo que permitía acceder al ordenador portátil. Obviamente, no iba a poder conectarse a Internet para informar de lo que estaba viendo, pero al menos podría entretenerse de alguna manera mientras esperaba a que llegara la noche. Siempre y cuando, claro está, le permitieran seguir con vida para entonces.

Le sorprendió que pasara la tarde sin que le sometieran a alguna otra prueba o al castigo que le había prometido Brian. O bien debían estar muy entretenidos o bien estaba maquinando algo realmente doloroso. Esperaba que fuera lo primero.

El mismo guardia que le trajo la comida fue el encargado de llevarle la bandeja de la cena. De nuevo los reclusos debían de estar en el comedor, porque las celdas de aquel pasillo seguían estando vacías. Pasaron unos cuantos minutos –casi una hora- antes de que

comenzaran a llegar los primeros presos. Se metió en la cama y se hizo el dormido, como si aún estuviera lastimado. En parte, así era, pero si algo siempre le había caracterizado, era la rapidez con que se recuperaba de las heridas leves, de modo que se encontraba lo suficientemente bien como para llevar a cabo un nuevo intento de fuga.

Así se mantuvo varias horas. Consideró que las 3 de la madrugada era una buena hora. Sería de extrañar que aún hubiera algún presidiario despierto. El mayor problema en cuanto a vigilancia lo iba a tener con las videocámaras de seguridad. Estaba claro que no iba a poder evitarlas... salvo a la hora de salir de la celda.

Cogió la sábana de la cama y la ató a los barrotes por la parte de fuera, tapando todo el ancho del habitáculo. Nadie podría ver lo que estaría haciendo. Eso sí, no sería por mucho tiempo. El guardia encargado de la videocámara de ese pasillo enseguida detectó el extraño movimiento de Bond. Cogió el walkie-talkie y dio la orden a un compañero para que echara un vistazo.

Por supuesto, 007 había previsto esa reacción, de modo que lo primero que hizo fue cortar una sección de uno de los barrotes con el láser de su reloj y le dejó a su pies, teniendo en mente emplearlo como arma. Era una lástima que su traje –ese pésimo mono azul marino- careciera de bolsillos o cinturón. Podría tener la barra mucho más a mano. Pero, claro, obviamente se trataba de otra de las muchas medidas de seguridad. Un preso con bolsillos podría ocultar elementos peligrosos y un cinturón podría ser utilizado como arma.

Se dio toda la prisa que pudo, pero la disposición de los barrotes –en forma de cuadrícula compuesta de rectángulos verticales- le obligaba a realizar un buen número de cortes, por lo que le estaba llevando más tiempo del que esperaba. El guardia estaría al llegar y aún no había terminado. Además, estaba intentando evitar hacer cualquier tipo de ruido. Afortunadamente el láser apenas provocaba un ligero siseo al entrar en contacto con el metal, de modo que lo único que tenía que tener en cuenta era los barrotes en sí. Tenía que sujetarles, impidiendo que la sección que estaba separando cayera al suelo para después posarla sobre la cama.

De repente, el vigilante que había recibido el aviso tiró de la sábana. Lo hizo con tal fuerza que la tela se posó en el suelo en cuestión de décimas de segundo. Sin embargo, no sorprendió en absoluto a Bond. Es más, el agente le había oído acercarse por el pasillo y estaba preparado, barra en mano, para atacar, dado que había terminado de seccionar la puerta. El impacto que le propinó a la altura de la sien le dejó completamente aturdido, cayendo al suelo inerte. Bond rezaba para que el ruido de su desplome no hubiera despertado a ninguno de los reclusos circundantes. Esperó unos segundos para comprobar que, en efecto, nadie se había percatado del incidente y después arrastró el cuerpo del guardia al interior de su celda a la mayor velocidad que fue capaz. Con un poco de suerte, el vigilante de la videocámara no habría visto el movimiento. Pero, ciertamente, Bond no tenía mucha confianza en ello. Lo más probable es que estuviera observando la pantalla referente a ese pasillo sin pestañear. Para un preso que había que vigilar, había que hacerlo bien. Del resto no había por qué preocuparse: habían prometido su fidelidad a la causa de Brian.

007 se alegró en gran medida al comprobar que el guardia había venido armado. Llevaba una pistola además de una porra. Contaba con la primera para continuar con su plan de fuga. Era una parte imprescindible. Sin ella, no tenía ninguna posibilidad, tal y como había comprobado hacía escasas horas.

Se acercó a la celda de Brian, situada justo en frente a la suya, y le vociferó para que se despertara. Brian, sorprendido a más no poder, no daba crédito a lo que veían sus ojos: James Bond le estaba apuntando a la cabeza.

- ¡Abre la celda, vamos! – el agente le instó a que se diera prisa, clavándole una mirada digna de un asesino. Sabía que debían faltar escasos segundos para que el videovigilante diera la alarma. Es más, casi de seguro activaría la apertura de todas las celdas para que los reclusos fueran a atraparle junto a los guardias. Necesitaba cubrirse con el cuerpo de su líder para poder avanzar entre semejante horda de enemigos.

Brian no dudó en obedecerle. Abrió la compuerta por medio del ordenador portátil y Bond le rodeó el cuello con su brazo derecho mientras le colocaba el cañón de la pistola en la sien. Luego le obligó a que avanzara por el pasillo. Para entonces ya estaba sonando la alarma. Bond había cogido el walkie-talkie del guardia para dar un aviso falso acerca de la dirección que había tomado. Así ganaría tiempo de cara a los vigilantes.

Apenas recorrió ese corredor cuando se deslizaron todas las puertas de barrotes al mismo tiempo. Los presidiarios no salieron de sus celdas tan simultáneamente. Unos tardaban más que otros en despertarse y dejar las sábanas. En cualquier caso, ninguno se atrevió a efectuar un movimiento que no fuera el de seguir al secuestrador. Si atacaban, lo mismo mataba a su líder que recibían un balazo. Lo único que podían hacer era esperar a que llegaran los guardias, pero gracias al aviso de Bond, iban a tardar bastante más tiempo de lo habitual en hacer acto de presencia.

007 apretó con más fuerza el cuello de Brian para obligarle a que avanzara más deprisa, siguiendo la ruta que memorizó en el primer intento de fuga. Los reclusos no ocultaban su sorpresa. Les parecía inverosímil del todo que aquel agente estuviera tratando de escaparse por segunda vez en menos de 24 horas. Y además esta vez tenía un plan mucho mejor y, en consecuencia, un mayor porcentaje de éxito. No obstante, nadie apostaba por que lo fuera a conseguir. Una vez llegara al portón de salida, podría ser derribado fácilmente por los vigilantes de las torretas.

Pero Bond también había previsto esa situación. Cuando estuvo cerca de ese portón la primera vez, se había fijado en todos los detalles. Sabía que no había mucha distancia a las torretas de vigilancia. Tampoco eran muy altas, precisamente para facilitar a los guardias la posibilidad de disparar a cualquiera que tratara de escapar. Pero, claro está, también beneficiaba a un preso provisto de un arma de fuego, como era el caso. De esta forma, 007 amenazó con matar a Brian para que no trataran de dispararle y, justo después, apuntó a uno y a otro guardia, abatiendo a ambos con tan sólo 5 disparos.

Los presos, que le habían seguido hasta allí y que aguardaban al otro lado de la última de las puertas, entendían que Bond tenía las de perder: el portón blindado que le aguardaba a escasos metros le impedía continuar con su huída. De nuevo, hicieron mal en apostar en su contra. El agente empujó a Brian hacia ellos, dando a entender que se había rendido. Sin embargo, se quitó su reloj, giró su esfera y le lanzó en dirección al portón. Apenas dos segundos después, hacía explosión. Los reclusos, incapaces de preveer tan sorpresivo estallido, quedaron cegados o simplemente se tiraron al suelo del susto. Para cuando recobraron la compostura, unos cuantos segundos después, Bond ya no se encontraba en el camino de tierra que separaba la fachada de la prisión del muro exterior.

Todos ellos atravesaron el aro de fuego que había quedado en el portón con el objetivo en mente de darle caza. Sólo Brian se quedó, atónito, observando el orificio que había dado la libertad al tipo al que había prometido venganza. Sólo Brian sabía que era del todo

imposible atrapar a 007 con una desventaja tan considerable y menos aún tratándose de un entorno boscoso como lo era aquella región de Basingstoke.

14 - CAZAS

Bond no podía estar más contento de haber recordado que aquel reloj de Q poseía un potente explosivo. Si no llega a ser por esa característica y, por supuesto, por el rayo láser, jamás hubiera logrado fugarse de una prisión como aquella, en la que debía evitar tanto a los reclusos como a los guardias. Un infierno del que esperaba haberse librado para siempre.

Sin embargo, mucho se temía que iba a regresar en breve. Tenía que informar a M acerca de la cárcel, lo que conllevaría una orden de asalto al lugar. Aunque pensándolo bien, sería de extrañar que le permitiera participar en la operación. Al fin y al cabo, era un preso fugado.

El agente dejó de pensar en el futuro y se centró en el problema que le atañaba en aquel momento: cómo iba a contactar con M. Necesitaba hacerse con un teléfono. Para ello, primeramente tenía que deshacerse del mono azul de presidiario y conseguir otra ropa. El problema estaba en que se encontraba en mitad de un bosque en el que nunca había estado. No sabía qué rumbo seguir. Simplemente corría. Lo único que tenía claro era que debía dejar atrás a sus perseguidores. “Menos mal que en las prisiones no tienen perros”, pensó aliviado, mientras le venía a la mente el recuerdo de su reciente enfrentamiento con el rottweiler de la finca del doctor Stowers. Sólo se quedó en un susto, pero poco le faltó para acabar malherido.

Pocos minutos después, divisó una carretera. Se puso en mitad de uno de los carriles y, pistola en mano, se dispuso a amenazar al primer conductor que pasara por allí. No tardó en aparecer apenas unos segundos más tarde. Se trataba de un tipo trajeado, probablemente un alto ejecutivo o un abogado de prestigio, dado que conducía ni más ni menos que el último modelo de “Mercedes Benz”: “Clase CLS Coupé”. A Bond le resultó curioso que incluso en aquella situación le siguiera acompañando el lujo y la elegancia. Por si fuera poco, el traje del individuo le sentaba de maravilla, casi tan bien como si se lo hubiera hecho su sastre de Savile Row. Prácticamente era como una de esas tantas veces en la que Q le entregaba un nuevo vehículo, con la única diferencia de que no tenía que aguantar las pesadas explicaciones del inventor.

- Póngaselo, ¡vamos! – ordenó Bond.

- ¿Pero... eso no es un traje de presidiario? – le preguntó el atemorizado conductor.

- Qué va, soy mecánico.- le respondió el espía, en su clásico tono sarcástico. Justo después, se subió al coche y se fue a gran velocidad. El tipo se quedó de piedra en el arcén. Estaba tan nervioso que pareció creer la respuesta de 007, así que simplemente se puso a hacer autostop mientras intentaba calmarse.

Al poco tiempo, Bond llegó al centro urbano de Basingstoke. Buscó una cabina telefónica, pero en aquellos tiempos estaban en desuso. Mucho se temía que iba a tener que entrar en un local para poder llamar, algo que quería evitar a toda costa. Primero, porque no quería que nadie le viera. La noticia de su detención era demasiado reciente. Cualquiera que le viera, podría reconocerle y dar el aviso de su paradero. Segundo, porque su conversación exigía un secretismo absoluto. Sólo así podría aumentar las posibilidades de llevar a cabo una incursión sorpresa a la prisión. No obstante, lo más probable era que los reclusos ya estuvieran mudándose, pero al menos debía intentarlo.

Entonces tuvo una idea mejor: cogió la cartera del propietario del coche y ofreció una abultada cifra de dinero en metálico al primer transeúnte con el que se topó por la adquisición de su teléfono móvil. El individuo accedió sin dudarle. Con aquella cantidad podía comprarse no sólo un teléfono mejor sino que le sobraba para darse un capricho.

Por un momento, 007 llegó a pensar en que debería recuperar su ordenador portátil de la comisaría para establecer la comunicación de una forma más segura. Luego se dio cuenta de que ya no era necesario como cuando era fugitivo. Ahora lo era de nuevo, pero aún no había pasado el tiempo suficiente como para que las autoridades lo supieran. Por tanto, era poco probable que hubieran pinchado el teléfono de M.

- MI6, buenos días.

- Monneypenny, ponme con M, es urgente.

- ¡James! – exclamó la secretaria, eufórica de alegría.- ¿Ya te has fugado de la prisión? ¡Menuda rapidez!

- Sí, sí, venga, necesito hablar con M.

- ¿No vas a coquetear conmigo como de costumbre? ¡Para una vez que no nos van a interrumpir!

- Es lo que más echaba de menos en la cárcel, - respondió en su tono más sugerente- escuchar tu dulce voz, Monneypenny; susurrarte al oído lo mucho que pienso en ti, Monneypenny; acariciar tu sedoso cabello, Monneypenny; pero no, ahora no es el momento, así que pásame con M.

- Eso está mucho mejor. ¿Ahora no venía la parte en la que yo te rechazo?

- Monneypenny...- el tono cansado de Bond dejó bien a las claras que la secretaria se estaba excediendo. No era lo mismo conversar un rato antes de que le asignaran una misión que hacerlo cuando requería dar un aviso urgente en pleno desarrollo de una.

- Buenos días, Bond. Me alegro de que haya conseguido escaparse.- le dijo M con su seriedad habitual, si bien en el fondo ambos sabían que le guardaba cierto afecto, sobre todo después de aquella vez en la que el agente la rescató de una muerte segura a manos del terrorista Renard.

- Gracias, M.

- Hoy mismo he dado la orden a 005 para que inicie una investigación acerca de su caso. Usted es ahora un fugitivo, no le puedo dar órdenes. Ni siquiera debería hablar con usted. ¿Qué es lo que quiere?

- Quería informarle de un pequeño descubrimiento.

- ¿A qué se refiere? – M no daba crédito a lo que escuchaban sus oídos. Su agente no sólo se había fugado de una prisión de máxima seguridad en menos de 24 horas sino que también había avanzado en sus pesquisas. Era verdaderamente impresionante.

- Brian Wells. ¿Le suena de algo?

- Sí, fue agente doble cero. Creo que le ordené que le investigara y acabó atrapándole.

- Exacto. Pues estaba encerrado en esa misma prisión. Quería que me encarcelaran para vengarse de mí sin necesidad de fugarse, para hacerme pagar con la misma moneda. Y eso no es todo: Peter Whitman es su hermanastro. Ambos están compinchados y han sobornado a todos los reclusos y a los guardias para que colaboren con ellos. Planean algo, aún no sé el qué, pero debe de ser inminente, sobre todo ahora que he descubierto que la prisión es su tapadera.

- Bien hecho, Bond. Veré si puedo convencer al Almirantazgo para que envíe un pelotón de reconocimiento a la prisión.

- ¿Y qué hay de mí?

- Usted no debe intervenir. Ya le he dicho que 005 se encargará del caso. Ocúltese y espere a que todo se aclare.

- Juraría que antes dijo que no podía darme órdenes.

- Sólo es una recomendación.- rectificó M, conteniendo su malestar. Odiaba que la corrigieran. Y en mayor medida si se trataba de un subordinado. Por un lado, sabía que Bond podía resolver el asunto en mucho menos tiempo que cualquier otro agente doble cero, pero oficialmente no le podía mandar nada. Por otro, prefería que se mantuviera al margen. Podía llegar a dar mala imagen al MI6. Si bien ya no era considerado un agente en activo, su detención era demasiado reciente. Podría dar la impresión de que el MI6 lo había rescatado o de que se lo habían puesto más fácil por tratarse de un agente al servicio de Su Majestad. La gente dudaría de aquello que dice que la justicia es ciega.- Buena suerte, Bond.

- Gracias, M.

Entretanto, Brian también se disponía a entablar una conversación telefónica...

- Peter, soy yo.

- Dime, Brian.

- Tengo malas noticias: Bond se ha escapado.

Whitman, sorprendido enormemente, tardó un par de segundos en reaccionar.

- Pero... ¿cómo es posible?

- Me robó mi reloj y...

- No, no me refiero a cómo se fugó. Me refiero a cómo es posible ¡que seas tan estúpido! – su repentina subida de volumen molestó al oído de Brian, alejándose ligeramente del aparato. Su hermanastro estalló de rabia.- ¡Te advertí de que no te dejaras llevar por tus ansias de venganza! Seguro que intentaste jugar con él. Te dije que le propusieras que se uniera a nosotros y que si lo rechazaba, acabaras con él sin miramientos.

- No pude resistir la tentación. Compréndelo. Por su culpa, ahora no soy nadie.

- Ahora mismo no lo eres, pero en cuestión de días, serás un importante hombre de negocios, respetado y, sobre todo, muy rico, mucho más de lo que lo soy yo ahora. Esa es la idea que deberías mantener en tu mente y no una simple vendetta. Ya nos ocuparemos

de Bond más tarde. Ahora que se ha escapado, nuestra prioridad es adelantar nuestros planes.

- Eso era lo que te quería comentar. Deberíamos pasar a la "Fase A" cuanto antes.

- Bien, pues manos a la obra. Da la orden a tus hombres. Yo avisaré a los míos.

- De acuerdo.

- Y Brian... olvídate de Bond.- le recalcó Whitman, en un tono de lo más amenazador, por si no le había quedado claro. Quería evitar a toda costa que su hermanastro se obsesionara, lo que podría echar a perder todos sus planes.

Al día siguiente, el funcionario de prisiones encargado de supervisar el acceso a la cárcel de Basingstoke, permitió la entrada al Teniente Truelock y su pelotón tras indicar que se trataba de una supervisión no programada y mostrar un papel con la orden que justificaba su presencia. Un papel conseguido por M no sin esfuerzo, dado que tuvo que convencer al Ministro del Interior de que Bond era de fiar. Su desconfianza era del todo lógica: había sido condenado por haber asesinado a un soldado y por haber robado uranio. Sólo alguien tan cercano a él como M podía depositar confianza en la información recibida.

Truelock y sus hombres comenzaron haciendo un recorrido por los pasillos de las celdas. Comprobaron que casi todas estaban ocupadas y que no había nada que se saliera fuera de lo normal. Lo mismo se podía decir del resto de instalaciones –comedores, baños, almacenes, etc. Todo parecía estar en orden... hasta que solicitó acceder a las grabaciones de seguridad.

- Lo sentimos, Teniente, pero no le podemos facilitar las imágenes de la fuga del sr. Bond. Ayer tuvimos problemas técnicos.- indicó el guardia que les había acompañado durante toda la visita. Brian había ordenado la eliminación del DVD.

- Bueno, pero al menos dispondrán del disco, ¿no?

- Me temo que no, solemos tirarlos a la basura.- el Teniente sospechó de aquel procedimiento. Generalmente, se guardaban incluso las malas grabaciones, lo que al menos demostraba que las cámaras habían estado en marcha, fuera a parte de que sería de extrañar que no hubieran grabado nada en absoluto en todo un día. En otras palabras: olía a gato encerrado. El guardia maldijo en silencio su tremendo error. Tenía que haber grabado el disco con imágenes de otro día. Se había encargado de todos los detalles menos de ese. Brian se lo iba a hacer pagar caro. Muy caro. Debía enmendar aquel fallo cuanto antes. Su estado físico dependía de ello: Brian era bien conocido por la forma tan brutal en que castigaba a sus subordinados.- Un momento, ahora que recuerdo... Hubo una parte que sí se grabó bien y decidí guardarle en el archivo. Acompañenme.

Cruzaron un pasillo y les abrió la puerta de la llamada "Sala de Seguridad", donde no sólo se almacenaban los DVDs con las grabaciones de las videocámaras sino que también albergaba los servidores y todo tipo de dispositivos encargados de las alarmas, los rayos infrarrojos y demás. Entretanto, el vigilante había pulsado tres veces el botón de comunicación de su walkie-talkie. Era la señal secreta. El encargado de las cámaras cogió el suyo y avisó a otro, indicándole la posición del primero según veía en uno de los monitores. Pocos segundos después, este último, acompañado por un grupo de otros cinco guardias, fue al archivo. Todos ellos dispararon sin rodeos al Teniente y sus hombres. Apenas tuvieron tiempo de reaccionar, de modo que cayeron al suelo heridos o

mueritos después de haber efectuado tan sólo un disparo, y además fallido. Acabaron con los que continuaban con vida con algunas balas más y trancaron la puerta. Aún faltaba tiempo hasta que llegara el camión de la basura, así que les dejarían ahí por unas cuantas horas.

- Esta vez no quiero errores.- habló el guardia líder, en voz baja, como si lo hiciera para sí mismo.- Sobrescribe las grabaciones del día de hoy con las del día simulado.- ordenó al encargado de las cámaras, elevando el tono. El día simulado mostraba a los presos y a los guardias comportándose tal y como lo harían si aquella fuera una prisión normal y corriente. Nada de utilizar ordenadores en las celdas ni andar libremente por los pasillos.

Por desgracia para el vigilante, mucho se temía que de poco serviría esa medida. El ejército notaría la ausencia del Teniente Truelock y su pelotón, lo que irremediamente conllevaría una nueva investigación, y aún más exhaustiva. Tal es así que acabarían descubriendo todo lo que aquellas instalaciones ocultaban, como contenedores de uranio, armamento, ordenadores portátiles... La denominada "tapadera perfecta" que constituía aquella cárcel tenía los días contados.

Bond había pasado una de las noches más incómodas de su vida en un sucio y descuidado motel de carretera con el poco dinero que quedaba en la cartera del dueño del "Mercedes". De ahí que le abandonara muy temprano por la mañana. "¿Por qué seré tan generoso?", se recriminó a sí mismo, recordando el dinerito que le había dado al transeúnte.

Se encontraba regresando a Londres cuando se percató de que no había informado a M acerca del mecanismo que mostraba el ordenador portátil y la televisión ocultos tras las paredes de las celdas. De esta forma, hubiera facilitado la tarea en suma medida al pelotón de reconocimiento. No obstante, dudaba que les fuera a costar demasiado desvelar lo que ocurría en aquel recinto. Mismamente, las cámaras de seguridad habrían captado la libertad de la que gozaban los "inquilinos". Claro que también existía la posibilidad de que hubieran manipulado las grabaciones. Tenía que habérselo dicho. Se sentía culpable por ello. Sólo esperaba que su error no hubiera causado un posible retraso en la detención de Brian y sus hombres.

- ¡En marcha! – vociferó Brian mientras se subía al primero de los camiones. Se trataba de un conjunto de 5 vehículos de grandes dimensiones, concretamente los llamados "truck trailers" de 18 ruedas. Pertenecían a "Whitman Corporation", como indicaban los logotipos de sus carrocerías. Son los que empleaba la empresa de Peter para transportar el gas licuado por todo el país. Ahora contenían a las docenas de reclusos de la prisión junto a los guardias de la misma y todo el armamento que habían ocultado en ella. La cárcel se había quedado completamente vacía. No quedaba ni rastro de lo que allí se había estado haciendo en los últimos meses. Incluso habían destrozado los ordenadores portátiles y las grabaciones de seguridad. Brian llegó a pensar en volarla por los aires, pero prefirió no hacerlo porque así se guardaban mejor las apariencias y ganaría más tiempo. Ese tiempo vendría dado por lo que tardara en llegar allí un nuevo pelotón militar de reconocimiento.

El camión de Brian se desvió de la ruta que estaban siguiendo los demás. Su destino no era el astillero principal de "Whitman Corporation", ubicado en el puerto de Marina Village, sino la base militar de Barkham: la misma en la que hacía escasos días se había producido un robo de uranio y un asesinato. Una vez llegaron a sus cercanías, Brian y dos

de sus hombres se pusieron trajes militares del ejército británico. El vestuario incluía gorras, pistolas, munición y cuchillos, el equipamiento estándar de cualquier soldado.

- Recordad, lo único que tenéis que hacer es seguirme. A mi señal, nos dirigiremos al hangar B, ¿entendido? – sus hombres le respondieron afirmativamente, si bien les sorprendía el hecho de que fuera a resultar tan sumamente sencillo. En cuanto se acercaron a la valla de uno de los laterales de la pista de aterrizaje –aquella por la que Brian accedió a las instalaciones por primera vez- se percataron de que, en efecto, la dificultad iba a ser mínima. Brian lo había preparado todo para llegar a ese hangar sin llamar la atención. Una vez cortaron la valla con tenazas, pulsó un botón de un transmisor y una serie de explosiones tuvieron lugar. Estalló el centro de seguridad, aquel en el que se registraban las grabaciones de las videocámaras. Instantes después, estalló el almacén del armamento. En concreto, la explosión tuvo lugar en el interior de la llamada “Sala Nuclear”, lo que activó todas las alarmas referentes a peligro de radiactividad. Era poco probable que el uranio, debidamente protegido en contenedores blindados, se hubiera visto afectado, pero era demasiado peligroso como para no tomarlo en consideración.

Todo el regimiento se despertó de un salto. Se habían acostado no hacía mucho y ya volvían a estar en marcha. Y nada menos que por culpa de una alarma de alto riesgo. Apenas habían pasado unos pocos días desde el último incidente y ya estaban enfrentándose a un nuevo ataque. Se preguntaban que tenía aquella instalación militar que no tuvieran las demás. La mayoría de los soldados se dirigió a buscar el equipo necesario para combatir incendios, mientras que otros se encargaban de atender a los heridos y otros se unían a los soldados de guardia para aumentar la vigilancia ante una posible ofensiva directa. Un número más pequeño se dispuso a recorrer el recinto con contadores Geiger para comprobar si había radiación. En suma, todo el ejército residente en aquella base aérea estaba tratando de recuperar la normalidad.

Entretanto, un trío de soldados corrían entre todos ellos en dirección al hangar B. El descontrol era tal que nadie se dedicó a fijarse en sus rostros. El uniforme bastaba para justificar su presencia allí, fuera a parte de que era de noche y costaba distinguir quién era quién entre las sombras. Brian activó la apertura de las gigantescas puertas correderas del hangar y se montó rápidamente en uno de los tres cazas “Eurofighter Typhoon” que allí se guardaban. Se puso el casco y arrancó su vehículo. Lo puso a plena potencia con motivo de colocarse cuanto antes sobre la pista de despegue. Varios soldados se extrañaron al ver al caza en movimiento, pero esperaron a que el controlador aéreo indicara de qué se trataba.

- Es un despegue no autorizado. Deténgase o nos veremos obligados a abatirle.- sonó aquella voz monótona a través de los altavoces circundantes a la pista. Otra voz trató de invadir la cabina, pero Brian no había conectado la radio. Pocos segundos después, alcanzó tal velocidad que nadie logró detenerlo. Le dispararon repetidas veces, pero las balas rebotaban contra el fuselaje, puesto que era blindado. La única forma de conseguirlo era acertar a las ruedas, pero fue del todo imposible. El avión se alejó del suelo y se perdió en el horizonte. Fue entonces cuando los hombres de Brian se montaron en los otros dos cazas e iniciaron la misma maniobra.

- Al habla Halcón I, solicito permiso para perseguir al Halcón III.- indicó uno de ellos a través del micrófono que incorporaba su casco. El empleo del alias “Halcón” no era aleatorio: se trataba del código que había que utilizar para volar con ese aparato en concreto. El piloto lo sabía porque había pertenecido a esa base militar no hacía mucho y,

al igual que Brian, había sido víctima de un Consejo de Guerra. Un juicio que consideró completamente injusto y en aquel caso así era: Brian pidió a su hermanastro Peter que hiciera las manipulaciones necesarias para conseguir ese resultado a base de talonario y, en consecuencia, obtener un aliado de gran valor para sus planes. Lo mismo sucedía con el piloto del otro caza y con otros muchos de los presos. Así se garantizaba su lealtad a la hora de llevar a cabo semejantes acciones contra Su Majestad. El resto de reclusos, aquellos que ya habían sido condenados previamente, centraban su motivación única y exclusivamente en la promesa de recuperar la libertad con una buena suma de dinero en el bolsillo.

- Aquí Base Eco, permiso concedido.- respondió el controlador aéreo tras comprobar que el alias, aunque algo antiguo, era válido. Dada la situación, optó por darle el permiso, aunque no era del todo correcto hacerlo. Encendió la hilera de luces que bordeaba la pista e indicó por los altavoces que se iba a proceder a efectuar un despegue autorizado.

- Al habla Halcón II, solicito permiso para perseguir al Halcón III.

- Aquí Base Eco, permiso concedido.- nuevamente le extrañó que el otro piloto también empleara esa codificación antigua, pero supuso que habría escuchado la solicitud de su compañero y que habría optado por emplear el mismo protocolo.

De esta forma, Brian había conseguido continuar su vuelo sin más perseguidores que sus propios compañeros, quienes mantenían cierta distancia para guardar las apariencias. Por supuesto, prescindieron de utilizar la radio por la misma razón. Simplemente seguían el rumbo previsto: Londres.

15 - ATAQUE

El controlador aéreo intentó comunicarse con los pilotos Halcón I y II. Estaban tardando demasiado en informar. Descubrió entonces que ambos habían desconectado sus radios. La única información al respecto procedía del radar. Viendo que no hacían ningún tipo de maniobra –prácticamente, estaban volando en formación pero muy separados entre sí– quedó claro que le habían engañado como a un principiante. Nunca en su vida se había sentido tan culpable como en aquel momento, pese a los ánimos de sus compañeros, quienes le aseguraban que hubieran actuado de la misma forma en una situación tan caótica como aquella. Y lo peor de todo es que seguían rumbo directo a la capital.

Dejando a un lado su frustración y su nerviosismo, el controlador puso todo su empeño en avisar a las autoridades del incidente. Llamó a Scotland Yard y a la policía local. Pensó en avisar a algún otro piloto de la base, pero la distancia que les separaba era excesiva. En su lugar, alertó a otros cuarteles, pero les iba a suceder lo mismo: era del todo imposible interceptarles antes de que llegaran a Londres. La idea de un nuevo 11-S le sacudió la cabeza.

Fruto de su desesperación, incluso llamó al Ministerio del Interior, si bien sabía de antemano que poco o nada podían hacer desde tal departamento. Sin embargo, contra todo pronóstico, se convirtió en el aviso con más probabilidades, dado que el Ministro llamó a su vez al MI6, quien quizá podría poseer algún tipo de artilugio o dispositivo capaz de hacer frente a una amenaza de ese calibre. La responsabilidad cayó finalmente en Q. El inventor afirmó que disponía de un aparato volador en condiciones de ser utilizado, si bien, como era costumbre en su sección, aseguraba que no estaba terminado. Cualquiera que le conociera sabía que aquella frase le permitía exculparse de un posible fallo de funcionamiento, porque si realmente no estuviera terminado, prohibiría su empleo, o mejor dicho, el reglamento lo impediría.

Sólo quedaba un problema por solventar: ¿quién iba a pilotarlo? Todos los agentes doble cero se encontraban ocupados en misiones por todo el mundo. 005 era el más cercano, pero se hallaba investigando el caso de Bond fuera de la ciudad. M se vio obligada, muy a su pesar, a utilizar el botón de rellamada para contactar con 007.

- Bond, necesito que venga inmediatamente. Han hecho explotar el puesto de control de seguridad y la “Sala Nuclear” de la base área de Barkham al tiempo que han robado tres cazas “Eurofighter Typhoon” que se dirigen hacia aquí. Seguro que es tu amigo Brian.

- Estaré allí en unos cuatro minutos.

- Mejor que sean dos.- M estuvo a punto de colgar, pero entonces recordó un dato más.- Ah, y vaya directamente a la Sección Q.

Con esta información, se revelaban ante Bond las verdaderas intenciones de Brian respecto a la infiltración en las instalaciones militares de Barkham por la que le condenaron. Se podía decir que la venganza hacia su persona era una tapadera. La auténtica razón estaba en aquel robo de cazas. Haciendo estallar el centro de seguridad y la “Sala Nuclear” se provocaba el caos necesario para poder llevar a cabo el hurto sin demasiadas complicaciones. No obstante, quedaba una incógnita por resolver: ¿para qué necesitaba el uranio? Podía haber accedido a la sala, colocar el explosivo y marcharse sin más. Aunque también es cierto que llevándose lo justificaba su acceso y no levantaba sospecha alguna referente a la colocación de un artefacto. En cualquier caso, tenía en su poder una pequeña cantidad de uranio, pero era suficiente para crear una bomba nuclear

de corto alcance. La amenaza iba a continuar vigente aunque consiguiera detener ese ataque aéreo.

Su conducción no podía ser más temeraria. Nada más ponerse al volante del “Mercedes”, aparcado en batería en la misma calle en la que se encontraba su nuevo hospedaje, pisó al máximo el acelerador, dando un brusco giro marcha atrás lo suficientemente veloz como para no tener que esperar a que pasara el vehículo que se acercaba. Hizo lo mismo en sentido inverso, pasando de una calle a la siguiente a base de derrapes. Sólo así podría llegar al cuartel general del MI6 en el tiempo que había dicho a M.

Para su fortuna, a esa hora el tráfico no era demasiado denso. La mayoría de la gente se encontraba terminando de cenar o incluso acostándose, dado que era un día entre semana. No obstante, tuvo que efectuar unas cuantas maniobras arriesgadas, sorteando todo tipo de vehículos, motocicletas, taxis y autobuses. Precisamente dos de estos últimos le dieron un buen susto. Uno de ellos se encontraba parado en un semáforo, de modo que no le quedaba más remedio que adelantarlo por la derecha. Justo en ese momento, se aproximaba otro autobús por el otro carril. El conductor de este último vio la veloz maniobra de Bond sin apenas tiempo de reaccionar, pero al menos pudo echarse un poco hacia la acera adyacente a su carril. Gracias a ello, el “Mercedes” pasó entre medias de los dos vehículos, a cambio de perder los dos retrovisores al tiempo que quedaban rayados ambos laterales de la carrocería en una lluvia de chispas.

El flamante “Clase CLS Coupé” había perdido buena parte de su elegancia. Pero eso poco le importaba a Bond en una situación tan crítica como aquella. Lo que más le podría molestar sería la ausencia de espejos retrovisores, pero se las podía arreglar con el interior sin mayores problemas.

Tras esquivar un par de coches más, 007 llegó a la puerta principal del cuartel general del MI6. Aparcó en la acera entre dos de los árboles que formaban una hilera y, sin tan siquiera apagar el motor, subió las escaleras todo lo más rápido que fue capaz y siguió corriendo por el vestíbulo una vez atravesó las puertas de cristal correderas. Con una simple mirada al portero, a éste le bastó para que pulsara el botón que abría la siguiente compuerta. La situación se repitió un par de veces más, pero ante guardias de seguridad, hasta que entró en el taller de Q.

- Buenos días, 00...

- No hay tiempo, Q.- le interrumpió el agente bruscamente, sin darle tiempo a que dijera su número.- Dígame cuál es el artilugio y olvide las explicaciones de costumbre.- el inventor, nuevamente molesto por la indiferencia que mostraba Bond hacia su trabajo, tenía que admitir que en esa ocasión su comportamiento estaba más que justificado: el tiempo apremiaba. Así pues, simplemente se lo señaló y apretó el botón de un mando a distancia.

- Ahí lo tiene. Lo llamamos la “Avispa”. Espero que por una vez, lo devuelva en perfecto estado. Aunque, pensándolo mejor, no estaría mal que sus enemigos dieran en el blanco de una vez por todas...

El lugar que hacía un par de años había estado destinado a un pequeño tanque de agua en el que probaron la lancha de pesca del fallecido Q, se había convertido en la zona de trabajo de un nuevo vehículo, esta vez aéreo. Una sección de pared se hizo a un lado, ofreciendo una espectacular vista del Támesis. La luz blanca de la luna se reflejaba en sus aguas, entremezclándose con la amarillenta procedente de las farolas de las orillas.

El suelo se deslizó entonces en dirección al exterior del edificio, transportando la diminuta nave.

Se trataba de un caza a escala reducida. A Bond le recordaba en parte al “AcroStar” que empleó en una misión en Cuba y en parte a la “Pequeña Nellie”, porque, al contrario que el primero, también disponía de un buen arsenal. Aquel vehículo era justo lo que necesitaba para despegar cuanto antes y así hacer frente al trío de “Eurofighters”. Era de color negro, parecía de la misma tonalidad que la lancha de Q, y, en cierta manera, su línea le recordaba también a ella, si bien, obviamente, sus formas eran bastante más redondeadas para surcar el aire con mayor facilidad. A simple vista, costaba creer que tan minúsculo aparato, cuyas dimensiones apenas superaban la de la cabina en la que se sentaba el piloto, fuera capaz de volar.

En cuanto la plataforma cesó su movimiento, Q pulsó otro botón del mando para que se abriera el cristal de la cabina. Al presionar un tercer botón, surgió del suelo una gruesa lámina justo detrás de los propulsores del vehículo, diseñada para proteger de las llamas al taller y sus empleados. Bond prácticamente subió al interior del vehículo de un salto, luego presionó el botón que cerraba la cabina y por último inició la secuencia de despegue. Primeramente, activó la propulsión situada en la parte inferior del fuselaje. Una vez levitó, presionó otro botón para que se recogieran las tres ruedas y, finalmente, movió la palanca del acelerador hasta situarla a la máxima potencia. Surgió entonces un fogonazo tan intenso que incluso llegó a asustar a Q, más que otra cosa por el ruido... y por el temor de que algo fallara. Sus inventos rara vez se estropeaban una vez probados, pero tenía sus dudas sobre aquel en concreto porque pensaba que no se le habían hecho las suficientes pruebas. El susto se convirtió en enfado un instante después...

- ¡Más suave, aún no está terminado! – vociferó con todas sus fuerzas, aunque bien sabía que era del todo imposible que le hubiera podido escuchar con el ruido reinante.- Será desagradecido... - murmuró para sí mientras pulsaba otro botón del mando a distancia, aquel que activaba los mecanismos encargados de recolocar los diferentes elementos a la posición inicial. El taller recuperaba así la apariencia de una sala más del edificio... si se exceptuaban la multitud de aparatos, herramientas y demás artilugios que albergaba la estancia.

Entretanto, los “Eurofighter Typhoon” ya se encontraban atravesando el espacio aéreo londinense. Las autoridades trataron de avisarles de que no tenían permiso para sobrevolar la ciudad, pero seguían con las radios desconectadas. En cualquier caso, carecían de medios para hacerles frente. Sólo disponían de helicópteros, únicamente útiles a la hora de perseguir objetivos terrestres. Había otros cazas en camino, pero llegarían demasiado tarde. La única esperanza residía en 007.

El agente no tardó en poner rumbo de interceptación, basándose en las indicaciones de la minúscula pantalla de radar con la que contaba la “Avispa”. Así pudo ver que el primero de los cazas se encontraba a escasos kilómetros de su posición, mientras que los otros dos volaban separados de él, unos tres kilómetros más atrás. La trayectoria del grupo era tan clara que Bond enseguida dilucidó cuál iba a ser su objetivo: el Big Ben. Brian iba a vengarse de su patria por todo lo alto. Si hubiera sido otra persona, habría pensado en algún otro tipo de plan, pero viniendo de él, estaba claro que lo único que pretendía era cometer un atentado. ¿Y qué forma más significativa podía haber que destruir el monumento más reconocible del país?

Bond optó por una maniobra arriesgada como pocas: se colocó en la misma línea de vuelo que el primer caza, pero en sentido contrario, y poco después, cuando le divisó, subió hasta alcanzar su misma altura. Su piloto, el propio Brian, no daba crédito a lo que veían sus ojos cuando apareció en su campo visual, acercándose a gran velocidad justo de frente. ¿Qué era eso? ¿Existía un caza tan sumamente pequeño? Ni siquiera se había dado cuenta de su presencia en la pantalla del radar. El punto que le representaba era minúsculo. Dado había anochecido, era de color negro y, al contrario que el suyo, carecía de cualquier tipo de indicador luminoso en el fuselaje, le vio cuando se encontraba demasiado cerca. Lo suficiente para que Bond pudiera acertarle con las ametralladoras de las que disponía el vehículo, ubicadas en el morro, dado que estaba en su radio de alcance. Para alegría del criminal, las balas rebotaron en el fuselaje de igual forma que había sucedido en la base aérea. Bond lamentó que el calibre escogido por Q resultara insuficiente para agujerear a su enemigo. Le haría la sugerencia de uno mayor en cuanto aterrizase.

Así pues, pasó de largo sin haber conseguido nada. Dudó entonces si enfrentarse a los otros dos cazas o si dar la vuelta para perseguir al primero. Optó por la primera opción, puesto que estaban muy cerca. Tal es así que pudo utilizar el sistema localizador de objetivos correspondientes a los misiles teledirigidos. Una vez el ordenador de a bordo le dio el visto bueno, accionó el gatillo y disparó un proyectil rumbo al caza izquierdo. Instantes después, disparó otro al derecho. Sin perder un segundo, realizó un giro vertical de 180° y persiguió al caza que iba en cabeza. Fue entonces cuando se arrepintió de haber llevado a cabo aquel ataque doble: la aeronave de Brian estaba aproximándose peligrosamente al Big Ben, de modo que tenía sus dudas acerca de si iba a poder interceptarle a tiempo, antes de que pudiera disparar contra el mítico reloj.

Entonces se oyó una fortísima explosión: uno de los dos cazas de la retaguardia había sido alcanzado por el misil de Bond. Sin embargo, el otro había logrado esquivarle primero y dispararle después, haciéndole estallar a pocos metros de que le impactará. De hecho, explotó tan cerca que el caza atravesó una nube de fuego. El piloto se alegró enormemente no sólo de haberse librado de tan letal proyectil sino también por no haberse visto afectado por el estallido.

Entretanto, Bond quiso hacer uso nuevamente de los misiles teledirigidos, pero el ordenador de a bordo indicaba que se encontraba a demasiada distancia del objetivo como para llevar a cabo los cálculos pertinentes. Aún tendría que acercarse algo más. Por fortuna, su vehículo era más rápido que el "Eurofighter". No obstante, veía muy complicado que le fuera a dar tiempo: el Big Ben ya era visible. Brian se disponía a apuntar al objetivo. Sabía que su diminuto enemigo se estaba acercando peligrosamente por detrás, pero no le importaba. Su prioridad era destruir aquella torre.

La mano de Brian temblaba ligeramente sobre el gatillo rojo de la palanca de mando. La emoción del momento –llevaba mucho tiempo esperando aquella ocasión– se sumaba a la tensión de ser perseguido muy de cerca por otro caza. Además, simultáneamente trataba de concentrarse en mantener su trayectoria. La mano de Bond también indicaba cierto nerviosismo en el agente. Por más que había colocado la palanca del acelerador a plena potencia, parecía no alcanzar nunca la distancia adecuada para disparar a su objetivo. Y el tiempo se agotaba. Llegó a pensar en disparar un misil de forma manual, pero era demasiado arriesgado. Si no daba en el blanco, podía acabar acertando a un edificio o incluso al propio Big Ben o al Parlamento. Debía aguantar en la dirección que llevaba un poco más.

Pero entonces Brian disparó uno de sus misiles, apenas unas décimas de segundo antes de que la computadora de la "Avispa" indicara que había fijado el objetivo y Bond apretara el gatillo. La luz de emergencia de la cabina de Brian parpadeó al tiempo que emitía un sonido de alarma. El piloto no dudó en accionar el mecanismo de eyección, abandonando el "Eurofighter" justo antes de que estallara en mil pedazos. Tal es así que incluso algunos cascotes llegaron a golpear contra la parte inferior de la cabina y el criminal llegó a notar el calor de las llamaradas. No le importaba tirarse en paracaídas, dado que había logrado su objetivo. Le hubiera gustado haber lanzado algún misil más, pero de eso se podría encargar su compañero Thomas.

Uno de los cuatro relojes del Big Ben estalló, produciéndose un boquete de gran tamaño a través del cual se podían entrever los engranajes, una vez se disipó en parte el denso fuego y humo iniciales. Las agujas saltaron por los aires en varios pedazos. Curiosamente, el trozo correspondiente a la flecha de una de ellas quedó flotando sobre el Támesis, indicando la dirección por la que descendía Brian. Daba la sensación de que era capaz de señalar quién le había atacado. El asfalto quedó rociado de escombros, sorprendiendo a los conductores. La situación a punto estuvo de terminar en accidente cuando un autobús frenó a escasos centímetros del coche que iba delante. Fue toda una suerte que la densidad del tráfico fuera escasa por esa zona en aquel momento.

Bond lamentó haber fallado en suma medida. Se sentía aún más culpable que cuando olvidó informar a M acerca de los mecanismos ocultos en las celdas de la prisión. Se quedó observando la incendiada torre, anonadado, con la vista perdida. Parecía como si hubiera perdido a alguien cercano en aquella explosión, cuando en realidad lo que le dolía era en parte haber fracasado y en parte el hecho de ver al gran símbolo británico en ese estado, ya que desde siempre se consideraba un patriota en toda regla. De hecho, era una de las razones principales por las que se dedicaba con tanto esmero al servicio secreto, no importándole arriesgar la vida cada dos por tres con tal de velar por los intereses de Su Majestad y, en muchas ocasiones, del mundo.

Una luz roja parpadeante, acompañada de un agudo sonido de alarma, le despertó de aquella pesadilla para introducirse en una peor: el compañero de Brian, Thomas, le había disparado con un misil teledirigido. Echando un rápido vistazo al panel de controles, descubrió un botón denominado "Contramiedas". Le pulsó y velozmente se deslizó una sección de la parte superior del fuselaje, entre los propulsores y la cabina, mostrando un pequeño hueco en el que había cuatro diminutos tubos. De ellos salieron disparadas cuatro bolas metálicas del tamaño de pelotas de golf. Formaban el extremo de una red compuesta de pequeños sensores de forma cuadrada. Cada una de las bolas sacó un diminuto paracaídas de su interior, quedando flotando en el aire en lento descenso, con toda la malla desplegada. Una vez el misil arrastró la red, los sensores lo detectaron y las pelotas, que se habían adherido a la superficie del proyectil gracias a que estaban imantadas, estallaron al unísono, destruyéndolo en una vorágine de fuego digna del mejor espectáculo pirotécnico.

Thomas se quedó completamente asombrado. Había oído hablar de los increíbles artilugios que caracterizaban a los agentes doble cero, pero nunca lo había llegado a creer del todo. En la base aérea de Barkham, en la que había servido en los últimos años, lo más moderno que había llegado a ver había sido el propio "Eurofighter Typhoon". Y no tenía contramedidas tan sofisticadas ni tan eficaces como la que acababa de ver.

Bond aprovechó la distracción del piloto para efectuar un brusco giro de 180° y situarse tras su cola. Thomas intentó hacer todo tipo de maniobras evasivas, pero su rival era tan

habilidoso que consiguió mantenerse a la distancia necesaria para que el ordenador de a bordo de la “Avispa” lo fijara como objetivo. 007 accionó entonces el gatillo. Sin embargo, el misil que le quedaba no se movió de su sitio, bajo el ala derecha. Siguió apretándolo, pero nada sucedía. Quedó claro que se había atascado. Enfurecido a más no poder, Bond admitió, sin embargo, que era una de las pocas veces en las que un dispositivo de Q le había fallado. Por normal general, sus inventos le habían sido de utilidad y en muchas ocasiones le habían llegado a salvar de muertes seguras. Ahora mucho se temía que se las iba a tener que apañar por su cuenta. Comprobó en el panel de mandos que la “Avispa” carecía de más armas que las dos ametralladoras y los cuatro misiles. Tampoco disponía de más contramedidas que la red que acababa de emplear. Estaba completamente a merced de su adversario. Y al mismo tiempo, no veía la manera de abatirle para evitar que lanzara más proyectiles contra el Big Ben.

Thomas vio de repente que su rival se había ido. Ya no le perseguía. Había desaparecido. Ni siquiera era visible en la pantalla del radar. Lo último que vio era que ascendía a gran velocidad, atravesando las nubes como una flecha. Se despreocupó por completo. Lo interpretó como una retirada. Así pues, corrigió el rumbo para dirigirse nuevamente hacia el Big Ben.

En realidad, Bond se había colocado justo encima de su adversario, pero oculto tras la capa de nubes. Lo había logrado con una precisión tan exacta que en el radar de Thomas sólo aparecía un punto -el que representaba a su propio vehículo- lo que le daba a entender que su contrincante se había marchado. Por supuesto, esta estratagema la había logrado gracias a uno de los dispositivos de la “Avispa” creados por Q a tal efecto. Permitía al caza seguir a otro de manera automática. De igual forma, bastaba introducir unas coordenadas para llegar a un destino sin necesidad de estar a los mandos. Pero esa característica la tenía cualquier avión comercial -el piloto automático.

El problema estaba entonces en cómo derribar el “Eurofighter”, dado que se había quedado sin misiles. Bond había ideado una maniobra de lo más arriesgada. Una que acabaría con la “Avispa” hecha pedazos. Descendió de pronto a gran velocidad, de forma completamente vertical, para continuar inadvertido de cara al radar. Sólo el ruido de su movimiento alertó a Thomas. Alzó la vista y pudo ver a su rival acercándose como si de un rayo se tratara. Tal es así que cuando se percató de sus intenciones, ya era demasiado tarde. El agente se dirigió directamente hacia el “Eurofighter”, provocando la colisión entre el pequeño ala izquierdo de su “Avispa” -aquél que carecía de misiles- y el ala derecho del caza de su enemigo. Ambas alas se partieron, separándose de sus respectivos fuselajes. El vehículo de Thomas comenzó a caer en picado al tiempo que daba vueltas y más vueltas en una espiral totalmente incontrolable. Por más que lo intentaba, Thomas no era capaz de restablecer el vuelo con un solo ala. Y dado que se encontraba a muy pocos metros del suelo, dispuso de tan pocos segundos que cuando quiso darse cuenta de que debía emplear la eyección de su asiento, fue aplastado en un amasijo de hierros justo antes de sucumbiera en la subsiguiente explosión, fruto del impacto contra el asfalto de una de las calles que sigue el curso del Támesis. Fue todo un milagro que no acabara chocándose contra ninguno de los coches aparcados. Algunos de los trozos y cascotes sí que dañaron en parte la carrocería de algunos de ellos, pero en ningún caso fue tan grave como para provocar que estallaran. Al igual que sucedió con la destrucción del Big Ben, las consecuencias podrían haber sido muchísimo peores.

Por su parte, Bond estaba sufriendo lo suyo en su intento de enderezar su vehículo. Puesto que la avería era la misma -le faltaba una de las alas-, la “Avispa” no cesaba de girar, en una espiral descendente de letal desenlace. Debía ponerse paralelo al suelo para

poder accionar el asiento eyector. Movía la palanca de mando con nerviosismo. En cierto modo, le recordaba aquella vez que tuvo que tomar una avioneta en caída libre en una de sus muchas misiones en Rusia. En esta ocasión, le bastaba con detener aquella vorágine el par de segundos necesario para saltar. Cuando la visión de las aguas del Támesis era ya peligrosamente nítida, logró tal propósito, volando unos metros en posición horizontal y abandonando la cabina por medio de la propulsión propia del asiento. El paracaídas surgió automáticamente poco después. La "Avispa" se estrelló contra las aguas. Bond se zambulló con cierta suavidad, ya que se sumergió poco más de un metro. Se desabrochó el cinturón, se quitó el casco y nadó sin mayores problemas hasta la superficie, dando un pequeño rodeo para evitar las cuerdas del paracaídas, las cuales flotaban sobre la superficie.

Sin perder un segundo, nadó hacia la orilla y escaló por el muro hasta la barandilla de la acera. Debía localizar al piloto que había saltado en paracaídas, el único que había sobrevivido. Enseguida vislumbró el velamen en la lejanía. Estaba a punto de aterrizar justamente en su misma acera, a unas docenas de metros de su posición. Echó a correr en su dirección todo lo más que pudo. Dudaba que fuera a atraparlo antes de aterrizar, pero al menos iniciaría una persecución con la menor desventaja posible.

Y así fue: Brian tomó tierra, se deshizo con toda presteza del paracaídas y del casco y huyó a lo largo de la calle, ante la cercanía de 007. Ambos estaban sumamente sorprendidos de verse el uno al otro. Brian no podía creer que Bond hubiera conseguido zafarse de aquel peliagudo descenso. Ni siquiera un piloto experto como lo era su compañero Thomas lo había logrado. A Bond, por su parte, le extrañaba que Brian en persona se estuviera encargando de llevar a cabo el ataque, sobre todo si se tiene en cuenta el gran número de hombres que tenía a sus órdenes. Una prueba más de sus inconmensurables ansias de venganza. Tal es así que al criminal se le llegó a pasar por la cabeza la idea de enfrentarse a Bond directamente. Seguía deseando su muerte con toda su alma. Pero desechó el combate en cuanto entró en razón. Sabía que las autoridades estarían de camino. Debía huir del lugar y dejar atrás a su perseguidor.

¿Y qué mejor forma había que hacerse con un vehículo? Para su desgracia, no veía a ningún coche circulando. Sin embargo, tuvo la suerte de cruzarse con una pareja que iba en sendas bicicletas de tipo "mountain bike". Le resultaba extraño que estuvieran dando un paseo romántico a esas horas de la noche siendo un día entre semana. Empujó al hombre, tirándole al suelo, y se montó en su bicicleta de un salto, tras lo cual pedaleó con todas sus energías. Bond llegó poco después al sitio donde se había quedado parada la pareja, maldiciendo al ladrón.

- Déjeme su bicicleta, la recuperaré.- le dijo a la mujer, quien aceptó sin dudarle. Había visto a aquel tipo persiguiendo a pie al delincuente desde bastante más atrás, así que supuso que debía tratarse de un policía vestido de paisano en algún tipo de operación encubierta. Únicamente la llamó la atención el impecable traje que vestía el supuesto agente. ¿Acaso era necesario vestir de "Armani" para pasar desapercibido entre los criminales? Y es que Bond continuaba llevando el traje que había cogido al ejecutivo al que había robado el coche hacía escasas horas. Otra cosa que también la resultaba curiosa era que ambos chorreaban de pies a cabeza, estaban completamente empapados.

La persecución, como no podía ser de otra manera, se hizo más veloz y, en consecuencia, más peligrosa. Brian enseguida saltó desde el bordillo de la acera para pasar al asfalto. Quería empezar a doblar esquinas y esquivar automóviles para despistar

a Bond. Esto produjo que ambos no tardaran en aflojar ligeramente el ritmo. Hacía mucho tiempo que no montaban en bicicleta. Obviamente, en su profesión lo normal era utilizar vehículos motorizados. Claro que en aquella ocasión, como en cualquier otra, debían acoplarse a las circunstancias.

Brian buscaba con la mirada a algún motorista, pero el tráfico era realmente escaso. Lo que más había a esas horas de la noche eran autobuses y taxis. El caso es que estaba deseando dejar a un lado los pedales. Se estaba agotando. Aquello distaba mucho de un paseo tranquilo y agradable. Si quería mantener la distancia respecto a su perseguidor, debía pedalear sin descanso y a buena velocidad. Prácticamente era un sprint constante que sólo se veía alterado cuando debía tomar curvas o esquivar coches.

Bond, por su parte, también sentía un cansancio bastante notorio. El ejercicio que suponía el ciclismo no tenía nada que ver con correr. Estaba mucho más preparado para lo segundo que para lo primero. No obstante, su motivación –la destrucción del reloj del Big Ben- le estaba dando la fuerza necesaria no sólo para continuar con la persecución sino también para acortar distancias. Mucho de su empeño también se lo debía a la deshonra por la que había tenido que pasar al ser condenado en un Consejo de Guerra.

Brian se veía obligado a mirar hacia atrás con más frecuencia. Su adversario estaba ya demasiado cerca, le estaba poniendo realmente nervioso. Esto propició que se distrajera justo cuando se aproximaba a una furgoneta que estaba aparcando marcha atrás. Se percató de la maniobra muy tarde, pero tuvo los reflejos suficientes como para torcer el manillar y al menos golpearse de costado, con el hombro, contra la carrocería, en el momento en el que el vehículo estaba girando. De esta forma, evitó la colisión frontal y pudo continuar con su avance, si bien, eso sí, perdió un buen porcentaje de velocidad.

Era la oportunidad de Bond para alcanzar definitivamente a su presa. Estaba tan a punto de ello que se dispuso a ponerse en pie para saltar sobre su objetivo. Pero entonces Brian logró agarrarse a un coche, aumentando la distancia que les separaba a pasos agigantados. 007 debía efectuar una maniobra similar si quería continuar con la persecución. El problema estaba en que en aquel momento no había ninguno cerca. Tuvo la suerte entonces de que se cruzara uno en su camino, saliendo de una bocacalle. Enseguida torció su dirección, cambiando de carril, para aferrarse, como pudo, a una de las puertas.

- ¡Eh, qué demonios hace! – le vociferó el sorprendido conductor, molesto por la presencia del ciclista.

- Si sigue a ese coche, le pagaré 1.000 libras.

- ¡Si tuviera 1.000 libras, no iría en bicicleta! ¡Deje de agarrarse a mi coche! – por una vez, Bond no consiguió convencer al tipo para que le ayudara. Era lógico. Su truco del soborno era poco creíble en aquella peculiar situación. Viendo que el conductor comenzó a zigzaguear, 007 no tuvo más remedio que soltarse. Eso sí, aprovechó la velocidad que había adquirido.

Entretanto, Brian continuaba alejándose. Él sí había logrado convencer a su conductor, pero por medio de una forma mucho menos educada: rompió la ventanilla de un codazo y le amenazó de muerte. De pronto, al ver el mítico “Tower Bridge” –el Puente de la Torre- al final de la avenida, se le ocurrió una idea para librarse definitivamente de su perseguidor. Se escuchaban una serie de campanadas procedentes del lugar, lo que indicaba que estaba a punto de abrirse. Iba a intentar saltarle, para lo cual exigió al conductor que

acelerara todo lo que pudiera hasta llegar al último cruce, el justamente anterior al puente. A partir de ahí, continuaría sólo con su bicicleta. Esperaba que sus cálculos fueran correctos y llegara, como muy tarde, cuando empezara a elevarse. Si pasara unos pocos segundos después, la inclinación podría llegar a ser excesiva, sobre todo teniendo en cuenta el medio en el que se desplazaba. Y es que era bien sabido que el puente tardaba tan sólo un minuto en alcanzar los 90°.

Bond pedaleaba y pedaleaba, pero no podía hacer gran cosa respecto a su enemigo. Necesitaba aferrarse a otro coche cuanto antes, especialmente cuando vio que el de Brian aceleraba. Enseguida comprendió qué pretendía, en cuanto alzó la vista y vio el Puente de la Torre al final de la calle. Bond debía emular la misma acrobacia. Por fortuna, logró alcanzar a otro vehículo.

- ¡Policía! ¡Necesito que siga a ese coche, el de la bicicleta! ¡Rápido! – 007 empleó otra excusa y esta vez le funcionó. El conductor aceleró al máximo sin rechistar. Al igual que la pareja de ciclistas, también le extrañó que un agente vistiera de traje, pero enseguida lo aceptó y se concentró única y exclusivamente en la persecución.- ¡Pongáse a su altura! – le ordenó después. Quería pelear con Brian desde la propia bicicleta. De ahí que se hubiera agarrado a la ventanilla derecha, la contraria a aquella a la que se había sujetado su presa.

Brian se disponía a dejar el coche con motivo de efectuar el salto cuando vio a Bond situándose en paralelo a su posición. Los pocos transeúntes de la avenida se quedaban boquiabiertos al contemplar semejante carrera. Y es que daba la sensación de que aquellos ciclistas pretendían ganar a toda costa, aunque fuera sujetándose a otros vehículos. Parecía una competición sin reglas, como la que en ocasiones protagonizaban coches deportivos, pero en un medio de locomoción de lo más peculiar.

Bond fue el primero en propinar un puñetazo a su rival. Tuvo que utilizar la mano derecha, puesto que se estaba agarrando a la ventanilla con la izquierda. A Brian le sucedió lo contrario cuando le devolvió el golpe, pero gracias a que era zurdo, su impacto no tuvo nada que envidiar al que había recibido. 007 probó entonces a pegarle una patada, pero era un movimiento aún más complicado si cabe, puesto que debía mantener la otra pierna sobre el pedal, así que erró el ataque. Brian aprovechó el fallo para darle otro gancho, esta vez a la altura de la barbilla. Uno bastante más poderoso que casi provocó que Bond perdiera el equilibrio. De hecho, su bicicleta llegó a golpearse contra la puerta del coche, lo que podría haber derivado en una caída de peligrosas consecuencias, a más de 80 kilómetros por hora.

Era toda una suerte que aquel tramo estuviera carente de tráfico. Ni un solo automóvil se cruzó durante tan peculiar combate. Brian llegó a lamentar que el puente estuviera ya muy próximo. Se veía capaz de vencer a Bond en aquellas condiciones. Sin embargo, desechó la idea de volverle a atacar y se dispuso nuevamente a soltarse. Pero justo en ese instante en el que desvió la mirada hacia delante, Bond le propinó otro puñetazo en la mandíbula, uno lo suficientemente fuerte como para desequilibrarle. El criminal tuvo que cerrar las piernas para sujetar su bicicleta al tiempo que se sostenía con ambos brazos a la ventanilla de su coche.

- ¡Cuidado! – le gritó el conductor, que llegó a perder la visibilidad durante unos segundos, hasta que Brian logró enderezar la bicicleta y sacar su cuerpo del interior del coche.- ¡Vamos, ahora es el momento, suéltese! – le vociferó de nuevo el conductor, temeroso de continuar en la misma dirección cuando el puente estuviera abriéndose. Quería torcer en

el cruce tal y como le había ordenado su captor. Éste finalmente se soltó a escasos metros de las barreras que prohibían la circulación por el "Tower Bridge". De hecho, a punto estuvo de colisionar con una de ellas en vez de atravesarlas por el pequeño hueco que había entre una y otra, justo en el centro de la calzada. Bond no tardó en repetir la misma jugada. Sus ansias de atrapar al hermanastro de Peter Whitman dejaron a un lado cualquier pensamiento acerca de si le daría tiempo a llegar al puente antes de que tomara una inclinación excesiva. Al igual que su enemigo, esperaba que los 100 kilómetros por hora a los que iba fueran suficientes.

Brian enseguida notó que la gravedad frenaba su desplazamiento. La rampa en que se había convertido aquel tramo aumentaba su inclinación con rapidez. Intentó pedalear para compensarlo, pero a esa velocidad era del todo imposible. Lo único que podía hacer era esperar a que llegara al otro lado sano y salvo. Se alegró en suma medida cuando las ruedas dejaron atrás el asfalto y surcaron el aire. Iba a llegar al otro lado sin problemas. Sin embargo, su previsión fue equivocada: la rueda trasera colisionó contra el borde de la plataforma, lanzándole brutalmente hacia delante. Ciclista y bicicleta rodaron un par de veces mientras se deslizaban cuesta abajo a lo largo de una pendiente de 30 metros.

Entretanto, Bond se disponía a efectuar la misma acción, con la diferencia de que la dificultad era algo mayor. La inclinación del tramo había aumentado, frenando su avance considerablemente. Cayó en el mismo error que su enemigo: intentó pedalear, sin éxito. Se tenía que conformar con la velocidad que le había otorgado su vehículo. Llegó el momento... y Bond no voló lo suficiente, de tal forma que tuvo que elevar las piernas para evitar golpearse contra la plataforma. En su lugar, el plato se llevó el impacto, partiéndose junto a uno de los pedales. La bicicleta rebotó ligeramente hacia atrás, iniciando una caída directa hacia las aguas del Támesis. 007 evitó acompañarla en el último momento al conseguir agarrarse con una sola mano a una de las barras del andamiaje que formaba la parte inferior del puente. Enseguida se aferró también con la otra. El tramo siguió inclinándose hasta que, pocos segundos más tarde, cuando alcanzó la verticalidad, se detuvo. El barco turístico pudo entonces continuar con su camino. Bond debía aguantar el tiempo que tardara en pasar antes de que pudiera regresar a la carretera.

Brian, por su parte, aún continuaba tumbado sobre el asfalto, muy dolorido después de su deslizamiento y posterior golpe contra el suelo. Sin embargo, estaba ciertamente alegre a pesar de su situación porque no había visto pasar a Bond. Estaba claro que su perseguidor había fracasado en su intento. Se había librado de él y, con un poco de suerte, quizá hubiera fallecido en la caída al río.

Nada más lejos de la realidad: 007 ya se encontraba escalando. El barco había pasado y el puente había iniciado su cierre. Ahora Bond tenía que trepar hasta la superficie antes de que los tramos se colocaran en posición horizontal. No lo iba a tener fácil. Entre el propio movimiento y la vibración del puente y la distancia que le separaba hasta el asfalto, la acción le iba a hacer sudar en condiciones. Además, sólo disponía de un minuto de tiempo. Probó a alcanzar la superficie sin más, pero a su brazo le faltaban unos cuantos centímetros para llegar. Lo que hizo entonces fue apoyar una pierna en la barra inmediatamente inferior, pero aún así le estaba costando alcanzar el borde. El esfuerzo de mantenerse colgado sumado al cansancio provocado por la persecución le estaba dificultando aún más la ya de por sí complicada operación. Y lo peor de todo es que el tiempo se le estaba acabando: el puente estaba a punto de cerrarse. Si tardaba mucho más, podían suceder dos cosas: o bien se vería obligado a tirarse al agua o bien le aplastarían las plataformas. Comenzó a ver mucho más probable esta última posibilidad. Estaba contorsionándose por el extremo, apoyando su pecho contra el asfalto, cuando

apenas había distancia entre los dos tramos. Sacó energías de donde parecía no haberlas, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, y logró apoyar su pierna derecha. Impulsándose con ella, pasó la otra pierna, evitando por cuestión de centímetros que fuera aplastada. Es más, llegó a rozar el hormigón unos instantes antes de que las piezas encajaran definitivamente, recuperando la horizontalidad.

Brian sintió una mezcla entre la más intensa de las furias y el mayor de los asombros. Aquel tipo era increíble. Entendía por qué estaba tan valorado en el MI6. Envidiaba sus capacidades físicas. Se sentía impresionado una vez más. Al mismo tiempo, se habían disparado sus ansias de venganza. Fue ésta, y no otra, la razón que le impulsó a intentar levantarse. Enseguida notó que se debía de haber roto algún hueso de la pierna derecha, porque los dolores aumentaban considerablemente y apenas conseguía mantener el equilibrio. Tampoco podía erguirse por completo. Andaba encorvado, aquejado de las costillas, y cojeaba a cada paso.

Bond se había quedado tumbado sobre la carretera, tomando el aire, cuando vio que Brian trataba de alejarse. Dejando a un lado su tremendo cansancio, echó a correr todo lo más que pudo. No permitiría que su presa se le escapara de nuevo. Lo tenía muy fácil esta vez, pero lejos de confiarse, se abalanzó sobre su rival, placándole de igual forma a como solían hacerlo los jugadores de rugby en sus partidos.

Viendo que las barreras que detenían el tráfico estaban subiendo, Bond agarró a Brian, torciéndole el brazo por la espalda, y le obligó a ponerse en pie y a caminar hasta la acera del puente más próxima.

- Se acabó, Brian.- le dijo Bond, en su tono más agresivo mientras le sujetaba de la ropa, presionándole contra la barandilla que daba al Támesis.- Dime qué planea tu hermanastro y tus hombres y te perdonaré la vida.

- ¿Sabe, Bond? La única norma del reglamento con la que estaba, y sigo estando, completamente de acuerdo era aquella que se refería al procedimiento de actuación en caso de que el enemigo te capturara.- en un veloz movimiento, el criminal cogió algo de un bolsillo y se lo metió a la boca. 007 ya suponía de qué se trataba: una pastilla de cianuro. Intentó que la esculpiera, apretándole la boca, pero enseguida surgió espuma de ella. Brian había fallecido.

Aquel suicidio le complicaba las cosas a Bond. No sabía dónde estaba Peter Whitman ni qué pretendía. No sabía cuáles eran los planes de los reclusos de Brian ni probablemente dónde estarían –de seguro habrían abandonado la prisión, una vez su tapadera había quedado al descubierto. Y tampoco sabía qué pretendían hacer con el uranio que Brian había robado de la base aérea de Barkham. Prácticamente era como una vuelta a empezar. Incluso le iba a seguir persiguiendo la policía, esta vez en calidad de fugitivo.

Furioso a más no poder, Bond empujó con fuerza el cuerpo sin vida de su oponente contra el suelo. Aquel movimiento tan salvaje le permitió calmarse. Luego registró todos sus bolsillos, pero no encontró absolutamente nada. Se marchó a paso ligero mientras pensaba en cómo iba a continuar con la misión –él lo consideraba como tal, si bien sabía que el caso, oficialmente, había sido asignado a 005.

16 - AMENAZA

Bond decidió acudir al cuartel general del MI6. Debía informar a M de lo sucedido. Así, de paso, solicitaría poder colaborar con 005, si bien sabía de antemano que lo más probable era que se lo denegara. Seguía siendo un fugitivo. Aunque, por otro lado, se había descubierto que la prisión era una tapadera, el escondite de una nueva banda de terroristas. Existía una posibilidad de que le quitaran los cargos. Pero, claro está, sin una larga y profusa investigación previa, siempre existiría la duda acerca de su inocencia. No había tiempo para eso. Por tanto, iba a tener que seguir sorteando a las autoridades.

Entonces le vino a la cabeza la prueba que le exculparía de todos los cargos: las lentillas de Brian. Si, como le había dicho el criminal en la prisión, había sido él quien se había infiltrado en la base aérea, quizá conservara las lentillas con las que logró el acceso a la "Sala Nuclear". Así pues, no tardó un segundo en darse la vuelta y echar a correr rumbo al "Tower Bridge". Dado que habían pasado dos minutos escasos, el cadáver seguía allí. El único problema residía en que un conductor había detenido su vehículo para comprobar el estado del individuo.

- Permítame, soy médico.- el conductor se apartó de inmediato. Bond le abrió los párpados al cadáver y se alegró al ver que, en efecto, llevaba lentillas. Se las quitó con sumo cuidado, ante la atónita mirada del individuo.- Lo crea o no, son imprescindibles para la autopsia.- Bond tuvo que contener la risa: le encantaba soltar ese tipo de frases chistosas. Y lo mejor era que le creían, gracias en buena parte a que siempre iba con la indumentaria más elegante. Aquella ocasión no era así del todo. Su traje se había secado, pero estaba lleno de arrugas y un tanto sucio de la persecución. Milagrosamente, se había conservado más o menos intacto en lo que a roturas se refiere. Quizá por eso había resultado convincente.- Mi trabajo aquí ha terminado. Asegúrese de que la policía se haga cargo del cadáver.

El conductor asintió con la cabeza, nuevamente extrañado. No veía lógico que el médico se marchara con las lentillas. De eso debía ocuparse el forense de la policía, pensaba. Pero dado su nerviosismo y el hecho de que no tenía mucha idea de cómo se procedía en aquellos casos, obedeció sin más.

Bond regresó al cuartel general del MI6. Le volvieron a permitir el acceso. Era buena señal. M querría verle. Lo primero que hizo fue ir al taller de Q. Esperaba que el inventor no se hubiera ido a casa aún. Para su fortuna, así era: se había quedado dormido sobre su mesa de trabajo. Parecía estar trabajando en un nuevo dispositivo. Había una radio, por lo que Bond dedujo que se debía haber puesto a hacer algo mientras esperaba ansioso las noticias referentes al combate aéreo, seguramente interesado en saber si la "Avispa" había funcionado correctamente en una operación real. Sería de extrañar que estuviera preocupado por el estado de salud de 007...

- Despierte, Q.- le susurró Bond.- Le he traído un regalito.- el inventor ni se inmutó. Estaba profundamente dormido, como así lo atestiguaban sus ronquidos. 007 se acercó algo más a su oído.- Vamos, Q, despierte.- nada, no había manera. Estaba a punto de elevar la voz cuando se le ocurrió la manera perfecta de conseguirlo: cogió su reloj digital de pulsera – que había dejado sobre la mesa para trabajar con mayor comodidad- y configuró su alarma para que sonara al siguiente minuto.

- ¡Llego tarde, llego tarde! – se despertó al fin, nada más oír los pitiditos, alterado como pocas veces le había visto Bond. Si había algo que molestara a Q en gran medida, a parte de que le devolvieran sus artilugios en mal estado, eso era la impuntualidad. De ahí que

se hubiera acostumbrado a poner el reloj de pulsera como “medida de emergencia” en caso de que el despertador de su casa no le hiciera levantarse. Gracias a ello, nunca llegaba tarde al trabajo.- Ah, sólo eres tú.- dijo con tono desganado.- Si me disculpas...- y se tumbó de nuevo sobre la mesa, apoyando la cabeza sobre los brazos.

- Vamos, Q, es importante. Necesito que compruebe estas lentillas. Creo que son las que usó Brian para suplantarme en la base área.

- ¿Ah, sí? A ver si lo he entendido: es la prueba que podría exculparle, ¿no?

- Eso es.

- Entonces tengo que destruirla cuanto antes. Si me permite...- le dijo mientras cogía un martillo.

- ¿No decía siempre que nunca bromeaba con su trabajo?

- Y no lo hago. Bromeo con el suyo. Venga, démelas, vayamos al escáner.- Bond se las dio, no sin cierto recelo –como así denotaba el arqueo de sus cejas-, y Q le condujo hasta el dispositivo. Colocó las lentillas sobre las miras, pulsó el interruptor que ponía en marcha la máquina y, en efecto, las reconoció como si fueran los ojos del agente 007.- Impresionante. Tengo que ponerme a trabajar en algo parecido cuanto antes.

- Sí, pero ahora ni hablar.- le contestó Bond mientras cogía rápidamente las lentillas.- Gracias, Q.

- Vaya, pensé que la palabra “Gracias” no estaba incluida en su vocabulario.- ciertamente, Q rara vez recibía agradecimientos por parte de 007. Era otra de las razones por las que no le caía bien, junto a su costumbre de devolver los artilugios en mal estado y, sobre todo, la de infravalorar su trabajo.

Bond acudió al despacho de M.

- Vaya, Moneypenny, no pensé que te preocuparas tanto por mí.- se sorprendió al ver a la secretaria en su sitio, en la antesala a la oficina de su jefa, a esas horas de la noche.

- Que conste que sólo estoy aquí porque me lo ha pedido M. Sólo sigo órdenes.- aseguró.

- Ya, claro. Seguro que te necesitaba para atender el teléfono, ¿no?

- Pues sí. Ni te imaginas la cantidad de llamadas que puede haber en una situación como ésta.- dijo con poca seguridad en sí misma. Se notaba que estaba improvisando.

- Ya, ya. ¿Y cómo es que...?

- M te está esperando, es urgente.- le interrumpió la secretaria, viendo que, de seguir, Bond acabaría descubriendo que su presencia allí era voluntaria y prescindible, y motivada por su afecto hacia el agente.

Pasó entonces al despacho de M.

- Sabía que vendría.- fue lo primero que le dijo la jefa.- Necesita ponerse en contacto con 005 para continuar con la investigación, ¿verdad?

- En efecto, así es. Tiene usted una capacidad de antelación increíble.
- No, es que le conozco muy bien, Bond. Sabía que no podía dejar su caso en manos de otra persona.
- La pregunta es: ¿me lo permitirá?
- Sabe que no puedo, Bond. Sigue siendo un fugitivo.
- Entonces, ¿para qué quería verme?
- Sólo para darle las gracias en nombre de Inglaterra y Su Majestad.- aseguró M.- Ha salvado el Big Ben de una destrucción segura.
- ¿Y si le demuestro mi inocencia? – le dijo mientras le entregaba las lentillas.- Son las que utilizó Brian para infiltrarse en Barkham.

M meditó su respuesta unos segundos mientras observaba la perfección que se había logrado en aquellos “duplicados de retinas”. Incluso poseían el mismo tono azulado de los ojos de 007. Esperaba que la máquina con la que las habían hecho no se distribuyera: los sistemas de reconocimiento ocular tendrían que ser reemplazados.

- De acuerdo, Bond. Me encargaré de hacérselos llegar a la policía para que dejen de perseguirle. Faltaría únicamente que atrapara a Brian.
- Está muerto en el “Tower Bridge”.
- Debía haberle arrestado, habría facilitado las cosas.- le recriminó, en tono serio.
- Se suicidó con una pastilla de cianuro, no pude evitarlo.
- De todas formas, le exculparán.- M se tomó una breve pausa antes de continuar.- En cuanto a 005, le diré que su piso franco es el de Marina Village. ¿Le suena, verdad?
- Sí, es el que utilizó Brian en la “Operación Ventisca”.- recordaba Bond.
- Ésta es su fotografía. Espero que, por una vez y dadas las circunstancias, evite cualquier coqueteo.- la mujer enfatizó esta última palabra al tiempo que pulsaba un botón de su escritorio. Se deslizó entonces una sección de la pared de madera a su espalda, justo detrás de su mesa, revelando la presencia de una pantalla plana. En ella se podía ver un rostro bello como pocos. Al menos, según las estrictas directrices de 007.
- No se me ocurriría.- respondió el agente, con cierto retardo. Se había quedado un tanto perplejo ante la hermosura de aquella dama, por mucho que lo quiso disimular.- Le haré una visita. Gracias, M.
- Suerte, Bond.- el espía se dio la vuelta y se dispuso a salir por la puerta. Fue entonces cuando su jefa recordó algo.- Ah, por cierto. La clave de encuentro es: “Usted debe de ser de la notaría”; y la respuesta: “Sí, pero estoy de vacaciones”.
- Entendido.

Todos los agentes secretos disponían de aquel tipo de contraseñas con motivo de evitar a posibles infiltrados. Se trataba de claves únicas para cada espía e incluso en ciertos

casos, en misiones de alto riesgo –como solían ser las de los agentes doble cero- se llegaban a cambiar diariamente. La seguridad era tan elevada que los espías ni siquiera se conocían entre sí, a menos que hubieran participado en conjunto en alguna operación. Ése fue el caso, por ejemplo, de Bond y 006, Alec Trevelyan. De ahí que M le había tenido que enseñar una fotografía de 005, ya que nunca habían trabajado juntos.

Antes de salir del edificio, Bond regresó al laboratorio de Q.

- Espero que traiga usted las lentillas.- le dijo el inventor nada más verle.

- No me hacen falta: veo sus canas perfectamente.- bromeó el agente.

- Usted siempre tan gracioso. Pues igual no le doy nada esta vez. Yo también puedo ser muy gracioso.

- Vamos, Q, sabe que no le puedo entregar ahora las lentillas. M las va a presentar como prueba de mi inocencia.

- ¿Y qué es lo que quiere? Es un fugitivo. No le puedo entregar equipo. Podrían relacionarme con usted, ¡qué horror, no quiero ni pensarlo! – exclamó con su tono más jocoso, dando a entender un doble sentido con el verbo “relacionar”.

- Sólo quiero una pistola y munición.- el inventor le entregó una Walther P99 y balas a regañadientes. Si bien era armamento normal y corriente, siempre existía la posibilidad de que se descubrieran sus huellas en él. Bond lo tomó, se lo agradeció y se dispuso a marcharse. Justo antes de que atravesara la puerta, Q le llamó.

- Espere, Bond. Ya que va a salvar el mundo otra vez, es posible que le haga falta un buen reloj.- le dijo mientras le entregaba el artilugio, marca “Omega” y del mismo modelo que llevaba antes de fuera perseguido por la ley. El científico demostraba así que, a pesar de su malestar con 007, le guardaba cierto afecto. Sabía que su trabajo era mucho más peligroso que el suyo. Sí, le daba rabia que tratara sus artilugios con poco respeto, pero eso no quitaba para que envidiara en parte su destreza y su valentía. Al fin y al cabo, era él quien resolvía las misiones y se llevaba los méritos.

- Gracias, Q.- le respondió mientras se le ajustaba en la muñeca izquierda. Salió del laboratorio, dejó atrás el edificio y se subió al “Mercedes”, que aún seguía en marcha, tal y como le había dejado. Le extrañó que nadie se le hubiera robado. Aún rayado y sin retrovisores, seguía siendo muy valioso. Enseguida se percató del por qué: el portero se debía haber encargado de no quitarle el ojo de encima. Lo había tenido muy fácil, dado que era visible desde su mesa del vestíbulo a través de las puertas de cristal correderas. También le habría servido como excusa para estirar las piernas.

Bond decidió regresar a su hospedaje. Necesitaba descansar. Estaba realmente exhausto, como era lógico: había nadado, corrido y montado en bicicleta en la misma noche. Podía afirmar que era la primera vez que había practicado triatlón. Por otro lado, sabía que, a esas horas de la noche, no iba a encontrar a 005 en el piso franco de Brighton: las operaciones de vigilancia de contrabando solían ser nocturnas. Y es que estaba claro que los presos estarían ahora a las órdenes de Peter Whitman, probablemente trabajando en el puerto de Marina Village. La “Operación Ventisca” se repetía. No obstante, le convenía ponerse en contacto con 005 por si su intuición se equivocaba.

Se duchó y se acostó, no sin antes haber configurado la alarma de su nuevo reloj. Se llevó una sorpresa a la mañana siguiente cuando se despertó con la canción "Dios salve a la Reina" en versión electrónica. "El 'Omega patriótico' le voy a llamar", apuntó, divertido. Aquel momento le recordó aquel paracaídas con la bandera del Reino Unido que tantas veces había empleado durante sus misiones. A Q le gustaba introducir elementos patrióticos siempre que podía. Era algo que a Bond también le encantaba y una de las pocas cosas que tenían en común el inventor y el espía: un patriotismo fuera de toda duda.

Mientras se vestía, encendió el televisor. Quería ver qué decía el noticiario en referencia a su combate aéreo. A los pocos segundos, después de haber visto imágenes de los escombros del reloj destruido del Big Ben tomadas desde un helicóptero, el presentador dio paso a una grabación casera protagonizada por un tipo ataviado con un pasamontañas. A su espalda, una bandera decoraba el fondo, mostrando un escudo constituido por una serpiente, una calavera y caracteres islámicos.

- Buenos días, Londres.- resonaba una voz distorsionada electrónicamente.- Si quieren evitar otro atentado como el que están contemplando en estos momentos por la televisión, el Primer Ministro deberá abonar la cifra de un billón de libras, con "b", antes de mañana a las 12 del mediodía, en la cuenta bancaria que aparece en pantalla.- una larga hilera de números ocupó la parte inferior de la imagen.- Esta vez, el objetivo incluirá civiles.

Bond dudó por un momento acerca de la autoría del ataque contra el Big Ben. ¿Acaso Brian podía pertenecer a una organización terrorista islámica? Imposible. Estaba claro que se trataba de una treta para evitar las sospechas. Y una bastante creíble: el atentado recordaba al 11-S y el escudo de la bandera podría representar perfectamente a un grupo similar a Al Qaeda. Sólo el MI6 y Bond sabían la verdad. Lo único que había que averiguar era cuál iba a ser el próximo objetivo. Esperaba que 005 hubiera descubierto algo al respecto. Quedaban poco más de 24 horas para el desastre.

Entretanto, el Primer Ministro mantenía una conversación telefónica con M. Una vez habló de la amenaza con su gabinete, había optado por emplear los servicios del MI6, pero sin descartar el pago. En caso de que fracasara, se procedería a abonar el dinero diez minutos antes de la hora señalada. Su política en materia terrorista era, por tanto, opuesta a la del Servicio Secreto, que no negociaba con terroristas. El Primer Ministro consideraba que no se podía permitir un nuevo atentado y mucho menos si peligraba la vida de civiles. El hecho de que aquella ocasión se había amenazado al país después de haber provocado un ataque exitoso fue la razón principal por la que se había llegado a esa decisión.

17 - OBJETIVO

Bond se apresuró todo lo más que pudo en vestirse y bajar a desayunar. Acudió al primer bar con el que se topó. Uno bastante menos elegante que los que solía frecuentar, pero, de nuevo, no le quedó más remedio que conformarse por la urgencia y gravedad de la situación. Se tomó un café solo bien cargado y anduvo hasta la bocacalle siguiente, donde había aparcado el destrozado "Mercedes". Se preguntaba cómo habría reaccionado la gente al contemplar semejante maravilla en tan deplorable estado. Enseguida pudo comprobarlo, al cruzarse con gestos de asombro e incredulidad mientras se acercaba al vehículo. Y es que los desperfectos del coche distaban mucho de las habituales abolladuras. Daba la sensación de que había atravesado un callejón muy estrecho. No era el caso, pero bien podría haber sido. Sólo los restos de pintura roja invalidaban tal teoría.

Al menos el motor se conservaba en perfecto estado. Gracias a ello, llegó a Marina Village en muy poco tiempo, aunque, claro está, saltándose alguna que otra norma de tráfico. Se arriesgó bastante, sobre todo teniendo en cuenta su reciente estatus de fugitivo, pero quería llegar al piso franco antes de que 005 saliera de él.

- ¿Sí? – se oyó una voz femenina cuando Bond pulsó el interfono del portal.

- Usted debe de ser de la notaría.

- Sí, pero estoy de vacaciones.- respondió la mujer.- Suba.- presionó el botón del aparato y le permitió la entrada.

El agente entró en el ascensor, se cerraron las puertas, esperó unos segundos y volvieron a abrirse. Un tipo con cara de pocos amigos fue lo primero que vio.

- Buenos días.- le saludó Bond, pero no obtuvo respuesta. Extrañado, salió del habitáculo y dio los primeros pasos hacia la puerta del piso. De repente, fue atacado por la espalda con un puñal. Menos mal que tuvo los reflejos suficientes para atisbar el brillo de la afilada hoja con la luz que entraba por la ventana. Así pues, efectuó un veloz giro y golpeó a su atacante con un fuerte puñetazo justo en el brazo en el que llevaba el arma. El cuchillo salió volando por los aires, cayendo en el interior del ascensor mientras sus puertas comenzaban a cerrarse. Sorprendido, el villano tardó en reaccionar las décimas de segundo necesarias para que Bond pudiera propinarle un segundo impacto, esta vez a la altura de la mandíbula. Dolorido, retrocedió un paso. 007 le atacó con el otro puño, pero esta vez su oponente logró defenderse, parándole con el antebrazo. Además, contraatacó, ejecutando un puñetazo en el abdomen de Bond. El espía se retorció de dolor, de tal forma que no pudo hacer nada para evitar un nuevo golpe dirigido a su barbilla. Un gancho realmente potente que le derribó. Cayó de espaldas contra los azulejos del suelo.

Como esperaba, su rival se abalanzó sobre él –era una posición verdaderamente propicia para atacar en clara ventaja. Bond intentó detenerle con las piernas, pero aún se estaba recuperando de los impactos anteriores, así que tardó demasiado y no lo pudo impedir. Su adversario enseguida trató de ahogarle, apretándole el cuello con ambas manos. 007 empleó todas sus fuerzas en soltarse, pero todos sus esfuerzos resultaban inútiles. Probó también a emplear las piernas, pero aquel tipo sabía lo que se hacía. Se apostaba su vida –y nunca mejor dicho- a que había sido soldado o agente secreto tiempo atrás. Debía ser unos de los presos de Basingstoke, uno de los hombres de Brian.

Cuando apenas le quedaba un hálito de oxígeno, a Bond le vino a la mente un movimiento que podría salvarle: puso las manos rectas, en la posición habitual del judo que tanto había practicado, y le golpeó a la altura de las costillas todo lo más fuerte que fue capaz. El atacante se encorvó al tiempo que profería un potente grito fruto del intenso dolor que recorrió su cuerpo. Luego recibió otro golpe, en concreto un puñetazo en la cara que le derribó a un lado del rellano. Bond se le había quitado de encima al fin.

El fugitivo se quedó tumbado en el suelo, intentando recuperarse y reprimir sus dolencias. Bond aprovechó el descanso para retomar el aliento. Lentamente, ambos contrincantes fueron poniéndose en pie. Fue 007 el primero en continuar el enfrentamiento, ejecutando un puñetazo a la altura del estómago de su rival. Seriamente afectado, el que fuera presidiario se esforzaba por enderezarse cuando su adversario le volvió a propinar un nuevo impacto, esta vez en la mandíbula. Dos impactos después, el criminal pareció recobrarse repentinamente y lanzó una patada a Bond a la altura de las costillas. Aprovechó entonces para bajar por las escaleras a gran velocidad.

Parecía huir, pero en realidad quería recuperar su puñal. Se veía incapaz de vencer a tan formidable oponente sin armas. Fue pasando de un piso a otro para ver en cuál de ellos se detenía el ascensor. Bond no tardó en ponerse a perseguirle, una vez se recuperó en parte de sus dolencias. De pronto, oyó a una señora gritar y caer al suelo. Su rival la habría empujado para entrar en el ascensor. Así supo Bond que, en efecto, su intención no era escapar, por lo que se apresuró a alcanzarle en el interior del elevador. Saltó desde casi la mitad del tramo de escaleras, rodó por el suelo para amortiguar la caída y echó a correr hacia su adversario cuando éste se encontraba agachándose para recoger el puñal. Nada más se dio la vuelta, 007 se abalanzó sobre él, empujándole contra el espejo que adornaba la pared frontal del habitáculo. El golpe fue tan fuerte que cayó una lluvia de cristales al suelo. Milagrosamente, ningún trozo llegó a clavarse en la espalda del criminal... para desgracia de Bond, que estaba ansioso por derrotarle.

El combate prosiguió en el pequeño recinto. Esta vez todas sus acciones se enfocaron a hacerse con el puñal. Primeramente, el agente sujetó la mano con la que su rival le empuñaba. Trató de golpearle el brazo contra las paredes, pero no lograba desarmarle. Por su parte, el villano intentaba quitarse de encima a su adversario por todos los medios. Todo ello ante la atónita mirada de la pobre vecina, que aún yacía en el suelo, doliéndose de la caída. No había sido un golpe demasiado grave, pero sí para alguien de su avanzada edad.

El forcejeo continuaba casi con la misma intensidad que al principio. Los contrincantes parecían inmunes al cansancio. Entonces, las puertas del ascensor empezaron a cerrarse. Bond aprovechó para empujar a su oponente hacia ellas. Quería colocar el brazo con el que sostenía el puñal entre las hojas. Algo que consiguió, no sin esfuerzo, justo a tiempo de que le aplastaran el antebrazo. El criminal gritó de puro dolor, viéndose obligado a dejar caer el arma. Para su fortuna, el ascensor era lo suficientemente moderno como para que dispusiera de sensores, de modo que volvieron a abrirse, liberándole. Bond le agarró con fuerza de la ropa, concretamente del cuello de la camisa y el pantalón, y lo lanzó al suelo, fuera del ascensor y al otro lado del rellano. El fugitivo se vio deslizándose por el suelo hasta golpearse la espalda contra el primer escalón de la escalera que comunicaba los pisos. Era justo lo que pretendía 007. Su rival se retorció de dolor hasta límites inimaginables. Tal es así que Bond tenía claro que había resultado vencedor.

- ¡Quietos, no os mováis! – una vecina gritó precisamente desde las escaleras, procedente del piso superior. Ambos se pusieron en pie lentamente.- ¡Atrás! – le ordenó al que fuera recluso, el más cercano a su posición. Obedeció, situándose al lado izquierdo de Bond. Fue entonces cuando Bond alzó la vista y vio que era 005, apuntándoles con una Walther PPK. Su rostro era tan sumamente serio que no parecía la misma chica de la fotografía que le había enseñado M.

- Usted debe de ser de la notaría.- dijo el villano, al percatarse de que la mujer no sabía a quién apuntar. Se quería hacer pasar por Bond. Debía haberle escuchado hablar por el interfono o incluso habría pinchado la línea. Fuera como fuese, el caso es que sabía la contraseña.

- No le hagas caso, es uno de los hombres de Brian y Whitman.- indicó Bond, en cuanto 005 giró su arma hacia su persona.

- Demuéstralo.- exigió la chica. Bond simplemente elevó su brazo, con el dorso de la mano de cara a la mujer, y dejó que la manga cayera, mostrando su reloj “Omega”.

- El hecho de que lleves un reloj “Omega”, no quiere decir...- empezó a decir la espía cuando el que fuera presidiario echó a correr a toda velocidad. Sabía que le iban a descubrir de un modo u otro. Simplemente estaba haciendo tiempo hasta que la anciana terminara de abrir la puerta de su casa. Se había levantado a duras penas y había logrado alcanzar su vivienda. Corrió hacia ella, la empujó de nuevo, esta vez por la espalda, y la tiró al suelo, pasando literalmente por encima de ella y accediendo al interior de su hogar. 007 fue tras él, mientras que 005 se detuvo a atender a la mujer. El golpe que había recibido esta vez había sido mucho más fuerte que el anterior. Sus gritos de dolor estaban más que justificados.

Entretanto, el villano buscaba desesperadamente el balcón, con un creciente nerviosismo que ya le hacía sudar por la frente. Una vez le localizó, abrió sus puertas y se dispuso a pasar al otro lado de su barandilla por su costado izquierdo. Sin apenas tomarse tiempo para meditar sobre lo que iba a hacer, saltó al balcón adyacente. Dado que la separación rondaba los dos metros y el salto obligatoriamente debía hacerse sin tomar impulso, llegó muy justo a su meta. Tal es así que se tuvo que agarrar a la más baja de las tres barras horizontales que componían la barandilla.

Fue en aquel momento cuando Bond llegó al balcón. Se sorprendió en gran medida al no ver a nadie allí. Tenía claro que su presa tenía que haber pasado por allí, dado que las puertas estaban abiertas sin haber corrido las cortinas. De hecho, había llegado a rasgar una de ellas. Cuando finalmente desvió la mirada hacia la izquierda y le vio, el criminal ya había subido por la barandilla y pisaba suelo firme de nuevo. Inmediatamente después, probó a abrir la puerta que daba al interior de aquella vivienda, pero estaba cerrada. Tampoco consiguió nada cuando intentó romper los cristales a patadas.

- ¡Detente, no tienes escapatoria! – le ordenó Bond. Pero su adversario, lejos de rendirse, se dispuso a lograr el más difícil todavía: pasó al otro lado de la barandilla por su parte frontal y se colgó de la tercera barra con motivo de saltar al balcón del piso inferior. Mientras efectuaba la peligrosa maniobra, 005 se puso al lado de Bond.

- A ver si te convenzo ahora.- le dijo el espía a su compañera al tiempo que apuntaba con el reloj al hormigón que conformaba el suelo del balcón al que había saltado su rival la primera vez. Presionó uno de los botones y un diminuto garfio salió disparado del interior de la carcasa sujeto a una fina cuerda de rapel, incrustándose en la grisácea superficie.

Viendo que su presa acababa de saltar sobre el balcón inferior, estimó que era el momento oportuno para darle caza. Pasó al otro lado de la barandilla y se dejó caer, efectuando una trayectoria similar a un péndulo. Estiró ambas piernas y golpeó la cabeza de su oponente. El impacto fue devastador. La sangre brotó en gran cantidad de nariz y boca, y la víctima salió empujada con tal fuerza que perdió el contacto con el suelo. Se chocó de espaldas contra el lado izquierdo de la barandilla primero y se volteó por encima de ella después, cayendo de cara a la acera. La caída le quitó la vida en el acto, como no podía ser de otra forma, puesto que se trataba de un quinto piso.

Gracias a que era muy pronto por la mañana, no había nadie en la calle. Sólo un tipo se acercó al cadáver, procedente de un coche aparcado en la acera de en frente. A Bond le costó reconocerle desde esa altura, pero enseguida vio quién era: Caos, el preso al que se había enfrentado en el reto futbolístico impuesto por Brian. Le sorprendió el hecho de que su corpulencia llamaba la atención incluso a esa distancia. Debía de estar esperando a que su compañero terminara el trabajo.

- Pero, ¿qué hace usted aquí? ¿Por qué golpea las puertas? – le preguntó alguien por la espalda. Bond se giró y vio a un sorprendido vecino abriendo la puerta del balcón, aquella que había recibido unas cuantas patadas por parte del recién fallecido.

- Revisión rutinaria de balcones.- fue la sarcástica respuesta del agente.- Si me disculpa, he de continuar.- se acercó al lado derecho del balcón -por el que había llegado-, pasó por encima la barandilla y se dejó caer de nuevo, esta vez con el objetivo de descender hasta la calle y enfrentarse a Caos. Al haber matado a su socio, no le quedaba otro remedio que ir a por él. Quería apresarle para poder someterle a interrogatorio y así poder descubrir cuál era el objetivo del inminente atentado. Se alegró al comprobar que tenía cuerda suficiente para llegar hasta abajo.

Si vencer a un oponente de esas características ya era difícil de por sí, noquearle lo suficiente como para poder inmovilizarle iba a resultar mucho más complicado. Una vez se posó sobre la acera y le vio más de cerca, reafirmó tal pensamiento. Su impresionante constitución, sumada a la cicatriz que le cruzaba la cara, imponía.

- ¡Eh, cógela! – le gritó 005 desde el quinto piso justo antes de dejar caer su Walther PPK. Bond se alegró enormemente, no sólo porque por fin su compañera confiaba en él sino porque gracias a esa pistola se iba a ahorrar otro peligroso combate cuerpo a cuerpo.

- Las mujeres siempre tienen de todo para cada ocasión.- le dijo a su rival, sarcástico, mientras le apuntaba. Caos no pudo hacer más que detener su avance, con claro gesto de furia contenida.- Al portal, ¡vamos!

005 llegaba en aquel momento para abrirles la puerta desde dentro. Caos parecía obedecer sin rechistar cuando, de repente, empujó bruscamente la puerta con el hombro, golpeando por sorpresa a la espía. Lo hizo con tal fuerza que la mujer se vio desplazada hasta impactar contra la pared. Un instante después, el villano efectuaba un veloz giro hacia atrás con el brazo estirado, de tal forma que logró impactar sobre la mano con la que Bond sujetaba la pistola. La Walther salió disparada hacia la calle. El agente se reprochó haberse confiado. Debía haber guardado más distancia. Quizá su error fue debido a que quería ocultarse en el portal cuando antes. No quería que le vieran cerca del cadáver del otro oponente. Y menos empuñando un arma. Había perdido el estatus de fugitivo hacía muy poco tiempo.

Bond respondió con un gancho de derecha bastante potente, pero Caos lo resistió sin mayores problemas. Ejecutó entonces uno de izquierda, pero el resultado fue similar. Ni siquiera le hizo retroceder. Permaneció exactamente en el mismo sitio. El criminal se disponía a contraatacar cuando 005 le propinó una patada en la parte anterior de la rodilla derecha. Gracias a este impacto, perdió en parte el equilibrio y Bond pudo atizarle otras dos veces más. Finalmente, 005 le agarró el brazo izquierdo y se le retorció por la espalda, forzándole hasta el punto de ruptura. Bond aprovechó para recuperar la pistola. La situación volvió a estar bajo control.

Una vez le llevaron al piso franco, le ataron a una silla.

- Sólo queremos hacerte una pregunta.- le indicó Bond.- ¿Cuál es el objetivo del atentado?

- Ingenuo.- respondió el villano, mostrando una sonrisa despreciativa.- ¿Acaso crees que nos lo ha dicho? Nadie lo sabe, excepto él y aquellos a los que les ha asignado esa operación.

- Me lo suponía.- afirmó 007.- Pero nos vas a conseguir la información para nosotros.- tanto el criminal como la compañera de Bond se sorprendieron al escuchar esas palabras.

- Ni lo sueñes.

- ¿Te acuerdas de este reloj? – le preguntó mientras se quitaba el “Omega” y se lo enseñaba. Caos asintió, extrañado. 005 tampoco entendía que pretendía su compañero con aquello, pero permaneció en silencio.- Fue el que me permitió escapar de Basingstoke. Posee un potente explosivo. Se puede detonar de varias formas. A partir de ahora,- le explicaba al tiempo que se le ponía en la muñeca izquierda, apartando un poco la cuerda que le ataba a la silla.- si te le quitas, te hará un boquete como el que hizo en la puerta blindada de la prisión.- se tomó una pausa antes de continuar. Quería ver si lograba atemorizar a su rival. Por su rostro, se podía intuir que sí.- La otra forma de detonarle es por tiempo. Si dentro de una hora no nos informas por teléfono, tu nombre pasará a ser una realidad.- esta última advertencia afectó definitivamente al duro individuo.

- De acuerdo, así lo haré, siempre y cuando me jures que mantendrás la promesa de desactivar el reloj.

- Por supuesto, tienes la palabra del Servicio Secreto Británico.- Bond le desató. Por su parte, 005 arrancó una hoja de un cuaderno y escribió en ella el número de su teléfono móvil.

- Toma, este es el número al que nos tienes que llamar.- indicó la mujer, entregándole el pedazo de papel. Caos lo guardó en el bolsillo y se fue, no sin antes secarse el sudor de la frente. Era la prueba palpable de que, en efecto, la amenaza de muerte que representaba aquel dispositivo le había intimidado. Y, en consecuencia, Bond tenía fuertes esperanzas de que les consiguiera el dato.

005 cerró la puerta y puso los tres pestillos de seguridad.

- ¡Al fin solos! - exclamó 007, tan irónico como de costumbre y alegre por cómo habían salido las cosas.

- ¿Crees que lo hará? – cuestionó la chica.

- Claro.- le respondió Bond, convencido.- No sabe que le he mentado.- se desvelaba así lo que sospechaba la mujer: el reloj sólo explotaba de la forma en que le había usado Bond en la cárcel, esto es, girando su esfera. Todo lo demás constituía una simple treta, pero a Chaos debió resultarle muy creíble porque había contemplado el estallido de la prisión en directo.

- Lo haga o no, deberíamos aprovechar esta hora para ponernos al día.

- En eso coincidimos. Pero antes de nada, se nos está olvidando algo importante.

- ¿El qué? – preguntó la espía, extrañada.

- Aún no nos hemos presentado.- la chica sonrió.- James Bond, agente 007.- dijo mientras le estrechaba la mano.

- 005, Kate Firefighter.- a Bond le impactó aquel peculiar apellido, tanto o más que Icebreaker, el de la acompañante de Peter Whitman en el casino “The Unique”. Nunca antes le había oído. Pero, sin lugar a dudas, lo que más le llamó la atención fue su extraordinaria belleza. Su cabello, de un tono anaranjado sin llegar a ser pelirrojo –parecía natural- caía sobre sus hombros en una cascada ondulada preciosa. La sonrisa que le dedicó en aquella presentación no se quedaba atrás. Era de un blanco brillante y sus labios se podían considerar carnosos, sin llegar a ser gruesos –justo lo ideal según los cánones del agente. La guinda del pastel residía en su penetrante mirada. Sus ojos tenían un brillo tan especial como el de su sonrisa, aunque en una tonalidad distinta, claro: eran de color azul, uno muy similar al que caracterizaba la mirada de 007. Si Jayne Icebreaker le había agradado en suma medida, aquella joven, por increíble que le pareciera, la superaba.

- Bien, antes de que nos pongamos al día, vamos a corregir un error bastante más grave que no habernos presentado.

- ¿A qué te refieres?

- A que debemos dejar este piso. M tenía que haberte avisado de que Brian Wells es quien está detrás de todo esto.

- ¿Brian Wells?

- El agente que estaba al frente de este caso antes que tú.

- ¿Y se alojaba en esta misma vivienda?

- Así es. Ahora está muerto pero su hermanastro, Peter Whitman, estaba asociado con él, así que ahora es el líder de los presos fugados de Basingstoke y les volverá a dar la orden de venir aquí a por nosotros.- la espía asintió ante la explicación de Bond.

- Vayámonos entonces, pero que no se te olvide informarme también acerca de esos presos fugados.- 007 no pudo ocultar cierto gesto de extrañeza ante lo poco que sabía su compañera. Algo, por otro lado, absolutamente normal porque lo había descubierto él hacía escasos días.

La pareja decidió alejarse del lugar en el “Mercedes” de Bond para continuar la conversación sin riesgo de que nadie les escuchara. Por supuesto, para llegar a él dieron un pequeño rodeo con motivo de evitar a la policía, que ya estaba acordonando la acera en torno al cadáver del compañero de Chaos.

Bond le acabó de notificar a Kate acerca de todo lo que había descubierto tras su corta estancia en la prisión. De paso, aprovechó para aclararle cómo se la habían jugado para que pareciera que había sido él quien se había infiltrado en la base militar de Barkham.

- ¿Uranio, has dicho? – preguntó la chica.

- Sí, un pequeño contenedor.

- Entonces todo encaja.

- ¿Qué quieres decir?

- He estado vigilando el puerto día y noche,- explicó la agente.- y lo único que me ha resultado llamativo es que han embarcado una gran cantidad de suministros y artículos relacionados con el buceo y el submarinismo.

- ¿Crees que pretenden atacar con un submarino nuclear?

- Todo apunta en esa dirección.- afirmó la mujer.- Además, el barco tiene previsto zarpar mañana por la mañana. Todo encaja.

- Queda poco tiempo para que se cumpla el plazo de una hora que le he dado a Chaos, pero no nos podemos fiar de él, así que pediré un favor a mis amigos de la Marina.- indicó Bond, mientras aparcaba.- Haré que rastreen todo lo que puedan a lo largo de la costa sur.- una vez detuvo el vehículo, sacó su teléfono móvil.

- Buena idea.

Entretanto, Chaos conducía a gran velocidad en dirección a la base secreta oculta bajo los almacenes de “Whitman Corporation” del puerto de Marina Village. Su velocidad resultaba excesiva, pero el tiempo corría en su contra y su coche se lo permitía: un “Porsche”, modelo “Cayman S Sport”. Los adelantamientos eran, por tanto, constantes y cada vez más peligrosos a medida que se acercaba a su destino porque forzaba aún más. Casi era tan preocupante el riesgo inherente a aquella conducción temeraria que la cuenta atrás del reloj explosivo.

Así pues, se plantó en la entrada del recinto en cuestión de escasos minutos. Los guardias le reconocieron y levantaron la barrera. Luego aparcó todo lo más deprisa que fue capaz, de modo que llegó incluso a derrapar y, por supuesto, dejó el vehículo ocupando más espacio que el asignado a cada una de las plazas. Salió corriendo de él, entró en el almacén más próximo y descendió a la base secreta a través de una especie de montacargas unipersonal oculto en una de las esquinas de la planta baja. Se confundía a la perfección con la textura del suelo de hormigón y sólo se podía activar si se sabía dónde había que pulsar: un clavo que sobresalía ligeramente de la pared.

- ¿Dónde está Whitman? – preguntó Chaos a varios de los allí presentes, sin ni siquiera haber llegado al suelo. Eran sus compañeros de la prisión, jugando al póker.

- En su casa, ¿por qué lo preguntas? – el criminal no contestó. Ni siquiera llegó a bajarse de la plataforma. Simplemente pulsó un interruptor y subió a la superficie, con gesto furioso. ¿Por qué Whitman no se había quedado por la zona si iba a zarpar al día siguiente?

Lo iba a tener bien complicado. Le quedaban unos 50 minutos para llegar hasta Paradise Village, en pleno Londres. Le separaba una distancia aproximada de unos 300 kilómetros. Ciertamente lo iba a tener muy difícil. Confiaba, sin embargo, en sus posibilidades al contar con un vehículo deportivo de primera clase como lo era su “Porsche”.

Hasta que hizo los cálculos: no llegaría ni aunque se desplazara a 300 kilómetros por hora. Sólo un avión podría prestarle un servicio así, como el jet privado del propio Whitman; ni siquiera le valía un helicóptero. Iba a tener que localizar a su jefe por teléfono. Pero así le iba a costar mucho más intimidarle para poder obtener la información que necesitaba para salvar la vida. Sabía de antemano que no le iba a decir, sin más, cuál era el objetivo del inminente atentado. Necesitaba inventarse una buena amenaza.

- ¿Sí? – a Whitman le extrañó que le llamaran al móvil a esa hora de la mañana.

- Hola, jefe, soy Caos. Sólo quería decirle que le quedan 2 minutos de vida.

- ¿A qué viene esto, Caos? - preguntó Whitman, sumamente sorprendido. Según le había dicho su hermanastro Brian, Caos era su subordinado de mayor confianza. Le costaba creer aquella traición.

- Dígame cuál es el objetivo del atentado y desactivaré la bomba que he colocado en su casa.

- Adelante, no estoy en casa ahora mismo.- aquella respuesta descolocó por completo al fugitivo. Pensó en una contestación rápidamente.

- En ese caso, despídase de su hija.- desconocía por completo que estuviera en la vivienda, pero era la última posibilidad que le quedaba de lograr que picara el anzuelo.

- De acuerdo, de acuerdo.- su tono y la pronunciación ajetreada denotaba el nerviosismo fruto del miedo: se lo había creído.- El objetivo será el túnel del Canal de la Mancha. Ahora, espero que cumplas tu palabra.

- Por supuesto, jefe.- hizo una breve pausa para resultar más verosímil.- Hecho, bomba desactivada.

- ¿Y dónde...- Caos colgó antes de que Whitman pudiera terminar su pregunta acerca de la ubicación del explosivo. Obviamente, no había ninguna y se volvería loco antes de encontrarla, porque Caos no tenía ninguna intención de decírselo. Sabía que se había quedado sin la recompensa económica –Whitman no le perdonaría aquella traición, por muy bien que se justificara-, pero se conformaba con haber recuperado la libertad y conservar la vida. Siempre y cuando, claro, Bond le desactivara el explosivo de su reloj, tal y como había prometido.

El móvil de Kate empezó a sonar poco después de que su compañero terminara de solicitar la colaboración de la Marina.

- Déjame cogerle.- pidió Bond.

- ¿Por qué razón?
- Se supone que soy yo quien tiene que desactivar el reloj, ¿no?
- Bueno, sí, pero da igual...
- Tú déjame.- insistió el agente.- ¿Sí?
- Soy Caos. El objetivo es el túnel del Canal de la Mancha. Ahora, desactiva el reloj.
- De acuerdo, ahora mismo.- Bond hizo una pausa antes de continuar.- Vaya faena, vas a tener que disculparme. El mecanismo de desactivación no responde. No sé... nng... no sé qué pasa...- hacía ruido como si estuviera haciendo fuerza, como si presionara un botón atascado.- Por más que lo intento... nnnng... nada.- era su forma de vengarse por el “encuentro deportivo” que habían disputado en la cárcel. Una broma realmente pesada, de las no aptas para cardíacos.
- ¡Maldito seas! ¡Me juraste que lo harías!
- Y estoy cumpliendo mi palabra, es un problema puramente técnico, de veras. Nnnng, nada, que no funciona esto.- Kate apenas podía evitar la risa. Bond también se esforzaba por contenerse. Decidió entonces colgar y apagar el teléfono para que el villano no pudiera seguir llamando. Fue en ese momento cuando dieron rienda suelta a las carcajadas, sobre todo cuando se pusieron a imaginar lo mal que lo iba a pasar Caos a lo largo de los 28 minutos que faltaban hasta la hora fijada para la detonación.
- ¡Nunca me había reído tanto estando de servicio! – afirmó la mujer, mientras recuperaba la compostura. Se alegró en suma medida al pensar en que estaban en el coche y no en un bar, porque habrían llamado la atención demasiado.- ¡Menudas ocurrencias tienes, James!
- Pues ni te imaginas de lo que soy capaz.
- ¿Ah, sí? – preguntó la chica, siguiendo en el tono insinuante que había iniciado su compañero.
- Sí, sobre todo cuando tengo cerca a una mujer tan hermosa como tú.
- Me habían comentado alguna vez que había un agente doble cero con fama de ligón. Creo que ya sé de quién se trata.
- ¿Y a qué esperas para confirmarlo? – la mujer dudó por un momento lo que hacer, pero cuando se fijó nuevamente en lo apuesto y atractivo que era su compañero, se dejó llevar y le besó. Eso sí, cuando el agente fue a buscar algo más, le paró en seco.- Continuaremos más tarde, cuando cumplamos la misión.
- Primero el trabajo, siempre lo olvido.- mencionó Bond, sonriente. En efecto, el tiempo corría en su contra. Si bien habían averiguado el objetivo antes de lo que nadie hubiera imaginado, no podían perder ni un segundo. Aún tenían que confirmar si era cierto y luego movilizarse para impedir la tragedia.

18 - TÚNEL

El túnel que atraviesa el Canal de la Mancha y que comunica Francia con Inglaterra, también conocido como Eurotúnel o Channel, es una de las infraestructuras más importantes del mundo. Todo un orgullo para los británicos. De ahí que Brian lo hubiera designado como segundo objetivo. Su plan consistía en provocar una catástrofe –la destrucción del Big Ben- sin posibilidad alguna de cancelación, para que se le tomara en serio ante la siguiente amenaza y el gobierno accediera a su enorme demanda económica.

El túnel, abierto desde 1994, enlazaba la localidad francesa de Calais con Folkestone. Constaba de 50 kilómetros de longitud, 39 de los cuales transcurrían por debajo del Atlántico, lo que le convertía en el segundo túnel submarino más largo del globo, tras el Seikan. Se componía de tres galerías, cuya profundidad media rondaba los 40 metros. Dos de ellas poseían un diámetro de 7,6 metros y se empleaban para el transporte ferroviario –una de ida y otra de vuelta. La tercera era una galería de servicios de 4,8 metros, diseñada para la circulación de vehículos eléctricos. Por supuesto, las medidas de seguridad eran extraordinarias. Cada 375 metros había galerías transversales que enlazaban los tres conductos. Tenían una función doble: por un lado, servían como vías de auxilio y mantenimiento mientras que, por otro, albergaban una corriente de aire que disminuía la presión, lo que evitaba la propagación del humo en caso de incendio. Su diseño también estaba pensado para que el túnel tuviera la suficiente resistencia aerodinámica como para soportar el paso de los trenes.

Y es que, como no podía ser de otra forma, el Eurotúnel sólo podía ser recorrido por medio de vagones. Unos se destinaban a la acogida de pasajeros mientras que otros llevaban sus automóviles. Alcanzaban una velocidad de unos 140 kilómetros por hora, por lo que el trayecto se completaba en tan sólo 35 minutos. Sin embargo, a pesar de su rapidez y comodidad, el tráfico había sido considerablemente inferior al que esperaban sus promotores, sobre todo después de que se produjera un incendio sólo un año más tarde de su inauguración. Involucró a 31 personas, pero no hubo que lamentar heridos gracias a las galerías de auxilio. Algo similar ocurrió el 11 de septiembre de 2008, cuando se prendió fuego en un camión. La seguridad del túnel quedó demostrada por segunda vez, ya que no hubo que lamentar víctimas.

Pero a lo largo de sus 14 años de existencia, nunca había sufrido un atentado o un ataque terrorista. Bond sabía que aquella vía carecía de la preparación necesaria para afrontar ese tipo de incidentes. En realidad, después del 11-S cualquier infraestructura o edificio era vulnerable. Sólo si se sabía de antemano cuándo se iba a producir la ofensiva y de qué forma, se podía evitar la tragedia. Y aquel parecía ser el caso, afortunadamente. Se sabía que la hora estaba fijada para las 12 de la mañana del día siguiente y todos los indicios apuntaban a una acción submarina.

Ésa era la incógnita que le quedaba por resolver al agente 007. Debía confirmar el modo en que se iba a producir el atentado. Así pues, llamó de nuevo a sus contactos en la Marina para que destinaran todos sus esfuerzos a rastrear las profundidades circundantes al túnel. La operación no se podía tomar a la ligera. Si verdaderamente Whitman disponía de un submarino nuclear, no se le podría localizar vía satélite. Habría que detectarle por el mismo medio para poder afrontar un más que posible enfrentamiento. Si se hacía desde las habituales fragatas y buques de guerra, poco podrían hacer contra ese tipo de vehículo. Puesto que se trataba de una extensión muy amplia, la tarea iba a llevar unas

cuantas horas. El General al mando estimó que podrían finalizar la operación esa misma noche, al considerarse “Prioridad 1: Alerta Roja”.

Entretanto, Bond solicitaría a M que diera las órdenes pertinentes para que se cerrara el Eurotúnel durante todo el día siguiente. Ese movimiento descartaría la posibilidad de que los hombres de Whitman colocaran explosivos en alguno de los trenes, bien en los vagones o bien en los automóviles que transportaba. Lo único que habría que vigilar entonces sería el acceso de empleados a través de la galería de auxilio y mantenimiento. Si alguien obtuviese las identificaciones necesarias y la vestimenta adecuada, podría acceder literalmente a cualquier sección del trayecto.

Precisamente esa era la forma en que el difunto Brian había planeado el atentado, ya que había previsto la suposición de Bond acerca del submarino atómico. Era la táctica más difícil y complicada de llevar a cabo, pero también era la que ofrecía más probabilidades de éxito. Por otro lado, la política de Brian consideraba que se debía prescindir de atentar contra vidas humanas. Lo único que quería era vengarse de Su Majestad, no del pueblo. Era un agente renegado, no un asesino. Le bastaba con provocar daños materiales, si bien prefería, al igual que su hermanastro, que le abonaran la cantidad exigida. Un billón de libras hacía olvidar cualquier rencor y le hubiera permitido empezar una nueva vida, si llega a conservarla. Ahora Peter iba a llevarse su parte, con la que tenía en mente expandir su compañía, “Whitman Corporation”. Estaba ansioso por abandonar el mundo del tráfico de armas y dedicarse única y exclusivamente a la parte legal de su empresa.

Mientras las fuerzas navales se dedicaban por completo a la operación de rastreo submarino, Bond y Kate pusieron rumbo a la entrada inglesa del túnel, ubicada en Folkestone. Les separaba una distancia de tan sólo 120 kilómetros. Al fin y al cabo, se encontraba en la misma costa que Marina Village –la sur.

- ¿Y qué vamos a hacer en Folkestone? – preguntó la mujer durante el trayecto.

- Vigilaremos que se cierre el túnel y que nadie acceda a él.

- Pero de eso se encargará la policía y los guardias del propio túnel, ¿no? ¿Acaso no confías en ellos? – cuestionaba la espía.

- Sí y no.- fue la intrigante respuesta de Bond.- Sí, siempre confío en ellos, pero no, en este caso temo demasiado a los hombres de Whitman como para dejarles solos. Creo que ya te comenté que todos proceden de la prisión de Basingstoke, es decir, todos han sido soldados, agentes, espías... Tienen una preparación muy buena en todos los ámbitos. Están capacitados para cualquier cosa.

A media tarde, tuvo lugar el cierre definitivo del Eurotúnel bajo la atenta mirada de Bond y Kate. Esperaban que en la entrada francesa del conducto se hubiera llevado a cabo con tanta precisión y seguridad como en aquella. Estaban más que satisfechos. Las videocámaras de seguridad dejaban claro que no había nadie ni nada en ningún tramo del recorrido. Las barreras levadizas que habían dispuesto –similares a las que se empleaban para los automóviles- indicaban la prohibición de acceder bajo ningún concepto por cualquiera de las tres galerías. El lugar estaba atestado de guardias en perfecta coordinación con los agentes de policía. Los primeros vigilaban de igual forma que lo hacían siempre, mientras que los segundos servían de refuerzo o se encargaban de zonas más desprotegidas.

No obstante, a pesar de comprobar que, en efecto, el nivel de seguridad era realmente alto, 007 no dejaba de pensar en cómo se podría ejecutar una infiltración en el túnel. Kate lo veía prácticamente imposible, pero, dado que era su trabajo y la razón por la que habían acudido allí, se dedicó a meditar sobre la misma cuestión. Su experiencia en misiones de ese tipo no era tan prolongada como la de su compañero, pero contaba en su haber con una formación muy similar. Estaba lo suficientemente preparada como para calcular una operación de esas características. Al fin y al cabo, ambos poseían el mismo rango -agentes doble cero.

La conclusión a la que llegaron era que sólo había una manera de lograr acceder al conducto: robando una de las locomotoras. Las barreras que habían dispuesto las autoridades carecían de la resistencia necesaria para detener un vehículo de esas características. Lo más complicado residía en hacerse con el control de uno de los trenes, dado que estaban estrechamente vigilados, pero si se diera el caso y se consiguiese superar esa fase, entrar en el recorrido era del todo factible.

Albert Saltzman, el contacto de Bond en la Marina, cumplió con su pronóstico: había llegado la noche y la operación de rastreo había finalizado. El General informó a 007 acerca de la ausencia de cualquier vehículo submarino en los alrededores del túnel del Canal de la Mancha. Por tanto, quedaba descartada la teoría de que el atentado se fuera a llevar a cabo bajo las aguas del Atlántico. Y como consecuencia, volvía a flotar en el aire la incógnita sobre cuál iba a ser el uso del uranio robado en la base militar de Barkham. Si no iba a servir para alimentar el reactor nuclear de un submarino atómico, ¿quizá fuera a formar parte de una bomba? Desgraciadamente, era lo más probable, según pensaban Bond y Kate. Era la posibilidad más lógica, ya que se trataba de una cantidad un tanto pequeña para haber sido empleada como combustible. Sin embargo, de cara a la fabricación de un explosivo, permitía obtener un arma de nefastos efectos.

Bond agradeció los esfuerzos del General y sus hombres, pero fue éste último quien más alabó la labor del otro. El mero hecho de saber que 007 estaba al cargo de una misión tan delicada como aquella le hacía sentirse bien. Le invadía una sensación de confianza que ningún otro agente le hubiera causado. No obstante, en esta ocasión guardaba cierto recelo. Había visto en el telediario la noticia de la destrucción parcial del Big Ben, lo que le hacía conservar menos esperanzas acerca de la seguridad del segundo objetivo, sobre todo ahora que había comprobado que no había submarino alguno al acecho. Veía más fácil y rápido acabar con uno de estos vehículos que impedir el acceso por tierra al túnel. Sólo cuando pensaba en el Comandante Bond –prefería referirse a él como Comandante en vez de cómo agente doble cero, quizá por nostalgia- recuperaba la fe en el pensamiento de que no iba a pasar nada.

Tras tomar un merecido descanso para cenar, la pareja de espías, convencida de que los terroristas iban a robar uno de los trenes para cumplir su objetivo, aparcó el “Mercedes” en una colina cercana a las cocheras correspondientes al Eurotúnel. Disponían de una carretera que comunicaba con el recinto, por si les era necesario actuar, de modo que constituía el sitio idóneo. Además, al mismo tiempo les permitía pasar desapercibidos de cara a posibles invasores. Informaron, eso sí, a los guardias de la zona, para que no se alarmaran con su presencia. M había pensando en todos los detalles, de modo que les bastó identificarse con sus respectivos números de agente doble cero para que fueran admitidos dentro del equipo de vigilancia autorizado. Ahora sólo faltaba esperar.

Kate se ofreció para cubrir el primer turno, así que Bond tuvo la oportunidad de descansar. Le hacía mucha más falta que a su compañera. Su enfrentamiento con el

socio de Chaos y el breve pero intenso forcejeo con este último habían hecho mella en su físico, sobre todo al juntarse con el cansancio que acumulaba desde su estancia en la penitenciaría de Basingstoke. Dos horas después, cuando le tocó vigilar, se sentía mucho mejor. Su capacidad de recuperación era digna de elogio y uno de sus mejores atributos.

Transcurrió la noche entera y la mañana del día siguiente y ninguno de los dos –ni nadie en todo el recinto- había detectado nada que se saliera fuera de lo normal. La tranquilidad reinaba cuando faltaba poco más de media hora para que se terminara el plazo, fijado a las 12 del mediodía. Bond empezó a dudar por un momento si habían pasado algo por alto y, en consecuencia, el artefacto ya estuviera colocado en el interior del conducto. Era del todo imposible, pensaba, porque los encargados de las cámaras de vigilancia se habrían percatado de la presencia de cualquier elemento sospechoso. “Soborno” fue la palabra que le acudió entonces a la mente. Ése era el punto débil de aquel sistema de vigilancia: si alguien sobornaba al tipo que atendía las pantallas, cualquiera podría acceder al Eurotúnel sin más obstáculos que un par de guardias en la boca del mismo.

Kate le dio la razón en cuanto se lo comentó. Así pues, arrancaron el automóvil y se dirigieron a toda velocidad hacia el puesto de videovigilancia. La situación era demasiado urgente como para dar la vuelta y acceder por la portilla, así que Bond decidió atravesar el vallado de rejas. Los policías y guardias no entendían el comportamiento de la pareja de espías, pero viendo que el “Mercedes” iba rumbo al edificio de seguridad y no al túnel, les permitieron la maniobra.

- Quiero ver todas las cámaras.- ordenó el agente, en su tono más serio, nada más entrar en la estancia de reducidas dimensiones.

- Sí, señor.- respondió, nervioso, el vigilante, miembro del cuerpo de seguridad del Eurotúnel. Enseguida configuró los controles para que los 8 monitores cambiaran de imagen cada 10 segundos. Eso permitió echar un rápido vistazo a cada tramo del trayecto. A los pocos minutos, la conclusión volvía a ser la misma: seguían sin detectar nada sospechoso. Estaba vacío.

Fue en ese momento cuando se oyeron unos disparos. Kate fue la primera en salir del edificio para ver qué estaba pasando fuera. Sus ojos no daban crédito a lo que estaban viendo: uno de los trenes estaba saliendo de la cochera. Los guardias disparaban a la locomotora, llegando incluso a romper los cristales de la cabina, pero, dado que el conductor resultó ileso, el vehículo continuó acelerando en dirección a la entrada del túnel. Bond instó a su compañera a que subiera al “Mercedes”.

- ¡¿Pero qué se supone que vas a hacer?! – le preguntó la mujer, sumamente extrañada. No cabía duda de que no conocía en absoluto el habitual “modus operandi” de su socio.

- ¡Tú sube al coche!

Una vez lo hizo, el agente aceleró a la máxima potencia y se puso a perseguir el tren, derrapando en varias ocasiones porque la superficie estaba constituida bien por hierba, bien por tierra o bien por gravilla. Sus movimientos recordaban, por tanto, al de los coches de rally. Bond, por enésima vez, tuvo que agradecer el hecho de estar al volante de tan potente máquina. Enseguida logró ponerse a la par de su presa. Avanzó todo lo más que pudo, sabiendo de antemano que no le iba a dar tiempo a alcanzar la cabina antes de que entrara en el túnel. Debía conformarse con subirse a uno de los vagones del primer tercio del vehículo. Así pues, indicó a 005 que sujetara el volante y pisara el acelerador. Entretanto, él trepó por la ventanilla, pisó sobre la puerta y saltó hacia el borde del techo

del vagón, agarrándose a duras penas. Kate, embobada con la arriesgada maniobra que estaba efectuando su compañero, a punto estuvo de no percatarse de la escasa distancia que le separaba de la boca del conducto. Tal es así que tuvo que tirar de freno de mano para detener el coche antes de que colisionara frontalmente contra el hormigón que componía la entrada. La gravilla propició que derrapara y continuara avanzando de lado, de modo que llegó a impactar con la puerta del lado derecho, abollándola. Para su fortuna, no fue lo suficientemente fuerte como para lastimarla. Sólo se quejó de ciertas molestias en el cuello por la brusca parada.

El conductor de la locomotora, ataviado con un pasamontañas negro, había observado la impresionante acrobacia por el retrovisor de la cabina.

- Tenemos un pasajero sin billete.- indicó a sus socios.- Es hora de soltar los vagones.- uno de ellos se encargó de la tarea. Se colocó en el espacio que separaba la locomotora del primer vagón y se dispuso a soltar los enganches que unían ambas partes.

Entretanto, Bond trataba de avanzar por encima del techo, esforzándose por luchar contra el fortísimo viento. Al menos se alegró de que no tenía que esquivar los anclajes que suministraban electricidad —el abastecimiento se obtenía de una tercera vía- y de que el túnel tuviera altura de sobra como para permitirle ir de pie. De pronto, vislumbró que la locomotora se alejaba respecto a su cola. Sin pensárselo dos veces, echó a correr todo lo más que podía en esas condiciones. El problema no sólo concernía al viento sino también a la ligera curvatura del techo y a la dificultad para mantener el equilibrio. No obstante, a pesar de todos estos obstáculos, el agente estaba decidido a conseguirlo. La imagen del Eurotúnel anegado y destruido le invadió la mente en aquellos instantes llenos de tensión. No quería que se repitiese lo sucedido con el Big Ben. Esta vez quería evitar la catástrofe, fuera como fuese, a toda costa.

La separación de los vagones era cada vez mayor, así que trató de correr aún más deprisa. Se acercaba al borde, de modo que se dispuso a efectuar el salto. Un salto de más de dos metros de distancia y de peligrosas consecuencias en caso de resultar fallido. Sin embargo, como era habitual en él, confiaba en sus posibilidades, si bien sabía que eran escasas. Apuró el sprint hasta los últimos centímetros de aquel primer vagón y saltó con todas sus fuerzas. El impulso parecía quedarse corto, pero tenía claro que no podía haberlo hecho mejor. Por su parte, como solía decirse, había echado el resto. El problema residía en que los vagones se habían distanciado con rapidez. Afortunadamente, el espía consiguió aferrarse, no sin esfuerzo, al borde del techo de la locomotora. Dado que se había estirado todo lo más que le permitió la flexibilidad de su cuerpo, se vio balanceado hacia la puerta trasera del vehículo, golpeándose con potencia contra ella. Tal es así que a punto estuvo de retorcerse de dolor y soltarse. Sacó energía de donde parecía no haberlas para resistir el impacto y permanecer colgado.

La reacción de sus rivales no podía ser otra que una de pura incredulidad cuando escucharon el tremendo porrazo contra la puerta metálica. El más cercano de los tres se aproximó a ella, pistola en mano. La abrió de un tirón y apuntó. Para su sorpresa, y la de sus socios, no vio nada más que la cola de vagones alejándose. Se asomó por fuera y miró a un lado y a otro, pero seguía sin ver a nadie. Pensó que el tipo que les perseguía debía haber caído, pero no había rastro de su cuerpo sobre las vías. Fue en ese momento cuando una pierna le golpeó con fuerza a la altura de la cabeza. El criminal cayó sin remedio a las vías. Bond se deslizó de un salto a la posición que hasta ese momento había ocupado su oponente y apuntó con su Walther PPK a sus dos compañeros.

- Buenos días, caballeros. Espero que no me hagan malgastar munición. ¿Dónde está la bomba?

- Acabas de tirarla a las vías.- el agente se sorprendió en gran medida ante aquella respuesta. Tal es así que no pudo evitar mirar hacia atrás para comprobar que, en efecto, el tipo al que había atacado llevaba puesta una mochila. Rezó para que la cola de vagones, que aún se movía a buena velocidad por acción de la inercia, no le aplastara. Faltaban muy pocos metros para que sucediera y el individuo aún permanecía en el mismo sitio, quejándose de intensos dolores por todo el cuerpo. Sólo el creciente ruido de las ruedas que se le aproximaban pareció hacerle recobrar el sentido. Trató de reptar, a duras penas, por encima del raíl más cercano. Sus heridas le estaban martirizando, pero debía dejar a un lado tal sufrimiento para salvar la vida. En un último esfuerzo, sacó la fuerza de voluntad necesaria para rodar hacia el lateral del carril a pesar del suplicio. Desde la perspectiva de Bond, daba la sensación de que las ruedas habían rozado los zapatos del hombre. Y probablemente así había sido, se había librado por cuestión de centímetros. El agente suspiró de alivio al mismo tiempo que lo hacían sus adversarios.

Uno de ellos aprovechó la situación para ejecutar una precisa patada a la mano con la que 007 sujetaba la Walther. El arma cayó fuera de la locomotora, lo que le obligó a pelear cuerpo a cuerpo. El otro oponente, el conductor, desenfundó su pistola, pero le era completamente imposible acertar a Bond, puesto que delante de él se encontraba su socio y el pasillo en el que luchaban apenas contaba con un metro de anchura. Debía contenerse sin apretar el gatillo si no quería herir a su compañero.

- Michael, ¡al suelo! – le ordenó de repente. El criminal se lanzó sobre la moqueta y, justo después, el conductor pulsó la palanca del frenado de emergencia. La frenada detuvo el vehículo en cuestión de escasos segundos, lo que hizo que Bond se viera lanzado hacia delante, pasando por encima de Michael. Acabó golpeándose con fuerza contra las puertas inferiores de los mandos de control. Aturdido, fue conducido por los dos hombres hacia el exterior. Le dejaron caer sobre las vías. Bond gruñó de dolor. Luego, los dos tipos se bajaron de la locomotora, portando sus respectivas pistolas. La situación no pintaba nada bien para el espía.

- Usted debe de ser el agente 007. Brian se moría por vengarse de ti.- reconoció el villano.- Ahora podremos cumplir su deseo. Mejor aún, vas a contribuir a su causa.- alzó la mirada y vio a su compañero, aquel que había caído unos cuantos metros atrás.- ¡Vamos, Robert, nos queda poco tiempo! – el lastimado individuo avanzaba encorvado y cojeando.- Déjale la mochila.- fue la orden que recibió una vez alcanzó la posición de sus compañeros. Después, sin perder un segundo, se montaron en la locomotora y la pusieron en marcha, retomando el rumbo a Francia.- Le dejaremos a su elección cómo desea morir, sr. Bond: reventado por la explosión o ahogado, ja, ja, ja.

Bond enseguida examinó la mochila, dejando a un lado todos sus dolores y molestias. La abrió y extrajo de su interior el artefacto explosivo. Su reacción al verlo era una mezcla de alivio y preocupación. Por un lado, carecía de carga atómica. Por otro, su mecanismo parecía estar muy preparado para que fuera del todo imposible evitar su detonación. No es que entendiera mucho de desactivación de explosivos, pero sus conocimientos básicos así se lo indicaban. Tampoco había que ser ningún experto para saber que poseía la suficiente cantidad de explosivo plástico como para agujerar aquel conducto, algo que esperaba y que aquel tipo le había confirmado. Por tanto, la conclusión no podía ser menos esperanzadora: aunque se alejara de la bomba, el agua entraría a tal velocidad

que le acabaría alcanzando y sumergiendo. Pensó en alguna otra posibilidad, pero ciertamente no se le ocurría ninguna escapatoria. Su defunción era inminente.

Pero entonces, cuando su desesperación era máxima, oyó el ruido de una locomotora acercándose. Se la oía un tanto lejos, pero estaba claro que se estaba aproximando. Enseguida descubrió que se desplazaba por la tercera galería, es decir, aquella que se empleaba para cubrir el trayecto Francia – Inglaterra. Retrocedió algo menos de cien metros hasta el pasillo transversal más cercano, uno de esos que comunicaban las galerías de servicio con la de auxilio y mantenimiento. Atravesó ésta última de lado a lado y accedió finalmente al llamado “túnel B”. Fue entonces cuando la iluminación de dos potentes focos hicieron que recuperase la esperanza. A los mandos estaba su compañera Kate.

- Buen trabajo, 005.- dijo al entrar en la cabina de la locomotora.

- No puedo decir lo mismo del tuyo, 007.- respondió, graciosa.

- Dejemos las quejas para otro momento, ¿no te parece? – le siguió la guasa. Luego volvió a su tono más formal.- ¿Has avisado a los guardias?

- Sí, me imaginé que la solución iba a ser sacar la bomba, así que le has ordenado que despejen la zona.

- Perfecto, vámonos.

Kate puso la marcha atrás del vehículo y comenzaron a retroceder a la máxima velocidad posible. Poco a poco el medidor fue subiendo, pero parecía estancarse en los 60 kilómetros por hora. Parecía ser que, al igual que los automóviles, no tenía tanta potencia en sentido inverso. De ahí que los trenes tuvieran dos locomotoras, una delante y otra detrás. Bond empezó a hacer cálculos y llegó a la conclusión de que iban a llegar muy justos a la salida del túnel. Apenas faltaban diez minutos para que dieran las 12:00. Y lo peor de todo era que no podían hacer nada al respecto. Simplemente tenían que esperar, observando constantemente el reloj por si debían saltar del vehículo en marcha.

Pronto vieron la luz del día en la lejanía. Faltaban dos minutos. Dejaron la mochila en la cabina y se aproximaron a la puerta trasera de la locomotora, preparados para saltar. Optaron por caminar por el borde de la carrocería para efectuar el salto hacia un costado y así evitar la caída sobre las vías. Bond ya lo había probado y le había provocado contusiones considerables. Por suerte, no parecían demasiado graves. Al menos, hasta ese momento, se podía mover con normalidad.

- No nos podemos arriesgar más, ¡saltemos! – indicó Bond cuando faltaba menos de un minuto. Kate obedeció sin rechistar. Ambos cayeron justo al comienzo de la entrada del túnel, una zona que, para bien de sus estados físicos, era relativamente blanda al estar formada de hierba. Pocos segundos después, hacía explosión la locomotora. El estallido fue tal que se despedazó en mil y un trozos en una vorágine de hierro que abarcó todas las direcciones. La onda expansiva llegó a arañar las paredes de hormigón y rompió los cristales de las ventanas del edificio de seguridad. La vegetación se zarandeó violentamente. Incluso el “Mercedes” se vio desplazado unos centímetros, así como también perdió todos sus elementos de cristal. La pareja de espías se libró de tan devastadores efectos gracias a que se encontraban algo por debajo de la altura a la que se produjo el estallido, puesto que había rodado por una pequeña pendiente y se encontraban tumbados en algo similar a una cuneta.

- Y luego dicen que el tren es el transporte más seguro.- mencionó Bond con su humor característico. Kate le respondió con una breve carcajada, provocada en parte por su chiste y en parte por la alegría de continuar con vida. Lo siguiente que hizo fue acercarse al agente y besarle.- No, no, no.- le dijo después el inglés, en cuanto la mujer empezó a deslizar sus manos por su cuerpo.- Primero el trabajo.- le apetecía tanto o más que a ella, pero estaba claro que, de nuevo, no era el momento: los bomberos y las autoridades estarían al llegar.

19 - CANADÁ

Preparaos.- indicó Arthur, el conductor de la locomotora, a sus dos compañeros, en cuanto comprobó que faltaban unos pocos kilómetros para llegar a la salida francesa del Eurotúnel, en la localidad de Calais. Allí les esperaba un pequeño ejército de policías y coches patrulla. Dos de estos últimos ocupaban el ancho de la vía a pocos metros de distancia del arco de hormigón, reforzando la presencia de una barrera levadiza. A pesar de tales obstáculos, el conductor no disminuyó para nada la velocidad. Todo lo contrario: la aumentó hasta límites con riesgo de descarrilamiento.

Arthur y Robert, al igual que Michael, llevaban sendas mochilas, pero, al contrario que aquel, no contenían una bomba sino unos trajes un tanto extraños así como unos cascos de apariencia similar a los que utilizaban los ciclistas. Robert llevaba dos de estas vestimentas, de modo que entregó una a Michael. Se vistieron lo más rápido que pudieron, se colocaron ventosas en manos y rodillas y se dispusieron a arrastrarse sobre el techo. A pesar de contar con tales accesorios, tuvieron que esforzarse en gran medida para hacer frente al fortísimo viento. Pero al final consiguieron su objetivo, consistente en colocarse en paralelo a lo largo de la anchura de la superficie.

Los agentes no daban crédito a lo que estaban presenciando. Mayor aún fue su sorpresa cuando, una vez la locomotora dejó atrás el túnel, vieron que los tres delincuentes se ponían de pie sobre el techo, estiraban brazos y piernas y se alzaban en vuelo gracias a las membranas que incorporaban sus trajes. Se trataba de los modernos “wingsuits”, diseñados para permitir a los paracaidistas planear durante su descenso. En este caso, la fuerza del viento era tal que les otorgaba la posibilidad de despegar y así desplazarse hasta un lugar alejado de aquel cerco policial. Por supuesto, no podían ascender –salvo en el impulso inicial, en el que el viento les elevaba algo más de un metro-, pero tenían previsto alcanzar una ubicación situada a una altitud inferior: una explanada de hierba localizada a unos dos kilómetros de la zona. La maniobra no podía ser más espectacular porque a la sorprendente huída había que añadir el posterior descarrilamiento de la locomotora al chocar contra los dos coches patrulla. La subsiguiente explosión dio paso a una lluvia de chispas cuando el vehículo volcó y se deslizó sobre uno de los raíles a lo largo de un centenar de metros. Todo su lateral izquierdo quedó completamente arañado. Los automóviles, por su parte, habían quedado partidos por la mitad, abollados y envueltos en llamas. Las autoridades se alegraron de haber previsto aquel movimiento, puesto que habían solicitado la colaboración de los bomberos. En cuestión de minutos, hicieron desaparecer el fuego mientras los policías ponían en marcha sus vehículos rumbo a la carretera cuya dirección se asemejaba más a la que habían tomado los fugitivos.

El trío apenas tardó unos segundos en desplegar sus paracaídas y aterrizar sobre la llanura. Allí encontraron lo que les había prometido Peter Whitman: tres fabulosos “BMW”. Cogieron las llaves de donde habían estipulado –posadas sobre la hierba justo detrás de la rueda izquierda delantera- y pulsaron el botón que abría las puertas. Lo primero que hicieron antes de subirse, fue abrir los maleteros, pues en ellos debía haber la suma acordada para completar así el trato. Pero nada más abrió Michael el suyo, se activaron los explosivos ocultos bajo las carrocerías de los tres automóviles. Se produjo entonces un estallido triple que acabó con sus vidas al instante y produjo un cerco de llamas, una lluvia de escombros metálicos y, por último, una densa humareda. Precisamente fue el humo lo que advirtió del suceso a los policías. Habían llegado a vislumbrar que los paracaidistas se dirigían hacia esa zona, de modo que tenían bastante claro que aquel incendio probablemente tenía que ver con ellos. No obstante, un par de coches patrulla

tomó otro rumbo, para descartar que no fuera otra estratagema y en realidad hubieran aterrizado en otro sitio.

Peter Whitman llevaba un rato viendo la televisión desde su camarote del “Tiburón Negro”, el buque insignia de su flota, a la espera de ver la noticia del éxito de su ataque al Eurotúnel. La programación estaría a punto de ser interrumpida por un informativo especial. Ya se imaginaba los titulares de los periódicos del día siguiente: “Eurotúnel destruido”, “Atentado en el Eurotúnel”, “Adiós al Eurotúnel”... Sin embargo, las imágenes que comenzaron a retransmitir no tenían nada que ver con sus previsiones. El artefacto había hecho explosión en el exterior. Se habían producido cuantiosos daños materiales, pero eran una nimiedad en comparación con lo que supondría la anegación total del conducto. Así pues, se alegraba en gran medida de haber traicionado a Robert, Michael y Arthur, si bien la razón por la que había planeado acabar con sus vidas tenía que ver con que no pudieran involucrarle con ellos.

La información oficial rezaba que las autoridades habían impedido la detonación en el interior del túnel, pero Whitman sabía a ciencia cierta que Bond estaba detrás de todo aquello. Bond y seguramente también su nueva compañera, aquella que había ordenado eliminar en cuanto 007 se presentara en el piso franco. La había utilizado como cebo pero el resultado había vuelto a ser fallido, esta vez por culpa de la traición de Caos.

El plan de Brian de obtener un billón de libras por medio de atentados y, al mismo tiempo, cobrarse su venganza de James Bond y Su Majestad, terminaba con aquel ataque frustrado al Eurotúnel. Ahora Whitman pasaría al plan B, uno secreto que sólo sus hombres de mayor confianza conocían. Ni siquiera le había comentado nada a su hermanastro. Y por esa misma razón, no habría tenido que repartir las ganancias con él – en caso de que hubiera conservado la vida- ni sus hombres –los reclusos de Basingstoke iban a cobrar su recompensa en plomo; al fin y al cabo, tenían la culpa del fracaso de la extorsión; no obstante, les iba a utilizar como parte de su personal de vigilancia hasta que su plan B fuera completado con éxito. Era un plan mucho más ambicioso, hasta el punto que le iba a permitir abandonar para siempre el tráfico de armas y así se podría dedicar única y exclusivamente al negocio del gas natural licuado.

Bond y Kate enseguida iniciaron la búsqueda de Peter Whitman. Gracias a que el inspector jefe de la policía de Folkestone había acudido a la entrada del Eurotúnel, les hizo el favor, a modo de recompensa por haber contrarrestado el atentado, de solicitar a la policía de Londres que efectuara el registro de la casa del magnate en Paradise Village sin necesidad de orden judicial. Así, se ahorraron un largo trecho y mucho tiempo. Supieron en cuestión de menos de una hora que en la vivienda no había nadie. Llamaron entonces al puerto de Marina Village, donde confirmaron lo que se temían: el empresario había abandonado el país a bordo de uno de sus buques de transporte de gas natural licuado. El destino previsto era Canadá, lo cual tenía mucho sentido de cara a su compañía, dado que se encargaba de llevar la preciada materia prima entre ese país y Rusia, atravesando en parte el Polo Norte. Lo que desconocían, obviamente, era si se proponía algo más, si tenía en mente alguna otra ofensiva contra los intereses de Su Majestad.

Así pues, no tardaron en reservar dos billetes para el primer vuelo a Canadá vía teléfono móvil e informaron a M acerca del desplazamiento. Luego se dirigieron al “London Heathrow Airport”, el aeropuerto más importante de Londres. Afortunadamente, el “Mercedes” seguía funcionando. Tenía doblada en buena medida la puerta del conductor –fruto de la colisión que se llevó contra la entrada del túnel con Kate al volante- y el

aspecto de la carrocería era lamentable –por las abundantes raspaduras que se habían producido cuando Bond decidió pasar entre dos autobuses-, pero en términos de potencia, se movía sin problemas, alcanzando las velocidades normales. Una vez en el aeropuerto, casi dos horas después –distaba unos 160 kilómetros de Folkestone-, se permitieron un descanso en una cafetería mientras esperaban a que llegara el avión de “Air Canada”.

Dado que había 5 horas de diferencia horaria entre Inglaterra y Canadá, llegaron allí a media tarde cuando en Londres debía ser casi media noche. Era lo que más disgustaba a Bond de los viajes por el mundo: el llamado “jet lag”, la descompensación horaria. Al menos el efecto era más leve cuando, como en aquella ocasión, se realizaba el desplazamiento hacia el oeste. Simplemente iba a tener sueño por el día. Sin embargo, si llega a ir a algún país oriental, hubiera salido más perjudicado porque hubiera tenido que echarse a dormir cuando estaba a punto de amanecer.

La llegada al “Ottawa International” estuvo acompañada de una gran sorpresa para Bond.

- ¿La conoces? – le preguntó Kate. El agente se había detenido en su caminar y se había quedado perplejo al observar a una mujer que parecía esperarles en la terminal.

- Sí.- respondió Bond, con gesto aún extrañado.- Es la mujer que acompañaba a Whitman en el casino “The Unique”. Jayne Icebreaker, creo que se llamaba.

- ¿Qué crees que hará aquí?

- No tengo ni idea. Pero estáte alerta, seguramente sea una trampa.

La pareja siguió avanzando. Fue entonces cuando Jayne se acercó a ellos, cortándoles el paso.

- Buenas noches, sr. Bond. ¿Se acuerda de mí? – a punto estuvo de contestarla “¿cómo no iba a acordarme?” en su tono más sugerente, pero debía guardar las apariencias. Aún no sabía qué se proponía, pero lo más probable era que estuviera del lado de su enemigo. Una verdadera lástima, porque el mero hecho de contemplarla ya era todo un placer. Acostarse con ella debía ser algo tan impresionante que incluso le costaba imaginárselo. Y eso que no estaba tan radiante como la noche del casino, dado que ahora vestía de calle –jersey, pantalones vaqueros y botas-, pero la belleza de su rostro – aquella mirada verde parecía atraparle- y sus cabellos –rubios y lisos con un brillo tal que parecían componer un telar de oro- era más que suficiente para satisfacer su vista y fomentar sus fantasías.

- Sí, ¿Jayne, verdad? Acompañabas a Peter Whitman en el casino “The Unique” aquella vez que jugamos al Bacarrá.

- Así es, pero no soy su acompañante. En realidad, trabajo para el Servicio Secreto Canadiense. Vengan conmigo y se lo explicaré todo.- Kate dio el primer paso para seguirla, pero Bond la agarró por el brazo.

- Díganos primero cómo supo que veníamos en este vuelo.- el espía tendía a desconfiar de la gente, una reacción fundamental para sobrevivir en un puesto como el suyo.

- Me puse en contacto con su jefa, M. Previó que no se fiaría de mí, así que me dio la contraseña para estos casos: “En Londres rara vez hay niebla a mediodía.”

- Eso está mucho mejor. Podemos irnos.

El trío subió en el coche de Jayne, un "Audi R8", un vehículo que poco o nada tenía que envidiar a los habituales "Aston Martin" y "BMW" que solía conducir Bond. Recordaba especialmente al "Aston Martin Vanquish" -llamado por Q "Desvanecedor" por el dispositivo de invisibilidad que le incorporó- no sólo por la línea y el estilo sino también porque parecía ser exactamente del mismo color gris plata.

Enseguida llegaron a un almacén abandonado. Jayne rodeó el edificio y avanzó unos metros por un aparcamiento vacío que había en su parte trasera. Después, aceleró a gran velocidad en dirección a una de las paredes. Bond y Kate no sabían qué pretendía la conductora, por lo que respiraron de alivio cuando vieron que un segundo antes de la colisión descendió de golpe una sección del asfalto, pasando a formar parte de una rampa.

- Lo siento, no he podido evitar daros este pequeño susto, ja, ja, ja.- se disculpó Jayne, divertida.- Como es obvio, rara vez tenemos visita.

Por la longitud de la cuesta, Bond calculó que debían de estar unos diez metros por debajo del almacén. Llegaron ante una puerta blindada. Esta vez no se abrió automáticamente, sino que requirió de la huella dactilar de Jayne en una pantalla ubicada en el lateral izquierdo. Entretanto, Bond se preguntaba qué mecanismo había permitido la activación de la rampa. ¿Quizá un lector de matrículas? ¿O simplemente Jayne había pulsado algún botón oculto en el volante, a modo de mando a distancia?

Aquel sitio bien podía haberse llamado "El Paraíso de Q". Había artilugios y armas en tres de las cuatro paredes. A Bond le recordaba la tienda de bicicletas de Wai Ling, la agente china con la que colaboró en su misión de detener los planes de Elliot Carver, el magnate de las telecomunicaciones. La diferencia estaba en que allí todo estaba a la vista. El hecho de estar bajo tierra era suficiente garantía de que nadie iba a acceder a tan peligroso material. Lo mismo había pistolas y escopetas que granadas y dispositivos de escucha.

- Podéis coger lo que veáis conveniente.- indicó Jayne.- En ese armario de allí encontraréis ropa -dijo al tiempo que le señalaba. Luego dio unos cuantos pasos y señaló unas puertas de madera, ubicadas en la única pared carente de equipamiento.- y esas serán vuestras habitaciones.- Bond y Kate se sorprendieron al saber que aquel lugar hacía las veces de piso franco. Entraron en los cuartos y vieron que, en efecto, se componían de una cama y un baño. En suma, poseía las comodidades justas, pero nunca estaba de más disponer de un sitio así. Por ejemplo, si se temían represalias por parte de un objetivo que estaba siendo vigilado o el hotel en el que uno se alojaba ya no era seguro.

Jayne condujo a sus nuevos compañeros a otra sala. Se trataba de una cocina constituida de vitrocerámica, microondas, horno, fregadero... En suma, no le faltaba de nada. Además, había una mesa de amplias dimensiones y unas cuantas sillas. Los tres se acomodaron en los asientos, listos para ponerse al día.

- Como os habréis imaginado, -comenzó a hablar Jayne.- estoy detrás de Whitman porque sospechamos que está introduciendo armas de contrabando en nuestro país por medio de sus buques de transporte de gas natural licuado.

- Sí, en Inglaterra también tenemos nuestras sospechas, -indicó Kate.- pero nunca le hemos podido cazar. Designamos a un agente doble cero a que se encargara del asunto, pero resultó ser su hermanastro, Brian Wells. Los dos han sido los causantes de los últimos atentados.

- ¿Y dónde está ahora Wells? – preguntó la canadiense.

- Está muerto.- afirmó Bond.- Traté de detenerle, pero se suicidió con cianuro.

- Perfecto, entonces nos debemos ocupar únicamente de Whitman. ¿Creéis que estará planeando un nuevo atentado?

- No tenemos ningún indicio, pero esa es la razón por la que le hemos seguido hasta aquí.- respondió Bond.- El asunto del tráfico de armas es secundario, pero podría ser la excusa perfecta para quitarle de en medio.

- ¿Dónde le podremos localizar? – preguntó Kate.

- Suele desembarcar en el puerto de Quebec, pero en esta ocasión mucho me temo que no será así.- explicó Jayne.- Siempre ha sido muy hábil a la hora de evitar a las autoridades. Se imaginará que le habréis estado siguiendo, por lo que se las apañará para despistarnos y tomar tierra en otro punto.

- A menos que...- comenzó a decir Bond, pensativo.- hagas uso de tu tapadera como acompañante.

- No es mala idea.- afirmó la canadiense.- Podría decirle que le voy a dar una sorpresa o algo similar. Así le obligaríamos a tomar tierra en Quebec y le podríamos seguir la pista sin problema.

- Estoy de acuerdo.- asintió Kate.- Lleva un localizador GPS oculto y resuelto. ¿Cenamos?

Bond nunca había sido partidario de los precocinados, pero bien sabía que en muchas ocasiones no quedaba otro remedio. Prefería ir de restaurante o incluso cocinar él mismo –la cocina era otra de sus aficiones y se le daba bastante bien. Aunque tenía que admitir que la cena que estaba compartiendo con Jayne y Kate no le estaba disgustando en absoluto. Podía afirmar, sin temor a equivocarse, que los precocinados de Canadá eran de mayor calidad que los de su país.

Pero, indudablemente, lo que más echó en falta durante aquella cena fue un buen vino. Era algo que valoraba en suma medida y aquel “Trinity Icewine” de 2002 era decepcionante en todos los sentidos. Al menos pudo tomar un Martini con vodka, mezclado, no agitado, durante los aperitivos.

Una vez terminada la cena, se dispusieron a irse a sus respectivas habitaciones: Jayne en la primera puerta, Bond en la segunda y Kate en la tercera y última. Los tres optaron por pasar por la ducha de sus respectivos baños antes de acostarse, pero en ningún caso por haber sudado o sentirse incómodos, si no por lo que tenían en mente: querían tener compañía bajo las sábanas. Jayne se había quedado prendada de Bond aquella noche en el casino “The Unique” y le dio mucha rabia tener que prescindir de quedar con él para continuar con su tapadera como acompañante de Whitman. Kate, por su parte, le había pasado algo similar al ver lo diestro que era su compañero en aquella persecución por

balcones. También le había impresionado la valentía que demostró al subir en el tren del Eurotúnel en marcha. Pero, claro está, lo que más las había gustado a ambas era su porte, su elegancia, su carisma y la belleza de su rostro. Se podía decir que se trataba de atracción a simple vista. Es decir, su interés no tenía que ver con el amor sino más bien con el sexo. Y es que, para su fortuna, Bond siempre había resultado atractivo en todas las facetas, lo que le había permitido satisfacer su insaciable lívido.

El propio 007 se sentía muy atraído por ambas damas. Jayne le había impactado en gran medida. Tal es así que dudaba entre optar por ella o por Kate, quien también cumplía con sus más altas exigencias. Curiosamente, eran opuestas en un amplio abanico de características. Mientras que Jayne era rubia y tenía el pelo liso, Kate era casi pelirroja y de cabello ondulado. La primera demostró tener un estilo y una elegancia muy similares a los suyos, mientras que la segunda poseía un aire algo más cotidiano y vulgar. Por si fuera poco, la canadiense se apellidaba Icebreaker (Rompehielo) mientras que la inglesa, Firefighter (Bombero). Literalmente, la que lucha contra el hielo y la que lucha contra el fuego.

Decantarse por una u otra era una decisión harta complicada. Tenía cierta predilección por Jayne, quizá por ser rubia, quizá por su penetrante mirada verde, pero también se había quedado con las ganas de probar a Kate tras haberla besado en dos ocasiones. Ésta última, además, parecía poseer unas medidas aún más llamativas. Finalmente, Bond optó por irse a la cama solo. Si se iba con una, podría descubrirlo la otra, y viceversa. Esperaría a que terminara la misión y se deshiciera el grupo antes de ponerse a elegir.

Jayne, sin embargo, tenía claro que deseaba pasar una noche especial. Hacía ya demasiado tiempo que no se acostaba con nadie por culpa de la operación contra Whitman. Se había tenido que meter en su cama, pero eso no lo contaba, lo consideraba parte de su trabajo.

Kate estaba más o menos en la misma situación. El escaso tiempo libre del que disponía entre misión y misión no lo había podido aprovechar de cara a esa actividad. Fuera a parte, Bond le resultaba tan sumamente atractivo y sexy que no quería echar a perder una oportunidad así.

A Jayne le entró un momento de duda justo cuando se disponía a salir de su habitación. Se había duchado y preparado convenientemente, incluso se había puesto un conjunto de lencería de lo más provocativo, bajo un camisón de los denominados “picardías”, prendas que ocultaba en un compartimento secreto del armario, pero se empezó a echar atrás nada más tocar el pomo de la puerta. ¿Cómo reaccionaría Bond ante su propuesta? Aquella pregunta le rondaba la cabeza desde que se planteó ir a su dormitorio. Desconocía si le resultaba atractiva y, sobre todo, no sabía si era abierto en ese sentido o si se ceñía a la clásica rigidez británica. Tampoco era de su conocimiento si mantenía algún tipo de relación con la agente 005.

A Kate le sucedió algo similar. Le invadió un mar de dudas nada más se acercó a la puerta de su habitación. Bond le había dejado claro en el Eurotúnel que lo dejarían para después de completar la misión. Aquel momento la indicó que era estricto y formal, que no le gustaba mezclar el placer con el trabajo. Por otro lado, fue él quien la besó primero tras la persecución por los balcones, lo que la daba a entender que su negativa en el Eurotúnel quizá sólo fuera debida a las circunstancias de aquel día en particular.

Finalmente, Jayne dejó al margen su indecisión y cruzó el umbral de su dormitorio. Fue justo en ese preciso instante cuando Kate hizo el mismo movimiento. Ambas se quedaron perplejas al verse la una a la otra en ropa interior en el pasillo.

- No podía dormir.- se excusó Jayne. Sonó tan poco convencida de sí misma que nadie que la hubiera escuchado, la hubiera creído.

- Yo tampoco.- respondió Kate. Su tono de voz reflejaba un nerviosismo similar al de su compañera. Quizá por eso aceptó su insostenible excusa -¿quién dormía con un picardías por costumbre?- y la siguió el juego.

- Iba a tomar algo a la cocina.- afirmó la canadiense, señalando la siguiente puerta a la de Kate, como si intentara desviar su mirada y así le pasara desapercibido su provocativo atuendo. Era algo del todo imposible, pero al menos lo intentó.

- Yo también.- asintió la inglesa con una rapidez que denotaba un nerviosismo aún mayor que el de su compañera. Su ropa interior era de lo más normalita, pero, por alguna razón, le afectaba más la situación. Quizá le atormentaba la misma incógnita que también carcomía a Jayne: el desconocimiento acerca de hasta qué punto Jayne y Bond se conocían.

Mientras las chicas charlaban distendidamente en la cocina frente a un par de vasos y una botella de leche, Bond encendió la luz de la mesita. No se había podido dormir durante aquellos minutos porque seguía dándole vueltas a lo de acostarse con una de las dos espías. Incluso llegó a pensar en invitar a ambas, pero desechó la idea casi al instante porque entonces de seguro que acabaría durmiendo solo. Se acicaló en el baño, se colocó un poco el pijama y salió por la puerta. Dudó un momento más en si ir a la puerta de la izquierda –la de Kate- o a la de la derecha –la de Jayne- pero, finalmente, se inclinó por esta última. Golpeó la madera tres veces con sumo cuidado: no quería que Kate se enterara. Le pareció oír una respuesta, pero el sonido sólo se produjo en su imaginación, porque al entrar vio que allí no había nadie. Extrañado, se giró para volver a su cuarto. Vio entonces que la luz de la cocina estaba encendida. Se acercó sigilosamente a la puerta, apoyó la oreja sobre ella y descubrió que las dos mantenían una alegre conversación, como si fueran amigas de toda la vida. Disgustado tanto o más que cuando desechó la idea la primera vez, el agente regresó a su cama con cierto desánimo en su caminar.

- Gana la banca.- susurró para sí mismo. Ahora sí que le iba a costar dormirse. Mucho se temía que iba a estar largo rato pensando en lo que podía haber sido y no fue.

20 - GUARIDA

Jayne esperaba que Whitman no sospechara de su movimiento. Darle una sorpresa en el puerto de Quebec justo después del atentado del Eurotúnel era una coincidencia un tanto llamativa. No obstante, confiaba en sus posibilidades. El magnate parecía estar realmente enamorado de su persona. Prueba de ello era la confianza que depositaba en ella. Mismamente, le había dicho que tenía que ir a Canadá. Por supuesto, no le indicó con qué fin más allá que la clásica excusa de los “asuntos de negocios”, pero era suficiente para demostrar su afecto.

La espía canadiense le llamó al teléfono móvil, confirmó su asistencia al puerto de Quebec y acudió al muelle propiedad de “Whitman Corporation”. Los guardias de seguridad la permitieron el acceso nada más verla bajar de un taxi. Bond la observaba desde un pequeño islote ubicado cerca de la costa y caracterizado por contar con una colina. Era el sitio que permitía una mejor visión, siempre y cuando, claro está, se dispusiera de unos buenos prismáticos, como era el caso –unos “ATN Omega” militares. Eso sí, tenía el inconveniente de que sólo se podía acudir al lugar a nado, por lo que, en caso de tener que actuar, le llevaría unos minutos regresar al coche. Por esa razón, Kate se había quedado en el “Audi R8” de Jayne. La inglesa esperaba en el aparcamiento de la playa con un pinganillo en la oreja en comunicación directa con Bond. El agente la informaba en todo momento de los movimientos de Jayne, por si era necesario intervenir. También disponía de un rifle de francotirador, modelo M40, el favorito del ejército estadounidense.

Ambos esperaban no tener que entrar en acción. Les interesaba que Whitman picara el anzuelo. Sólo así podrían descubrir qué se proponía esta vez. Jayne tenía el objetivo de adherirle el localizador GPS para luego poder vigilarle de cerca.

Pero surgió un imprevisto. Una vez llegó el buque “Tiburón Negro”, 007 perdió contacto visual con Jayne. Era tan sumamente grande que le tapó por completo la visión. No se esperaba que tuviera semejantes dimensiones. Entonces, tuvo que ordenar a Kate que acudiera a la entrada del muelle. La agente aceleró todo lo más que pudo y, en cuestión de menos de un minuto, llegó al lugar y se detuvo frente a la portilla. Comprobó que Jayne ya no estaba en el recinto. Estaban desembarcando varios hombres, pero ninguno de ellos era Whitman. Kate se fijó en la pantalla receptora del dispositivo localizador, ubicada en el salpicadero del coche. En efecto, el punto que representaba a la espía canadiense se estaba desplazando. Y a buena velocidad: los hombres de Whitman la estarían llevando en automóvil, bien al encuentro con su novio o bien a un interrogatorio. Ciertamente, tanto Bond como Kate pensaban que esta última posibilidad tenía más visos de ser una realidad. Whitman debía haber sospechado de su presencia en Canadá.

Bond enseguida se puso en marcha para regresar a tierra firme. Nadó la veintena de metros que le separaban de la playa –no sin esfuerzo, puesto que tenía que evitar que se mojara el rifle; no así los prismáticos, que eran impermeables-, corrió por la arena y alcanzó el aparcamiento. Allí le esperaba ya su compañera, en el “Audi”. No había tiempo para secarse, así que el agente se subió al vehículo sin más, empapando el asiento del copiloto. Inmediatamente después, Kate aceleró con tanta energía que incluso llegó a derrapar con la gravilla del aparcamiento. Si bien era toda una ayuda contar con la señal del localizador GPS, nada era mejor que mantener el contacto visual, siempre y cuando, claro está, se evitara la detección por parte del objetivo.

Los hombres de Whitman habían asegurado a Jayne que la llevaban al encuentro con su novio. Sin embargo, no se fiaba de su palabra. Al igual que Bond y Kate, pensaba que iban a interrogarla. ¿Qué razón había si no para llevarla en el coche con los ojos vendados? Estaba claro que la llevaban a algún tipo de guarida.

Entretanto, Bond y Kate se encontraban llegando al lugar, guiados por la luz parpadeante de la pantalla de GPS. Acababan de detectar que el coche en el que iba Jayne se había detenido, así que optaron por esperar en el arcén antes de seguir avanzando, no fuera a ser que les avistaran. Les extrañó el largo rato que tardó el vehículo en volver a moverse –casi un minuto. Luego, avanzó unos pocos metros y, finalmente, inició un desplazamiento muy lento, lo que les indicó que se habrían bajado del automóvil. Debían haber llegado a su destino y estarían caminando por el interior del recinto o edificio en el que se hallaran.

Cuando por fin pudo volver a ver de nuevo, Jayne se encontraba en un pasillo de ladrillo. Su aspecto simple y rudimentario, sumado a las bombillas que colgaban del techo, contrastaba con el moderno umbral metálico al que se dirigía.

- Adelante, sólo es un detector de metales.- le indicó uno de los dos hombres a Jayne al ver que se había detenido. La chica sabía que si pasaba por esa puerta, era su fin: descubrirían su localizador GPS. La razón por la que se había detenido era que trataba de pensar en una salida a aquella encerrona. La única que se le ocurría no era nada recomendable: atacar a los dos hombres. Casi con seguridad irían armados, como todos los secuaces de Whitman. Y aunque lograra abatirles, ¿cómo iba a salir de allí si ni siquiera había visto por dónde habían caminado? Terminaría nuevamente atrapada o, peor aún, acabarían matándola durante la huída. Por otro lado, dudaba que la fueran a liquidar nada más descubrir el localizador. Lo más probable era que trataran de torturarla para sonsacarla información al respecto, lo que la serviría para ganar tiempo de cara a un futuro rescate. Otra posibilidad sería retenerla como rehén, como seguro contra una posible incursión por parte de Bond. Desconocían que estuvieran aliados Bond y ella, pero un rehén, era un rehén. El hecho de que se conocieran –y de que fuera mujer– suponía una ventaja aún mayor de cara al aparentemente invencible 007. Sin duda, se vería obligado a rendirse.

El umbral pitó. Los hombres la pidieron que se despojara de su bolso y de sus adornos metálicos. Mientras les daba sus pertenencias, la chica discurrió la forma de librarse de aquella prueba. Tras pasar una segunda vez y volver a disparar la alarma, uno de los guardias se acercó a la mesa situada a un costado del umbral. Allí se hallaba la máquina que lo controlaba así como un detector de mano. Cogió este último y recorrió con él el cuerpo de la mujer. Empezó por la cabeza y los brazos y fue descendiendo. El indicador luminoso del aparato se iluminó a la altura de la entrepierna.

- Es que llevo un piercing... ahí.- explicó Jayne, simulando el tono propio de la timidez. El hombre no pudo contener un gesto de sorpresa. La mujer había sido lo suficientemente rápida como para introducir el pequeño localizador en el interior de la braguita mientras pasaba las diferentes prendas a los guardias. El plan fue todo un éxito: la devolvieron sus pertenencias y accedió a las instalaciones.

“¿Dónde había ido a parar el coche de Jayne?” era lo que se preguntaban tanto Bond como Kate. Estaban muy cerca del punto donde habían observado que el vehículo se había detenido. Vieron que había un pequeño bosque con un camino estrecho de tierra y hierba que pasaba entre los árboles. Tenía la anchura necesaria para permitir el acceso a

vehículos y, de hecho, se distinguían marcas de neumáticos. El coche de Jayne indudablemente acababa de pasar por allí. Avanzaron por el sendero pero terminaba en un pequeño cuadrilátero rodeado de árboles. No había ningún tipo de edificación ni más salida que el camino por el que se llegaba a ese punto. Un punto que coincidía con exactitud con aquel en el que se había detenido el automóvil al que seguían. Estaba claro, por tanto, que Jayne había sido conducida a alguna clase de base secreta ubicada bajo ese bosque. Bond dedujo que ese minuto en el que el coche había permanecido parado, debió montarse en un elevador. Todo encajaba.

Ahora el problema estaba en cómo infiltrarse en una instalación subterránea tan oculta como aquella. Primeramente, se bajaron del coche y estudiaron el terreno. Enseguida vieron las juntas de la compuerta que daría paso al supuesto montacargas, comprobando que sería muy complicado acceder por ahí. Luego echaron un vistazo a los alrededores. Descubrieron entonces que uno de los extremos del bosque daba al mar por medio de un acantilado prácticamente vertical. Siguieron inspeccionando la zona, pero no vieron nada más a parte de vegetación.

- Espérole aquí.- le indicó uno de los hombres a Jayne. Se trataba de una especie de salón perfectamente amueblado y equipado con todo tipo de comodidades, que iban desde aire acondicionado y teléfono hasta televisión y ordenador. También había una cadena de música junto a una balda llena de discos y próxima a un minibar. Todo ello formaba un conjunto de auténtico lujo que, además, poseía una decoración exquisita, no sólo en términos de diseño sino también en cuanto al gran número de cuadros, estatuillas, bustos y demás adornos de los que hacía gala. Lo único que le faltaba a aquella estancia era ventanas, lo que hizo sospechar a la canadiense de que se encontraba en una guarida subterránea. No había visto ni una sola ventana en el tiempo que llevaba en aquellas instalaciones.

- Ahora te he sorprendido yo a ti, ¿eh, cariño? – Whitman entró por la puerta al poco rato, cuando Jayne aún se estaba maravillando de la habitación.

- Sí, me has dejado sin palabras. ¿Dónde estamos?

- Ven, te lo enseñaré.- el magnate estiró la mano para tomar la de la chica. Después, efectuó un pequeño tirón y la acercó para besarla. Jayne, muy a su pesar, tuvo que permitirlo, como había hecho desde el principio.

La pareja recorrió un pasillo que terminaba en una barandilla metálica. Al asomarse, Jayne se asombró incluso más aún que al entrar en el salón. Nunca en su vida había visto un vehículo como aquel. Le recordaba en parte a un submarino, pero, extrañamente, era de forma rectangular y disponía de una superficie compuesta de lo que parecían ser placas solares, de esas que se utilizaban para obtener energía eléctrica. Sus dimensiones, además, eran descomunales. Jayne calculaba que debía aproximarse a las de un campo de fútbol.

- Impresionante.- murmuró la mujer, casi sin habla.- Pero, ¿qué se supone que es?

- Es el medio que nos va a permitir convertirnos en líderes del mercado.- Jayne se temía lo peor ante aquella afirmación. Por supuesto, lo disimuló y simplemente mantuvo la sonrisa con la que siempre le acompañaba.- Le bauticé “Sub-Icebreaker” (Rompehielos Submarino) en tu honor. Como puedes ver, dispone de toda una colección de paneles solares en su techo. Bueno, en realidad los llamamos placas térmicas porque tienen una doble función: por un lado, se encargan de obtener energía, como un panel solar normal y

corriente; por otro, pueden generar un calor de gran intensidad con motivo de descongelar el hielo del Polo Norte.- ni en la peor de sus pesadillas hubiera observado semejante barbaridad, pero Jayne siguió interpretando su papel, si bien en el fondo no dejaba de pensar en las terribles consecuencias de aquel proyecto. Se aceleraría el derretimiento del Polo Norte más aún de lo que ya lo estaba haciendo con el cambio climático y el efecto invernadero. El nivel del mar seguiría aumentando y terminaría por inundar las ciudades costeras del mundo, entre otros dramáticos acontecimientos.- Seremos los más rápidos en transportar el gas natural de Rusia a Canadá, ya que podremos trazar una línea recta. El “Sub-Icebreaker” irá delante del buque y le abrirá camino. Se acabó lo de bordear, ja, ja, ja.- la risa del magnate intensificó la ira contenida de Jayne. Esperaba que el momento oportuno para liquidarle llegara lo más pronto posible. La destrucción de aquel peculiar submarino era otra de las ideas que le rondaban por la cabeza nada más escuchar la explicación de Whitman.

- Estupendo, cariño, ¿te vas a hacer de oro!

- Ya lo creo. “Whitman Corporation” va a despegar como nunca antes lo había hecho.

- Pero tengo mis dudas acerca de si será legal...- insinuó la chica, en voz baja, dotando a su personaje de cierta ingenuidad.

- Nadie se dará cuenta de su existencia. Al ir por debajo del agua, los satélites no le podrán detectar. Y luego, al llegar a Rusia, se ocultará en una cueva subterránea como ésta, perfectamente camuflada en el terreno.

- Un plan brillante.

- Un plan perfecto, aunque no tanto como tú.- el magnate se acercó y la besó de nuevo. Jayne reaccionó ante el piropo devolviéndole un beso más apasionado que el anterior. Si hubiera un Oscar a la categoría de Mejor Espía, sin duda lo hubiera ganado.- Vamos, te le enseñaré más de cerca.

Otra de las cosas en las que Jayne no dejaba de pensar, a parte de las consecuencias del uso de aquel monstruo marino, era en lo contradictorio que resultaba el hecho de que Whitman trabajara en el negocio del gas natural licuado –el combustible menos contaminante del mundo- y ahora se dispusiera a acelerar el deshielo del Polo Norte, tal y como lo estaba haciendo el empleo del petróleo, el carbón y demás materias. Era una de esas personas que ocultaban su verdadera personalidad sin mayores problemas. Incluso acudía a conferencias y galas sobre los problemas medioambientales para guardar las apariencias. Podía traicionar todos sus principios sólo por dinero.

La pareja bajó por una escalerilla metálica y dio un paseo alrededor del vehículo, situado en una altura inferior, probablemente para que pudiera ser construido de una forma más cómoda. Jayne pudo ver de cerca las denominadas placas térmicas. Resultaban aún más espectaculares a esa distancia. Parecían formar un espejo enorme. Pero lo más llamativo estaba aún por llegar: las placas empezaron a girar. En cuestión de segundos, se tornaron hasta los 180°, revelando una superficie negra por el otro lado, de una tonalidad similar a la del vehículo en sí y compuesta de un material distinto. Whitman le indicó que esa era la cara que se encargaba de emitir el calor, como era obvio. Poco después, un técnico salió por la escotilla.

- ¡Todo terminado, sr. Whitman!- vociferó, dada la distancia a la que se encontraba.- Hemos realizado las últimas comprobaciones. El “Sub-Icebreaker” podrá partir según lo

previsto.- Jayne esperaba que faltara el tiempo suficiente como para que Bond y Kate pudieran llegar y trincar el plan.

- ¡De acuerdo, Simmons! –el magnate también tuvo que elevar el tono de voz para hacerse oír. A parte de la distancia que le separaba de su empleado, la acústica del lugar no era demasiado buena, ya que se producía mucho eco.- ¡Buen trabajo!

Por más que inspeccionaba la zona, la pareja de espías seguía sin hallar alguna forma de acceder a la instalación subterránea a parte del elevador oculto. Realmente estaba muy bien camuflada en el terreno. Bond decidió entonces que había que poner una carga explosiva para poder entrar por ese conducto. Tenía la corazonada, al igual que su compañera, de que debían de estar torturando a Jayne. Todos los indicios lo sugerían. Por otro lado, era un tanto arriesgado entrar de esa manera. Saltarían todas las alarmas. Perderían el factor sorpresa.

Volvieron a observar la pantalla receptora del localizador GPS y se percataron de que Jayne continuaba desplazándose por el interior de la guarida. Parecía estar dando un rodeo, siguiendo un recorrido de forma rectangular. Un rectángulo bien amplio. Las dimensiones del complejo eran realmente extraordinarias.

De repente, la pareja empezó a oír un ruido. Luego percibió un leve temblor en el suelo. Enseguida observaron que la tierra se estaba deslizando: alguien deseaba ascender a la superficie por medio del montacargas. Kate arrancó el coche y le sacó rápidamente del cuadrilátero, evitando que cayera por el conducto. Para su fortuna y la de su compañero, menos mal que actuó con rapidez porque poco le faltó para que la rueda trasera quedara a una altura demasiado baja respecto al nivel del terreno cuando la compuerta inició un leve descenso, antes de deslizarse a un lado y desaparecer.

- Coge una granada del maletero.- la ordenó el agente.- Yo me encargaré de esconder el coche.

- Pero si destruimos el montacargas, ¿cómo se supone que vamos a entrar?

- Muy fácil: por la vía secundaria.

- ¿Vía secundaria? – la espía seguía sin comprender las intenciones de su compañero.

- Al no poder salir por este montacargas, –explicó Bond.- los guardias tendrán que utilizar una segunda salida. Por eso tengo que ocultar el coche, no quiero que le destrocen al salir. Escóndete tú también y, en cuanto puedas, introdúctete por la misma vía que utilicen los guardias. Yo entraré después.

La mujer se quedó asombrada ante aquel plan tan fantástico. Ciertamente, las características de la guarida impedían cualquier otro método de infiltración. Parecía del todo imposible descubrir más puntos de acceso. Aquella opción parecía ser la más adecuada porque al menos incluía una distracción, al tiempo que liquidaba a los hombres que estuvieran subiendo. En concreto, iban a acabar con la vida de los dos tipos que se encargaron de llevar a Jayne hasta allí.

005 lanzó la granada en cuanto el conducto quedó abierto por completo. Los individuos oyeron cómo la esfera rebotaba sobre el techo. Se preguntaron de qué se trataría, pero sólo obtuvieron la muerte por respuesta apenas dos segundos más tarde. La explosión convirtió a su vehículo en una bola metálica de fuego cuyas llamaradas iniciales parecían

querer salir a la superficie. Ascendieron unos cuantos metros, pero no llegaron a alcanzar la luz del sol. La potencia del estallido fue enorme, fruto de la detonación del depósito de gasolina, hasta el punto de provocar el desplome del montacargas. El amasijo de hierros llameantes cayó, arañando las paredes en su descenso y esparciéndose por el suelo del aparcamiento que había abajo.

En cuestión de segundos, varios hombres de Whitman hicieron acto de presencia en el lugar, sumamente sorprendidos ante el ensordecedor ruido. Se hicieron con unos extintores mientras uno de ellos se encargaba de alertar al resto de compañeros para que salieran a la superficie. Aquello no podía haber sido un accidente ni mucho menos. Tenía que haber un culpable.

Para cuando llegaron arriba, Bond ya había ocultado el “Audi” al otro lado de la carretera que atravesaba aquel bosque, a algunos cientos de metros de allí. Por su parte, su compañera se había escondido entre los arbustos cercanos al conducto del montacargas. Enseguida descubrió de dónde procedían aquellos hombres y se dirigió hacia allí sin que la avistaran. Consistía en otra trampilla, pero bastante más pequeña, puesto que daba a unas escaleras. Entretanto, los guardias inspeccionaban los alrededores del conducto, ávidos por encontrar a los causantes de aquel destrozo.

Whitman sospechó que debía tratarse de 007 al tiempo que empezó a recelar acerca de las verdaderas intenciones de su amada Jayne. Era demasiada coincidencia que ocurriera aquel percance justo cuando la chica visitaba por vez primera sus instalaciones secretas. Nunca antes había ocurrido nada que perturbara la tranquilidad de los técnicos y científicos. Pero la amaba tanto que su corazón le intentaba convencer de lo contrario. La mujer le había parecido sincera desde el primer momento. Además, había pasado por el detector de metales, por lo que estaba claro que carecía de cualquier tipo de dispositivo de escucha o seguimiento. ¿O tal vez no? Podría habérselas apañado para sortear aquella prueba. Tenía una aliada especialista en esa clase de asuntos relacionados con la desconfianza: su hija Alice, a la que llamaba cariñosamente “Malice” (Malicia) por lo traviesa y rebelde que era. Le costó mucho educarla para que le obedeciera hasta que descubrió que la única forma de conseguirlo era contratándola como si fuera uno de sus hombres y dejándola la mayor de las libertades. Parecía destinada a hacer el mal. Sólo así se sentía feliz. De ahí el mote. Pronto se convirtió en su mano derecha en sus operaciones de tráfico de armas. Se encargó del trabajo sucio para que su padre en ningún caso pudiera ser involucrado. Por supuesto, su hermanastro Brian también ayudó en ese cometido cuando el MI6 le ordenó su vigilancia.

Fue Alice quien consiguió atrapar a Bond tras secuestrar a su padre en su propia casa. Siempre se le ocurría la mejor forma de lograr sus objetivos. Aquella treta de hacerse la víctima cuando el espía pretendía escapar en un contenedor de basura había dado resultado, aún tratándose de todo un agente doble cero. En definitiva, era muy buena en el arte de ser mala. Ahora Whitman necesitaba que intentara descubrir si Jayne era lo que decía ser. Alice siempre se había mostrado molesta con la presencia de la acompañante de su padre, pero él pensaba que era debido a que seguía queriendo a su difunta madre y no deseaba una sustituta.

Whitman se disculpó de Jayne y llamó a su hija con el móvil. Se encontraba en su cuarto de juegos particular en esa misma guarida, mientras esperaba ansiosa a embarcarse en el primer trayecto Canadá – Rusia con el “Sub-Icebreaker” abriendo paso. Un cuarto de juegos muy peculiar: todas las actividades que allí podían realizarse tenían que ver con la violencia o el entrenamiento físico o mental. Era como un gimnasio pero mucho más

severo. Cualquier fallo se veía recompensado con un castigo. Por ejemplo, la bolsa de boxeo tenía pequeños pinchos, lo que la obligaba a ser precisa con los lugares donde la golpeaba.

- Hola, "Malice", quiero que vengas y que me digas si Jayne ha podido pasar algo sin hacer saltar el detector de metales.

- Enseguida, padre.- la joven siempre era muy formal en sus formas. Y así quería que la tratara su padre. La relación entre ambos parecía más la de un subordinado con su jefe que una relación paternofamiliar al uso.

- Ah, y dí a Simmons que adelante la partida todo lo que pueda.- el magnate temía que le pudieran destruir su más preciada posesión. Su futuro, o mejor dicho, el futuro que deseaba, dependía por completo de aquel gigantesco vehículo.

- De acuerdo, padre.- la joven sonrió. Casi tenía más ganas que su padre de que el "Sub-Icebreaker" surcara las profundidades del Atlántico: los beneficios que iba a reportar a la compañía de su padre iban a ser descomunales y les permitirían abandonar para siempre el ilícito negocio del tráfico de armas.

Jayne se temía lo peor cuando vio a Alice bajar por las escaleras. Whitman siguió dando explicaciones sobre el submarino, como si no se hubiera dado cuenta de ello, hasta que su hija llegó a su posición.

- Lo siento, cariño, -dijo el magnate a la espía.- siento desconfiar de ti, pero toda precaución es poca en este negocio.

- No pasa nada, Peter, lo entiendo.- Jayne respondió serena, pero en el fondo estaba conteniendo su furia. Odiaba a la hija del empresario. En más de una ocasión había tratado de desacreditarla. Afortunadamente, había fracasado en su intento. Le había seguido en coche, le había espiado, le había registrado el bolso... Había sido el peor de los obstáculos durante aquella misión, por encima, incluso, de tener que acostarse con su padre. Esperaba que aquella vez tampoco tuviera éxito.

Alice, escoltada por dos guardias, comenzó a cachear a Jayne de forma similar a como lo hacían los agentes de la ley. Empezó por el torso y fue bajando. De pronto, cuando llegó a la altura de los muslos, palpó la entrepierna. La canadiense no pudo evitar dar un respingo. Sintió una mezcla entre sorpresa y pudor nada agradable. Los hombres tampoco pudieron ocultar su asombro.

- Lo sabía.- dijo Alice, sonriente.- Tiene un aparato en las bragas. Seguro que ha dicho a los guardias que lleva un piercing.- Peter estaba impresionado una vez más ante la astucia de su hija. Jamás se le hubiera ocurrido una posibilidad así. De hecho, no llegó a creérselo hasta que vio el dispositivo con sus propios ojos.- Un localizador GPS, padre.

- Buen trabajo, "Malice".- la dijo mientras cogía el diminuto aparato y lo observaba más de cerca. Luego le tiró al suelo y le pisó, destrozándolo.- Recuérdame que te suba la paga... digo el sueldo.- el magnate rectificó casi al instante, con cierto nerviosismo. Sabía lo mucho que se podía llegar a enfadar su hija si la trataba como tal.- ¿Por qué me has traicionado, Jayne? ¡Maldita sea, yo te amaba! – gritó el magnate, fuera de sí.- ¡Guardias, llévensela!

Pero cuál fue su sorpresa cuando Jayne, con una agilidad más propia de un animal felino que de un ser humano, echó a correr en dirección al submarino y efectuó un salto impresionante, de más de 2 metros, hasta la superficie plana del vehículo, evitando caer en la dársena en la que éste se hallaba. Después, continuó su huida corriendo hacia la escotilla de acceso. Al contrario que lo que era el estándar, el vehículo carecía de vela, esto es, la torreta por la que asciende el periscopio y que permite la observación ocular cuando el desplazamiento se realiza por la superficie. Por tanto, la entrada se situaba a la misma altura que el casco. Estaba clara cuál era la finalidad de aquel diseño: así se evitaba ser avistado. Sin embargo, Jayne no entendía la ausencia de periscopio, un instrumento fundamental para la navegación.

- ¡Ni se os ocurra dispararla, destrozará las placas! – vociferó el magnate a sus hombres en cuanto vio que alzaban sus rifles AK47. Probablemente la habrían matado, pero no quería arriesgarse a estropear su proyecto más ambicioso. Además, estaba desarmada y no sabía cómo salir de aquellas instalaciones. Era una presa muy fácil, salvo por el “pequeño” detalle que aún desconocía: su identidad. Si hubiera sabido que era una agente secreta, seguramente hubiera tomado alguna medida más que enviar a tan sólo dos hombres a por ella.

Mientras los guardias imitaban a Jayne –emularon su salto, aunque llegaron bastante más justos- y la perseguían por la superficie de las placas en dirección a la entrada del submarino, ubicada en el centro respecto a su anchura –a unos 30 metros del lateral- y en el tercio más cercano a las turbinas respecto a su largura, Bond y Kate aprovecharon la situación para correr hacia Whitman y su hija. Lo habían presenciado todo desde una puerta localizada en la esquina de aquella enorme estancia después de haber bajado por una escalera realmente interminable.

- ¡Quietos, no se muevan! – ordenó Bond, apuntándoles con una Walther P99 que había cogido de la base secreta en la que había pasado una de las noches más decepcionantes de su vida. Su compañera había optado por el mismo arma, el homologado por el Servicio Secreto Británico para operaciones de infiltración como aquella.

- Ya me imaginaba que era usted, sr. Bond.- dijo Whitman.- Sólo usted daría con la forma de acceder a una instalación tan oculta como ésta. Le felicito, aunque mucho me temo que no le servirá de nada.- advirtió el magnate, justo cuando toda una legión de sus esbirros llegó procedente de las escaleras que conducían a la superficie, aquellos que habían inspeccionado el bosque. Bond y Kate no tardaron en ponerse tras los cuerpos de padre e hija, utilizándolos a modo de escudo y amenaza al mismo tiempo, como así lo indicaban al presionar las pistolas contra las cabezas de sus rehenes.

- Ten cuidado con las uñas de esa “gatita”.- le advirtió 007 a su compañera, ya que se encargaba de sujetar a Alice. La espía desvió la mirada, un tanto incrédula –pensaba que era una broma-, y se fijó en ellas, comprobando que, en efecto, su apariencia recordaba a filos de navaja más que a uñas, si se obviaba su tinte rosáceo. Bond se alegró enormemente de haberse acordado de informarla acerca de aquel peligroso detalle. No deseaba que la pasara lo mismo que le había sucedido a él durante el rapto de Whitman. Complicaría aún más la ya de por sí delicada situación.

- La historia se repite, sr. Bond.- mencionó el magnate, divertido, hasta cierto punto, al ver que volvía a estar secuestrado mientras sus hombres rodeaban a sus captores.

- Sí, con la diferencia de que esta vez su hija no podrá rescatarle.- con aquel comentario, el agente pretendía desanimar a sus presas.

- No importa, sigo teniendo todas las de ganar conmigo.- el criminal desvió la mirada hacia la escotilla del submarino al tiempo que decía aquella frase, dando a entender que era cuestión de segundos que los dos hombres que habían perseguido a Jayne, la trajeran apresada. Contaba con que el intercambio fuera el medio para zafarse de aquel nuevo secuestro.

Sin embargo, su plan se vio truncado cuando los secuaces vociferaron acerca de su incapacidad para acceder al vehículo. Jayne se había embarcado en él y había cerrado la escotilla, pero no se explicaban cómo había hecho para trancarla. Sólo Whitman sabía la razón:

- ¡Han adelantado la partida, maldita sea! – los sistemas automáticos bloqueaban la apertura de la escotilla porque el vehículo era manejado por control remoto. Así se evitaba la necesidad de tripulación al tiempo que se impedía la entrada a posibles saboteadores. Jayne entendió entonces que, efectivamente, el periscopio no era necesario y se percató de que se había quedado encerrada.

- Claro, padre, lo ordenaste.- afirmó Alice.

- ¡Ya sé que lo ordené! – su tono de voz reflejaba su enfado aún más que su expresión.- Pero en estas circunstancias, Jayne se nos escapa, ¡quería encargarme de ella personalmente!

- Si no me encargo yo de usted primero, ¡muévase! – le amenazó Bond mientras tiraba de él. Kate hizo lo propio con la hija del magnate.

Entretanto, los guardias que se habían puesto a perseguir a Jayne corrían ahora en dirección contraria mientras las placas térmicas comenzaban a girar de nuevo los 180°. Este movimiento propició que irremediablemente se tropezaran. Les fue del todo imposible avanzar más de unos pocos metros. La caída les produjo no sólo contusiones en varias partes del cuerpo por el golpe contra los cantos de las placas, de tamaño similar a baldosas, sino que les atrapó un brazo y una pierna, respectivamente. Los gritos de dolor de ambos hombres retumbaron por toda la estancia. Por más que lo intentaban, no lograban zafarse. La fuerza con que las placas tendían a completar su rotación les estaba sometiendo a una tortura brutal e insoportable. Tal es así que incluso la despiadada Alice llegó a conmoverse ligeramente ante la triste escena. Una escena que, por fortuna y, a su vez, por desgracia para el dúo, llegó a su fin pocos segundos después, cuando el submarino, tras deslizarse por un pavimento compuesto de rodillos eléctricos y descender por una pequeña rampa, pasó a estar sumergido bajo las aguas del Atlántico, lo que terminó con sus vidas ante la imposibilidad de alcanzar la superficie. Se convirtieron así en macabros estandartes del vehículo, oscilando con el desplazamiento subacuático como si de extrañas algas se tratara.

Tanto Bond como Kate se quedaron atónitos al ver cómo una gigantesca sección de la pared se deslizaba para dar paso al vehículo al mar. Pero más asombrados aún se hubieran quedado si llegan a estar observando la compuerta desde el otro lado: poseía un revestimiento en relieve que imitaba a la perfección la roca que formaba el acantilado. Por muy cerca que se contemplara aquella pared rocosa, resultaba del todo imposible discernir qué zona pertenecía a la compuerta y cuál al acantilado. Una verdadera obra maestra de ingeniería.

Tras esos instantes de mero entretenimiento visual, 007 y 005 exigieron paso a los esbirros de Whitman para acceder a la escalera por la que habían llegado allí. Sin

embargo, éstos se mostraron firmes, confiados de su amplia superioridad numérica. El magnate sonreía: seguía viéndose con la victoria en la mano. Bond tuvo que recordarles quién tenía el control.

- Kate, máatala.- mandó el inglés.

- ¡Nooo! – gritó Whitman, asustado como nunca antes le había visto. Su cara más humana salió a la luz en aquella situación.- ¡No lo haga! ¡Les ordenaré que se aparten!

Kate desobedeció la orden –de hecho, nunca había pensado en ejecutarla realmente porque se quedaría desprotegida- y los hombres despejaron el camino hacia la que parecía ser la única salida de la instalación subterránea. La pareja de agentes obligaron a sus respectivos rehenes a subir a la superficie. Una vez allí, Kate giró la esfera de su reloj “Omega” y le lanzó sobre los escalones. Escasos segundos después, se produjo un estallido tal que provocó el derrumbamiento de las paredes. Los guardias se habían quedado encerrados. A menos, claro, que existiera alguna otra salida secreta. Como Bond y Kate desconocían si disponían de esa posibilidad, no tardaron en dirigirse al “Audi” para abandonar el lugar lo antes posible. Presionaron más que nunca a sus rehenes para que echaran a correr a través de los árboles y, finalmente, les obligaron a meterse en el maletero. Llevarles en los asientos era demasiado arriesgado, sobre todo por las peligrosas uñas de Alice.

Bond se puso a reflexionar sobre la joven hija de Whitman. Le parecía preciosa. Sus cabellos rojizos parecían formar una combinación perfecta con su intensa mirada castaña. Su cuerpo no desdeñaba para nada al conjunto. Era toda una lástima que destinara todos sus esfuerzos únicamente a servir a su padre y sus planes criminales. En base a esta dedicación, resultaba muy chocante su estilo a la hora de vestir: colores chillones, motivos infantiles y complementos por doquier, desde pulseras y anillos hasta collares y pendientes. Era lo único que conservaba de su juventud, lo único acorde con su edad y su feminidad. Si el agente llegara a saber, además, cuáles eran los pasatiempos que se podían encontrar en su cuarto de juegos, estaría aún más extrañado.

Ahora debía decidir qué iba a hacer con ella. Muy a su pesar, iba a tener que encerrarla de por vida. Y no era un decir: dudaba que fuera a mejorar su comportamiento para reducir la condena, por muchos años que pasaran. Su perfil psicológico la iba a garantizar una larga temporada entre rejas. Su padre, sin embargo, sí que podía optar por recuperar la libertad antes de fecha... a menos que tomara la decisión de hacer uso de su licencia para matar contra él. Bond opinaba que, en aquel momento, Whitman era la persona que más merecía la muerte de todo el mundo. Deseaba vengarse por lo que le había hecho pasar a él y a Inglaterra en colaboración con su difunto hermanastro. Ahora, incluso, pretendía perjudicar al globo, algo que debía impedir fuera como fuese.

21 - PERSECUCIÓN

Creo que nos están siguiendo.- indicó Kate a Bond. El conductor miró por el retrovisor y comprobó que, en efecto, aquel todoterreno “Mitsubishi” azul oscuro llevaba tiempo detrás de ellos. Trató de ver quién estaba al volante pero era totalmente imposible, dado que todas sus ventanas estaban tintadas. Suponía que sería uno o varios de los hombres de Whitman, pero le extrañaba que les hubiera dado tiempo a salir de la guarida y seguirles la pista. Tenía que ser otra persona, ¿pero quién? ¿Quién podía haber estado observándoles, esperando a que salieran de la base subterránea para ir a por ellos?

De repente, el 4x4 aceleró y tomó un gran impulso, alcanzando la posición del “Audi” hasta golpearle por la parte de atrás con unas barras metálicas que parecían estar diseñadas para ese propósito. Por el ruido que produjo durante aquel movimiento, Bond dedujo que había utilizado algún tipo de propulsión extra, quizá una basada en nitrógeno. Luego le vino a la mente las caras de miedo que debían tener Whitman y su hija. Debían haber sentido el golpe con mucha más intensidad, al estar justo en el punto de impacto y carecer de sujeción alguna.

El todoterreno aprovechó la siguiente recta para impulsarse de nuevo y chocarles por segunda vez. El golpe fue bastante más fuerte en esta ocasión, de modo que Bond tuvo que rectificar su trayectoria a base de volantazos para regresar al centro del carril. Estaba claro que debía hacer algo más que acelerar para librarse del perseguidor. A parte de la propulsión extra, el “Mitsubishi” debía contar con un motor de gran cilindrada, uno fuera de la gama estándar. Sólo así se explicaba que continuara a su espalda a pesar de ir a 160 kilómetros por hora. Una velocidad, por otra parte, demasiado elevada, por no decir excesiva, para aquella carretera nacional de dos carriles. Sus curvas eran demasiado cerradas para ir a esa marcha, obligándole a hacer fuertes frenadas y arriesgados derrapes, así como invadía el carril contrario continuamente.

- ¿No tiene ninguna contramedida este coche? – por más que miraba el salpicadero, Bond no veía ningún tipo de botón. Fue su compañera Kate quien descubrió dónde estaban cuando pasó la mano por la zona del salpicadero situada debajo del reproductor de música. Se iluminaron una serie de iconos invisibles hasta ese momento, pues se camuflaban a la perfección con la superficie negra del salpicadero.

La mujer se detuvo en uno de los símbolos –uno que parecía representar una esfera de la que salía gas- y le presionó. El botón se hundió ligeramente. Esperaba que fuera una medida de defensa y no una de ataque. Un instante después, una de las luces de posición traseras se deslizó, revelando un tubo en su interior. Éste salió unos centímetros y disparó un proyectil metálico de forma esférica, del tamaño de una pelota de tenis, con tal potencia que atravesó el cristal del todoterreno, formando un pequeño agujero y cayendo sobre los asientos traseros. El conductor se sorprendió en gran medida. Nunca antes había visto nada igual. Pero su sorpresa y su temor fueron aún mayores cuando la esfera giró sobre sí misma, destapó una serie de orificios y comenzó a emitir humo. Era increíble la cantidad que emitió. Llenó todo el espacio del vehículo en cuestión de segundos, obligando al conductor a abrir ambas ventanillas delanteras. Ante la imposibilidad de abrir también las traseras y viendo que se estaba quedando sin visibilidad a pasos agigantados, no tuvo más remedio que coger su pistola –que descansaba en el asiento del copiloto- y disparar repetidas veces contra el parabrisas mientras tosía sin cesar. Tuvo que gastar toda la munición de la que disponía para que el cristal cediera y acabara por romperse por completo. Sólo así consiguió que entrara la corriente de aire necesaria para

deshacerse definitivamente del molestísimo humo sin por ello tener que abandonar la persecución.

La consecuencia de aquella acción no fue otra que la de revelar su identidad. Bond y Kate se quedaron estupefactos cuando vieron por los espejos retrovisores que se trataba de Caos, la mano derecha de Brian Wells en la prisión de Basingstoke, aquel tipo musculoso y feroz al que tuvieron que engañar para que les informara de que el Eurotúnel era el siguiente objetivo de su jefe. Bastaba observar su rostro para percatarse de las ansias que tenía por vengarse de aquello. El ex-recluso se había visto obligado a abandonar la organización de Whitman, perdiendo con ello una más que jugosa recompensa. Esa fue la razón por la que el criminal, antiguo soldado del ejército británico, había empleado todos sus esfuerzos en localizar a 007. Esperaba tener el mismo éxito en el objetivo de liquidarle.

Antes de que ni Bond ni Kate tuvieran tiempo de activar una segunda contramedida, Caos volvió a hacer uso de la propulsión extra con motivo de embestirles de nuevo, aprovechando la recta que formaba el largo puente que estaban atravesando. Esta vez logró algo más que simplemente abollar la carrocería y desviar la trayectoria de su presa: Bond fue incapaz de recuperar el control del “Audi”. El automóvil derrapó repetidas veces, dando vueltas y más vueltas sobre sí mismo, desgastando los neumáticos sobre el asfalto al tiempo que se dirigía sin remedio hacia el arcén derecho. El vehículo acabó chocándose contra el muro de protección de medio metro de altura y, dado que se estaba desplazando a más de 150 kilómetros por hora, destrozó una sección del mismo y a punto estuvo de iniciar una caída letal de más de treinta metros. La suerte estuvo de su lado, ya que la carrocería quedó incrustada en parte entre los ladrillos, de tal forma que dos ruedas quedaron sobre la carretera y las otras dos –las del lado del conductor, es decir, el de Bond- en el aire. Había quedado, por tanto, mirando en dirección contraria a la que había llevado hasta ese momento y balanceándose ligeramente.

Sólo el muro les sujetaba a la vida. Bond y Kate evitaron hacer movimientos bruscos mientras no dejaban de oír ruidos metálicos entremezclados con los que hacían pequeños trocitos de muro al resquebrajarse. Al mismo tiempo, veían que Caos se disponía a dar la vuelta al otro lado del puente. Estaba claro que tenía la intención de rematar la faena. La situación no podía ser más delicada para la pareja de agentes británicos.

Por su parte, Whitman y Alice estaban realmente doloridos ante semejante vorágine de movimiento y colisiones. Se habían golpeado entre sí y contra el contorno del reducido y oscuro habitáculo repetidas veces. Precisamente la ausencia de luz les impedía comprobar por cuántos sitios estaban sangrando. En cualquier caso, el número de contusiones debía ser muy elevado. Ambos pensaban que no iban a salir con vida de aquella cuando se percataron de que los rayos del sol estaban entrando en el compartimento. La carrocería había resultado tan dañada que la puerta del maletero había quedado completamente abollada. No dudaron un momento en empujarla para intentar abrirla.

El “Mitsubishi” avanzaba a toda velocidad hacia el “Audi” en el momento en el que Whitman y su hija conseguían asomarse al exterior del vehículo. Nunca antes se habían alegrado tanto de volver a ver la luz del sol. Y nunca antes habían sentido tanto terror cuando descubrieron la peliaguda posición que ocupaba el automóvil en el que estaban. Casi al mismo tiempo, veían cómo un todoterreno se aproximaba hacia ellos. Fue entonces cuando Caos y Whitman cruzaron sus miradas. El magnate aún no lo entendía. Al igual que cuando le amenazó con volar por los aires su mansión, seguía sin entender

qué había incitado a Chaos a traicionarle de aquella forma. Su extrañeza se convirtió en incompreensión absoluta cuando el que fuera su aliado torció bruscamente de dirección, evitando el inminente choque y propiciando que el 4x4 derrapara de lado a lo largo de una docena de metros antes de comenzar a dar vueltas de campana. Las ventanas traseras y la luna del maletero se rompieron en un centenar de pedazos, formando una lluvia de cristales casi tan espectacular como el accidente en sí. La carrocería se fue deformando más y más con cada voltereta, alejándose de su aspecto de vehículo para pasar a convertirse en un tosco y deforme amasijo de hierros. Tras media docena de vueltas, el todoterreno se detuvo en el centro de la calzada, apoyado sobre su techo. Chaos se alegró de que al menos no hubiera tomado rumbo hacia los costados. Podía haber sido mucho peor.

Dejando a un lado como pudo sus numerosas dolencias y heridas –tenía el rostro ensangrentado y era probable que tuviera alguna costilla rota-, el que fuera mano derecha de Brian Wells se arrastró y salió del vehículo con el pensamiento de salvar al que fuera su jefe y su hija. Veía en aquella situación la oportunidad de recuperar la confianza del magnate y, con un poco de suerte, quizá podría acabar recibiendo la suma acordada. Esperaba que le creyera cuando le explicase el por qué de su traición. Ciertamente, era poco verosímil –¿un reloj explosivo?-, pero confiaba en que el rescate sirviera de base para conseguir el perdón.

Entretanto, Bond instaba a Kate a que, poco a poco y con sumo cuidado, fuera aproximándose hacia su puerta. La mujer estaba aterrorizada por un motivo doble: a parte de que quería continuar con vida, no deseaba ser la culpable de que el coche acabara cayendo. Su compañero la convenció de que era la única oportunidad que tenían. La responsabilidad recaía en su persona, no había otra solución. Así pues, la agente alcanzó lentamente la manecilla y abrió su puerta. Los crujidos metálicos aumentaron, y más aún cuando trató de abrirla, pero Bond continuaba animándola para que no desistiera.

Mientras, Whitman y Alice se aproximaban al lado derecho del maletero, es decir, el más cercano al asfalto, para intentar equilibrar el coche y poder volver a tierra firme. La joven fue la primera en alcanzar esa meta, siempre por medio de movimientos muy lentos. El problema estuvo en que, al dejar de hacer de contrapeso, el “Audi” se inclinó nuevamente hacia el acantilado, afectando a la salida de Kate y la de su padre. Ambos se veían a un paso de la muerte cuando, de pronto, el coche volvió a estabilizarse. En un principio, pensaron que podía haberse debido a la suerte o a una ráfaga de viento, pero cuál fue su sorpresa cuando vieron que se trataba de Chaos. Estaba empleando todas sus fuerzas para inclinar el vehículo hacia el asfalto. Era un esfuerzo realmente sobrehumano, no sólo por lo que pesaba el automóvil sino por el hecho de que acababa de salir de un accidente durísimo. Demostraba así tanto su fortaleza como su resistencia al dolor y a las heridas.

Whitman enseguida se deslizó por el borde del maletero y se tiró al asfalto. Kate hizo lo propio, abandonando el asiento del copiloto y dejando la puerta abierta para que pudiera salir Bond. Sin embargo, Chaos no tenía el más mínimo interés en que el espía sobreviviese, de modo que, una vez vio que su jefe había salido del automóvil, empujó éste último hasta que le hizo caer.

- ¡¡NOOOOOOOOOOOO!! – gritó Kate con toda su energía mientras las lágrimas comenzaban a empapar su rostro. Se acercó al borde y vio cómo el coche estallaba en una potente explosión al impactar contra la pradera que había abajo. Una sensación de terrible pérdida le invadió el corazón. Al mismo tiempo, no se podía creer que su

compañero hubiera muerto. El sentimiento de culpabilidad que había querido evitar hacía escasos minutos se hizo patente en su interior.

De pronto, su rostro lleno de tristeza se tornó en una sonrisa de pura alegría cuando vio a Bond colgado de un fino pero resistente hilo. Había utilizado el cable retráctil del reloj "Omega", clavándole en el hormigón que componía el puente, justo debajo de la carretera. Al igual que su compañera, se había hecho con uno en la base subterránea del Servicio Secreto Canadiense. Luego, había tenido la habilidad suficiente para dispararle en el momento oportuno, evitando, a la vez, que se clavara en la puerta abierta, la cual le había reducido el ángulo de tiro. También le había propiciado un fuerte golpe cuando el "Audi" inició su descenso. Tal es así que bien podría haber sesgado el cable. O peor aún, le podía haber coincidido la ventanilla, lo que habría derivado en una muerte segura.

- ¿Qué... qué es lo que...? – balbuceó Whitman a Caos. Estaba tan sumamente exhausto después de soportar tanta tensión y realizar tantos esfuerzos que apenas podía pronunciar su pregunta.

- Espere, ahora se lo explicaré todo.- respondió el también agotado esbirro. Antes de ello, deseaba liquidar también a la compañera de Bond. Estaba realmente débil y muy magullado, pero sacó energías de donde parecía no haberlas para ir a por la chica. La espía tampoco estaba en muy buenas condiciones. Tenía molestias en el cuello y la espalda tras el accidente. En cualquier caso, se encontraba, sin duda, en mejor condición física. Aún con todo, Caos tenía mucha confianza en sí mismo. Siempre había sido machista, por lo que ya se daba por vencedor.

La mujer se hizo la despistada. Continuó mirando hacia el fondo del barranco como si no se hubiera percatado del acercamiento de su rival. Luego, en el último momento, cuando apenas les separaban dos metros, ejecutó una rápida patada a la altura del estómago. Caos apenas se molestó, demostrando una vez más su extrema corpulencia. Recibió entonces un fuerte puñetazo en la mandíbula, pero tampoco le supuso gran esfuerzo soportar el dolor. Kate estaba sumamente sobrecogida ante la superioridad de su oponente. Nunca antes se había enfrentado a alguien con semejante nivel de resistencia. Lejos de rendirse, lanzó un segundo golpe, pero Caos también demostró ser poseedor de unos reflejos muy ágiles cuando consiguió detener el ataque, agarrándola del brazo en pleno movimiento. Después, tiró de ella mientras giraba sobre sí mismo para luego lanzarla hacia el lateral del puente. Kate, incapaz de frenar la tremenda fuerza que le aplicó, bien podía haber caído, si no llega a ser porque el rival falló a la hora de dirigirla, de modo que acabó golpeándose contra el muro en vez de seguir el mismo camino que había tomado el "Audi". Dolida, se deslizó por la superficie hasta acabar sentada sobre el asfalto.

Sin tiempo para recuperarse, la mujer no pudo impedir que su adversario volviera a agarrarla. En esta ocasión, la cogió del cuello con su brazo derecho y la levantó del suelo, llegando a la altura necesaria para que sus pies quedaran colgando en el aire. El oxígeno comenzó a dejar de entrar en los pulmones de la agente. Intentó zafarse de todas las formas posibles, usando tanto brazos como piernas, pero le resultaba del todo imposible. La fuerza de su oponente era descomunal.

Afortunadamente para Kate, Bond acudió en su rescate justo cuando tan sólo le quedaba un hálito de vida. El agente, tras haber utilizado la función retráctil del cable de su reloj para regresar a la carretera, embistió a Caos tal y como lo hubiera hecho un jugador de rugby, derribándolo. Pensaba que podría atacarle con mayor ventaja en el suelo, pero no

fue así: el antiguo soldado, aún más enfurecido si cabe por un doble motivo -lamentaba tanto el hecho de que 007 aún conservara la vida como que apareciera justo en el momento en que estaba a punto de matar a su compañera- se le quitó de encima casi al instante.

Fue en aquella pausa cuando los tres combatientes se percataron de que Whitman y Alice estaban huyendo del lugar a toda prisa. Bond dudó por un momento entre continuar su enfrentamiento contra Caos o ponerse a perseguirles.

- ¡Kate, vete a por Whitman! Yo me quedo con mi “amigo” Caos.- viendo el estado de su compañera y teniendo en cuenta que a punto estuvo de perecer a manos del criminal, el espía tenía claro que había tomado la decisión correcta. La mujer lo confirmó cuando acató la orden sin objeción alguna. Bond se sorprendió de lo rápido que se había recuperado 005, dado que echó a correr a gran velocidad apenas unos segundos después de haber estado luchando contra aquel animal. Era increíble la fuerza que podían otorgar ciertas motivaciones. En su caso, era la rabia propia de la frustración: casi habían matado a su compañero y a ella misma en cuestión de minutos. Ahora deseaba liquidar a Whitman y a Alice con más ganas que nunca. Caos, por su parte, debía sus ansias a la venganza, al igual que su contrincante.

Y esa fue la razón por la que la lucha fue tan sumamente feroz. El intercambio de puñetazos, patadas, rodillazos y demás repertorio de golpes era digno del mejor de los combates de “Pressing Catch”... con la diferencia obvia de que aquello era de verdad. Lo único que parecía de pura fantasía era la resistencia que demostraba Caos. Los impactos que le propinaba Bond apenas producían efecto en él. Todo lo contrario ocurría cuando era éste quien recibía los golpes. La sangre derramada a causa de los accidentes automovilísticos se entremezclaba con la que vertían las heridas del combate. Unas heridas que empezaban a acumularse en demasía, ralentizando los movimientos de los contendientes y mermando sus energías.

Algo similar les estaba sucediendo a Whitman, Alice y Kate en su particular carrera: estaban al borde del agotamiento. Los dos primeros esperaban que pasara un coche en el que pudieran escaparse definitivamente, pero la suerte no estaba de su lado. Por su parte, la agente 005 les estaba dando alcance, demostrando su excelente preparación física. Tal es así que Alice se vio obligada a tomar la decisión de detenerse y enfrentarse a ella.

- ¡Siga, padre, no se detenga! – le ordenó. El magnate se mostró reacio en un primer momento, pero luego obedeció el mandato. Confirmaba así su confianza en la destreza de su hija. Sin embargo, sabía que iba a enfrentarse a una espía, un oponente quizá demasiado difícil. No obstante, era la única oportunidad que tenía de continuar con su huida y hacerse con un coche con el que después recogerla. Se preguntaba cómo era posible que aún no hubiera pasado ninguno.

Alice tomó la iniciativa y fue la primera en atacar, ejecutando una patada con giro incluido. Kate se agachó y esquivó el golpe, lo que la dio la oportunidad de contraatacar con una ristra de puñetazos. Para su desgracia, su rival fue lo suficientemente ágil y diestra como para frustrar todas las ofensivas, bien apartándose de sus trayectorias o bien deteniéndolas con sus antebrazos. Las contrincantes parecían estar a la misma altura. Al menos, en esa primera toma de contacto.

La balanza se inclinó a favor de Alice en su siguiente sarta de movimientos. Combinó de una forma realmente imparable todo tipo de puñetazos y patadas. Kate fue incapaz de

detener más de uno o dos golpes. El resto se convirtieron en nuevas magulladuras e incluso brotes de sangre en el caso de la cara. El aturdimiento comenzó a hacer mella en la espía, que fue incapaz de coordinar una ofensiva mejor que la anterior y, por tanto, fracasó de igual modo. En consecuencia, Alice pudo volver a atacar sin mayores problemas. Realizó otra combinación de excelente factura: le dio una patada en el abdomen, aprovechó que su oponente se encorvaba para propinarle un rodillazo en toda la cara y, por último, efectuó una patada con giro, similar a la que hizo como “carta de presentación”, pero esta vez con éxito. El trío de impactos acabó con Kate sobre el asfalto, dolida en gran medida y con un aturdimiento cercano al K.O.

La situación en la que se encontraba Bond no era mucho mejor. Ya había caído al suelo un par de veces y no veía la forma de hacerse con la victoria. Trataba de averiguar cuál era el punto débil de tan formidable rival. Tenía que tener al menos uno. Para su fortuna, lo descubrió en su siguiente ofensiva, cuando le golpeó a la altura de las costillas. Los gritos de dolor que profirió Caos dejaron bien a las claras que debía tener alguna fractura en esa zona como consecuencia de su tremendo accidente. Bond no dudó en aprovecharlo para tomar las riendas del combate. Le golpeó repetidas veces hasta que consiguió tumbarle, no porque resultara aturdido sino porque no soportaba el dolor. Se retorció de tal forma y emitía tales gritos y lamentos que incluso llegó a darle algo de lástima a 007.

Entretanto, Whitman vio que se acercaba un coche. “Al fin”, suspiró. Ahora esperaba ser capaz de detenerlo. Lo que hizo fue ponerse a pedir ayuda en mitad de la carretera, agitando los brazos e interpretando el papel de víctima de la forma más convincente que se le ocurría. Al estar desarmado, consideraba que era la mejor manera. Debió hacerlo bien, porque consiguió que el conductor detuviera su marcha. También debió influir la sangre que manchaba su rostro y su ropa.

Kate se percató de los movimientos de Whitman, pero estaba tan inmersa en el combate con Alice que no veía ocasión de echar a correr para impedir que el magnate se hiciera con el automóvil. Tenía que estar muy pendiente de las uñas de su adversaria. Ya le había rasgado la ropa un par de veces. Había faltado muy poco para que se las llegara a clavar. Bond no le había comentado nada acerca de que estuvieran impregnadas de un somnífero, pero seguía siendo un arma peligrosa de todas maneras.

- ¡No se detenga, padre, continúe! – vociferó Alice cuando Whitman se disponía a pasar por su lado. El magnate obedeció. La presencia de Kate le impedía recogerla con seguridad.

007 también se dio cuenta de que el empresario se había hecho con un vehículo, pero algo más tarde, cuando éste empezaba a recorrer el puente. Observó que estaba dirigiéndose a toda velocidad hacia su posición. Enseguida vio claro que pretendía atropellarle. Parecía no importarle en absoluto el hecho de que Caos estuviera tirado sobre el asfalto justo a su espalda. “El fin justifica los medios” debía ser su lema, como había demostrado con los atentados de Londres y el submarino gigante. O quizá estaría pensando “Dos pájaros de un tiro”: no habría perdonado a Caos de su traición, a pesar de haber contado con su ayuda para librarse de una muerte segura a bordo del “Audi”.

El que fuera su subordinado dejó a un lado su dolor para arrastrarse por el suelo y alejarse, a duras penas, de la trayectoria del automóvil. Bond tomó una decisión que extrañó en suma medida a su perseguidor: echó a correr a lo largo del muro. Era del todo

imposible que le fuera a dar tiempo a llegar al otro extremo del puente, dado que se encontraban en más o menos la mitad del mismo.

Whitman sonrió cuando pasó por encima de Chaos, para lo cual tuvo que rectificar ligeramente su rumbo.

- A mí nadie me traiciona.- susurró para sí mientras el antiguo soldado perecía en el acto. Después, volvió a dirigirse hacia Bond, aproximando el coche lo más cerca posible del muro. El magnate volvió a sonreír ante el inminente atropello de 007. Sin embargo, cuando les separaban unos pocos metros, Bond saltó sobre el muro y se detuvo sobre su borde, gracias a que era de una anchura aceptable para ello. Una vez el “Renault Mégane” se disponía a sobrepasarle, el agente saltó sobre el techo. Su precisión fue excelente, cayendo justo cuando pasaba a su lado. Otro logro, aún más impresionante si cabe, fue el de aferrarse a sus laterales. Whitman no daba crédito a lo que estaba presenciando. Para Bond, sin embargo, carecía de esa importancia, ya que no era la primera vez que realizaba aquella proeza. Mismamente, hacía escasos días había ejecutado un movimiento similar sobre un “New Beetle” descapotable. No obstante, en aquella ocasión el nivel de dificultad era bastante más elevado porque el “Mégane” estaba en movimiento y, al poseer un techo metálico en vez de una capota, resultaba mucho más difícil asirse a él.

Por esta razón, el espía se veía con las de perder. Le estaba costando demasiado esfuerzo continuar agarrado, sobre todo cuando el conductor comenzó a efectuar todo tipo de maniobras bruscas. Dudaba que fuera a aguantar mucho más. Así pues, discurrió una forma no de detenerle sino de liquidarle directamente: giró la esfera de su reloj, se le quitó de la muñeca y se le lanzó por la ventanilla del copiloto, ya que estaba abierta lo justo para permitir la entrada del objeto. Inmediatamente después, se impulsó todo lo que pudo para saltar sobre el césped de los laterales y así evitar el asfalto. Algo que también consiguió, reduciendo la dureza y las consecuencias de la caída.

Whitman sabía que aquel reloj “Omega” tenía la capacidad de explotar como si de una bomba común se tratara –se le había enseñado su hermanastro en la prisión-, así que dejó a un lado la conducción y se dedicó a recogerle del asiento del copiloto para, justo después, lanzarle por su ventanilla en dirección al bosque que circundaba la carretera. La explosión se produjo tan sólo un segundo más tarde, haciendo trizas a unos cuantos árboles. Las frondosas copas cayeron en diferentes direcciones entre una nube compuesta de virutas, hierba, fuego y humo. Bond lamentó no haber aguantado el reloj activado en su muñeca un momento más.

Entretanto, Alice y Kate continuaban enzarzadas en su duro combate. El agotamiento se reflejaba en sus sudorosos rostros y en una mayor lentitud en sus movimientos. La hija de Whitman había demostrado ser una rival a la altura de toda una agente doble cero como lo era la compañera de Bond. Sus horas de entrenamiento en su cuarto de juegos, sumadas a las que pasaba en un gimnasio de Londres y en cursos de artes marciales, parecían haber sido realmente provechosas. El enfrentamiento había estado mucho más equilibrado de lo que había esperado Kate. Le costaba creer que aquella joven estuviera tan capacitada para la lucha. Contradecía por completo los atuendos que vestía, dado que se correspondían con una adolescente común.

Kate aprovechó una pausa para tomar aire e iniciar una fuerte ofensiva. Una impropia para el tiempo transcurrido. Alice se sorprendió por su velocidad y destreza a pesar del cansancio acumulado. Fue capaz de defenderse del primer puñetazo y también del

segundo, pero el siguiente golpe –una patada giratoria- fue ejecutado con tal precisión y rapidez que terminó alcanzando su objetivo: su mandíbula. Aturdida y dolida a partes iguales, tardó en reaccionar lo suficiente como para recibir un puñetazo en el estómago primero y un codazo en la cara después. La joven a duras penas consiguió mantenerse en pie tras semejante repertorio de ataques. Kate aprovechó el momento para tomar algo de carrerilla y saltar hacia su adversaria con la pierna derecha por delante. Aquella patada voladora sí que derribó a Alice. Un dolor de gran intensidad invadió sus costillas mientras caía de espaldas sobre el asfalto. La caída afectó a su espalda e incluso a su cabeza. Debió ser este último impacto el que la dejó inerte.

Bond regresaba al puente en aquellos momentos. Se cercioró de que, tal y como se esperaba, Chaos estaba muerto y luego se dirigió hacia su compañera. Parecía que el combate había terminado con victoria a favor de 005. La joven Alice yacía en el suelo al fin, después de un largo y reñido combate. Sin embargo, sólo había sido una treta. Cuando Kate se agachó para comprobar el pulso de la joven, ésta efectuó un movimiento veloz como pocos y le clavó las uñas de su mano derecha en el cuello. La agente se llevó la mano a las pequeñas heridas y observó que estaba sangrando. Unos instantes después, caía inconsciente al suelo. Bond llegó a su posición un poco después.

- Esta vez... no esperes que despierte.- le murmuró Alice en su último hálito de vida. Aquella frase indicó a Bond que no le había inyectado el mismo somnífero que había usado con él sino algún tipo de veneno.

- Kate... ¡Kate, vamos! – el espía trató de reanimarla, pero la chica continuó con los ojos cerrados. Se giró hacia Alice para preguntarle qué le había inyectado, pero ya estaba muerta. Necesitaba saber de qué se trataba para poder utilizar después la correspondiente cura. Se fijó entonces en que la joven tenía un tatuaje de un escorpión en la parte anterior del antebrazo derecho. En concreto, reconoció que pertenecía a la especie “Centruroide Noxius”, una de las muchas que resultaban letales para el ser humano. Dado que era la única pista de la que disponía, apostó porque fuera veneno de ese animal.

Paró al siguiente coche que pasaba por la zona y convenció a su conductor para que le dejara llevar a su compañera al hospital más cercano. El tipo no ocultó su extrañeza. ¿Una mujer infectada con veneno de escorpión? Aquella región carecía de aquellos peligrosos seres. Sencillamente, no sabía qué pensar, pero aceptó de buen grado.

Bond no tardó en poner el vehículo –un “Toyota” de gama baja- a 140 kilómetros por hora. Parecía ser la máxima velocidad que le permitía alcanzar su modesto motor. Tampoco aquella carretera permitía ir a una velocidad mayor. Cada dos por tres se veía obligado a frenar por culpa de las numerosas curvas, muchas de las cuales eran bastante cerradas, tal y como había atestiguado durante la persecución de Chaos.

El propietario del vehículo, de nombre Jack, estaba completamente aterrado. Nunca antes había presenciado una conducción tan temeraria y arriesgada. El conductor derrapaba y hacía adelantamientos en cualquier tramo. No le importaba en absoluto invadir el carril contrario continuamente. En una de las maniobras, a punto estuvo de empotrarse contra un turismo, pero lo evitó gracias a sus agudos reflejos, regresando a su carril justo a tiempo de evitar la colisión frontal. En otra ocasión, cuando se disponía a adelantar a tres coches de manera consecutiva, coincidió que pasaba una furgoneta por el carril contrario cuando estaba a la par que el segundo de los automóviles. Tuvo entonces que lanzarse hacia el arcén de ese carril izquierdo, sobrepasar la furgoneta por la hierba y luego

terminar el peligroso desplazamiento, superando al primero de los tres turismos para regresar al carril derecho.

Gracias a tan agresivo estilo de conducción y a las indicaciones de Jack, el agente logró llegar al hospital "Trillum Health Centre" en muy pocos minutos.

- Creo que ha sido infectada con veneno de escorpión.

- ¿Cree? – a la enfermera le extrañaba que no supiera la causa del estado de la chica.

- Sí, la ha atacado uno, un "Centruroide Noxius".- Bond no quería entrar en detalles. Unas uñas metálicas era algo demasiado raro para ser creíble. Y más aún el hecho de que estuvieran impregnadas de un veneno poco común en aquel país.

La enfermera sabía de la urgencia de ese tipo de infecciones, así que dejó a un lado su curiosidad y no hizo más preguntas. Simplemente indicó a Bond que la tumbara en una camilla que había en ese mismo pasillo. Luego fue en busca del antídoto a todo correr.

- Vamos, Kate, aguanta.- le susurraba el agente a su compañera. La mujer parecía empeorar por momentos. Tenía ligeros espasmos y había aumentado la sudoración por el rostro. Bond sintió una mezcla de rabia e impotencia realmente insoportable. La vida de 005 dependía por completo de la rapidez con que la enfermera regresara. Por su parte, no podía hacer nada más a parte de dar las gracias a Jack por la ayuda prestada. El conductor se había quedado esperando junto a Bond. Quería ver si su buena acción había servido para salvar la vida de aquella pobre chica.

La enfermera recorrió el pasillo tan deprisa como lo había hecho a la ida, se aproximó a la camilla y, tras remangar el brazo derecho de la paciente, pinchó la jeringuilla. Un oscuro líquido se introdujo en la corriente sanguínea. Kate estaba a salvo. En cuestión de minutos, la espía abrió los ojos y volvió a la normalidad. Lo primero que vio fue a 007 con gesto sonriente y aliviado mientras la acariciaba sus cabellos.

- Gracias, James.- fueron sus primeras palabras.

- De nada, guapa.- le respondió Bond. Luego la besó.

- ¿Quiere decir eso que la misión ha terminado?

- Por desgracia, no, aún no. Whitman se me escapó.- el gesto que mostró el agente denotaba lo frustrado que se sentía. Un segundo más habría bastado para haberle hecho explotar en mil y un pedazos.

- Vaya, hombre, con las ganas que tenía yo de aprovechar esta camilla...- Bond sonrió ante aquella insinuación porque era justo el tipo de comentarios que le caracterizaban.

- Debemos irnos cuanto antes.- indicó el espía.- Jayne no aguantará mucho en el submarino en unas aguas tan gélidas.

- Pues en marcha entonces.- Kate se dispuso a dejar la camilla y a ponerse en pie cuando vio a un tipo que la estaba mirando.- ¿Quién es ese? – susurró con cierto aire de desconfianza.

- Tranquila, es Jack, el buen samaritano que me dejó su coche... y que muy a su pesar nos le va a tener que dejar de nuevo.

22 - SUBMARINO

Jayne había estado intentando abrir la escotilla del “Sub-Icebreaker”, pero era del todo imposible. Carecía de ningún tipo de herramienta. Mucho se temía que iba a tener que pasar allí unas cuantas horas antes de que Bond y Kate fueran a rescatarla. Esperaba que no fueran demasiadas. La temperatura estaba bajando drásticamente, como no podía ser de otra forma en unas aguas tan cercanas al Polo Norte. Pero lo peor de todo era la cantidad de oxígeno disponible: al no estar preparado para llevar gente, carecía de ventilación, por lo que se le iría agotando a medida que pasara el tiempo.

Le seguía pareciendo increíble que aquel vehículo estuviera siendo controlado de forma remota. La pequeña estancia en la que se encontraba sólo se componía de indicadores. No había ningún tipo de botón, palanca o mando que permitiera su manejo. Una lástima porque en ese caso bien podría haber intentado hacer algo para variar su curso. Deseaba evitar que empezara a deshelar la superficie glaciar. Bastante mal estaba el asunto como para que encima un empresario sin escrúpulos se dedicara a incrementar la catástrofe a la que estaba contribuyendo todo el mundo por medio de la contaminación atmosférica.

Podía entender la ausencia de tripulación y sala de mando. Permitía un mayor nivel de seguridad –la sala de mando debía estar en un lugar muy protegido- y complicaba la detección del vehículo –al carecer de comunicaciones internas. Pero la mujer no se explicaba de ninguna manera el hecho de que no hubiera ningún tipo de compuerta para entrar a la sala del reactor nuclear. Tenía que haber algún acceso para poder cargar el uranio. Ya que no tenía nada mejor que hacer, se dedicó a inspeccionar más a fondo la estancia con motivo de tratar de localizar una entrada secreta a esa sección, si bien tenía escasas esperanzas de encontrar una. Lo más probable era que hubiera una escotilla en el casco de similares características a aquella que presidía el techo de aquel claustrofóbico habitáculo.

Jack no se podía creer que hubiera aceptado de nuevo el préstamo de su coche a la pareja de agentes secretos. Lo había pasado fatal en el anterior viaje, no sólo por la extrema velocidad –unos 140 km/h- sino sobre todo por el estilo de conducción –más agresivo y temerario incluso que el que caracterizaba a los pilotos de rally. Su caridad le impidió rechazar la petición de ayuda de Bond. El problema estaba en que el espía requería tanto su vehículo como su guía. Afirmaba que era inglés y que desconocía por completo aquella zona. Haría las veces de GPS para que la pareja llegara lo antes posible a los muelles de “Whitman Corporation”. Según lo que le habían comentado, “no podían perder un barco”.

Por desgracia, a pesar de todos los esfuerzos de 007, llegaron demasiado tarde. El “Tiburón Negro” se encontraba ya muy lejos de la costa cuando se aproximaron a la valla de rejas que circundaba el muelle del que había partido. Había efectuado todo tipo de adelantamientos, derrapes y maniobras de alto riesgo, pero de nada sirvió. Whitman se había asegurado de adelantar sus planes todo lo más posible.

- Pasemos al plan B.- mencionó Bond. Kate no sabía exactamente a qué se refería, pero estaba claro de que debía consistir en hacerse con otro vehículo, bien un helicóptero o bien una embarcación. Resultó ser esto último. Aterrizar sobre un buque así, cuya cubierta estaba ocupada por cuatro depósitos de gas semiesféricos, era completamente imposible. La única solución pasaba por acercarse al casco con un barco o lancha y encontrar alguna forma de ascender hasta la cubierta. Bond y Kate habían cogido ventosas de escalada de la base subterránea de Jayne, pero se habían quedado sin ellas

al haberlas guardado en el maletero del “Audi”, por lo que iban a tener que trepar por una cuerda, como en los viejos tiempos.

Siguiendo las indicaciones de Jack, fueron a la ciudad más cercana para poder hacerse con el material necesario. Un par de horas después, acudieron al puerto más próximo para conseguir una buena embarcación. La mejor opción era, sin duda, una lancha fuera borda, de marca “Zodiac”, a ser posible. Era el fabricante que más gustaba a 007. A Kate le sorprendía lo culto que era su compañero. Parecía tener conocimientos de todas las materias así como preferencias sobre marcas y fabricantes, independientemente del producto del que se tratara.

- Gracias por todo, Jack.- fueron las palabras que le dedicó la agente cuando se disponía a subirse al bote. Luego, le dio un beso en los labios, a modo de recompensa. Jack creyó estar en el paraíso durante unos segundos. Unos segundos en los que no lamentaba en absoluto el hecho de haber prestado ayuda a aquella bellísima dama de rizados cabellos rojizos. Pareció olvidar el suplicio que le había supuesto ser pasajero de aquel temerario conductor.

Bond puso entonces el motor en marcha y pusieron rumbo, a plena potencia, a la dirección que obviamente había tomado el “Tiburón Negro”: rumbo a las gélidas aguas árticas del Atlántico. Aquel amplio canal no tenía más salida que aquella. Además, sabía de antemano que “Whitman Corporation” se dedicaba a recorrer la línea rusacanadiense. Sólo esperaba que el propio Whitman estuviera a bordo: así mataría a dos pájaros de un tiro. Era lo más probable. Bond intuía que no iba a perderse el viaje más rápido de su empresa. Su vanidad se lo exigía.

El egocentrismo del empresario se situaba a la par que su preocupación por el estado de su hija. Se había visto obligado, muy a su pesar, a abandonarla en pleno combate frente a una espía y se había quedado sin saber el resultado. Tenía fuertes esperanzas de que se hubiera alzado con la victoria –casi todas las aficiones de Alice tenían que ver con el arte de matar- pero, al mismo tiempo, tenía muy presente que una agente secreta contaba con una preparación excelente en esa materia. El hecho de que no estuviera a su lado a bordo del “Tiburón Negro” también le impulsaba a pensar en lo peor. Sabía el alto interés que tenía su hija por realizar ese viaje con él. Si no había logrado llegar, debía haberla pasado algo.

Pero prefería no pensar en ello. Ahora estaba inmerso en sus tareas, supervisando a sus hombres, ansioso por completar el largo recorrido y ofrecer a los clientes la prueba de que a partir de ese momento su empresa será la más rápida del mercado del gas licuado. El enorme buque ya se desplazaba tras el “Sub-Icebreaker” en perfecta sincronización. El submarino avanzaba siempre por debajo de la superficie, evitando la detección por satélite y siguiendo las directrices que recibía de forma remota. La emisión procedía de una sala de control ubicada en el barco al que iba a abrir paso a través de los icebergs con un método nunca antes visto –y nunca antes tan dañino para la Madre Naturaleza.

Bond y Kate no podían estar más satisfechos con la velocidad que alcanzaba la “Zodiac”. Sin embargo, tenían en su contra el peso extra que llevaban –un par de barriles de combustible-, lo que le lastraba en parte. Pero era algo del todo imprescindible si querían recorrer la distancia que les separaba de su objetivo y en poco tiempo.

Unas horas más tarde, cuando ya era completamente de noche, se aproximaron al casco del “Tiburón Negro” por un lateral y cerca de su parte trasera, equiparando la velocidad de la lancha con la del buque. Habían previsto la ausencia de luz, así que se habían provisto de trajes de buceo negros. Había optado por ese vestuario porque les permitía cubrirse también la cabeza, fuera a parte de que el modelo elegido estaba preparado para soportar mejor el frío en caso de caer a las gélidas aguas. El buque en sí también era negro, por lo que el apartado del camuflaje estaba resuelto.

Bond demostró por enésima vez su soberbia puntería cuando disparó un arpón cargado con un gancho atado a una cuerda –también negra- y logró que éste quedara sujeto a la barandilla de la cubierta. Requirió, eso sí, encender por un momento una linterna acoplada a la parte superior del arma. “Quizá Q se hubiera sentido orgulloso de mí por una vez”, pensó el espía, en referencia al invento que había fabricado.

Al mismo tiempo, Kate controlaba firmemente la dirección del motor fuera a borda para evitar que la lancha colisionara contra el casco del buque. También debía mantener cierta distancia para que su pequeño vehículo no se viera afectado por la succión que provocaba la enorme embarcación de “Whitman Corporation”.

El siguiente paso era aún más complicado si cabe: trepar por la cuerda.

- Las damas primero.- dijo Bond a su compañera.

- Nunca he sido muy devota de los modales.- le respondió, siguiéndole la corriente.- Adelante, James.

El agente soltó el arpón para aferrarse a la cuerda e inició el ascenso con la esperanza de que nadie le detectara. Estaba convencido de que Whitman habría ordenado a sus hombres que vigilaran la cubierta día y noche. Si alguien le viera, le soltaría el gancho de la cuerda y acabaría cayendo al mar. En consecuencia, sería arrastrado hacia una muerte segura por la acción de las gigantescas hélices. Nunca antes había echado tanto de menos los artilugios del magistral Q. Le hubiera venido de maravilla, en concreto, la cuerda de rappel del reloj “Omega”. Lástima que tanto su compañera como él habían empleado su función explosiva.

Ben, uno de los guardias, se encontraba avanzando justamente por el lateral por el que Bond estaba subiendo. Por culpa de la escasa luz que proporcionaban las bombillas ubicadas a lo largo de las paredes de la superestructura –lo que viene a ser la “cabeza” del barco-, no vio el gancho hasta que fue demasiado tarde: el agente estaba ya tan cerca de la barandilla que pudo atacar al vigilante, no sin dificultades, lanzándole un cuchillo. Y es que no era nada fácil mantenerse agarrado a la cuerda con una mano y utilizar la otra para hacerse con el arma blanca y emplearla. De ahí que en vez de atinarle dónde quería –a la altura del cuello-, le acertó en la frente. Afortunadamente, el resultado fue el mismo, dado que se desplomó sin vida sobre la cubierta en un silencio casi absoluto. Ésa era precisamente la razón por la que tanto Bond como Kate habían optado por llevar cuchillos, ante la imposibilidad de contar con silenciadores para sus pistolas. Habían conseguido adquirir “Berettas”, pero ciertos accesorios no se podían comprar en tiendas de armamento normales y corrientes, como era lógico.

Una vez alcanzó la cubierta, arrastró el cadáver y lo lanzó por la borda, no sin antes recuperar su cuchillo y quedarse con el walkie-talkie y el rifle AK47 del guardia. Se colgó el arma a la espalda e hizo una seña a Kate para que empezara a subir, sin dejar de vigilar por si se aproximaba algún otro guardia. Pronto se percató de que había uno al otro lado

del buque, en proa, caminando al lado de los depósitos semiesféricos. Tuvo que retroceder entonces para doblar la esquina de la superestructura por su parte trasera. Comprobó que no había nadie en esa zona antes de hacerlo y aprovechó la cobertura que le ofrecía un bote salvavidas.

Kate demostró de nuevo su excelente forma física al conseguir escalar por el casco sin apenas problemas. Es más, llegó a la cubierta en menos tiempo que su compañero. Mientras, la lancha “Zodiac” era engullida por la corriente y triturada poco después por las hélices del buque.

La espía se asomó por la barandilla y no vio a nadie en los alrededores. Un silbido de Bond la sirvió para detenerse justo cuando se disponía a posar su pierna derecha sobre el canto del casco. Alguien se acercaba por popa. Por desgracia para el agente, el guardia también oyó el silbido, por lo que avanzó a buen paso hacia el lugar de donde procedía. Bond no tuvo contemplaciones con el individuo: salió de detrás del bote salvavidas, cuchillo en mano, y se le clavó a la altura del pecho con un veloz movimiento con la mano izquierda. Luego, casi sin darle tiempo a sentir el intenso dolor fruto del corte, le propinó un fuerte puñetazo con la derecha, derribándolo al suelo y evitando que gritara. Después, le pegó una patada al brazo derecho con motivo de desarmarle de su AK47, le quitó el walkie-talkie, le agarró, le levantó y, tal y como hizo con el otro guardia, le lanzó por la borda para que las hélices del buque hicieran el resto, fuera a parte que así eliminaba cualquier rastro de su presencia. Esta vez prefirió no recuperar su cuchillo porque le haría gritar. Y es que si había algo que debía evitar a toda costa, ese algo era el ruido. Por último, cogió el rifle y se le pasó a su compañera junto al walkie-talkie.

- Así nos enteraremos de sus movimientos en caso de que den la alarma.- le indicó Bond en referencia al aparato.- Para comunicarnos entre nosotros, en caso de que nos separemos, utiliza el canal 5.

- De acuerdo. Y ahora, ¿cuál es el plan? – preguntó la mujer. Bond se quedó mirándola unos instantes antes de responderla. Si bien le seguía resultando muy atractiva, se percató de los muchos puntos que perdía al ocultar sus preciosos cabellos rizados y rojizos bajo la capucha del traje de buceo.

- Debemos ir al puente de mando y localizar los controles del submarino. Luego, pararemos este buque y el submarino al mismo tiempo. Nuestra prioridad es rescatar a Jayne. Si ese vehículo no está preparado para llevar gente, le debe de quedar muy poco oxígeno. También podría estar en estado de hipotermia.

- Bien, en marcha entonces.

No había que ser muy inteligente ni poseer conocimientos navales para saber que el puente de mando debía estar situado en el piso más alto de la superestructura. Sólo así ofrecería un campo de visión razonable al superar la altura de los enormes depósitos. Por tanto, la pareja de agentes comenzó a subir por las estrechas escaleras metálicas ubicadas a babor. Fue entonces cuando se percataron de que el “Sub-Icebreaker” ya estaba ejecutando la operación para la que había sido diseñado. Los icebergs se derrumbaban casi al instante a su paso. Segundos después, pasaban a formar parte del agua, permitiendo que el barco pudiera continuar con su avance sin que tuviera que reducir su velocidad en ningún momento. El invento funcionaba a las mil maravillas, como si hubiera sido obra de Q, para desgracia del planeta. Las placas habían recolectado toda la energía posible del sol durante el día y ahora, por la otra cara, devolvían esa energía en forma de calor. Del movimiento de las hélices y demás mecanismos propios del

desplazamiento del vehículo se encargaba el reactor nuclear, formando un sistema independiente y similar al de cualquier submarino atómico.

Bond y Kate debían detener aquella monumental catástrofe antes de que fuera a mayores. Y para colmo de males, el “Sub-Icebreaker” ocupaba un espacio muchísimo más amplio del que realmente necesitaba el “Tiburón Negro” para navegar. Generaba un canal con una anchura que prácticamente duplicaba la del buque. Su longitud también era excesiva. Quizá tuviera su razón de ser en que los científicos no se imaginaban que fuera a resultar tan eficaz.

La pareja de espías continuó con su avance. En un momento dado, la puerta de un piso superior se abrió. De ella salió otro guardia portando otro AK47. Bond y Kate se pegaron a la pared, intentando camuflarse en la oscuridad reinante. Lástima que el color de la superestructura no fuera el mismo que el del casco sino un tono crema, porque les habría ayudado en buena medida. El vigilante, un tal Jeff, se asomó a la barandilla, echó un vistazo a la cubierta en todas direcciones y luego miró hacia la escalera, tratando de detectar cualquier anomalía a través del enrejado metálico. La pareja de intrusos agachó un poco la cabeza para que la capucha del traje de buceo les cubriera los rostros desde la perspectiva del criminal. El guardia aparentemente se quedó tranquilo, pues se dio la vuelta para seguir con su ruta habitual a través de los claustrofóbicos pasillos de la superestructura. Sin embargo, algo le hizo cambiar de idea y detenerse. Bond y Kate se temieron lo peor: se habría dado cuenta de la ausencia de alguno de los dos compañeros que había despachado 007. Al final, todo quedó en un susto cuando Jeff sacó un paquete de cigarrillos de un bolsillo de su abrigo. Tomó uno, le encendió con un mechero y se puso a fumar sobre la barandilla. Estaba terminantemente prohibido fumar en ese tipo de embarcaciones, al igual que sucedía en las gasolineras o en lugares en los que hubiera combustibles, pero ni a Bond ni a Kate les preocupaba en lo más mínimo esa cuestión. Lo que de veras les molestaba era que les había cerrado el paso, ya que necesitaban seguir subiendo para poder llegar al puente de mando.

Pensaron en seguir por las escaleras que habría en el interior, pero enseguida descartaron la idea por resultar demasiado arriesgada. Era preferible enfrentarse a ese guardia. Pensaron en alguna táctica combinada. Kate dio con una estrategia que convenció a su compañero: él daría un golpe en un lateral para que ella pudiera acercarse por el otro, atacando al objetivo por la espalda. En teoría, sonaba muy bien. En la práctica, era complicado de llevar a cabo por la transparencia de la estructura –recordaba a las escaleras de incendio características de las viviendas norteamericanas- y el ruido que producía cualquier movimiento sobre su superficie metálica.

Bond se acercó al lateral derecho, el contrario al de los escalones, al mismo tiempo que Kate comenzaba a subir por los mismos. Se movieron todo lo más lento que podían para evitar producir el más mínimo ruido y siempre muy pegados a la pared. Una vez alcanzaron las posiciones acordadas, 007 dio un fuerte golpe con la culata del rifle en la barra inferior de la barandilla del descansillo en el que estaba el vigilante. En cuanto éste giró la cabeza para mirar hacia allí, 005 echó a correr desde los últimos escalones y saltó hacia el hombre con la pierna derecha estirada, golpeándolo por la espalda. Jeff acabó desplazándose hacia la barandilla del lado derecho y se vio obligado a sujetarse a ella para evitar una caída de lo más peligrosa. Se dio la vuelta para responder a la ofensiva pero no pudo hacer más que recibir un potente impacto en la sien. La mujer había empleado la culata del rifle, consiguiendo que el tipo cayera al suelo inconsciente y con una brecha en la cabeza. Bond subió entonces para ayudarla a deshacerse del cadáver.

Le alzaron entre los dos y le impulsaron con todas sus fuerzas por encima de la barandilla, logrando que cayera al mar en vez de sobre la cubierta. Otro menos.

Siguieron subiendo por la escalera y llegaron al piso correspondiente al puente de mando. Abrieron lentamente la puerta y, tras comprobar que no se oía a nadie acercarse, entraron y recorrieron el pasillo hasta el umbral propio de la estancia. Les sorprendió lo que vieron: no se trataba de una puerta normal y corriente sino una blindada, más propia de un cuartel militar o de un banco que de un buque como aquel. Disponía, además, de un sistema de contraseña y un lector de tarjetas. Les extrañó que ninguno de los tres guardias que habían liquidado tuviera tarjeta alguna. El acceso debía ser muy restringido, quizá Whitman y media docena de operarios. Estaba claro que el magnate quería evitar a toda costa que se pudiera interferir en el control del “Tiburón Negro” o del “Sub-Icebreaker”.

- Sólo hay una forma de entrar.- indicó Bond.

- ¿Cuál? ¿Esperar a que salga alguien? – preguntó Kate.

- Sí, pero nos llevaría demasiado tiempo. Tenemos que entrar por el ventanal frontal.

- ¿Como los SWAT?

- Así es.- confirmó Bond. Al agente no se le podía haber ocurrido una analogía mejor.- Tendremos que subir al tejado y lanzarnos atados a una cuerda.

- Esperemos que el cristal no sea blindado como la puerta...- pensó la espía. Irían con las piernas por delante, pero un impacto así podría llegar a afectarles a los tobillos.

Sin perder un segundo, la pareja de agentes regresó a la cubierta con motivo de encontrar dos cuerdas. Obviamente, se habían deshecho de la que habían utilizado para subir al barco, por lo que mucho se temían que se iban a tener que conformar con las amarras típicas del mundo naval. Y, por supuesto, debían prestar atención a los guardias. Se preguntaban cuánto tiempo tardarían en percatarse de que habían desaparecido tres de sus compañeros.

Una vez se hicieron con las cuerdas, regresaron al último piso y de ahí accedieron al techo de la superestructura por una escalera interior. Las ataron a lo primero que encontraron –una pequeña chimenea, una que probablemente tendría que ver con la calefacción- y probaron a colgarse. Viendo que resistía perfectamente el peso de ambos, cogieron carrerilla y saltaron, dándose la vuelta en el último momento para ir contra el ventanal con las piernas por delante. Una lluvia de cristales salpicó entonces el puente de mando ante la atónita mirada de los allí presentes. Para cuando se preguntaron qué había ocurrido, ya era demasiado tarde.

- ¡Quietos! ¡Manos arriba, vamos! – vociferó Bond mientras su compañera y él les amenazaban con los rifles. Whitman estaba entre ellos, maldiciendo para sí por no haber adquirido cristal blindado. Su hija se lo había advertido repetidas veces, pero siempre se le olvidaba encargarse de ello. No le dio la importancia que en realidad tenía. Ahora iba a pagar las consecuencias.

El magnate, que estaba de pie al otro extremo de la estancia, cerca de la puerta de entrada, hizo un gesto sutil al operador que tenía a su derecha. Tan sutil que ninguno de los dos asaltantes se dio cuenta de ello. El empleado aprovechó los segundos que

tardaron sus compañeros en levantar las manos para realizar una serie de operaciones con su panel de controles. El hecho de que estuviera sentado tras la consola también le había dado cierta ventaja.

- Se acabó, Whitman.- le dijo Kate.

- Yo no lo tengo tan claro.- afirmó el criminal. La espía se acercó a él, llena de furia, y le puso el cañón del AK47 en la frente mientras Bond seguía asegurándose de que nadie hiciera ningún movimiento sospechoso.

- ¿Y ahora cómo lo ves?

- Sigo viéndolo bien.- nada más pronunciar aquellas palabras, una fortísima sacudida recorrió toda la embarcación. El buque había colisionado contra una extensión de hielo a la elevada velocidad a la que iba. El operador, obedeciendo la seña de su jefe, había desactivado la emisión de calor de las placas térmicas del "Sub-Icebreaker", por lo que había dejado de deshelar el hielo con que se topaba a su paso. También había parado sus hélices, deteniendo su avance bajo aquella extensión, a la espera de nuevas órdenes.

El magnate consiguió lo que quería: sus hombres aprovecharon la sacudida para atacar a la pareja de intrusos, ya que se habían sujetado al mobiliario en el momento del choque. Sin embargo, a Bond y a Kate, al estar de espaldas al ventanal frontal por el que habían entrado, les pilló completamente desprevenidos, de modo que cayeron sobre la moqueta. El buque dejó de temblar unos segundos después, cuando se detuvo por completo, incapaz de atravesar la capa de hielo. Para entonces, ya se había iniciado una pelea de lo más desequilibrada en el puente de mando. En concreto, se trataba de un ocho contra dos. Al menos los agentes doble cero contaban con un adiestramiento muy superior a aquellos tipos, quienes estaban más capacitados para el manejo de aquella infinidad de botones, palancas y pantallas. No obstante, Whitman los había escogido precisamente porque estaban bastante preparados en ambas materias. Esperaba que estuvieran a la altura o que al menos consiguieran mantenerles ocupados hasta que llegaran los refuerzos. Sus hombres ya debían estar corriendo hacia la superestructura para preguntar acerca del accidente. También les habría extrañado ver el ventanal del puente de mando roto.

Bond apenas había tenido tiempo para levantarse cuando ya recibía patadas por parte de dos de los hombres de Whitman. Una de esas patadas había sido muy certera, ya que le había golpeado en el rifle, lanzándole fuera de su alcance a pesar de llevarle colgado al cuello. Soportando el dolor como pudo, trató de contraatacar. Ejecutó un puñetazo al rival de su derecha y luego una patada a la altura del estómago del de la izquierda. Aprovechando que éste último se encorvó por culpa del golpe, le agarró de la ropa por la espalda y le empujó bruscamente contra su compañero. Ambos cayeron sobre la moqueta tras golpearse cabeza con cabeza, quedando inconscientes. Esto le permitió afrontar al siguiente esbirro. El criminal lanzó varios puñetazos, pero Bond supo defenderse de ellos, bien esquivándolos o bien cubriéndose con los antebrazos. En un momento dado, optó por contraatacar, propinándole un fortísimo derechazo en la mandíbula. Acto seguido, movió el mismo brazo pero en sentido inverso para pegarle un codazo por la parte del cuello. El oponente cayó inconsciente sobre una silla con ruedas, de las típicas de las oficinas.

- Véte acostumbrándote.- mencionó en su tono más sarcástico, como si diera por hecho que su rival fuera a acabar en una silla también provista de ruedas pero de utilidad diferente. Y es que el impacto que acababa de recibir, bien podría haberle lesionado la

columna vertebral. Bond le había hecho girar la cabeza de una manera muy brusca y violenta.

El cuarto y último oponente que se dirigió hacia su persona le complicó la situación precisamente porque le atacó con una de las sillas de la sala. Sin tiempo para reaccionar, Bond se vio empujado por cuatro patas metálicas provistas de ruedas. Terminó aplastado contra un armario. El contrincante mantenía una presión asfixiante, sujetando la silla por sus reposabrazos. Sin duda era el rival en mejor estado de forma de los que había combatido en aquel habitáculo. Empleando todas sus fuerzas, el espía empezó a apartar lentamente la silla de su cuerpo para, poco después, lanzarla a un lado. Su adversario, sorprendido ante el poderío de su enemigo, tardó en reaccionar lo justo para que Bond pudiera atizarle. En concreto, le propinó una sarta de puñetazos tan bien combinada que fue totalmente incapaz de defenderse. Como punto y final, el agente ejecutó una patada de gran potencia a la altura del estómago, desplazándolo hasta la pared del ventanal. Una vez allí, le agarró de la entepierna y del pecho y le lanzó por el agujero que habían producido Kate y él en su espectacular entrada. El operario perdió la vida en la caída. Y es que, aunque no llegó a descender hasta la cubierta, la pasarela sobre la que cayó – aquella que comunicaba la superestructura con los depósitos- se encontraba a unos seis metros de altura.

Bond se sorprendió al ver que Kate estaba a punto de derrotar al último de los cuatro hombres que habían ido a por ella. Sabía que era una agente doble cero como él y, por tanto, había pasado por el mismo adiestramiento, pero siempre había sido un poco machista, de ahí su reacción. No es que la tuviera en baja estima, ni mucho menos. Simplemente le costaba ver a una mujer en ese tipo de menesteres. Le resultaba chocante de igual forma que también le impactaba ver a un hombre inmerso en temáticas tradicionalmente femeninas, como la cocina o la moda.

Una vez la espía se deshizo de su rival, los dos agentes tenían a Whitman de nuevo entre la espada y la pared. El magnate se encontraba a un lado de la puerta blindada. Su rostro reflejaba a la perfección el sentimiento de la derrota. Sin embargo, de pronto torció el gesto hacia una sonrisa.

- ¡Vámonos, Kate! – gritó Bond. El agente se había percatado de algo que su compañera había pasado por alto. La mujer demostró su plena confianza en su compañero cuando echó a correr hacia la parte que habían roto del ventanal frontal sin rechistar ni hacer ningún tipo de preguntas. Dejó a un lado su extrañeza y simplemente obedeció la orden. Whitman deslizaba en aquellos momentos una tarjeta por el lector que accionaba la puerta. La pareja, sin tiempo de recuperar sus AK47, saltó al borde de la cristalera mientras la puerta iniciaba su deslizamiento, revelando la presencia de un buen número de guardias. Justo después, saltaron al vacío, agarrándose a sus respectivas cuerdas mientras una ráfaga de balas recorrían la sala y se alejaban hacia la oscuridad de la noche. Una de ellas llegó a atravesar parte de la gruesa soga a la que se aferraba Bond, pero no llegó a romperla, para fortuna del agente.

007 se alegró en suma medida de haber seguido el consejo del difunto Q de “tener siempre un plan de fuga”. Había optado por amarras más largas de lo que requería el asalto para así poder descender hasta la pasarela de los depósitos de gas en caso de apuro. Les bastó deslizar las manos por ellas para llegar al suelo metálico de forma rápida y segura. Sí, les había complicado el salto a través de la cristalera porque habían tenido con cargar con más metros de cuerda, pero estaba claro que aquella medida había merecido la pena.

La pareja corrió todo lo más que pudo en dirección a la proa. Enseguida las balas generaron una especie de espectáculo pirotécnico compuesto de chispas doradas al chocar contra las barandillas y el suelo de la pasarela. No duró más que unos pocos segundos, hasta que Whitman, histérico, ordenó a sus hombres el cese del fuego, argumentando que podían llegar a atinar a los depósitos de gas. Uno de ellos le aseguraba que el calibre de aquellos rifles era insignificante de cara al grosor del metal que componía las semiesferas, pero el magnate siguió firme en su idea de que era demasiado peligroso. El guardia, inconforme con aquella orden, apuntó con su rifle hacia el depósito más cercano y le disparó repetidas veces, para asombro y temor de su jefe. Éste, viendo que sus hombres ni se habían inmutado y que las balas apenas habían arañado la semiesfera metálica, terminó cediendo. Así pues, los hombres se colgaron los AK47 a la espalda y utilizaron las mismas amarras por las que habían bajado sus presas. La cacería había comenzado en un escenario peculiar como pocos.

Entretanto, Bond y Kate habían llegado al final de la pasarela, en proa. Mientras corrían, habían estudiado un poco el terreno. Buscaban posibles lugares desde los que atacar con sus "Beretta". El problema estaba en que no disponían de mucha munición. Habían comprado un par de cargadores, pero era del todo insuficiente para liquidar a la horda de enemigos que les perseguía. En un momento dado, iban a tener que recurrir de nuevo a las armas blancas o a emplear elementos de la cubierta.

Las balas pronto volvieron a silbar a su alrededor. Bond se tuvo que esconder tras lo que parecía ser una especie de poste de vigía. Kate hizo lo propio con un cilindro de baja altura. Tal es así que tuvo que sentarse en el suelo para que le cubriera de las letales ráfagas de plomo. Observó que poseía una cuerda enroscada que acababa en un arnés. Sin pensárselo dos veces, se le puso desde aquella incómoda postura mientras su compañero respondía al fuego, deteniendo el avance de los hombres de Whitman y acertando a dos de ellos.

- ¡Cúbreme, James! – pidió, ante el asombro de 007. Al agente le gustó la idea de huir de la pasarela de esa forma. Estaba claro que no iban a durar mucho en ella y que iban a tener una ventaja mayor en la cubierta, donde había más recovecos y sitios donde cubrirse. Su compañera enseguida se puso en pie, pasó por debajo de la barandilla y se dejó caer por la superficie del depósito semiesférico. La velocidad con que se deslizaba aumentó rápidamente, hasta tal punto que la hizo sentir miedo. Era algo muy humano pero irracional, pues sabía a ciencia cierta que la longitud de la cuerda estaría preparada para detener su avance antes de llegar al suelo. Ésa era su función: permitir a un operario desplazarse por la superficie del depósito con motivo de supervisarlos. No obstante, a pesar de tener clara esa idea, volvió a sentir un intenso temor cuando llegó a la parte en que la superficie perdía buena parte de su curvatura, convirtiéndose casi en una pared vertical. La adrenalina se disparó durante aquel par de segundos en los que vio cómo el suelo se acercaba a pasos agigantados. Pudo recuperar la calma cuando, tal y como había previsto, se quedó colgada, rebotando ligeramente gracias a la elasticidad de la cuerda.

Por su parte, Bond no veía el momento para descender. Se le estaba agotando la munición, pero sus oponentes no le dejaban un segundo de respiro. Había conseguido liquidar a un total de cuatro, pero aún quedaban otros cinco en pie. Puso el último cargador en la "Beretta" y decidió apostar el todo por el todo: salió de detrás del poste que le cubría y disparó a diestro y siniestro mientras corría de espaldas hacia el lugar donde Kate había bajado. En cuanto vio que apretar el gatillo sólo producía un sonoro "clic", dejó caer la pistola, se dio la vuelta y se tiró al suelo en plancha, de igual forma que hacían

muchos jugadores de fútbol para celebrar sus goles. Así, se deslizó por debajo de la barra más baja de la barandilla e inició el descenso con la esperanza de ser capaz de agarrarse a la cuerda a la mayor brevedad posible. Muy a su pesar, no fue así. Lo intentó varias veces, pero se le escurría entre los dedos, de modo que siguió cayendo boca abajo, sintiendo el deslizamiento por el pecho y la tripa. La zona en que el depósito perdía curvatura se acercaba y aún no había logrado agarrar la cuerda, por más que se esforzaba en ello. Kate, observando la delicada situación desde la cubierta, se temía lo peor cuando su compañero, finalmente, consiguió aferrarse con fuerza, deteniendo un descenso que, sin duda, habría derivado en una muerte instantánea.

- Esto es mejor que el puenting. Debería patentarlo.- afirmó, divertido, mientras suspiraba de alivio. Luego continuó bajando, esta vez de una manera mucho más controlada y con los pies por delante.

- Pensé que no lo ibas a conseguir, James.- le dijo Kate mientras le daba un corto pero sentido abrazo. Y es que no había tiempo para nada más: los guardias ya se dirigían hacia su nueva posición, ávidos por vengarse de los asesinatos de sus compañeros. Debían pensar cómo iban a enfrentarse a ellos de nuevo, teniendo en cuenta que Bond había gastado todas sus balas, por lo que sólo iba a poder emplear armas blancas. En concreto, le quedaba un puñal, oculto en el interior de las katuskas, y tres estrellas ninja en el cinturón. Kate, por su parte, aún conservaba casi toda la munición de la pistola.

Entretanto, Whitman trataba de buscar entre los operarios del puente de mando a alguno que conservara la vida. No quería que el viaje se retrasara más de lo que ya lo había hecho, para lo cual necesitaba que se volviera a poner en marcha el "Sub-Icebreaker". Lamentó desconocer por completo el funcionamiento de aquellos controles. No obstante, sabía que eran demasiado complicados como para ser manejados por alguien que no se dedicara a ello. De ahí que tuviera que contar con cuatro profesionales para su correcto funcionamiento. Los otros cuatro se encargaban de la navegación del "Tiburón Negro". Sólo consiguió reanimar a uno de los primeros -aquel que había quedado sentado sobre una de las sillas de ruedas- y a dos de los que se dedicaban a manejar el buque. Esperaba que fuera suficiente para volver a la normalidad.

En cuanto vio que los guardias se aproximaban al depósito más cercano a proa, es decir, aquel tras el cual se había escondido, Kate empezó a dispararles, acertando a uno de ellos en la primera de las ráfagas. El tipo acabó perdiendo el equilibrio hacia la barandilla de estribor, la sobrepasó y perdió la vida poco después al caer sobre una gruesa placa de hielo que flotaba junto al casco. Sus compañeros no tardaron en responder con más plomo. La mujer tuvo que cubrirse tras una pieza metálica cuya utilidad desconocía. Sus reducidas dimensiones la obligaron a agacharse.

Tal y como había previsto, faltaban dos de los hombres. Era obvio que se habrían dividido en dos grupos para abarcar los dos flancos del barco. Debía permanecer atenta a la proa. Podía verse rodeada en cualquier momento.

Bond, por su parte, se había escondido en la separación existente en el primer y el segundo depósito, siguiendo el plan que había establecido junto a su compañera: dado que era el único sitio en ese tramo en el que los guardias podrían cubrirse de los disparos de Kate, les esperó allí, oculto tras una gruesa tubería. De esta manera, una vez alcanzaran esa zona, dispondría de una oportunidad de oro para acabar con ellos por medio de sus estrellas ninja. No obstante, a 005 no le había convencido del todo la

estrategia por resultar demasiado arriesgada. Al fin y al cabo, si erraba alguno de los lanzamientos, le matarían sin mayores problemas.

Llegó el momento y dio en el blanco con la primera estrella, acertando a la altura de la sien; la segunda se clavó cerca de la yugular del segundo individuo; pero falló con la tercera, por culpa de los ágiles reflejos del otro tipo, que la esquivó con un rápido movimiento de cuello. El guardia levantó el rifle y disparó a Bond, pero para entonces éste ya se había tirado al suelo, esquivando la muerte por muy poco y pasando a estar cubierto tras la tubería. El agente había previsto esa acción, de modo que había dejado el puñal en el suelo a la distancia justa para cogerle nada más tirarse y así poder lanzarle por debajo del conducto, que pasaba a unos treinta o cuarenta centímetros de la cubierta. Esta vez sí que logró dar en la diana. El filo se clavó en el muslo izquierdo del oponente, quien profirió un fuerte grito de dolor justo antes de retroceder un par de pasos y caer al suelo de culo. De esta forma, quedó a tiro de Kate, quien lo abatió definitivamente de un tiro en la cabeza. Sólo quedaban dos.

La pareja de agentes cogieron un AK47 cada uno, así como toda la munición que pudieron cargar en sus cinturones. Echaban de menos los bolsillos, pero no lamentaban en absoluto llevar trajes de buceo. Les estaba protegiendo en buena medida del frío reinante así como les hacía menos visibles de cara a sus enemigos. Bond recuperó su puñal y sus tres estrellas ninja de los cadáveres. Fue entonces cuando ideó la forma más sencilla y rápida de liquidar a los dos guardias que aún quedaban en pie.

- Les hemos abatido, repito, les hemos abatido en babor. Corto y cierro.- dijo por el walkie-talkie de uno de los fallecidos, cambiando su tono de voz para resultar menos reconocible, si bien esos aparatos ya de por sí distorsionaban bastante el sonido.

El dúo de guardias, que en aquel momento se encontraba echando un vistazo por popa, echó a correr hacia el lateral opuesto a aquel en el que se encontraban Bond, Kate y sus difuntos compañeros. Estaban extrañados, pues habían oído disparos en el otro lado, pero aceptaron la afirmación. Los espías sólo tuvieron que dispararles justo en el momento en el que empezaban a preguntarse qué había ocurrido en realidad. Los tipos sólo tuvieron tiempo de cambiar el gesto de desconcierto por uno de sorpresa.

De pronto, el "Sub-Icebreaker" volvió a ponerse en marcha. Las placas térmicas nuevamente comenzaron a emitir un intenso calor. Poco después, se ponían en funcionamiento las hélices, casi al mismo tiempo que lo hacían las del "Tiburón Negro". Las extensiones de hielo y los icebergs de la zona se fundían sin remedio, desapareciendo por completo para el momento en que la quilla del buque pasaba por el espacio que antes ocupaban.

Bond y Kate comprobaron entonces que las amarras por las que habían accedido al puente de mando habían sido cortadas. Debían pensar en un plan alternativo para regresar a él. 007 dio con la solución, pero para ello necesitaba una serie de componentes: quería fabricar una bomba de humo. Recorrió junto a Kate el almacén y la cocina –con el mayor silencio posible para no despertar a los marineros, los cuales, inexplicablemente, aún seguían en sus camarotes- y fueron recolectando los ingredientes –azúcar, bicarbonato de sodio y nitrato de potasio. Los dos primeros los obtuvieron de la cocina, mientras que el tercer elemento lo sacaron de la pólvora de las balas. Luego, los introdujeron en una botella que vaciaron previamente. A modo de colorante, emplearon pimienta, por lo que más que una bomba de humo iban a obtener algo muy parecido a las

bombas de gas lacrimógeno. Justo lo que necesitaban para que Whitman y sus hombres se vieran obligados a salir del puente de mando.

Bond se encargó de lanzar la botella desde la pasarela de los depósitos hacia la abertura del ventanal frontal que había roto junto a su compañera en el primer asalto. Kate esperaba, rifle en mano, a que los tipos salieran por la puerta blindada. El plan no pudo salir más perfecto: el humo invadió la estancia en cuestión de segundos, provocando insoportables picores en los ojos de los allí presentes. Whitman apenas podía teclear su clave numérica y pasar la tarjeta electrónica por el lector, pero finalmente lo consiguió, sólo para verse tirado en el suelo del pasillo bajo el punto de mira de la espía británica. Ésta les mantuvo en esa posición hasta que llegó 007. Así hizo tiempo a que se ventilara el habitáculo. Sin perder un segundo más de lo necesario, la pareja de agentes obligó a los operarios a detener tanto el submarino como el buque, así como también les ordenaron desactivar el funcionamiento de las placas térmicas. Por último, solicitaron que el "Sub-Icebreaker" subiera a la superficie, se abriera la escotilla que había encerrado a Jayne y se activara de nuevo sus placas térmicas pero a la potencia mínima, al 1%. Una vez vieron cumplidos sus deseos, informaron de la situación por radio, pidiendo la intervención de guardacostas y servicios médicos. Luego se encargaron de encerrar a toda la tripulación en el almacén, Whitman incluido.

- Ah, por cierto, sr. Whitman, casi se me olvida: su hija ha muerto.- fueron las palabras que le dedicó Bond justo antes de trancar la puerta. Ya que no se había cobrado su venganza con su muerte, al menos se dio la satisfacción de darle aquella dolorosa noticia de la forma más fría y burlesca posible. Era una de las cosas que más le gustaban de su trabajo: provocar a sus enemigos, molestarles con sus palabras.

El magnate no pudo evitar llorar como nunca antes lo había hecho en toda su vida. Ni siquiera el fallecimiento de su querida esposa, años atrás, o el de su hermanastro, hacía escasas fechas, le habían afectado tanto. Pronto la tristeza se convirtió en una furia incontenible. El empresario empezó a tirarlo todo por los suelos y a romper cosas, ante la atónita mirada de sus trabajadores.

Entretanto, Bond y Kate se encontraban manipulando las poleas mediante las cuales se conseguía desplazar uno de los botes salvavidas hasta una posición colgante al lado del casco. Debían ir a comprobar el estado de Jayne. Esperaban haber actuado a tiempo.

De pronto, Whitman pareció calmarse. Sus ojos se iluminaron. Había recordado algo. Lo había olvidado por completo porque nunca pensó que fuera a necesitarlo. Su confianza en su éxito había sido tan absoluta que prácticamente había descartado tan radical idea. Sin embargo, el fracaso hizo que le viniera a la mente la medida extrema que había preparado por recomendación de su hermanastro Brian. Se trataba del mecanismo de autodestrucción del buque, oculto bajo la apariencia de su anillo. El botón era tan diminuto que necesitó de la punta de un bolígrafo para pulsarlo. Sus hombres jamás sospecharon acerca de las intenciones de su jefe, así que la intriga fue su única reacción.

El uso de aquel aparato activó la detonación de un explosivo oculto bajo la cubierta, concretamente bajo el depósito de gas más cercano a popa. La explosión no pudo ser más enorme y destructiva, ya que produjo el estallido simultáneo de las otras tres semiesferas. La superestructura se deshizo en un centenar de pedazos. Bond y Kate, que en aquel momento se encontraban descendiendo a bordo del bote salvavidas cerca de popa, vieron cómo el sistema de sogas y poleas que les mantenían colgados salía disparado por la acción de la onda expansiva. Es más, el bote en sí se vio impulsado y

acabó cayendo al agua boca abajo poco antes de ser destrozado por todo lo que le cayó encima. Los agentes sintieron como si les atravesaran un millar de puñales cuando se sumergieron. Y es que, a pesar de contar con los trajes de buceo, la temperatura del agua era fría a más no poder. Tras la primera y dolorosa reacción, enseguida se pusieron a nadar en dirección al submarino todo lo más deprisa que fueron capaces mientras un sinfín de escombros volaban sobre sus cabezas. No se explicaban qué había podido ocurrir para que se produjera tan basta explosión. Nunca en sus vidas habían visto nada igual. Nunca habían contemplado un estallido cuyas llamas permanecieran en el aire durante tantos segundos. No les extrañaría en absoluto que los satélites hubieran captado aquella bola de fuego. Era verdaderamente impresionante, tanto que causaba una sensación de terror única.

Dejando a un lado aquel imprevisto, la pareja se centró en continuar con su avance. Poco tiempo más iba a aguantar el buque sin hundirse, lo que les arrastraría sin remedio hacia las profundidades. Era toda una suerte que el submarino se encontrara muy cerca. En breve se subieron sobre sus placas térmicas, recuperando así parte de su calor corporal gracias a que estaban funcionando al 1% de su potencia, como había ordenado Bond. Luego corrieron hacia la escotilla. Les extrañó que estuviera cerrada, pero bastó girar su rueda para comprobar que, en efecto, su mecanismo de cierre había sido desactivado. Bajaron por las escaleras de mano y allí estaba Jayne, acurrucada en el suelo, en una esquina, débilmente iluminada por docenas de pequeños indicadores.

- Jayne, somos nosotros.- le susurró Bond, mientras le acariciaba sus preciosos cabellos dorados. La chica no se movía y mantenía los ojos cerrados. Al agente le bastó tocarla el cuerpo para confirmar que, tal y como se temía, había entrado en un estado de hipotermia.- Kate, ayúdame a subirla.

Entre los dos consiguieron, no sin esfuerzo, sacarla por la escotilla y tumbarla sobre las placas térmicas. Esperaban que el calor que estas emanaban fuera suficiente para recuperar el estado normal de la canadiense. Por fortuna, así fue: Jayne abrió los ojos a los pocos minutos, casi al mismo tiempo que el “Tiburón Negro” desaparecía bajo las aguas.

- Gracias, chicos.- fueron sus primeras palabras.

- Nosotros te damos las gracias a ti, en nombre del mundo.- le dijo Bond.- Si no llega a ser por tu brillante interpretación como amante de Whitman, jamás habiéramos descubierto su guarida y sus planes secretos.

- Bueno, por fin puedo decirlo: misión cumplida.- dijo Kate, dedicando una mirada a Bond de lo más provocativa. Así le intentó recordar su “acuerdo” de acostarse al finalizar la operación, dejando a un lado la presencia de su compañera.

- Sí, ha llegado la hora de celebrarlo, ¿verdad, James? – preguntó Jayne. La canadiense había captado la indirecta de la británica, pero no por ello iba a renunciar a disfrutar de tan apuesto agente. Ya había perdido dos ocasiones de acompañarle bajo las sábanas –en el casino “The Unique” y en su base subterránea-, por lo que entendía que tenía prioridad.

El agente no sabía qué responder. Era la primera vez que le pasaba algo así, una situación en la que dos féminas se disputaban su compañía ¡al mismo tiempo!

- Por supuesto, esto hay que celebrarlo por todo lo alto. Os invitaré a cenar en cuanto volvamos a tierra firme.- fue la contestación con la que esperaba salir de aquel embrollo.

- Vamos, James, aún quedan un par de horas antes de que lleguen los guardacostas. ¿No podíamos hacer algo mientras esperamos? – la forma en que Kate pronunció aquella cuestión dejaba bien a las claras que seguía en sus trece.

- Venga, hombre, seguro que se te ocurre algún juego... para tres.- las palabras de Jayne, pronunciadas con cierta timidez, fueron bien acogidas por Kate, eliminando al fin las dudas de Bond.

- ¿Olvidamos entonces aquel refrán que dice “tres son multitud”?

- ¡¡Síiiiiiiiiii!! – respondieron al unísono las mujeres mientras se abalanzaban sobre el agente. Bond no podía sentirse más feliz: iba a ver cumplida una de sus fantasías favoritas. ¿Podía haber una recompensa mejor para él?

* * * **FIN** * * *

RELATO Nº 1

La caída de S.A.M.

Se levantó de su asiento, se dirigió hacia la parte trasera del avión, cogió un paracaídas de uno de los armarios y, antes de que cualquiera de los pasajeros pudiera acabar de formularle la pregunta “¿qué está haciendo?”, abrió la compuerta y saltó. El caos se apoderó de todos y cada uno de los viajeros, a pesar de ser buscados terroristas internacionales miembros de la reciente asociación criminal S.A.M. (Sociedad Anarquista Mundial). Todos salvo el valiente líder, que logró hacerse con un paracaídas y abandonar el vehículo antes de que estallara por la acción de un mando de control remoto manipulado por quien había saltado hacía cuestión de segundos: el agente 007.

El inglés no se percató de ello, por lo que continuó su descenso con tranquilidad. El americano que le perseguía se inclinó lo más que pudo para tratar de ganar velocidad y alcanzarle, como así fue. Bond finalmente se dio cuenta de su presencia cuando notó cómo le rasgaba la mochila con un cuchillo. Intentó quitarse de la espalda al villano, pero le agarraba con mucha fuerza mientras le destrozaba el paracaídas. Cuando se dio por satisfecho, el americano le dio una patada a su adversario para separarse de él. Bond, sin dudarle un segundo, se dio la vuelta, dando la espalda al suelo, y le apuntó con su reloj Omega, modificado debidamente por Q, para dispararle el diminuto gancho que disponía oculto en uno de los laterales. Afortunadamente para el agente, dio en el blanco, por lo que pulsó el botón que accionaba el recogimiento del resistente cable. De esta peculiar forma, logró atraer al terrorista hasta su posición. Este, atónito a la par que furioso a más no poder, se dolía de la herida que le había provocado su oponente en el pecho. Viendo que era incapaz de cortar el cable con su cuchillo, se dispuso a enfrentarse de nuevo con el traidor que había acabado con los principales miembros de su organización. Esta vez lo iba a tener más complicado, dado que ahora se encontraban cara a cara.

Fue Bond quien atacó primero, realizando una asombrosa voltereta sobre sí mismo para propinar una fuerte patada a la mano con la que su rival agarraba su arma blanca. Ahora sí que estaban en igualdad de condiciones, si se exceptúa el hecho de que el criminal disponía de paracaídas. Tras unos cuantos segundos en los que abundaron los agarrones, los puñetazos y las patadas, el americano, viéndose incapaz de deshacerse de su enemigo, optó por tirar de la anilla que abría su paracaídas. Bond hizo uso de sus reflejos para agarrarse velozmente a la bota derecha del ascendente criminal, quien no tardó en empezar a patear para intentar quitarse de encima al persistente agente secreto. De nuevo, no lo logró. Peor aún, ni siquiera pudo impedir que fuera trepando por su cuerpo hasta situarse hasta la altura de los hombros. Fue entonces cuando Bond puso fin al duradero duelo aéreo, ya que acabó con su vida ejecutando un rápido movimiento de manos con el que torció su cuello con endiablada brusquedad. Inmediatamente después, descendió un poco para agarrarse al cadáver en una posición algo más cómoda.

Al cabo de un par de minutos, tomó tierra. Como era de esperar, fue un aterrizaje bastante brusco por estar agarrado a un cuerpo inerte. Además, el terreno no era muy firme, más bien ondulado, ya que se trataba de un campo de cultivo. En él se hallaba un granjero que estaba colocando un desgastado espantapájaros compuesto de paja y un par de harapos viejos. No debía ser la primera vez que lo utilizaba. Nada más percatarse de la presencia de un extraño en su finca, se aproximó y le preguntó...

- ¿Qué lleva usted ahí?

- Le traigo un nuevo espantapájaros.- le respondió Bond sonriente mientras enrollaba rápidamente al difunto con el paracaídas.

RELATO Nº 2

Lo sé todo sobre usted

Despierte, Sr. Bond.- le decía un misterioso hombre armado con una pistola provista de silenciador desde la parte trasera de la cama. El agente inglés, tumbado de lado con un brazo bajo la almohada, se sorprendió más que por ver a un intruso en su habitación, por el hecho de no haber sido capaz de detectarle. La profundidad de su sueño se lo impidió. Parpadeó un par de veces y se frotó los ojos con la mano izquierda. Trató de discernir algo más que la silueta del atacante, pero la oscuridad era infranqueable. A pesar de todo, se seguía mostrando tan tranquilo como de costumbre, como si su vida no estuviera en juego por enésima vez. De hecho, se atrevió a soltar una de sus clásicos sarcasmos.- ¿No es un poco pronto para el desayuno?

- Sabía que diría algo por el estilo. ¿Sabe por qué? Porque lo sé todo sobre usted. James Bond, agente 007 con licencia para matar del Servicio Secreto Británico. Armado con una Walther PPK y los más variopintos artilugios. Especialmente destacables suelen ser los que se incluyen en su reloj Omega o en sus coches Aston Martin. Entre sus aficiones se encuentran los casinos, el golf y, sobre todo, las mujeres. Sólo estuvo casado en una ocasión, con la ahora difunta Teresa Bond. Le encanta el caviar Royal Beluga del Mar del Caspio y los Martinis mezclados, no agitados. ¿Se me olvida algo? ¡Ah, sí! Nunca ha fracasado una misión. Pero hoy ese dato va a cambiar porque no ha conseguido eliminarme a mí, Robert Smith, un brillante agente inglés que nunca fue galardonado a pesar de merecerlo y que ahora se encuentra en busca y captura por haber atentado contra los intereses de su Majestad. ¡Si me hubieran dado el reconocimiento que me merecía, no habría colocado aquella bomba contra M! Bueno, ha llegado su hora, Sr. Bond. Sus últimas palabras...

- Se le ha olvidado otra cosa sobre mí.

- Me muero por saberlo. ¿De qué se trata?- Bond movió velozmente el brazo que tenía bajo la almohada y le disparó, acertándole en el pecho. El intruso dejó caer su pistola y se desplomó sin vida sobre la alfombra.

- Siempre duermo con la Walther bajo la almohada.

RELATO Nº 3

Sabotaje en movimiento

Sabemos su hora de salida y su ruta, de modo que usted únicamente deberá infiltrarse en la base y colocar el dispositivo que le ha entregado Q para que el sistema de transmisión del camión se averíe justo en el momento en el que pase por el puente del río Guanano.- le decía M a Bond durante la habitual reunión previa a cualquier misión.- De esta forma, parecerá un accidente y evitaremos que el camión, cargado de toneladas de droga, llegue a su destino sin que nadie sospeche. Supondrá una cuantiosa pérdida para la organización de López.

- ¿Pero no sería mejor sabotear la limusina de López?

- Es demasiado arriesgado, siempre está muy vigilada. Bastante es que el primer ministro mejicano nos haya permitido actuar en esta operación. Tenemos la esperanza de que el accidente del camión provoque que también la limusina caiga por el puente, dado que siempre va detrás de él.

Aunque Bond aceptó las órdenes sin rechistar, ya había ideado una manera mejor de contribuir, de modo que cuando, al día siguiente, se encontraba bajo el camión, no colocó el dispositivo en su maquinaria sino que se agarró a ella y viajó con él. Más adelante, en las cercanías del puente, activó el cable retráctil de su reloj Omega, enganchándole a los bajos del largo trailer, y se dejó deslizar por el asfalto hasta situarse bajo la limusina. Para ello, se había vestido con un traje altamente resistente obra, como de costumbre, del gran Q. Como iban a más de 120 kilómetros por hora, su deslizamiento se produjo tan velozmente y la distancia entre ambos vehículos era tan escasa que nadie advirtió su presencia. Colocó entonces el aparato de Q sobre el eje de la transmisión y activó de nuevo su reloj para que el cable se recogiera, de modo que volvió a la parte inferior del camión. Obviamente, la velocidad que alcanzó en el deslizamiento de regreso no fue tanta, así que el conductor le vio. Entre que se lo comunicó por el interfono a su jefe y este tomó la decisión de detener la marcha, ya era demasiado tarde: estaban atravesando el puente. El dispositivo de Q lo detectó gracias a su minúsculo sistema GPS, por lo que se puso en marcha su mecanismo destructivo: un ácido corrosivo. El coche se empezó a zarandear de un lado a otro de la calzada. El conductor, aterrorizado ante la pérdida repentina del control, fue incapaz de evitar que el vehículo cayera al río por uno de los laterales. El camión se detuvo pocos metros más adelante. Su conductor, atónito, se bajó y se asomó al lugar de la barandilla por la que había caído la limusina. Bond aprovechó ese momento para llevarse el camión.

Pocos kilómetros más adelante, divisó una curva ideal por la que dejarlo caer colina abajo. Así pues, en la recta que la precedía, abrió la puerta y se colgó de ella para abandonar el descontrolado vehículo desde la menor altura posible. Se soltó y se agarró bruscamente a la barrera del borde de la calzada. El camión destrozó gran parte de ella y descendió a través de arbustos y matorrales varios cientos de metros. Después, efectuó una caída de más de doscientos metros de altitud, dada la presencia de un acantilado. La consiguiente explosión puso fin a la misión, más satisfactoria de lo previsto por M gracias a la audacia y la valentía del mejor de sus agentes.

RELATO Nº 4

Si Teresa no hubiera muerto

Es Blofeld!- exclamó Bond sorprendido después de que la última bala de la ráfaga desapareciera en la inmensidad del horizonte. Después de comprobar que Tracy no había sido herida, aceleró al máximo para tratar de alcanzar al villano y a su despiadada ayudante, Irma Bunt. No iba a resultar nada fácil: aquella carretera tenía tales curvas que bien podría utilizarse para celebrar un rally. Sin embargo, la habilidad al volante del ex-agente 007 y la maniobrabilidad y potencia del Aston Martin que conducía propiciaron el acercamiento entre los dos automóviles.

- ¡Agáchate, Tracy!- le gritó Bond a su reciente esposa cuando vio a Irma sacar su ametralladora por la ventana. Afortunadamente, el serpenteante recorrido la impidió disparar con el menor atisbo de puntería. Ni una sola bala logró acertar al coche que les perseguía.

Jamás lo admitiría, pero Bond echaba de menos en aquel crucial momento un buen artilugio de Q en la parte delantera del vehículo que le permitiera atacar a su presa. Sin embargo, no le hubiera hecho falta: la aparición de una pequeña furgoneta justo en una curva hizo que Blofeld se viera obligado a dar un volantazo en dirección al lateral izquierdo de la calzada, o lo que es lo mismo, rumbo al precipicio que daba al mar. Bond detuvo casi en seco su Aston Martin, se bajó de él y contempló la larga caída del vehículo de su eterno enemigo. Tracy también se aproximó al borde del asfalto para ver cómo, al fin, moría uno de los criminales más peligrosos de la Historia, aquel que a punto estuvo de acabar con sus vidas al provocar una avalancha.

- Disfruta de tu último chapuzón, Blofeld.- dijo Bond, tan sarcástico como siempre después de la muerte de un enemigo.

- Bueno, esta ha sido tu última contribución al mundo.- le dijo Teresa.- Te mereces una buena recompensa después de tantos años al servicio de su Majestad.

- ¿Ah, sí? – respondió su marido, siguiéndola el juego.- ¿Me darán una medalla? - No, han pensado en algo más... sugerente.

- ¿Como qué?

- Algo como esto.- y le besó, dando comienzo, ahora sí, a su luna de miel y, por tanto, a su nueva vida de casados. Una vida en la que Bond iba a poder respirar tranquilo, a dejar de lado para siempre al riesgo y las aventuras.

Entretanto, en las profundidades de las aguas, un submarinista divisó a escasos metros de distancia cómo un coche se hundía bruscamente. Sin dudarle un momento, se aproximó a la ventanilla del conductor todo lo más rápido que pudo y le ofreció la boquilla de repuesto que toda bombona de oxígeno poseía siempre.

RELATO Nº 5

Operación Kamikaze

Sé que es lo más arriesgado que se le ha pedido jamás, Bond,- le decía M con algo más de tacto que de costumbre.- pero es la única posibilidad que hay para impedir que ese terrorista haga estallar una bomba nuclear en pleno Londres. Y sé que usted es el único que podría conseguirlo. Q le dará los detalles. Buena suerte.

El agente 007 se dirigió entonces a la planta correspondiente al laboratorio del inventor. Una vez entró en él, volvió a sorprenderse con la cantidad de artilugios que se encontraban en pruebas. Desde una maquinilla de afeitarse con unas cuchillas más cortantes de lo habitual hasta un bastón capaz de lanzar dardos venenosos con tan solo girar su empuñadura y sin necesidad de ponerlo paralelo al suelo.

- Buenas tardes, Q. ¿Tiene por ahí el supositorio?

- Cápsula, 007, se llama cápsula.- le respondió molesto. Bond siempre sabía cómo hacer gruñir al genial científico.- Aquí la tiene. Métase dentro y le explicaré su funcionamiento.- se trataba de una especie de torpedo provisto de un cristal y una serie de controles que permitía a su piloto conducirlo como si de un caza se tratara. De hecho, la velocidad que podía llegar a alcanzar era ligeramente inferior, pero en esta misión no le iba a hacer falta ir a plena potencia.- Como ve, los mandos le resultarán familiares. El único interruptor nuevo es este.- le dijo señalando la parte superior de la palanca direccional.- Con él activará el mecanismo de expulsión. Recuerde que deberá utilizarlo cuando este indicador le diga que faltan 100 metros.- y señaló una pequeña pantalla numérica.- Inmediatamente después, cuando esté en el aire, tire de la anilla de su abrigo y saldrá la esfera hinchable. ¿Alguna pregunta?

- En esta ocasión, no me pedirá que le devuelva intacto el aparato, ¿verdad?

- Evidentemente no, 007. Se colisionará con uno de los vagones de metro que ha retenido el terrorista.- le respondió más molesto aún Q, pues la pregunta era tan obvia que no merecía ser respondida. Bond mostró una sonrisa, divertido.

Una hora más tarde... Bond se encontraba metido en la cápsula, la cual estaba apoyada sobre una base cuyas ruedas estaban asentadas en las vías del metro. Todo estaba dispuesto para que el agente iniciara el vuelo por el largo recorrido subterráneo. La razón por la que debía llegar a la estación donde el terrorista se hallaba junto a la bomba nuclear y medio centenar de rehenes de esa manera era porque el criminal había colocado un perímetro de sensores de movimiento que también activaban la detonación. Era del todo imposible acceder tanto por las escaleras de la estación como por los túneles que empleaban los vagones... a menos que se superaran los 300 kilómetros por hora.

Bond activó la ignición y la base comenzó a desplazarse lentamente. Fue cogiendo velocidad y, cuando así se lo indicaron las agujas del panel de control, tras avanzar algo más de 500 metros, accionó la fase que permitía al aparato volar, de modo que dejó atrás el soporte con ruedas. Empezó entonces a pilotar el vehículo por los anchos túneles mientras continuaba aumentando la velocidad hasta superar los 300 kilómetros por hora que necesitaba. Parecía imposible volar por aquel recorrido con esa rapidez, pero las manos expertas de 007 lo lograron sin problemas.

Algo más le costó mirar al mismo tiempo el medidor de la distancia que le quedaba cuando se estaba aproximando. En cuestión de segundos, pasó de estar a 1000 metros a

los 100 que le había indicado Q. Haciendo uso de sus agudos reflejos, pulsó el botón de la eyección justo a tiempo y salió disparado en dirección al techo, con tal fuerza que se hubiera golpeado contra él si no llega a haber tirado de la anilla de su traje que activaba la esfera hinchable. Esta amortiguó tanto este impacto como el posterior contra el suelo. Para entonces, la cápsula se había estrellado contra el vagón trasero de uno de los dos metros que permanecían allí retenidos por el terrorista. La explosión le destrozó en gran medida y el ruido, amplificado por el eco, fue ensordecedor. Menos mal que los rehenes se encontraban en el andén y no en su interior, tal y como había previsto M.

- ¿Pero qué demonios...?- se preguntaba el criminal, que no tardó en acercarse a las vías. Luego divisó la extraña esfera acolchada con cara de asombro. De repente, esta empezó a girar y a moverse lentamente. Sin pensarlo dos veces, el terrorista la disparó con su ametralladora, agujereándola. El extraño objeto se detuvo y, breves instantes después, escupió tres balas procedentes de un agujero que el delincuente no había producido. Tales proyectiles impactaron en su pecho, derribándolo y acabando con su vida en el acto. Los rehenes gritaron de euforia al ver que al fin estaban a salvo.

- ¡¡Que nadie se mueva de aquí!!- les gritó Bond nada más rasgar la esfera, salir de ella y subir al andén. La capa antibalas kevlar que Q había insertado entre el acolchado había sido

todo un acierto, como de costumbre.- Los sensores de movimiento de las salidas aún siguen activos. En cuanto desactive la bomba, podrán marcharse.- pero nada más terminar la frase, una señora de mediana edad, presa de la histeria y muy afectada por la tensión que había soportado durante el largo secuestro, echó a correr en dirección a las escaleras que daban a la calle. 007 la vio antes que nadie y fue tras ella.- ¡¡No lo haga!! ¡¡Deténgase o hará explotar la bomba!!

Dada la mayor cercanía por parte de la ciudadana respecto a la salida, estaba bastante claro que a Bond no le iba a dar tiempo a alcanzarla. Así que antes de que fuera demasiado tarde, el agente secreto se lanzó en plancha al suelo con los brazos estirados hacia delante y pulsó el botón de su reloj que disparaba una cuerda autoretráctil, apuntando a la pared que precedía a las escaleras. De esta forma, la señora se tropezó con él y cayó de bruces contra el suelo. Bond aprovechó el momento para alcanzarla y detenerla al fin, para alegría y alivio de los allí presentes.

- Sujétenla. Ustedes tres y ustedes tres,- dijo señalando a seis hombres.- cubran las salidas por si esto vuelve a suceder. Les recuerdo que el peligro ya ha pasado. Sólo falta desactivar la bomba y podrán marcharse a sus casas sanos y salvos.- los rehenes asintieron y el espía se dispuso a manipular el peligroso artefacto. Abrió la tapa del container en el que se hallaba y pensó: “Vaya, jamás había mentido a civiles”. El enmarañado conjunto de cables así como la activación de un contador a 5 minutos hicieron regresar al peligro.

“La desactivación no es mi especialidad”, pensaba Bond sarcástico, recordando las muchas explosiones y destrozos que había causado en su agitada trayectoria. Incluso había hecho estallar una bomba nuclear sin carga que la hiciera radiactiva cuando se encontraba en el interior de un gasoducto en una de sus últimas misiones.

Los rehenes supieron contener su pavor ante la nueva amenaza para proporcionar al agente el silencio que requería una tarea tan compleja como aquella. Debía seguir el recorrido de cables de diferentes colores, tratando de averiguar el esquema del circuito

que formaban. Y todo ello bajo la intranquilizadora presión del tiempo y con la visión en mente de un Londres radiactivo.

Quedaban menos de tres minutos. El sudor comenzó a hacer acto de presencia en su frente. Sus ojos apenas parpadeaban para no perder el hilo –y nunca mejor dicho. Aún no tenía claro qué cable se debía cortar, si es que había alguno, pero se estaba aproximando a lograr un entendimiento del circuito.

Entonces, cuando faltaba un minuto y medio, cortó uno de los cables, cogió el container de la bomba y le lanzó a las vías junto a uno de los vagones.- ¡¡Colóquense junto a las escaleras, rápido!!- les gritó a todos. La gente volvió a sentir el miedo en el cuerpo y corrió hacia el sitio indicado por el agente. Una vez se reunieron con los seis hombres a los que

007 había designado para vigilar la zona, les ordenó que corrieran lo más rápido posible y que se ayudaran los unos a los otros si alguien tropezaba con uno de los escalones.

En cuanto uno de los rehenes llegó al décimo escalón, se produjo la devastadora explosión que empujó a un vagón contra el otro, destrozando a ambos. El resto de vagones también sufrieron graves desperfectos. Tanto el andén como el techo sufrieron una convulsión fortísima seguida de una lluvia de escombros de gran variedad de tamaños y materiales. La estación a punto estuvo de verse sepultada. En la superficie, una ola de polvo acompañó al medio centenar de rehenes en su precipitado ascenso, aterrados como nunca antes lo habían estado en sus vidas. El pensamiento de que habían sido contaminados por radiación nuclear les vino a la mente antes de que Bond pisara la acera.

- ¡¡Tranquilos, escuchadme todos!!- vociferaba tratando de hacerse oír.- ¡¡No ha explotado la bomba nuclear, sino la carga explosiva que la detona!!

- ¿Quiere decir eso que no estamos contaminados?- preguntó uno de los ciudadanos.

- Eso es, no ha ocurrido nada, la bomba está intacta. Estamos todos sanos y salvos, tal y como les prometí.- los gestos de desolación y terror de la gente se tornaron por unos llenos de júbilo. Empezaron a gritar de nuevo, pero esta vez era de pura alegría. El amplio cerco policial que rodeaba la zona permitió el paso de la multitud que quería saber cómo se encontraban sus familiares y amigos.

- Nos ha salvado ese señor.- fue de una de las frases más repetidas durante las numerosas conversaciones, pero en todas las veces en que fue mencionada, nadie logró señalarle con el dedo. Bond se había mezclado entre la gente y había abandonado el lugar sin que nadie supiera quién había sido el héroe de la jornada, ni siquiera los medios de comunicación. Su identidad secreta seguía a salvo. Volvía a ser un simple transportista de Universal Exports.

RELATO Nº 6

Indiana Jones VS James Bond

No, otra vez no.- dijo Indy con tono cansino cuando empezó a oír pasos. Se encontraba en las entrañas de un volcán japonés que no había tenido actividad alguna desde hacía milenios y en el que había descubierto, tras no pocas investigaciones, que se escondía una importante escultura de gran valor arqueológico. Su nombre, traducido a su idioma, era peculiar como pocos: Octopussy, que representaba a la deidad de la antigua tribu de los Tanakas.- ¿Quién anda ahí?

- Me llamo Bond, James Bond, Servicio Secreto Británico. ¿Y usted es?

- Indiana Jones, arqueólogo. ¿Qué le ha traído hasta aquí? ¿Alguna misión secreta contra los nazis o el ejército nipón?

- Eeeeh... no, busco la base de operaciones de Ernst Stavro Blofeld.

- ¡Je, je, je, eso es imposible! Nadie ha estado nunca en esta cueva. Es un lugar totalmente inexplorado del mundo.

- Ya verá cómo no. Blofeld está aquí, he visto helicópteros de SPECTRA volando por la zona.

- ¿SPECTRA? ¿Una nueva facción alemana, supongo?

- No, es su organización terrorista.

- ¿Pero no debería usted encargarse de los nazis? Desconozco las actividades de esos terroristas pero creo que en la actualidad hay un problema de mayor importancia: ganar la Gran Guerra.

- ¿Me está diciendo usted que opina que Inglaterra aún no ha vencido del todo a Alemania? - Es evidente que no, Hitler aún continúa desplegando sus tropas por toda Europa.

- ¿Hitler? Amigo, siento decirle que vive usted anclado en el pasado. La Segunda Guerra Mundial acabó hace más de veinte años.

- Dirá la primera.

- No, no, la segunda.

- Me está tomando el pelo, ¿verdad?

- No, sin duda me le está tomando usted a mí.

- ¡¿Pero cómo se atreve a decir que los nazis han sido derrotados si hace apenas unos meses tuve que enfrentarme a ellos para tratar de quitarles de las manos el Arca de la Alianza?!

- ¡¿Y cómo se atreve usted a asegurar que Hitler sigue con vida?! ¡Todo el mundo sabe que se suicidó!

- Sr. Bond, no me tiene a desenfundar mi magnum...

- Será mejor que no lo haga, Dr. Jones.- dijo nada más desenfundar su Walther PPK con un veloz movimiento.- Por su bien, espero que dé media vuelta y se marche de aquí por donde haya venido.

- De acuerdo, está bien, me iré.- Indy comenzó a girar sobre sí mismo. Dio el primer paso y con un gesto rápido, tanto o más que el que había ejecutado su nuevo contrincante, tomó su látigo y le atizó al inglés en la mano en la que portaba la pistola, la cual irremediadamente cayó al suelo. Bond enseguida se agachó para recogerla pero el arqueólogo se lo impidió al apuntarle con su magnum.- Parece que las tornas han cambiado...

- No esté tan seguro.- el agente 007 giró el cristal de su peculiar reloj Seiko, que como de costumbre había sido debidamente equipado por Q, y la pistola de Indy salió disparada hacia él, atraída por un potente campo magnético. El americano, tras salir de su asombro ante la eficacia de aquel sofisticado artilugio, aprovechó el instante que empleó Bond para desactivar su reloj y coger la magnum para efectuar otro latigazo. Esta vez lo que hizo fue enrollarle alrededor de las piernas de su oponente y ejecutó un fuerte tirón. De esta forma, el agente cayó bruscamente de espaldas contra el suelo rocoso. Tal es así que realizó un disparo al techo sin querer. El eco debió ser ensordecedor, puesto que una porción de pared rocosa comenzó a tambalearse ligeramente. Afortunadamente no se trataba del comienzo de un derrumbamiento.- ¡¡Mire lo que ha hecho, ahora Blofeld sabe que estoy aquí!!- exclamó Bond al ver que esa pared se apartaba para revelar la existencia de una estancia secreta: la

guardia del villano más buscado del planeta. También mostró la presencia del guardia que había accionado el mecanismo. Armado con una pistola, el japonés no dudó en empezar a disparar a los dos intrusos. Por suerte para estos, la escasa visibilidad impidió que acertara a los blancos.

- No sé si fiarme de usted después de tratar de dispararme.- le dijo Indy al inglés mientras corría detrás de él.

- Oiga, olvide toda nuestra conversación anterior, ¿de acuerdo? Usted es americano y yo soy inglés. ¿Por qué habríamos de enfrentarnos?- por la expresión del arqueólogo, Bond sabía que aún no le había convencido.- Mire, si usted me ayuda a acabar con Blofeld, yo le ayudaré a encontrar lo que sea que estuviera buscando, ¿le parece bien?

- De acuerdo, ¿pero por qué no cambiamos el orden?

- ¡¿Usted qué cree?!- le dijo Bond tras sentir cómo las balas pasaban silbando a escasos centímetros de su cuerpo. El guardia les seguía de cerca y les sacaba ventaja en todo: llevaba linterna e iba armado. Sus dos presas se tenían que conformar con la iluminación que les proporciona el reloj Seiko y con armas de corto alcance: un cuchillo, un sable y un látigo.

La persecución les llevó irremediadamente a la salida de la gruta. Indy y Bond aprovecharon el tiempo que tardó el guardia en introducir munición en su pistola para esconderse entre la frondosa vegetación de la jungla que rodeaba el lugar. Entonces, viendo que le iba a resultar muy complicado salir victorioso de la situación, el guardia optó por coger su walkie-talkie para pedir refuerzos. Pero en ese momento, un preciso latigazo de Indy a la mano con la que lo sujetaba hizo que el aparato cayera sobre la hierba. El guardia, dolorido, apenas tuvo tiempo de frotarse la lastimada mano, dado que,

inmediatamente después, Bond le lanzó su cuchillo, con tal acierto que se le clavó en el cuello.

- Vaya, parece ser que hacemos un buen equipo.- le dijo el arqueólogo, aliviado.

- Sí... eso parece.- el inglés se mostraba escéptico a la par que molesto porque el latigazo de su compañero le impidió lanzar el cuchillo antes, cuando el japonés se disponía a hablar por el walkie-talkie.

- Bueno, ¿qué hacemos ahora?

- Rezar para que la puerta se haya cerrado y nadie haya activado la alarma.- Bond se acercó entonces al cadáver y le chequeó. Se quedó con su tarjeta de identificación, su pistola, sus paquetes de munición, recuperó su cuchillo y, cuando tomó el walkie-talkie, se le ocurrió una idea. Haciendo uso de su dominio del japonés, emitió un mensaje de auxilio, indicando la presencia de un ejército ficticio que se aproximaba por el Oeste. Indy, que no se había

enterado ni de una sola palabra, se extrañó al oír la sirena de la alarma en la lejanía en cuanto su compañero cortó la comunicación.

- ¿No me acaba de decir que rezara para que no se hubiera activado la alarma?- Bond, sonriente, le explicó:

- Tranquilo, se dirigen al otro extremo del volcán. Por tanto, habrá menos vigilancia.- entonces empezó a desnudar al fallecido japonés y le fue dando la ropa a Indy.- Creo que es de su talla.- el arqueólogo no tardó en deducir en qué consistía su plan.

Poco después, ambos atravesaban la puerta de piedra tras haberla abierto por medio de la tarjeta de identificación del guardia. Bond iba delante de Indy mientras le apuntaba con una pistola. El arqueólogo evitó asombrarse ante la descomunal instalación que se extendía ante sus ojos. Tales eran las dimensiones del lugar que albergaba a todo un cohete espacial con su correspondiente estación de lanzamiento. Enseguida se concentró en ocultar su cara tras el cuerpo de su compañero para que los pocos guardias que allí quedaban no descubrieran sus rasgos occidentales.

- Hacia las escaleras.- le susurró Bond tras ver que el centro de control se encontraba en un piso superior y, por tanto, era muy probable que fuera el sitio donde se hallara su eterno enemigo Blofeld.

- Bienvenido a mi humilde morada, Sr. Bond.- le dijo alguien sentado sobre un asiento de cuero negro como el carbón en cuanto entraron. El individuo que yacía sobre él, que acariciaba a un gato blanco, mostraba un amenazador aspecto: era completamente calvo y una cicatriz le recorría media cara pasando por su ojo derecho.- Permítame usted que me presente: soy Ernst Stavro Blofeld.

- Justo a quien quería ver.- el agente inglés dio un paso a un lado y el guardia que se encontraba a su espalda disparó dos veces al villano antes de empezar a correr hacia la salida. Bond sacó su Walther PPK y empezó a pegar tiros a diestro y siniestro a todos los guardias de la sala. Los empleados apostados en los numerosos paneles y estaciones de control dejaron de lado sus tareas para esconderse debajo de las mesas ante el tiroteo. Indy y Bond se cubrían a menudo para evitar ser alcanzados. Cuando acabaron con todos los enemigos, Bond empezó a colocar cargas explosivas sobre los monitores. De esta

forma, hizo saber a todos los allí presentes que debían abandonar el lugar.- Déjales marchar.- le indicó a Indy, que se encontraba vigilando la puerta. De momento, nadie se acercaba a ver qué era lo que estaba ocurriendo allí. El plan de 007 de advertir acerca de un ejército ficticio había sido realmente eficaz. Tanto que tuvieron tiempo de sobra para poner más cargas explosivas por la pista de despegue así como sobre el propio cohete espacial. Únicamente tuvieron que disparar contra algún que otro guardia que se había quedado vigilando la zona.

Cinco minutos después, cuando ya se hallaban de nuevo en la jungla, oyeron la tremenda explosión, que sin lugar a dudas destruyó la base secreta, pues provocó el derrumbe de la abertura del volcán.- Misión cumplida.- le dijo Bond a Indy, dedicándole una sonrisa de gratitud. El arqueólogo había hecho muy bien su papel de guardia y le había sido de gran ayuda tanto a la hora de disparar como durante la colocación de los explosivos. En definitiva, le había ahorrado mucho trabajo y había disminuido el nivel de dificultad de la operación en gran medida.- ¿Qué le pasa? No le veo alegre por nuestro éxito. ¡Acabamos de salvar el mundo!

- Sí, sí, eso está muy bien, pero... pero...- el arqueólogo se mostraba ciertamente triste. - Vamos, ¿qué? Dígamelo.

- Me he quedado sin Octopussy.

- ¿Octopussy? – Bond no pudo evitar sonreír al oír semejante nombre. No obstante, se acordó de lo que era: el valioso objeto que andaba buscando Indy y que tanto tiempo le había hecho gastar hasta que dio con su paradero. Con el derrumbe del volcán, estaba claro que se había quedado sin él.- Bueno, hombre, no es para tanto. No me va a comparar usted la destrucción del mayor criminal de la actualidad y su amenaza mundial con una reliquia arqueológica.

- Sí, tiene usted razón... a menos, claro, que realmente tuviera el poder que la leyenda dice que tenía: resucitar a los muertos.- el dúo se empezó a reír y a reír tanto por la gracia del improvisado chiste como por la alegría de haber sobrevivido una vez más.

A pocos metros de allí, entre los escombros metálicos y rocosos de la estación de SPECTRA, el cadáver de Blofeld no se hallaba sentado sobre su sofá de cuero sino a un par de metros de distancia, junto a una caja fuerte que, por lo que parece, logró abrir justo antes de morir. En sus inertes manos, situadas dentro de la caja, sujetaba una bella escultura compuesta de ocho extremidades que se había mantenido intacta gracias a la protección del acero blindado de la susodicha caja fuerte.

RELATO N° 7

Adiós a Paris

Vuelvo enseguida.- le dijo Bond a Paris en cuanto esta se despertó. Ya estaba vestido y listo para salir, así que abandonó la habitación y la vivienda antes de que su novia tuviera tiempo de hacerle alguna pregunta acerca de los motivos de su prisa. Había surgido algo importante. Aún no sabía de qué se trataba, pero cualquier mensaje que recibiera a través del indicador luminoso de su reloj requería la máxima prioridad, por encima de cualquier asunto personal.

Paris le interesaba muchísimo. Llevaban saliendo juntos desde hacía varios meses, cosa que nunca antes le había sucedido. La relación iba tan bien que el tema de la boda ya había surgido en un par de conversaciones. Bond le aseguraba que necesitaba algo más de tiempo, pues lo cierto es que le aterraba el matrimonio. La idea de tener que ceñirse a una única mujer se le hacía insoportable. Era algo totalmente normal en alguien tan mujeriego como él y por eso Paris le concedió más tiempo.

Finalmente, la prolongada duración de la nueva misión le permitió reflexionar y tomar una decisión: no volvería a verla. El matrimonio no estaba hecho para él. No sólo por su promiscuidad sino por las exigencias de su trabajo. Y si había algo en el mundo que Bond valoraba muchísimo era su trabajo. Era para lo que había sido adiestrado desde niño y lo que le hacía sentirse realmente bien consigo mismo.

Entretanto, Paris esperó y esperó el regreso de su prometido. Pero nunca volvió. Y lo peor de todo es que no podía hacer nada por encontrarlo, dada su identidad secreta. Nunca más le volvería a ver... a menos que una de sus misiones entrelazara sus caminos.

RELATO N° 8

Cualquier misión puede complicarse

El objetivo en aquella ocasión era bien simple: acudir a la cita con un compañero y recoger un paquete. Más sencillo que eso no lo había. No requería la utilización de ningún dispositivo ni más planificación que saber el lugar y la hora del encuentro, así como la contraseña de identificación, claro. Por si fuera poco, el destino era tan cercano que pude ir en coche.

No obstante, eso no quita para que uno deba ir atento y en estado de máxima precaución. Cualquier misión puede complicarse, tal y como me ha sucedido en tantas otras ocasiones anteriores. Desgraciadamente, esta se sumó a esa lista de operaciones en las que la improvisación se convertía en el factor crucial del que dependía tanto el éxito de la misión como mi propia supervivencia.

- Siéntese.- me ordenó el contacto nada más me acerqué al banco en el que se encontraba con un maletín sobre las piernas.- Le entregaré el paquete, esperará cinco minutos y se irá, ¿de acuerdo? - me extrañó aquella instrucción, sobre todo por la manera tan nerviosa como se comportaba.

- Primero, he de hacerle una pregunta: ¿tiene hambre?

- No, acabo de comer palomitas.- la contraseña era correcta, así que, en principio, no tenía por qué preocuparme.- Bien, aquí tiene.- me dijo mientras posaba el maletín en mis piernas. De nuevo, me extrañó cómo se movió. Le temblaba ligeramente el pulso, además de que trató con demasiada delicadeza al paquete, como si en vez de papeles llevaran algo más frágil. Por otro lado, apenas pesaba. ¿Por qué le temblaba el pulso entonces? Podían ser los nervios, pero me daba la sensación de que hubiera cargado con algo sobre los antebrazos.

- Un momento, antes de que se vaya, quería hacer una última comprobación.

- Recuerde que no puede abrir el paquete hasta que vaya a un lugar seguro.

- Sí, por supuesto, pero no me refería a eso. Sólo quería tocarle el antebrazo.- rápidamente le apreté, antes de que se negara. Aunque no le toqué demasiado fuerte, bastó para que quejara de dolor.

- ¡Ah, no haga eso!

- ¿A qué adivino por qué le duele ahí? Ha traído el paquete sobre los antebrazos, en horizontal, ¿verdad?

- ¡Pero qué tontería es esa! Le he traído cogiéndole del asa.

- Miente.- abrí el maletín y descubrí una serie de frascos llenos de un líquido amarillo.- Nitroglicerina, ¿no es así? - eso explicaba el que me hubiera ordenado esperar cinco minutos tras su partida: para que no le afectara la explosión que tendría lugar en cuanto me pusiera en pie.

Sin responderme, se levantó de un salto y se dispuso a huir. Entonces le hice la zancadilla en un veloz acto reflejo y cayó de bruces contra el suelo. Aproveché ese momento que tardó en levantarse y comenzar a correr para posar el maletín delicadamente sobre el

banco, manteniéndole paralelamente al suelo en todo momento. Después me puse en pie y, golpeando la puntera de mi zapato derecho contra el suelo, activé una de las últimas invenciones de Q: una mira láser incorporada a la suela. Le apunté con ella a la espalda y, con un golpe del tacón, el zapato disparó un sensor diminuto, del tamaño de una moneda, que se le adhirió a la chaqueta. Evidentemente, no notó el dispositivo, así que continuó con su agitada huida mientras yo me tomé mi tiempo para vaciar los frascos de nitroglicerina, vertiendo el peligroso contenido por una alcantarilla.

Hecho esto, corrí hasta mi Aston Martin "Desvanecedor", pulsé un botón del salpicadero y apareció una pequeña pantalla de radar. Simplemente tenía que seguir la señal intermitente para dar con el paradero del traidor, que ya se desplazaba por medio de algún vehículo motorizado. En pocos minutos le tuve delante de mí. Iba en una moto en dirección a la autopista. Sin lugar a dudas, se dirigía al aeropuerto.

Como no se percató de mi presencia –iba muy concentrado viendo las indicaciones y tratando de ir a una velocidad bastante superior a la estipulada-, opté por utilizar el dispositivo que hacía invisible a mi coche. Así, cuando llegó al aparcamiento del aeropuerto, le choqué por detrás lo justo para hacerle caer. Luego le agarré y le introduje en el maletero de mi automóvil lo más rápido que pude para evitar que la gente se diera cuenta de lo sucedido. Finalmente, puse rumbo al cuartel general del MI6, donde el traidor sería debidamente interrogado y juzgado. Espero que me dé la información necesaria para poder

realizar la misión que se le había encargado y que, seguramente debido a un soborno, no llevó a buen puerto.

RELATO N° 9

Vacaciones agitadas y muy revueltas

Tras el éxito de la última de mis misiones, M me concedió un merecido período de descanso, como solía ser lo habitual. Nada más salir de su despacho, pensé en un lugar al que ir. Uno al que hiciera bastante tiempo al que no acudía. Opté por el primero que me vino a la mente: Río de Janeiro. La última vez que estuve allí pude visitar el teleférico –de una forma nada aconsejable, ni siquiera para los turistas más atrevidos- pero no tuve tiempo de visitar la ciudad en sí. Una ciudad, por cierto, que disponía de uno de los mejores casinos de toda Sudamérica: el Casino Río de Plata.

Tras dejar el equipaje en la habitación, acicalarme convenientemente y cenar en el restaurante del propio hotel, me dirigí al majestuoso edificio de ruletas, barajas y tragaperras con la esperanza de disfrutar de una velada afortunada. Aunque empecé con mal pie en el Blackjack, luego recuperé bastante de lo perdido en los dados. Es más, la cantidad de fichas que empecé a recolectar llamó la atención de varios de los allí presentes. Entre ellos se encontraba la típica belleza dispuesta a todo con tal de hacerse con algunas de las ganancias. Lo sabía porque la había visto en otra mesa jugueteando con el caballero con más montones de fichas, intentando persuadirle para que la dejara tirar los dados por él y así darle suerte, cuando en realidad lo único que la interesaba era recibir una propina al final de la partida. En esa ocasión, no logró seducirle con sus encantos, así que enseguida se dirigió hacia otra mesa para volverlo a intentar con otro jugador. Ese jugador era yo. Y aún sabiendo que se trataba de una treta para sacarme los cuartos, también sabía que era típico que la mujer se ofreciera como “acompañante” por algunos billetes más, cosa que en aquel momento, estando de vacaciones, no me importaba en absoluto. Es más, es justo lo que siempre buscaba cuando disponía de tiempo libre.

- Hay que ver la suerte que tiene usted hoy, sr... - Bond, James Bond. ¿Señorita...?

- Luna da Silva. ¿Me deja tirar los dados? Suelo dar suerte.

- La verdad es que prefiero seguir tirando yo y continuar con mi buena racha. Pero lo que sí puedo dejarla es acompañarme después de la partida. Podríamos dar una vuelta y luego... ya se verá.

- Me parece una idea estupenda.- una respuesta distinta me hubiera sorprendido.

Me obsequió con su preciosa sonrisa y me dispuse a efectuar otra tirada. Esta vez, no saqué el 7 que necesitaba, cosa que, en ese momento, no me disgustó porque lo que más me apetecía no era seguir ganando unas cuantas fichas más sino empezar a disfrutar de la compañía de Luna.

- Vaya, lo siento mucho. Parece que no le he servido de mucho, ¿verdad?

- Pues no... al menos de momento. ¿Nos vamos?

Como había previsto, dimos un paseo por la bahía. Lo que no me esperaba en absoluto fue lo que ocurrió cuando llegamos a la habitación. Sospeché algo cuando vi que fue al baño “a ponerse cómoda” llevando consigo su bolso. Me extrañó, pero no le di importancia. Luego, cuando salió, lo hizo con una pequeña pistola, justo de mi modelo, Walther PPK, cuyo tamaño era el idóneo para que pudiera ocultarla en dicho complemento. Mis reflejos me permitieron rodar por la cama con la suficiente rapidez como para no recibir ninguno de los tres disparos que efectuó.

- No te resistas, sr. Bond.- me dijo una vez me tiré por el lateral de la cama.- No tienes ninguna posibilidad.

La verdad es que tenía razón. La situación se había puesto bastante fea: me encontraba desnudo y desarmado... a excepción de mi reloj "Omega". Su dispositivo láser era lo único que podía salvarme de una muerte segura a manos de esa energúmena. Sin perder ni un segundo, le activé, apuntando hacia sus tobillos por debajo de la cama. Tracé una trayectoria con la que le abrasé ambos. Tras proferir un potente grito de dolor, cayó de rodillas al suelo. Aproveché ese momento de debilidad para acercarme y darle una patada en la mano, de modo que su pistola voló hasta colisionar contra el armario y caer sobre la moqueta. Justo después, y sin tener tiempo para empezar su inmovilización, la mujer me propinó un puñetazo lleno de rabia en donde más me podía doler: en las partes. Caí sobre la cama y me temí lo peor. Por suerte, estaba tan atemorizada que en vez de ir a recoger su pistola, optó por salir corriendo de la habitación.

Unos segundos después, cuando me encontraba algo mejor, cogí la pistola y una bata y salí a perseguirla. Gracias a que llevaba tacones, pude oír sus pasos por las escaleras en dirección... ¿al tejado? Me extrañó que no hubiera preferido escapar por la calle, dado que le hubiera resultado mucho más sencillo. En fin, me daba lo mismo: iba a cogerla fuera como fuese. Nadie me traiciona de esa manera sin pagar por ello. Es más, nadie lo ha logrado nunca. Nadie.

En cuanto abrí la puerta con la que se accedía al recinto, la vi encaramándose al muro que bordeaba el edificio. Luego se dispuso a agarrarse a una tirolina que debió haber colocado en algún momento anterior a nuestro encuentro en el casino. Eso me hizo pensar que tenía previsto quedar conmigo desde un principio. ¿Por qué? ¿Acaso me conocía? ¿Le habían encargado matarme? Me fijé entonces el objetivo de capturarla con vida para descubrir la razón que había tras aquel intento fallido de asesinato. No obstante, me tiré el farol de que la dispararía si se dejaba deslizar por la cuerda. Como era de esperar, desatendió mi amenaza y puso rumbo al edificio de la acera de enfrente, situado a unos quince o veinte metros.

Estuve tentado de quemar la cuerda con el láser del reloj, pero mi curiosidad por conocer qué había detrás de todo aquello me impulsó no sólo a no hacerlo sino que, además, me colgué y empecé a avanzar por la cuerda tal y como se hacía en los entrenamientos militares. Se trataba de algo realmente arriesgado, sobre todo teniendo en cuenta que mi rival ya estaba llegando al otro lado y podía ocurrírsele la idea de cortar la cuerda de alguna forma.

Efectivamente, así fue. Nada más tomó tierra, vi que cogía del suelo un puñal. De nuevo, tenía previsto cortar la tirolina para que nadie pudiera perseguirla en caso de que algo saliera mal. Había pensado en todos los detalles, para mi desgracia. Lo que hice entonces fue algo tan sumamente peligroso que se quedó atónita, algo que formaba parte de mi estrategia: corté la cuerda con el láser del "Omega" por la parte que había recorrido, de modo que me dirigí hacia la pared de cristal del edificio en el que ella se hallaba siguiendo una trayectoria de péndulo. Cuando digo que el hecho de que se sorprendiera formaba parte de mi plan, me refiero a que el tiempo que tardó en reaccionar, me permitió atravesar una de las ventanas antes de que cortara la cuerda. Noté cómo el extremo de la misma perdía su fuerza al tiempo que caía sobre un monitor TFT y diversos elementos de oficina, todo ello mientras me veía sumido en una lluvia de cristales. Las magulladuras y los cortes fueron numerosos, pero había logrado lo que pretendía, así que me puse de pie de un salto con la intención de acabar con la persecución de una vez por todas.

Me imaginé que Luna tenía que utilizar la escalera de incendios para llegar a la calle, a menos que hubiera preparado algo más, cosa que dudaba. Así que, guiado por mi intuición, la esperé detrás de la salida de emergencia del piso en el que me encontraba. Enseguida empecé a escuchar sus tacones golpeando los escalones metálicos. Bajaba realmente rápido para llevar un zapato tan incómodo. Una vez llegó al descansillo correspondiente a mi planta, abrí velozmente la puerta metálica y la apunté con la Walther PPK. El susto que se llevó era digno de la mejor de las películas de terror. Se quedó paralizada unos segundos antes de que pudiera balbucear, entre fuertes inspiraciones, algo así como si no quería saber por qué lo había hecho.

- Por esa razón aún sigues con vida.- la respondí, sin bajar la guardia por si hacía alguna tontería.

- Te lo diré, pero sólo si me prometes que me dejarás marchar.

- Con eso no cuentas, no es negociable.

- Entonces no me dejas otra alternativa...- dijo mientras retrocedía dos pasos, luego se cortosionó sobre la barandilla y se dejó caer, de una forma similar a la que hizo Madga en aquel balcón hindú durante mi misión "Octopussy". La diferencia estaba, obviamente, en que Luna carecía de cualquier tipo de sujeción.

Inmediatamente después me asomé, sorprendido de su reacción y siempre con la duda de si había previsto caer en algún lugar que la permitiera sobrevivir a semejante descenso. En efecto, así era: su cuerpo fue a dar a un container de basura... pero de los dos que había, fue a parar al que tenía la tapa cerrada. Si nos hubiéramos encontrado en un piso inferior, probablemente hubiera acertado a caer en el que estaba abierto, pero desde la planta 23, las posibilidades de conseguirlo eran tan escasas como sacar tres veces seguidas un seis doble. "Eso sí que es un deporte de riesgo y no el puenting", pensé tan sarcástico como de costumbre.

Una vez bajé hasta el estrecho y mal iluminado callejón, subí al container y la contemplé durante unos segundos. Era realmente hermosa. Una lástima que hubiera dedicado su vida al crimen en vez de a algo más provechoso. Registré su cuerpo pero no encontré nada a parte del puñal.

Volví a la habitación del hotel con la esperanza de hallar alguna pista que me permitiera saber la razón por la que había atentado contra mí. Cogí su bolso y tiré su contenido sobre la cama. Pintalabios, maquillaje, pañuelos... No encontré nada raro hasta que abrí la cartera. Ahí encontré una fotografía en la que se la veía acompañada del que parecía ser su novio. También sería algo de lo más normal si no llega a ser porque se encontraban embutidos en trajes de astronauta amarillos con franjas negras.

"Moonraker", fue la palabra que acudió entonces a mi mente. Luna había sido una de las elegidas por Hugo Drax para viajar a la estación orbital que había creado el magnate con motivo de crear una nueva era humana tras la total aniquilación de la especie que tenía planeada. Mi actuación, junto a la de Holly Goodhead, echó a perder su sueño de participar en la creación de esa nueva civilización. Sin duda, era un buen motivo para vengarse de mí.

RELATO N° 10

Tres bajo par

Bond detuvo el carrito en el green, se bajó de él y colocó una pelota sobre la lisa hierba. Presionó un botón situado en la montura de sus gafas de sol para activar la función de prismáticos que Q le había incluido en ellas y con otro botón comenzó a manejar el zoom. En pocos segundos, localizó el paradero de un lujoso yate. Se hallaba a varios cientos de metros más allá del acantilado hasta el que se extendía el campo de golf. Concretamente a 523 metros desde su posición, según le indicaba el visor derecho.

Esperó apenas un par de minutos y una lancha motora se aproximó al yate hasta situarse junto a uno de sus laterales. Dos individuos vestidos muy elegantemente subieron a él por una escalerilla seguidos de cerca por cuatro guardaespaldas. Saludaron al anfitrión, Hugo Pérez, uno de los mayores contrabandistas de Miami, y procedieron a sentarse en una mesa situada en la terraza superior del vehículo.

- Es la hora de hacer el tres bajo par.- susurró Bond, tan sarcástico como de costumbre mientras tomaba uno de los palos de golf de su bolsa.- El hierro 5 debería ser suficiente.

Golpeó con todas sus fuerzas en dirección al yate, tratando de alcanzar no sólo la mayor distancia posible sino también la mayor altura posible. Rápidamente sacó el teléfono móvil de uno de sus bolsillos, observó atentamente la pelota y, al cabo de poco más de tres segundos, presionó la tecla 5. La pelota desplegó entonces un diminuto paracaídas y se mantuvo en el aire muy por encima del yate. Luego, presionó el 6 y comenzó a oír la conversación del trío recién iniciada a través del propio móvil. Ahora sólo faltaba que hablaran de lo que habían ido a hablar: las especificaciones de una gran operación de contrabando de drogas.

En efecto, Bond oyó todo lo que quería oír mientras el móvil lo almacenaba en su disco duro de alta capacidad. Una información realmente valiosa para que sirviera de prueba en un futuro juicio contra los tres traficantes de mayor actividad del continente americano. Con lo que no contaba era con que uno de los guardaespaldas divisara de casualidad la pelota de golf. Sorprendido al ver semejante esférico con paracaídas, se hizo con unos prismáticos y comprobó que, en efecto, alguien les estaba espiando con una pelota de golf. Divisó la zona y al único que vio fue a un jugador de golf con un teléfono móvil en la oreja. Sin embargo, no decía ni una sola palabra, sólo escuchaba. Estaba claro que aquel tipo era el que estaba detrás de aquello. Sin perder el tiempo, tomó un rifle de francotirador guardado en algún lugar del camarote, regresó a la cubierta del yate y disparó a Bond. Afortunadamente para el inglés, la bala no fue del todo certera, ya que colisionó en su teléfono móvil, destrozándolo en mil pedazos... junto a la valiosa grabación.

- Niño malo.- susurró mientras huía del lugar en el carrito a la mayor velocidad que le permitía semejante vehículo.- Habrá que pasar al plan B.

El plan B no era otro que recuperar la pelota de golf, dado que poseía otro disco duro en el que se almacenaba una copia de seguridad de la grabación. Una grabación que continuaba haciéndose, aunque la conversación se estaba dando por concluida. Contenía, por tanto, toda la información necesaria para impedir la futura operación de contrabando. Jamás antes una pelota de golf había sido tan valiosa como aquella Slazenger.

Bond llegó entonces a la salida del campo de golf ante la atónita mirada de los allí presentes. Aquel tipo debía tener muchísima prisa, pensaban al ver cómo el inglés derrapaba con el carrito para aparcarlo a pocos metros de la entrada principal. Le dejó de un salto y echó a correr en dirección al aparcamiento, donde le esperaba su flamante Aston Martin último modelo. Aunque nadie lo diría, dado que externamente era calcado al Aston Martin Desvanecedor que había conducido no hacía mucho para enfrentarse a los secuaces de Gustav Graves. Esta nueva versión del automóvil también disponía del dispositivo de invisibilidad, pero el número de “gadgets” había aumentado considerablemente.

Uno de ellos le vino muy bien para introducirse en la finca, completamente rodeada por un alto muro de piedra: un potente misil Stinger. Tal era su potencia devastadora que derribó toda una sección del muro, es decir, no generó un boquete, sino que cayó una porción de más de cinco metros de anchura. La gente de los alrededores, asustados por el estruendo de la explosión, se quedó anonadada al ver al Aston Martin entrar en el recinto a toda velocidad. Caras de asombro acompañaron a Bond en su largo recorrido, el mismo que hizo con el carrito, pero a una velocidad ampliamente superior. Los agentes de seguridad, movidos por el instinto, se montaron en sus carritos para hacer frente al infractor, pero antes ni siquiera de ponerles en marcha, se miraron los unos a los otros, como diciéndose “qué estamos haciendo”, y optaron por llamar a la policía con uno de sus walkie-talkies.

Entretanto, Bond estaba ya atravesando el green en el que había estado hacía unos minutos, pero no frenó ni se detuvo sino que continuó acelerando en dirección al precipicio que daba al mar por la zona en la que la pelota de golf se mantenía aún en el aire a una altura considerable. Los guardaespaldas del yate detectaron el lejano ruido del motor del coche y desviaron su atención hacia el intrépido conductor. El trío de traficantes, viendo que sus agentes les dejaban a un lado para mirar en esa dirección, se pusieron en pie para ver qué era aquello que tanto les llamaba la atención.

Pronto todos empezaron a reír al ver cómo el Aston Martin se tiraba por el gigantesco precipicio sin motivo alguno. Pensaron que debía tratarse de un acto suicida, pero lo que vino a continuación les hizo cambiar de parecer: de la parte trasera del vehículo emergió una especie de mástil que desplegó, a su vez, un cuarteto de hélices, tales como las que caracterizan a los helicópteros. Un instante después, se pusieron en marcha, frenando la caída del vehículo a pocos metros del agua. Es más, la matrícula llegó a mojarse, pero justo después el automóvil comenzó a ascender y tomar altura. En ese momento, el guardaespaldas que utilizó el rifle de francotirador cogió de nuevo sus prismáticos y observó que quien conducía el impresionante vehículo era el mismo que los había estado espionando.

- ¡Va a hacerse con la pelota de golf! – gritó a sus compañeros, aún atónitos ante la acrobacia que estaban presenciando. Q se hubiera sentido orgulloso con tan sólo haber visto aquellas expresiones.- ¡Disparadle!

Entonces, todos cargaron sus ametralladoras automáticas, apuntaron al peculiar vehículo y emitieron una lluvia ascendente de balas. Bond ni se inmutó, pues el blindaje con el que Q dotaba a todos sus coches le hacía literalmente inmune a un ataque de ese estilo. Así pues, continuó subiendo en dirección a la pelota de golf, guiándose por el radar que incluía el salpicadero, porque realmente no podía verla dada su extraña posición. Lo que sí pudo ver fueron las caras llenas de frustración de los traficantes y sus secuaces cuando se les agotó la munición. Sin embargo, le sorprendió que uno de ellos –el mismo que le había destrozado su teléfono móvil- no se rindió y fue corriendo al camarote del yate.

Bond se temía lo peor: iría a por un arma de mayor potencia, justo cuando estaba a punto de alcanzar la pelota. De hecho, ya estaba abriendo la ventanilla para cogerla cuando el guardaespaldas volvió a hacer acto de presencia en la cubierta. Llevaba consigo un bazoka.

- Esto se pone feo. Vamos, ¡vamos!- gritó Bond a la pelota con un creciente nerviosismo al ver lo mucho que le estaba costando hacerse con ella debido al viento que provocaban sus propias hélices. En ese momento, en el que estaba ya rozando con los dedos el miniparacaídas de la bola, su enemigo colocó su arma en posición de disparo. Sin pensarlo dos veces, Bond cogió un pequeño dispositivo de la guantera, se desabrochó el cinturón y se deslizó a través de la ventanilla, cogiendo primero la bola y dejándose caer después. En ese instante, un misil salía disparado del bazoka, impactando y destruyendo al peculiar Aston Martin.

A Q no le va a hacer ninguna gracia, pensaba mientras descendía varias docenas de metros hacia el mar. Una vez sumergido, guardó la pelota y sacó de uno de sus bolsillos el diminuto aparato que había cogido de la guantera: un respirador, como aquel que ya había usado para infiltrarse en el gigantesco invernadero esférico de Gustav Graves.

- Sin duda, no ha sobrevivido.- exclamó lleno de alegría el guardaespaldas a sus compañeros. Habían pasado varios minutos y el espía no había emergido.- Se habrá ahogado al haber quedado inconsciente por la caída.

Pero nada más lejos de la realidad. Bond se encontraba buceando en dirección a la playa más cercana. Tenía tiempo de sobra, ya que hasta tres horas podía mantenerse bajo el agua gracias al genial invento de Q. Una vez pisó tierra, volvió a encontrarse con un sinfín de asombrados rostros, esta vez de bañistas, que no se explicaban cómo un jugador de golf se estaba dando un baño.

- Es que es una herencia familiar, me moriría si la llego a perder.- les comentó a los allí presentes mostrándoles la pelota de golf.

RELATO Nº 11

Masacre

Y entonces Bond fue a aquel lugar en el que se decía que nadie volvía con vida. No sabía por qué, pero tenía que ir. Nadie se lo había ordenado, ni siquiera el Servicio Secreto Británico ni M. Pero él tenía que ir. “Ya lo creo que tengo que ir”, pensaba. Tenía que ir porque así se lo dictaba su razón. Tenía que ir a por todas en aquella instalación. Parecía abandonada pero nada más lejos de la realidad. En cuanto entró, empezó a pegar tiros a diestro y siniestro, sin pensar si eran buenos o malos, si estaban armados o no. Debía matarles a todos y no sabía bien por qué. Era una paranoia. Más que eso, era una auténtica locura, pero lo estaba haciendo como si el peor asesino fuera. Ni Blofeld hubiera cometido aquella atrocidad, ya que no ganaba nada con ello. Los villanos a los que se había enfrentado cometían atrocidades, pero siempre con algún interés de por medio, bien dinero o bien poder. Pero Bond estaba allí, en aquella instalación, pegando tiros porque sí, sin ton ni son. Le apetecía y nada más.

Los cadáveres se agolpaban unos contra otros. Más y más gente aparecía huyendo por los pasillos, y más y más de ellos caían abatidos ante la ametralladora uzi del despiadado inglés. Era una locura. Una auténtica locura. Peor que cualquiera de las pesadillas que había soñado jamás. Con la diferencia de que aquello no parecía ser una pesadilla, ya que disfrutaba asesinando a balazos tanto a inocentes como a criminales, si es que realmente había algún criminal por aquellos lares. Era impresionante. Más de tres docenas de muertos había ya sobre la moqueta de los suelos de aquellas oficinas y laboratorios. Semejante barbaridad no cabía ni como fruto de la imaginación del más perverso de los seres humanos.

Afortunadamente, sólo se trataba de realidad virtual. Q había diseñado un nuevo modelo de su Sistema de Entrenamiento de Agentes (S.E.A.) con motivo de mejorar la experiencia y la eficacia de la anterior versión, no para que “el inmaduro de 007” se lo pasara en grande aniquilando a personajes digitales. Cuando Bond se quitó las gafas, no pudo evitar soltar su típica frase sarcástica:

- Esto sí que es un buen producto antiestrés y no lo que anuncian en la teletienda. Buen trabajo, Q.- a lo que el inventor respondió con su clásico “Madure, 007”.

RELATO Nº 12

Deporte de riesgo

Nunca pensé que el fútbol americano pudiera ser considerado un deporte de riesgo. Pero sin duda en aquella ocasión sí que lo era. Me encontraba frente a los “New York Giants” sin más atuendo que un traje de Armani, un pañuelo de lino y zapatos de Gucci. Acababa de entrevistarme con el presidente del club con motivo de descubrir si pudiera tener algún tipo de conexión con el asesinato de 001, ocurrido mientras se hallaba investigando una trama de corrupción de gran escala. Aquella era la prueba de que el presidente estaba involucrado: me propuso que si lograba puntuar, me permitiría acceder a cualquier información que requiriese, incluyendo la guardada en su ordenador personal. En otras palabras, quería librarse de mí, pues en ningún momento me ofreció la posibilidad de abandonar el estadio. ¿Y qué mejor forma que hacerlo que a través de su equipo? Parecería un simple accidente deportivo.

- ¡Cógelo! – me dijo justo en el momento en el que me lanzaba el balón con forma de aceituna. Me encontraba a un tercio del campo para alcanzar la zona del “Touchdown”. A mitad de camino me esperaba un equipo formado por once mastodontes con más músculos que cerebro. Esperaba que esa fuera mi ventaja, junto a mi mayor agilidad.

Apenas empecé a moverme cuando el equipo echó a correr hacia mí. Opté por dirigirme hacia el lateral derecho, aunque primero hice un par de quiebros para hacerles dudar acerca de mi trayectoria. Esquivé al primero de ellos cuando se elevaba por los aires como motivo de agarrarme. El segundo y el tercero tampoco me supusieron un gran problema gracias a mis fintas varias. Pero el cuarto me golpeó en la pierna izquierda, lo que hizo que me cayera al suelo. Aún podía continuar, así que me levanté lo más rápido que pude, evitando que el quinto de los jugadores me aplastara. Al sexto y al séptimo les engañé con otro de mis ágiles movimientos, pero, de nuevo, el octavo logró golpearme en las piernas, esta vez con la suficiente fuerza como para hacerme rodar por la hierba. Esta caída les dio el tiempo suficiente a los tres jugadores restantes para tirarse encima de mí.

En mi vida me había sentido tan aplastado. La presión que ejercían sobre mí aquellos tres tipos me estaba dificultando la respiración. Menos mal que no tardaron mucho en levantarse.

- Casi lo consigues, sr. Bond.- exclamó el presidente del club.- Además, ha conseguido divertirme, de modo que le concederé una segunda oportunidad. “Si es que consigo mantenerme en pie”, pensé, dolorido tanto por la caída como por el posterior aplastamiento. Me sentía débil a la par que cansado por el sprint que acababa de efectuar, pero, como siempre me sucede cuando alguien me reta, me propuse superar la prueba. Aunque en esta ocasión no me veía tan convencido de lograrlo, dado el extremo nivel de dificultad que suponía enfrentarse a un equipo profesional de fútbol americano, probablemente el mejor de la actualidad.

Así pues, retrocedí hasta el punto de partida, balón en mano, respiré hondo un par de veces e inicié un nuevo avance a la mayor velocidad a la que me era posible ir. Los “New York Giants”, que ya se habían colocado de igual forma que lo habían hecho en el anterior intento, volvieron a la carga. Esta vez opté por el lateral izquierdo. Aumenté el número de quiebros y fintas a cambio de perder algo de velocidad, lo que me permitió esquivar a los tres primeros adversarios con relativa facilidad. El cuarto casi me atrapa un pie, al igual que el quinto y el sexto, que estuvieron realmente cerca de conseguir abatirme con sus fuertes embestidas. El problema vino con el séptimo, al que casi esquivé, pero logró

empujarme lo justo como para hacerme caer al suelo. Menos mal que rodé por el suelo de tal forma que me puse en pie de un salto a tiempo de esquivar al octavo jugador. Un quiebro muy brusco en la dirección opuesta a la que iba me permitió librarme del noveno, mientras que un salto hacia delante por encima del décimo me dejó a muy pocos metros de la línea de puntuación y a falta de sortear a los dos últimos jugadores. Lo iba a tener bastante complicado porque venían hacia mí al mismo tiempo. Además, notaba que ya no me quedaban apenas fuerzas para realizar más fintas, ni mucho menos para aumentar mi velocidad.

Se me ocurrió entonces la única forma que tenía de librarme de ellos: utilizar el cable retráctil de mi reloj “Omega”, enganchándolo al poste paralelo al suelo que toda portería de fútbol americano tenía. La distancia era la idónea, no así el grosor de la viga, lo que me obligaba a ser muy preciso. Con motivo de apuntar mejor, reducí la velocidad de mi carrera, para sorpresa de mis rivales, que hicieron justo lo contrario dada la oportunidad que les había servido en bandeja. Sus ganas de cogerme fueron aún mayores cuando vieron que llegué al punto de casi detenerme. Pero cuando aún les faltaban un par de metros, disparé el cable, que afortunadamente se enganchó al poste y me elevó, pasando por encima de sus cascos y situándome en un instante en la zona de puntuación. Me descolgué y posé el balón sobre la hierba.

- ¡Touchdown, caballeros!- exclamé entre fuertes jadeos, pero lleno de júbilo por haber logrado superar tan complicado reto, por no decir prácticamente imposible. La cara del presidente dejaba bien a las claras que no se esperaba en absoluto que fuera capaz de

conseguirlo, fuera a parte que desconocía el dispositivo que llevaba en la muñeca. Su gesto se tornó por uno que venía a expresar la más intensa de las furias. Segundos después, ordenó a los jugadores que acabaran conmigo. No tardé apenas unas décimas de segundo en correr de nuevo, lo que tardé en recoger el cable retráctil. Esta vez puse rumbo al graderío situado a mis espaldas, tras la zona de puntuación. Mi única posibilidad residía en salir del césped, para lo cual tendría que usar de nuevo mi sofisticado reloj.

Me estaban alcanzando. Casi podía oler sus alientos. Me quedaban unos pocos metros cuando el más cercano de ellos saltó hacia mí con la intención de agarrarme por los tobillos. Menos mal que di un pequeño brinco para que no lo consiguiera. Así pues, pude llegar a donde pretendía llegar, de modo que disparé el cable y, en cuestión de poco más de un segundo, ascendí hasta la barandilla. Inmediatamente después, sin perder tiempo, volví a correr para tratar de alcanzar al presidente, que se encontraba subiendo por las gradas centrales del estadio en dirección al palco. Como no se había percatado de mi fuga, iba tranquilo, sin ningún tipo de prisa. No fue así cuando oyó mis pasos por el pasillo de la primera fila. Pero entonces ya era demasiado tarde. Dada su corpulencia –una manera suave de definir su obesidad- apenas me supuso esfuerzo darle caza, ya que su velocidad dejaba mucho que desear.

A partir de ahí, todo fue coser y cantar. Le obligué a que me diera pruebas de su relación con la trama de corrupción que había investigado 001. Era eso o su vida, por lo que no le costó mucho decidirse. El juicio posterior le llevó a la cárcel junto a otros empresarios de alto nivel de la ciudad. Caso resuelto.

RELATO Nº 13

Invitado sorpresa

¿Cómo era posible que aquel agente, también perteneciente al Servicio Secreto de su Majestad, lo supiera todo acerca de la misión de Bond? ¿Acaso M le había tendido una trampa para eliminarle durante el transcurso de la misma? ¿O simplemente era algo personal del agente? Pronto lo descubriría, siempre y cuando el agente prolongara un poco más la realización del disparo, ya que le estaba apuntando en la nuca. Y lo peor de todo, o al menos lo que más rabia le daba a 007, es que le había pillado justo cuando se disponía a concluir la operación con éxito: el traidor sabía cuál era su punto de extracción en aquella instalación terrorista.

- Bueno, sr. Bond, parece que después de todo, va usted a fracasar una misión por primera vez.

- Pues sí, así es, pero ¿no podría decirme por qué lo hace?

- La verdad es que no, no me apetece darle ese placer, así que despídase.- fue entonces cuando Bond dio un golpe en el suelo con la puntera de su bota izquierda. Esto hizo que se disparara un dardo del tacón en dirección al muslo de su contrincante; un dardo especialmente diseñado por Q para provocar un fuerte dolor, ya que nada más clavarse despliega una serie de púas que, además, vierten un somnífero de gran intensidad. Combinando este golpe con otro mucho más contundente por parte de su codo derecho sobre la muñeca del agente, 007 logró que perdiera su pistola. El traidor le atacó con toda su furia, en una sarta de patadas y movimientos característicos de todo agente inglés que se precie de serlo. Bond apenas pudo defenderse ante semejante vorágine de golpes, de modo que acabó cayendo al suelo con algo de sangre y varias magulladuras. Su rival se lanzó después sobre él con un puñal en la mano, pero en ese momento hizo efecto la inyección, así que 007 le pudo detener con una simple patada. El agente cayó a su lado totalmente inconsciente. “Dulces sueños”, le susurró antes de ponerse en pie, recoger la pistola y proseguir con su huída.

El problema ahora estaba en que el retraso provocado por aquella pelea había sido suficiente para que el guardia destinado a vigilar aquel cuarto de contadores se pasara por allí cuando Bond aún no le había abandonado. Además, había un cuerpo con el que 007 no contaba. Dado que apenas dispuso de unos segundos desde que oyó acercarse al guardia, lo único que pudo hacer fue ocultarse tras la puerta. Una vez el vigilante la abrió, se dirigió a inspeccionar el cadáver. En cuanto se agachó, Bond le propinó un fuerte golpe en la nuca, de modo que cayó aturdido sobre el que fuera agente secreto inglés. “No te quejarás: ahora tienes compañía”, murmuró, tan sarcástico como siempre.

Ahora sí que podía salir sin más dificultades. Se dirigió a la tapa que daba acceso al alcantarillado, la quitó y comenzó a descender por la escalerilla. Pero cuál fue su sorpresa cuando oyó a otro guardia entrar en la sala de contadores. Sin pensarlo dos veces, decidió usar el cable retráctil de su reloj para realizar un descenso más rápido, dado que si el vigilante le pillaba en pleno descenso, sería un blanco muy fácil.

- ¡Alto! – le gritó justo antes de emitir una ráfaga con su ametralladora. Afortunadamente, Bond acababa de saltar sobre el riachuelo de aguas fecales, de modo que le bastó saltar en la dirección que le interesaba para que no le alcanzaran los numerosos proyectiles. El guardia, por su parte, comenzó a descender sin saber que Bond le había preparado una “sorpresa” en uno de los escalones: un explosivo que se activaría en cuanto le pisara. Sin embargo, viendo que no avanzaba todo lo rápido que debiera, el vigilante optó por

deslizarse por los extremos de la escalerilla. De esta forma, evitó la bomba y llegó al túnel en un santiamén. Bond, sorprendido como pocas veces le había sucedido, empezó a correr todo lo que pudo, luchando contra la espesa corriente que le alcanzaba hasta las rodillas. El guardia le empezó a disparar, pero dada la escasa iluminación del lugar, así como la larga distancia que los separaba, erró todos y cada uno de los disparos. No obstante, Bond decidió doblar la siguiente esquina, aunque no formaba parte de su ruta de escape, porque veía que, de seguir a tiro, podría ser alcanzado con relativa facilidad.

Entretanto, en la sala de contadores, el agente traidor se había despertado. Unos segundos más tarde, se notó lo suficientemente consciente como para empezar a descender por la escalerilla y así perseguir a Bond. El ansia de venganza era lo que le estaba dando la fuerza necesaria para lograrlo. Poco a poco, escalón a escalón, se fue aproximando al túnel por el que, como sabía, 007 tenía previsto huir de la instalación. Lo que obviamente no sabía era que su rival había colocado un dispositivo que le haría explotar por los aires junto al conducto entero. “Genial, ya no me tendré que preocupar por más guardias”, pensó Bond al oír la explosión. En efecto, así era: no había ningún otro sitio para acceder al alcantarillado, al menos desde el interior del edificio. Por si fuera poco, el ruido del estallido también le sirvió para librarse del guardia que le perseguía, ya que este cometió el error de darse la vuelta para observar qué era lo que había sucedido. Bond aprovechó esa distracción para dispararle y acabar con su vida. Ahora sí que tenía vía libre para completar, de una vez por todas, aquella misión llena de imprevistos.

RELATO Nº 14

Agente doble

Era el tipo de misión que más odiaba Bond: la de convertirse en un agente doble, es decir, simular su desertión del Servicio Secreto de su Majestad para formar parte del bando enemigo. En ocasiones era la única manera de derrotarle. En otras, se hacía necesario por la inminencia de un ataque terrorista o similar. En cualquier caso, no le gustaba porque era muy probable que tuviera que matar a algún inocente para ganarse la confianza del oponente. Pero se alegraba de pensar en la suerte que había tenido, pues rara vez le habían encargado este tipo de operaciones. No cabía duda de que M quería que su mejor agente se sintiera a gusto, pero había situaciones en las que el primer Ministro tomaba cartas en el asunto y ahí el jefe de 007 no podía hacer más que acatar órdenes. Situaciones tan desesperadas como la que iba a afrontar en aquella ocasión: se debía infiltrar en un grupo terrorista que estaba preparando un ataque a gran escala contra Londres. Poco más se sabía acerca del atentado. La información de la que disponían tenía más que ver con cómo unirse a la banda criminal.

Tras superar no pocas pruebas –algunas de ellas tan peligrosas como pasar colgado de una cuerda por encima de un campo de minas y otras tan desafortunadas como matar a sangre fría a un enemigo de la banda–, Bond logró ganarse la confianza de su líder, cuyo nombre en clave era Triple W. Obtuvo tan buenas calificaciones que se ganó un puesto en la operación denominada “El Fin de los Tiempos” y cuyo objetivo era la capital inglesa. Justo lo que 007 necesitaba para descubrir los entresijos del atentado y planear su desarticulación.

Todo parecía ir sobre ruedas cuando un día, mientras dormía, le inyectaron un somnífero. Cuando despertó, se encontraba a los mandos de un Boeing 747 en pleno vuelo. Mejor dicho, esposado ante los mandos. Había recobrado la consciencia cuando Triple W en persona le había susurrado al oído: “Despierte, sr. Bond. Prepárese para su gran día: va a ser conocido como el artífice del mayor atentado terrorista de la historia de Londres.” Atónito ante aquellas palabras, el agente 007 enseguida vio a qué se refería: el avión se dirigía hacia el Big Ben. “De ahí lo de El Fin de los Tiempos”, pensó. Iba a destruir el monumento más representativo del Reino Unido. Debía impedirlo fuera como fuese, puesto que, además, le iban a culpabilizar de todo, manchando su brillante carrera... siempre y cuando logran identificar sus restos, claro.

“Disfrute del vuelo, sr. Bond”, fueron las últimas palabras de Triple W antes de saltar en paracaídas. 007 observó las coordenadas en las que se habían para saber cuál había sido su lugar de aterrizaje, pues, si salía de esa, lo primero que haría sería ir a por él. Pero ahora no debía pensar en eso sino en cómo iba a conseguir liberarse, ya que carecía de los ingeniosos artilugios de “Q”. Ni siquiera le habían dejado el reloj “Omega”. Puesto que habían usado esposas, la única solución pasaba por dislocarse los pulgares, un truco infalible pero costoso por el dolor que produce. Menos mal que Bond ya lo había hecho en tantas ocasiones que se podía decir que para él era casi como montar en bicicleta. Una vez dispuso de ambas manos, advirtió que la colisión con el Big Ben estaba realmente próxima. Tomó los mandos y ladeó el avión ante la mirada de cientos de personas que se habían detenido en las calles cercanas para observar, aterradas, la inminente catástrofe. Un halo de esperanza tornó sus rostros cuando vieron que el gigantesco vehículo estaba empezando a virar.

“Vamos, ¡vamos!” murmuraba Bond, preso de la tensión provocada por la cercanía del reloj. La lentitud que caracterizaba a los Boeing le hacía pensar que no lo iba a conseguir

por muy poco. Las agujas marcaban las 4:59. “La hora del té”, pensó lleno de furia. No cabía duda de que los terroristas habían elegido esa hora para la colisión que heriría a todo el país. Siempre que un inglés tomara té, recordaría el atentado.

“¡VAMOS!”, gritó mientras tiraba de los mandos todo lo más que podía. Parecía que lo iba a lograr. Tenía sus dudas acerca del ala derecho, pero por lo menos sabía a ciencia cierta que el avión en sí no atravesaría el más mítico de los símbolos anglosajones. La gente empezaba a suspirar de alivio cuando, en efecto, el extremo del ala derecho golpeó contra el lateral del reloj. Un pequeño trozo voló por encima del Parlamento mientras el Boeing temblaba ligeramente. Por fortuna, a Bond no le costó enderezar el aparato. Es más, consiguió virar 180o y poner rumbo a las coordenadas en las que Triple W había saltado en paracaídas. Luego redujo la velocidad al mínimo. Eso aumentaría las posibilidades de divisar al líder terrorista, aunque iba a resultar muy complicado, casi como buscar una aguja en un pajar.

La suerte le sonrió: era claramente visible en una lancha por el río Támesis. Su cara de asombro al ver al Boeing sobrevolándole era digna de ser fotografiada. Del inicial gesto de sorpresa pasó a uno de pura furia. El plan que con tanta precisión había calculado se había ido al traste por culpa de uno de sus elementos: el agente secreto 007, al que pretendía culpar del atentado con motivo de demostrar al mundo que incluso el más leal de los ingleses había traicionado a su decadente país, un país que debía ser cambiado según los designios de su organización criminal.

El problema que ahora tenía Bond es que estaba perdiendo altura. La maniobrabilidad tampoco era demasiado buena, así que debía efectuar cuanto antes un aterrizaje forzoso, pues existían posibilidades de que empezara a perder gasolina por el ala o, peor aún, que se incendiara su motor. Si a esto añadimos que no quería perder de vista a Triple W, la situación no podía ser más complicada.

Pero Bond siempre encontraba la solución en este tipo de situaciones límite. Lo que hizo fue dar un rodeo con el avión para situarlo justo en la dirección en la que se desplazaba su enemigo. Una vez hecho esto, empezó a bajar. Puso el piloto automático para siguiera esa trayectoria descendente, se dirigió a la puerta y cuando apenas quedaban cuatro o cinco metros de altura, saltó al agua del río. Triple W no salía de su asombro: ¡el Boeing le estaba pisando los talones! Además, no podía hacer otra cosa más que acelerar al máximo puesto que el vehículo ocupaba todo el ancho del río. Como era de esperar, tuvo que saltar de la lancha ante la imposibilidad de librarse de semejante embestida, pero eso no sirvió de mucho, ya que un instante después fue triturado por el reactor izquierdo al tiempo que su lancha explotaba en mil pedazos al verse arrollada por la gigantesca cabina del avión. Muchos metros más adelante, el aparato se detuvo, prácticamente en idéntico estado al que se encontraba cuando le pilotaba 007, a excepción de la cabina, que había quedado destrozada en gran medida por la colisión con la lancha. En cuestión de segundos, se hundió, aunque no del todo, dado que la profundidad del río en aquella zona era más bien escasa. Quedó visible la parte superior del armazón.

Entretanto, Bond nadaba hacia la orilla, sano y salvo y lleno de júbilo por haber logrado dos objetivos en la misma jugada: evitó el atentado y acabó con el líder de la organización terrorista. Apenas pisó tierra cuando un paisano corrió hacia él con cara de preocupación:

- ¿Se encuentra bien, amigo? He visto que su avión ha caído.
- Tranquilo, estoy bien. ¿Lo ve? Ni un rasguño.
- Pues entonces acompáñeme, tenemos que rescatar a los demás pasajeros.

- No, no se preocupe, iba yo solo. En el avión sólo encontrará... carne picada.- como de costumbre, Bond no pudo evitar soltar uno de sus habituales comentarios sarcásticos. El paisano, mucho más calmado, le invitó a una cerveza. 007 lo aceptó con gusto, como si de un Don Perignon se tratara. Además, aprovecharía para utilizar el teléfono del bar y comunicar a M su impresionante éxito.

RELATO N° 15

Imprevistos

Le perseguían. Había conseguido el disco, pero aún le quedaba huir de allí con vida, algo que en numerosas ocasiones se le complicaba. Siempre le resultaba más fácil entrar que salir. Ya era casi una costumbre que le ocurriese algún imprevisto de última hora que le obligara a escapar a gran velocidad mientras las balas silbaban a su alrededor. En aquella ocasión, sólo eran dos soldados. Podía haberse dado la vuelta y acabar con ellos, pero no era conveniente: a parte de que era de noche y la vegetación restaba visibilidad, habían dado la alarma, de modo que los refuerzos estarían en camino. Era preferible tratar de sacarles la máxima distancia y llegar así al punto de extracción, muy cercano por otro lado.

Cuando se estaba aproximando al lugar, hizo un último esfuerzo para hacer un sprint. De hecho, casi gastó más energía en esos últimos metros que en lo que llevaba de persecución. Finalmente, apuró hasta el borde el precipicio y saltó todo lo más que pudo para evitar posibles salientes rocosos.

Los soldados se quedaron tan atónitos que incluso perdieron algo de velocidad. No se explicaban cómo aquel tipo se había atrevido a saltar por aquel barranco directo a una muerte segura sobre una orilla llena de rocas. Pero entonces descubrieron que ocultaba un as en la manga, o mejor dicho, en el calzado: se asomaron en el momento en que sus botas emitieron un potente fogonazo, similar al de un jetpack, que propulsó al agente durante algo más de dos segundos, tiempo suficiente para alejarse de la barrera rocosa y caer, ileso, sobre las aguas.

Sin embargo, se alegraron al ver que no salía a la superficie. Habían pasado ya unos cuantos segundos y el agente no había dado señales de vida. Entonces oyeron el ruido de un motor. Su comandante estaba llegando al lugar en su jeep. Le informaron de que el enemigo había saltado y que parecía haber muerto en la caída. Pero el comandante, realmente cabreado por la infiltración de 007, optó por retroceder con su vehículo, acelerar al máximo y saltar con él por el precipicio. Otra forma de esquivar la aglomeración rocosa.

Una vez se sumergió, no tardó en vislumbar bajo las cristalinas aguas la presencia del agente, que se estaba colocando las aletas de un traje de buceo debidamente escondido en la zona. Era la última pieza que le faltaba por colocarse. Las gafas, las bombonas y el traje en sí ya los llevaba puestos. El comandante salió entonces a la superficie, tomó aire y buceó para enfrentarse a él, aunque fuera lo último que hiciera en su vida. Debía detener a aquel agente a toda costa. Si el disco que le había robado llegaba a manos del gobierno para el que trabajara, fuera cual fuera, toda su operación se vendría abajo y supondría una muerte segura a manos de su general. Prefería morir luchando contra aquel enemigo que en un paredón de fusilamiento. Su honor militar lo era todo para él.

La luz era más bien escasa, a excepción de la que emitía una linterna incorporada en las gafas de Bond. El inglés se había percatado del hundimiento del jeep, pero se confió y no pensó en que alguien se atreviera a enfrentarse a él sin un equipo de buceo: le daba demasiada ventaja. Así pues, el general aprovechó su exceso de confianza para quitarle la boquilla de respiración, la usó para recuperar el aliento e inmediatamente después le propinó un fuerte puñetazo a la altura del estómago. Bond quiso reaccionar, pero entonces el militar le arrebató las gafas, desconcentrándole por completo. En tan sólo dos movimientos el agente había perdido los dos elementos que le otorgaban una clara

ventaja sobre cualquier adversario. Había cometido un grave error, sin lugar a dudas, pero pensaba enmendarlo. Y no podía tardar demasiado: necesitaba oxígeno, necesitaba recuperar la boquilla de respiración.

Eso fue lo que intentó en un primer momento, pero el comandante se movía realmente bien en aquel entorno y no sólo se lo impidió sino que además le siguió golpeando. Debía haber sido entrenado en combate subacuático porque su destreza estaba fuera de toda duda. Tal es así que Bond se vio obligado a accionar las hélices que incluían las bombonas de oxígeno, añadidas, como de costumbre, por la sección Q. Ascendió a gran velocidad, consiguiendo que el comandante perdiera la boquilla de respiración, pero no fue lo suficiente como para que no le diera tiempo a agarrarle por el pie. El motor no tenía fuerza suficiente para arrastrar dos cuerpos, así que Bond le tuvo que apagar y volver a enfrentarse al militar. Aunque, claro está, primero se volvió a colocar la boquilla.

Si consiguiera zafarse del comandante aunque sólo fuera por un segundo, podría huir de él con facilidad por medio de sus aletas. Pero el insistente adversario continuaba agarrándole de la pierna y trataba de colocarse a su misma altura para proseguir con la lucha. 007 no tenía intención de volver a la pelea, así que trató de aguantar en esa situación hasta que su rival se ahogara. Este se estaba empezando a sumir en la desesperación. Tal es así que optó por sacar un puñal oculto en su bota derecha. Bond aprovechó aquel momento, en el que le estaba sujetando con una sola mano, para darle un aletazo en la cara con la otra pierna. Libre al fin de su captor, el inglés nadó lo más rápido que pudo. El comandante hizo lo mismo, pero dada la necesidad de oxígeno, no se puso a perseguir al intruso sino que ascendió hacia la superficie, muy a su pesar.

Cuando emergió, respiró a grandes bocanadas todo lo más rápido que pudo con motivo de volver a introducirse en las aguas en el menor período de tiempo posible y continuar su difícil y arriesgado enfrentamiento con el espía. Pero cuando lo hizo, este ya ni siquiera era visible: estaba alejándose a gran velocidad por medio de las hélices. El comandante regresó a la superficie enfurecido a más no poder. Sólo se alegró un poco al ver que dos de sus hombres se estaban aproximando por medio de una lancha provista de dos potentes focos. No tardaron en hallarle y, con él a bordo, poner rumbo en dirección a la que estaba siguiendo el enemigo, indicada debidamente por un radar térmico.

El plan que ordenó entonces el comandante consistía en adelantarle y, cuando estuviera más o menos debajo de su posición, lanzarle un par de granadas. Bond, entretanto, no podía hacer más que seguir avanzando, a la espera de lo que pudieran hacer los nuevos perseguidores. Estaba indefenso. Por una vez, el siempre ingenioso Q no había incluido ninguna arma a su equipo de buceo, dado que era de suponer que una vez bajo el agua no iban a surgir más problemas. Y es que la razón estaba en que se desconocía por completo que aquel regimiento dispusiera de medios marítimos. La lancha debía haber salido de algún tipo de cueva oculta cercana al precipicio desde el que efectuó el impresionante salto. "Otro imprevisto para la colección", pensó Bond disgustado.

007 estaba ya tan cerca que los soldados estaban a punto de quitar las anillas de sus respectivas granadas. Bond se temía lo peor al ver cómo le esperaban. Pensaba que de un momento a otro iba a aparecer de nuevo el comandante, esta vez ataviado con un par de bombonas de oxígeno. O peor aún, él junto a dos o tres submarinistas más. No podría salir ileso de aquello. Llevarían arpones casi con total seguridad. Pensó en cambiar el rumbo, dar la vuelta o al menos torcer en alguna dirección. Pero se había mentalizado a que en aquella ocasión no había más escapatoria que la muerte. Iba a ser su última misión.

Entonces sonó un estallido enorme. Procedía de la superficie. Algo había explotado muy cerca de la lancha. Tanto que era muy probable que hubiera alcanzado a su motor. Pocos segundos después, estalló en mil pedazos tras otra potente explosión: los soldados habían caído al suelo y uno de ellos con la anilla de la granada quitada.

Bond detuvo su avance y emergió por el simple hecho de satisfacer su curiosidad. La lancha se había convertido en una bola de fuego y un sinfín de pedazos flotaban en la superficie. Entre ellos se encontraba una gorra militar medio calcinada. No muy lejos de allí, quizá a tres o cuatro kilómetros de distancia, vislumbró una silueta que le resultaba familiar: era el submarino desde el que había iniciado la misión y al que debía acudir cuando hubiera cumplido la misma. Uno de sus misiles le había salvado la vida. Lo que le extrañó fue que los artilleros hubieran fallado a propósito, porque la lancha explotó algo después. El sofisticado vehículo era muy capaz de acertar a cualquier blanco estático, por muy lejos que se encontrara, así que supuso lo que más tarde le comentaría M en el despacho de la cubierta 05:

- No podíamos destruir la lancha. Hubiéramos dejado una huella y esta, como la mayoría, era una misión encubierta. Era inadmisibile, por mucho que usted se encontrara en grave peligro, 007.- hizo una breve pausa antes de continuar.- Por cierto, ¿ha traído el disco?

Por un momento, Bond pensó que le iba a preguntar si se encontraba bien, si le habían herido o, al menos, sobre qué tal le había ido. De nuevo, M le trató con su habitual desprecio, en parte provocado por la envidia que sentía hacia el agente secreto –que siempre cumplía con éxito sus arriesgadas misiones- y en parte por considerarle machista, algo que a M le irritaba especialmente.

- Sí, aquí le tiene.- le dijo mientras le sacaba del bolsillo hermético de su traje de buceo. Se trataba de otro invento de Q, pues le había incorporado la capacidad de poder adherirse a cualquier prenda, lo que permitió a Bond llevarle en el interior de su equipo de infiltración cuando saltó al agua sin temor a que se le mojara.- ¡Tenga cuidado!- le advirtió Bond cuando estaba a punto de entregárselo a M. La dirigente del MI6, sorprendida y un poco asustada, retrocedió en espera de una respuesta.- Puede que esté mojado.- 007 la hizo sonreír con aquella sencilla broma. Era la mayor recompensa que podía obtener de una de sus operaciones. Y con eso, y un par de días de vacaciones en alguna ciudad provista de casino y bellas mujeres, le bastaba.

RELATO Nº 16

Huída explosiva

Había logrado acceder al recinto tras la debida comprobación de su tarjeta identificatoria por parte del soldado de turno. Había entrado en el edificio mediante las huellas dactilares facilitadas por Q. Había introducido la contraseña necesaria para entrar en el almacén de armamento. Finalmente, había conseguido desbloquear la puerta que impedía la entrada a la sala de alta seguridad poseedora de armas químicas mediante el escaneo de la retina, una lentilla también fabricada por Q. Todo estaba saliendo tal y como se había planificado. Lo único que quedaba por hacer era colocar el explosivo oculto en su maletín para volar por los aires no sólo aquella estancia sino probablemente todo el piso y parte de los adyacentes.

Así lo hizo. Adhirió el paquete en el más recóndito de los lugares –entre dos cajas cualesquiera- y puso el temporizador a cinco minutos. Abandonó el habitáculo y fue retrocediendo sobre sus pasos en dirección a la salida del edificio. No tenía nada más que hacer allí, salvo alejarse antes de que se produjera la explosión.

El problema vino cuando se topó con un soldado que parecía conocerle muy bien, como si fueran amigos de toda la vida. Al menos eso fue lo que entendió Bond gracias a sus relativamente escasos conocimientos de danés. Habló un poco con él para disimular pero enseguida le comentó que tenía prisa, que tenía que marcharse urgentemente. El soldado le ofreció la mano para despedirse. Bond se percató de la suciedad que había en ella –parecía grasa de algún vehículo- pero no tuvo más remedio que apretársela. El soldado se dio cuenta entonces de que aquel tipo no era el coronel que conocía. Vestía igual y tenía un aspecto muy parecido al que recordaba cuando estuvo a sus órdenes hacía unos cuantos años, pero no hizo el gesto clave, el saludo de despedida que se hacían siempre. Para asegurarse de que estaba en lo cierto, el soldado le hizo una sencilla pregunta relativa a su pasado común: en qué cuartel se habían conocido. Evidentemente, 007 carecía de la respuesta, así que le propinó un fuerte derechazo directo a la mandíbula. Tal fue la potencia del golpe que el soldado cayó al suelo y quedó aturdido. Bond no disponía de tiempo para dejarle inconsciente del todo, así que echó a correr en dirección a la siguiente puerta, la anteúltima que le faltaba por atravesar para llegar a la de salida. Al igual que esta, requería huellas dactilares. Pero cuál fue su sorpresa cuando vio que una luz roja situada en el techo se encendió y una alarma comenzó a aullar por todo el edificio. Como había supuesto, el soldado le había manchado la mano de grasa lo suficiente como para que el escáner no reconociera las huellas y le impidiera el paso.

Sin pensarlo dos veces, retrocedió lo más rápido que pudo hasta llegar al soldado. El tiempo corría en su contra: un pelotón de compañeros de su aturdido “amigo” se estarían dirigiendo hacia allí y la bomba que había colocado estallaría en cuestión de 2 minutos y medio. Fue arrastrando al mecánico a lo largo de un par de pasillos hasta que llegó a la puerta. Cogió su brazo, posó su mano sobre el escáner –la limpia, obviamente- y la puerta se abrió. En ese momento, aparecieron por su espalda un grupo de cinco soldados. Le gritaron que se detuviera, pero Bond respondió con plomo, acabando con el líder y su compañero más cercano. Luego levantó el cuerpo del mecánico y le cargó sobre su espalda, haciendo de escudo para la inminente ráfaga de disparos. Notaba cómo la sangre salía a borbotones por cada una de las balas; menos mal que no era la suya porque hubiera muerto a los pocos segundos.

Tras unos cuantos metros en esa peligrosa situación, llegó al pasillo que conducía hasta la última puerta, la que comunicaba con el aparcamiento donde había dejado el jeep. Una

puerta que también requería huellas dactilares, de modo que tendría que acabar con sus tres perseguidores para poder usar la del cadáver que llevaba a cuestas. Así pues, en un momento dado, se giró, cogió de nuevo a su “escudo humano”, esta vez de cara a él, y con la otra mano disparó. En esta ocasión llevaba una Beretta, la que solía usar el coronel al que estaba reemplazando. Efectuó tres disparos más, con lo que acabó con otro soldado. Le quedaba una bala para dos objetivos. Quedaban 32 segundos para que su bomba hiciera pedazos toda esa zona, bien por el estallido en sí o bien porque el techo se derrumbara. Tenía que pensar algo rápidamente o sería su fin.

Se fijó entonces en la presencia de un extintor en una de las paredes, en una posición muy cercana a la de los militares. Le apuntó con cautela, apretó el gatillo y... ¡bingo! La explosión que provocó les dejó malheridos y generó un boquete en ese tabique. Ya no tenía obstáculo alguno para abrir la puerta de salida. Arrastró al despojo humano en que se había convertido el mecánico hasta la terminal del escáner, posó su mano limpia sobre la pantalla y... la puerta no se abrió. Volvió a intentarlo. Nada. Una vez más. Tampoco. El edificio había sido sellado para evitar que el intruso se escapara.

Bond no podía hacer más que rezar, pues en los 20 segundos que le quedaban, no le daba tiempo a retroceder hasta su bomba y cancelar su detonación. Entonces miró casualmente a través del agujero que había provocado la explosión del extintor y vio que en esa sala había una mesa de oficina. Corrió hacia ella, la elevó para hacerla pasar por el boquete, ya que no llegaba hasta el suelo por unos centímetros, y la arrastró por el pasillo a la mayor velocidad que le permitieron sus agotados músculos, situándola frente a la puerta de salida, que era de cristal blindado. La colocó de forma que la parte superior quedara frente al pasillo, mientras que las patas miraban hacia la puerta. Se introdujo en ese habitáculo y mantuvo la esperanza de que el grosor de la madera contuviera la devastadora onda expansiva y le protegiera. Si además con el impulso se fragmentara la puerta, podría escapar del edificio de una vez por todas. O al menos, acceder al aparcamiento. En caso contrario, tendría que pensar en un plan alternativo en una situación aún más delicada que la que acababa de superar hasta el momento.

Miró su reloj. Quedaban 3 segundos. Se encogió de forma que la cabeza quedara protegida con su cuerpo. La bomba explotó. Una ola de fuego arrasó los pasillos y estancias colindantes al almacén de las armas químicas. Un segundo estallido, provocado por la inflamación de dichas armas, causó un destrozo aún mayor. La onda expansiva lanzó la mesa, con 007 encogido sobre uno de los laterales, con una fuerza mayor aún de la que el agente esperaba. De hecho, rompió sin problemas la puerta de cristal y volvió al suelo ya en el aparcamiento tras pasar por encima de una hilera de dos docenas de escalones. Bond salió rodando del tremendo impulso y se golpeó contra la rueda de uno de los coches. Sin más que lamentar que un par de magulladuras, se levantó y echó a correr hacia su jeep con cierto mareo, tambaléandose y algo aturdido. El guardia que custodiaba el acceso al recinto, cuyas órdenes en caso de alarma consistían en impedir la salida de cualquier individuo, corrió en dirección al general con motivo de ayudarlo.

Bond se percató de que venía en su dirección cuando se disponía a poner en marcha el jeep. Le oyó gritar desde la distancia que si necesitaba ayuda en un primer momento, pero cuando se acercó algo más, desenfundó su ametralladora: se había dado cuenta de que no era el general porque no llevaba su gorra distintiva. Cuando le permitió el acceso al recinto se había fijado más que otra en la identificación. El rostro quedó parcialmente oculto tras la visera de la gorra. Ahora que le veía con toda claridad, no le cabía duda de que aquel era el intruso que había disparado la alarma.

Le instó a que detuviera el vehículo pero para entonces 007 ya estaba pisando a fondo en su dirección: iba directo a atropellarle. El soldado respondió con una ráfaga de disparos, pero a Bond le bastó con tumbarse lateralmente sobre el asiento del copiloto para evitarlos, sujetando el volante por su parte inferior. El guardia se concentró tanto en su tarea que a punto estuvo de ser atropellado. De hecho, tuvo que saltar y aún así el parachoques le golpeó una pierna, cayendo dolorido sobre el asfalto, de modo que lo único que pudo hacer fue observar cómo el agente inglés rompía la barrera de la entrada en mil pedazos y huía del lugar.

RELATO Nº 17

Cara a cara

Había luchado cuerpo a cuerpo en los sitios más variopintos, desde el techo de un teleférico hasta los pasillos colgantes de una antena parabólica, pasando por una estación submarina o la cola de un avión en pleno vuelo. Pero nunca lo había hecho en un tranvía. Se encontraba en la mítica ciudad norteamericana de San Francisco, famosa, entre otras cosas, por sus inclinadas y extensas cuestas por las que circulaban tanto automóviles como este tipo de transporte público a medio camino entre el autobús y el tren.

Había logrado infiltrarse en una peligrosa banda de mafiosos cuyo poder había alcanzado tal nivel que suponía una amenaza internacional. De hecho, se hizo necesaria la intervención de la CIA, pero fracasó en su intento de liquidarla, de modo que se vio obligada a pedir ayuda al Servicio Secreto Británico. 007 había sido elegido por el éxito que obtuvo en la operación personal que llevó a cabo contra una organización de estilo y envergadura similares: la liderada por el narcotraficante Sánchez.

Una vez se ganó la confianza del líder, un tal Max Dyath, aprovechó una reunión para colocar una grabadora MP3 bajo la mesa. Se excusó, abandonó la sala, montó en su Aston Martin DB5 y, utilizando un botón de su reloj Omega, activó la reproducción, en la que había grabado a varios de los miembros hablando sobre una conspiración cuyo objetivo era acabar con el liderazgo de Max. En realidad, Bond, debidamente disfrazado, les había obligado a leer unos textos la noche anterior bajo amenaza de muerte. Así, las palabras provocaron un enfrentamiento interno en la que los principales miembros de la banda acabaron muertos y el resto se dispersaron por las calles malheridos. Max, por su parte, había conseguido abandonar el edificio ileso gracias a que huyó por una salida oculta que sólo él conocía nada más comenzar el tiroteo. Sabía que aquello tenía que ser una trampa del recientemente incorporado James Bond, pero sus compañeros habían optado por desenfundar las armas antes que hablarlo tranquilamente. Así pues, se puso como objetivo ir a por él. Supuso que pondría rumbo al aeropuerto, por lo que tendría que pasar por la Skies Street, una de las pendientes de mayor inclinación de la ciudad.

En efecto, le vio bajando por la cuesta. Lo que hizo entonces fue esperarle hasta que llegara a su cruce para chocarle y detener su avance. Evidentemente, Bond no se lo esperaba y no pudo hacer nada para evitar tan traicionera embestida. De hecho, pensó que se trataba de un despiste por parte del otro conductor, por lo que se bajó del coche para preguntar por su estado. Cuando vio que era Max y que portaba una ametralladora, se agachó tras su abollado Aston Martin y desenfundó su Walther PPK, esperando que al gángster no le quedaran demasiadas balas tras el reciente tiroteo en su cuartel general.

Afortunadamente para el inglés, así fue, ya que tras un par de ráfagas se quedó sin munición. Bond, sin embargo, se había preocupado más por cubrirse, de modo que le quedaba una bala en la recámara. Max, que había estado muy pendiente de los disparos que efectuaba su adversario, lo sabía, por lo que huyó en dirección al tranvía que pasaba en ese momento en dirección ascendente. 007 trató de alcanzarle durante ese sprint, pero falló el tiro y se vio obligado a subirse al vehículo para comenzar un enfrentamiento cara a cara.

Los pasajeros, conductor incluido, no tardaron más que unos segundos en abandonar el transporte cuando la pelea dio comienzo. Los puñetazos se alternaban con las patadas, pero les resultaba algo complicado dada la inclinación del suelo, por lo que no tardaron en agarrarse y tratar de efectuar algún tipo de llave contra el rival. Aunque Bond tenía la

pendiente en su contra, logró, no sin esfuerzo, empujar a Max en dirección a la cabina. Esto provocó que el cuerpo de este chocara contra el panel de mandos, accionando la palanca que controlaba la aceleración hasta su potencia máxima. Poco después, el motor emitió una retahíla de extraños ruidos antes de detenerse, dejando al vehículo a merced de la gravedad.

Este cambio repentino de dirección hizo que los contrincantes cayeran rodando por el suelo hasta la parte trasera del tranvía, donde continuaron golpeándose sin piedad. La velocidad siguió aumentando cuando se aproximaron al primer cruce de caminos, un tramo que rompía con la monotonía de la cuesta, al menos durante una docena de metros. La suerte estuvo de su lado: el semáforo estaba en verde, de modo que continuaron con el descenso sin mayores problemas... salvo por el pequeño salto, de apenas unos centímetros, que llevó a cabo el vehículo cuando se deslizó a tan excesiva velocidad por el regreso a la pendiente. De seguir así, no sería de extrañar que descarrilara tras el siguiente cruce, localizado a unas pocas decenas de metros más abajo.

Pero eso no parecía importarles a ninguno de los dos. Estaban plenamente concentrados en machacar al rival, en utilizar toda su furia y su fuerza en golpear al oponente hasta dejarle k.o. La sangre se deslizaba por sus rostros, mezclándose con un espeso sudor fruto del terrible esfuerzo que estaban llevando a cabo. Parte del mismo venía dado por la dificultad de luchar en un pavimento inclinado.

Bond decidió apartar por un momento a Max para ponerse de pie y observar el cruce al que se dirigían. En el anterior habían tenido suerte, pero en este podrían descarrilar fácilmente, bien por la tremenda velocidad a la que se desplazaban o bien porque el semáforo estuviera en rojo y acabaran colisionando contra un conductor inocente. Sin pensarlo dos veces, pegó una fuerte patada a Max a la altura del estómago, impulsándole contra la parte trasera del vehículo. El líder mafioso cayó rodando, dándose un fuerte golpe contra ese lateral. Después, fue a la cabina y accionó los frenos de emergencia. Cuatro chorros de chispas surgieron al instante de las ruedas, regando las vías y el asfalto. La velocidad se vio reducida, aunque no demasiado. Los frenos apenas lograban contener el rápido avance del vehículo. Tal es así que uno de ellos no tardó en salir despedido de sus sujeciones. 007 le había intentado detener demasiado tarde.

Estaba claro que finalmente iban a acabar atravesando el cruce. A Max no parecía importarle lo más mínimo. Sólo miraba a Bond con esa mirada asesina propia de alguien que había perdido su negocio y se encontraba en unas condiciones físicas deplorables por su culpa. Entre sus ansias de venganza y el dolor que le había producido presenciar la muerte de sus compañeros de la banda, el gángster pensaba sólo y exclusivamente en matar a su enemigo. Así, aprovechó que el tranvía se deslizaba sobre llano por el cruce para abalanzarse sobre 007. El inglés, preparado para saltar si veía venir alguna colisión, no reaccionó a tiempo de defenderse, por lo que cayó al suelo con Max encima de él. Recibió unos cuantos puñetazos antes de que él pudiera devolver alguno. Se estaba empezando a encontrar bastante aturdido.

Entretanto, varios coches frenaban en seco para evitar chocarse contra el chispeante tranvía, que ya había perdido un segundo freno. Un Mercedes estuvo realmente cerca del desastre, pues su parachoques quedó a escasos centímetros del anuncio de cereales visible en uno de los lados del ferrocarril. Un Hyundai se vio obligado a girar, derrapando y chocando lateralmente contra un Jaguar. Afortunadamente, fue un golpe bastante leve que no afectó apenas a los aterrados conductores.

El tranvía volvió a despegarse de las vías cuando terminó de recorrer el cruce para dar paso de nuevo a la inclinación de la larga pendiente. Esta vez, puesto que iban aún más rápido que en la anterior ocasión, alcanzó más de un metro de altura. Bond y Max salieron despedidos por el interior del vehículo, golpeándose repetidas veces contra el suelo, las ventanas y las paredes del mismo. Un segundo después, la suerte volvió a estar de su parte: las ruedas volvieron a encajar en los raíles. Eso sí, la velocidad siguió aumentando, pues poco después se desencajaron los dos últimos frenos.

Max consiguió agarrar a Bond por el cuello y llevarle a donde quería: al borde de una de las entradas. Quería que su cabeza rozara el asfalto, pero lo que iba a conseguir de aguantarle en esa posición durante unos segundos más, sería que recibiera un peligroso golpe craneal contra la rueda trasera de un ciclista. Este descendía con toda tranquilidad, ajeno al vehículo que se le acercaba por la espalda a gran velocidad. La razón: no se había percatado porque estaba escuchando música con un reproductor MP3. Bond debía sacar fuerzas de donde parecía no haberlas para quitarse de encima a su feroz rival antes de que se produjera la inminente colisión, un golpe que probablemente le dejaría inconsciente, mientras que el ciclista tendría muchas probabilidades de caer en la trayectoria del tranvía y morir aplastado.

Bond consiguió entonces propinarle un rodillazo, lo que hizo que Max perdiera algo de su terrible fuerza con la que le estaba dejando sin respiración. Luego le golpeó ambos brazos con sus codos, liberándose justo a tiempo de esquivar la bicicleta. Aprovechó para dar un cabezazo al gángster y quitársele definitivamente de encima con un brusco empujón. Esto le permitió volver a ponerse en pie mientras su adversario se dolía de sus nuevas contusiones en el suelo.

Miró por el ventanal trasero, que en realidad estaba haciendo de frontal, y vio que la siguiente "parada", tras superar otro cruce, era el mar, ya que descarrilarían en la curva que llevaba al trayecto en paralelo al agua. Se alegró al ver que el semáforo pasaba de rojo a verde en ese momento. Así no tenía que preocuparse por una posible colisión con algún vehículo. El problema estaba en que iba a caer al mar tras un sinfín de vueltas de campana durante las cuales probablemente saldrían despedidos del vehículo por una de sus cuatro entradas, siempre abiertas para que cualquier transeúnte pudiera subirse en marcha.

Se dio la vuelta para volver a enfrentarse a Max, pero este se acababa de levantar, por lo que le propinó un fuerte puñetazo que le pilló por sorpresa. Luego trató de darle otro, pero esta vez Bond le detuvo. El gángster probó con una patada, pero su oponente se apartó en un movimiento ágil como pocos. Es más, le dio tiempo a cogerle la pierna e impulsarle en dirección a una de las entradas. Max se aferró al marco, evitando así caer. Pero no lo iba a tener fácil, pues Bond le seguía empujando y no andaba muy sobrado de fuerzas a aquellas alturas del enfretamiento. Se le ocurrió entonces aprovechar que su rival le estaba sujetando una pierna con ambas manos para atacarle con la otra, en una ofensiva de la que el inglés no pudo defenderse, recibiendo una potente patada en la sien. El impulso del golpe le lanzó bruscamente contra el cristal de la parte trasera. Mientras, Max recuperó la compostura, justo en el momento en el que el tranvía volvía a enderezarse: habían llegado al último cruce. Sólo faltaban unos pocos metros para la curva que les haría descarrilar, así que se situó de cara al exterior y se dispuso a saltar, pero Bond le agarró y le empujó hacia la parte central, haciéndole una zancadilla al mismo tiempo. Max se estampó contra el suelo mientras 007 saltaba y caía rodando sobre el asfalto. No recordaba haber dado tantísimas volteretas en toda su prolongada carrera. Su cuerpo se

llenó de magulladuras y rasponazos varios, pero se alegró de conservar la vida una vez más.

No fue así en el caso de su enemigo, que no tuvo tiempo de volver a ponerse en pie y abandonar el tranvía, de modo que se vio involucrado en una angustiosa vorágine de golpes contra la carrocería del vehículo. En una de las volteretas salió despedido por una de las entradas en dirección al mar. La mala suerte hizo que cayera con el estómago sobre la barandilla para que, justo después, fuera aplastado por el habitáculo rotatorio en que se había convertido el ferrocarril urbano. El descuartizado cuerpo cayó al mar junto al amasijo de hierros ante una incipiente multitud de transeúntes que no dejaban de preguntarse cómo podía haber ocurrido semejante tragedia.

Entretanto, Bond trataba de limpiar su arrugado y ensangrentado traje Armani utilizando su pañuelo de lino. Una vez que se vio algo más decente –dentro de lo que podría estarlo– y dijo a todo aquel que se preocupó por su estado que se encontraba bien, se dirigió a la cercana parada de taxi. “Al aeropuerto, gracias.” Después de la paliza que le había dado el mafioso, pasaba de volver a por su lujoso Aston Martin. Q le regañaría como de costumbre, pero siempre podía objetar que se le habían destrozado una vez más con algún tipo de artefacto explosivo, por ejemplo.

RELATO Nº 18

Por un susurro

007 se encontraba tumbado boca abajo sobre el techo de cemento de la jaula de los orangutanes a la hora prevista: veinte minutos antes del cierre del zoo. Como había descubierto 005, el traficante de armas Julio Hernández, acompañado de sus dos enormes guardaespaldas, se hallaba justo en frente de espaldas a él, observando el recinto de los tigres. Preparó el rifle de francotirador con mira telescópica y visión nocturna. Apuntó a los “gorilas” vestidos de traje y les disparó. Ninguno de los dos se inmutó en lo más mínimo. “Perfecto”, masculló Bond.

Bajó al suelo y caminó tranquilamente en dirección al criminal mejicano. “¡Hombre, Julio!”, le saludó en un tono de voz bastante alto, como si fuera un amigo de toda la vida. Los guardaespaldas se sobresaltaron ligeramente, precavidos. Su jefe se giró y miró a Bond con cara de extrañado. Entonces, el agente inglés sacó un mando con un botón rojo y le apretó sin dar más explicaciones y sin ofrecer la más mínima oportunidad de reacción. Los guardaespaldas se pusieron a temblar enérgicamente, como si tuvieran espasmos, hasta que 007 dejó de utilizar el mando. Se trataba de un nuevo invento de Q: cuando les disparó con el rifle de francotirador, lo hizo con dos cargas adhesivas capaces de emitir fuertes descargas eléctricas cada vez que fueran accionadas. Julio se quedó sin habla, presa del miedo. Como para no estar aterrado: se había quedado sin protección en apenas un segundo.

- ¿Qué es lo que quiere?- le preguntó con voz temblorosa.

- Que haga una visita a los tigres. Están muy aburridos, ¿sabe?- inmediatamente después, Bond le agarró, le empujó hacia atrás y le hizo pasar por encima de la barandilla que conducía al foso de los felinos. Estos no tardaron en acercarse al tipo que les podría servir de aperitivo antes de la cena. El mejicano apenas podía moverse. Probablemente se habría fracturado algún hueso de la columna vertebral tras la caída de más de 5 metros. Sólo el miedo a ser devorado le permitió continuar consciente, viendo así cómo una plaga de colmillos se disponían a arrebatarse la vida tras un sinfín de dolorosos mordiscos.

Entretanto, Bond reanimaba a los guardaespaldas con un par de pataditas. Les ayudó a limpiarse sus elegantes atuendos y les informó, con el mando en la mano, de que cualquier movimiento en falso que hicieran sería penalizado con una nueva descarga eléctrica, o incluso con un disparo a la cabeza por parte de un francotirador. Esto último era un farol, pero sabía que le creerían después de lo anteriormente acontecido. Se metió la mano con la que agarraba el mando en el bolsillo de la chaqueta y esperó.

Al cabo de un par de minutos, hizo acto de presencia otro individuo púlcramente vestido: el intermediario de la banda de “Los Camaleones”, con la que Julio tenía previsto hacer un trato de grandes dimensiones. Como era costumbre en ellos, sólo decían el lugar para llevar a cabo el negocio al líder del cliente en persona. En esta ocasión, Bond sabía que Julio no les había querido dar su fotografía, así que le bastó con acudir vestido con el mismo traje que él y estar acompañado por sus dos guardaespaldas. Se dieron un apretón de manos. El camaleón se acercó hasta su oído –otra de las prácticas habituales de la banda para evitar cualquier tipo de micrófono espía, cosa que le había obligado a 007 a estar donde estaba, prescindiendo de usar tal método- y le susurró: “Pasado mañana, Valle del Ángel Caído, 2 de la noche”. Después, se dio la vuelta y se fue por donde había venido.

- Misión cumplida.- les dijo Bond sonriente a los dos fornidos guardias poco antes de accionar el mando y electrocutarles por segunda vez. Ambos cayeron de nuevo al suelo.- Esa ha sido por pura diversión, no es nada personal.

007 volvió al techo de la jaula, guardó el rifle en un maletín tras haber desmontando sus componentes y se dirigió a la entrada del zoo en el momento en que se empezaba a informar a los visitantes de que fueran abandonando el recinto, pues se acercaba la hora de cierre.

- Perdone, - le dijo Bond al guardia de la puerta – creo que los tigres han cenado antes de tiempo.- el vigilante le miró extrañado, pero le respondió amablemente de que se lo comunicaría a sus cuidadores. En realidad, se lo tomó a broma, así que no se percató de a qué se refería hasta que a la mañana del día siguiente una niña profirió un ensordecedor grito al ver un par de zapatos sobre un charco de sangre en el foso de los felinos.

RELATO Nº 19

Objetivo: 007

Queremos al agente 007 en la esquina de Flowers Street con Arrow Avenue mañana al mediodía o volveremos a volar por los aires otro centro comercial. Y esta vez lo haremos cuando esté abierto, no de madrugada.- esta había sido la petición del grupo terrorista de reciente aparición conocido como F.I.B. (Fuerza Imperio Británico), cuyos ideales tenían que ver con la restauración del poderoso Imperio Británico que antaño había dominado medio mundo. Eso era lo único que estaba claro. La petición de James Bond como precio para evitar una masacre no tenía sentido alguno. No exigían dinero. No exigían la liberación de presos. Ni siquiera un cambio de política en el actual gobierno. Sólo pedían a un agente secreto, el mejor del MI6, por otra parte. Bond estaba extrañado tanto o más que M, pero, como de costumbre, no pudo evitar soltar un chistecillo: “Me halaga que me aprecien más que a una buena suma de dinero”. Su jefa le siguió la jerga.- “Hay locos en todas partes.”

No había otra alternativa: 007 debía acudir. Pero, eso sí, primero pasó por la Sección Q para que fuera equipado más que nunca. Los gadgets invadieron no sólo su reloj y su cinturón sino también sus zapatos, su chaqueta y hasta los botones de la camisa. Por supuesto, le ocultaron varios localizadores, incluyendo una pastilla similar a la que usó durante la “Operación Trueno”, cuyo funcionamiento se basaba en la energía nuclear, no en la electricidad, de modo que era indetectable salvo a ojos del MI6.

Llegó la hora acordada. Bond se encontraba en el lugar señalado. Pasó una furgoneta negra a gran velocidad. Sus dimensiones eran realmente amplias, ya que se podía estar de pie en su extensa parte trasera. Le habían quitado los asientos, dando lugar a un habitáculo en el que los terroristas obligaron a su rehén a deshacerse de su ropa. “Pues empezamos bien”, pensaba 007, que había perdido todo su arsenal en el primer movimiento de la arriesgada partida. Luego le recorrieron el cuerpo con un escáner de metales –que no dio ningún tipo de aviso-, le dieron otra ropa y le vendaron los ojos. En el exterior realizaron una curiosa maniobra de distracción por si algún miembro del MI6 se ponía a perseguirles: de varias bocacalles salieron nueve furgonetas del mismo modelo y color. Como si de un desfile se tratara, fueron juntas hacia la autopista tras cambiarse de posición y carril repetidas veces.

Finalmente, se dispersaron. Era del todo imposible haber seguido el rastro de la que llevaba a Bond... salvo si se atendía a la cápsula que albergaba su estómago.

Gracias a ese ingenioso invento de Q, las fuerzas especiales de la policía, algo así como los S.W.A.T. americanos o los G.E.O. españoles, acudieron al rescate en menos de una hora. Rodearon la cabaña en la que se habían alojado los terroristas. No tenían posibilidad alguna de escapar de allí. El líder del grupo de ataque pegó una fuerte patada en la puerta y... toda la cabaña estalló en mil y un pedazos. Todo apuntaba a que los terroristas se habían suicidado, acabando con la vida de Bond y varios de los agentes de policía.

En realidad, 007 se encontraba en un chalet a muchos kilómetros de allí. La razón por la que el MI6 no había detectado la pastilla oculta en su estómago era que le habían obligado a vomitar. Luego la habían cogido y se la habían pasado al conductor de otra furgoneta mientras se adelantaban unos a otros. Por alguna razón que aún desconocía, sus secuestradores conocían el modus operandi del Servicio Secreto Británico. Sólo podía haber una respuesta a esta incógnita: uno de los miembros del F.I.B. había sido

agente 00. Más concretamente uno que tenía especial interés en Bond, bien porque le quería ver trabajando para su causa o bien para vengarse de él por alguna razón.

- Hola, James, ¿te acuerdas de mí? – le saludó Travis Falk, el que fuera su compañero 002, cuando entró en la habitación en la que habían atado a Bond.

“Oh, no, otra vez no”, pensaba para sí. Se iba a tener que enfrentar por segunda vez a un antiguo amigo, como ya le sucedió con Alec Trevelyan en la misión “Goldeneye”. Su gesto al verle indicaba bien a las claras que era el tipo de enemigo que menos le gustaba afrontar porque, como había ocurrido hasta ese momento, siempre se le adelantaba, siempre parecía saber cuál iba a ser su siguiente movimiento. Tal es así que incluso había eliminado cualquier posibilidad de que le fueran a rescatar: todo el MI6 pensaba que había muerto en la explosión de la cabaña. Tardarían días, seguramente semanas, en dictaminar que Bond no estaba en su interior. “Para entonces”, pensaba 007, “ya estaré muerto de verdad”.

- ¿Qué tal, Travis? ¿Orgulloso de ser el nuevo Alec Trevelyan?

- De momento, no, pero cuando logre mis objetivos, lo estaré, y con creces. Mi plan es mucho más ambicioso que el de ese vulgar ladrón.- le brillaban los ojos con tan sólo pensar en un futuro mejor para la decadente Inglaterra, uno en el que él sería el principal artífice y en el que obtendría un poder sin límites y un hueco en los libros de Historia.- Me gustaría que formaras parte de mi organización. Me serías de gran utilidad y serías generosamente recompensado, nada que ver con las llamadas telefónicas de agradecimiento del Primer Ministro. Incluso te dejaría elegir el ministerio que más te guste.

- Ni lo sueñes, Travis, ya sabes que yo sólo soy leal a su Majestad.

- Me imaginaba que dirías eso, pero tal vez consiga hacerte cambiar de opinión con este vídeo.- el ex-agente 002 encendió el televisor de la habitación e insertó un DVD en su reproductor. Lo que Bond vio en las imágenes le dejó sin respiración: un grupo formado por las últimas diez, tal vez doce, mujeres con las que había compartido aventuras y sábanas. Christmas, Jinx, Wai Ling, Natalya... eran algunas de ellas.- O colaboras con mis propósitos o todas ellas morirán. Si no aceptas antes de diez minutos, mataré a una. A los veinte, dos. Una por una. Cada diez minutos. Podrás verlo en este mismo televisor gracias a una videocámara que he instalado en la habitación en la que están encerradas. Cuando no puedas soportarlo más, grita y te encomendaré tu primera misión a mis órdenes.- se giró y se dispuso a marcharse, pero antes de abrir la puerta, se dio la vuelta de nuevo.- ¿Quién lo iba a decir, eh, James? Un 00 dando órdenes a otro 00, jajajaja.

La puerta se cerró. Quedaban menos de diez minutos para la primera ejecución y no tenía ni la más remota idea de cómo salir de aquel embrollo. Rendirse y trabajar para Travis parecía la única solución. Carecía de gadgets. Estaba atado a una silla. Nadie podía ayudarle porque todos pensaban que había muerto. Si en el supuesto caso que consiguiera salir de aquella sala, una docena de mujeres a las que había amado perderían la vida. Era del todo imposible hallar una salida para esa encerrona. Se había encontrado en multitud de situaciones difíciles, pero aquella parecía superar a todas ellas con creces.

Agotó algunos minutos más dándole vueltas al asunto. Se concentró al máximo, pensando en todas y cada una de las posibles soluciones. Tal fue su nivel de concentración que perdió la cuenta del tiempo. Habían pasado diez minutos. Vio entonces

en la pantalla a un tipo armado con una ametralladora AK-47 entrando en la habitación de las chicas. Todas estaban atadas a sillas tal y como lo estaba Bond. El guardia dudó por un momento quién iba a ser la desafortunada que moriría en primer lugar y, al cabo de unos segundos, caminó en dirección a Wai Ling, la brillante agente china que ayudó a 007 en su misión contra Elliot Carver. Se situó a menos de un metro de ella y apuntó a su cabeza. En ese momento, la mujer efectuó un movimiento veloz como pocos, arrebatándole el arma al guardia con una mano que misteriosamente había conseguido liberarse. Luego le golpeó con la culata de la misma en la cara, la lanzó al aire para darla la vuelta y le disparó sin pensarlo un instante. El criminal cayó sin vida al suelo, pues le había acertado a la altura del corazón.

Bond se alegró enormemente al ver a la espía en acción, pero temía que la cámara con la que la estaba observando estuviera siendo vigilada por alguna otra persona. Viendo que pasaban los segundos y que nadie más acudía al habitáculo, supuso que, afortunadamente, sólo él había presenciado el imprevisto. Luego descubrió cómo Wai Ling se había deshecho de la cuerda que le había mantenido inmovilizada una de sus muñecas cuando hizo lo mismo con el resto de ataduras: sus uñas eran en realidad un gadget capaz de cortar. Así fue liberando a sus compañeras.

El siguiente paso que dio Wai Ling fue ordenar a las demás que la esperasen allí para no levantar sospechas. Entretanto, ella buscaría la salida más cercana, para lo cual se disfrazó del guardia que acababa de matar. No le serviría de mucho en distancias cortas, pero siempre era mejor que ir con su propia ropa. Además, era la mejor forma de llevar sus pertenencias: munición, un puñal, una pistola, un walkie-talkie... Las prometió regresar con prontitud y se fue, no sin antes entreabrir la puerta para comprobar que no había nadie en el exterior.

Subió por unas escaleras de madera que daban a un jardín. Se encontraban en el sótano de un chalet. Se acercó a la pared más cercana del edificio y observó a varios secuestradores por una de las ventanas. Pasó de cuclillas por debajo del alféizar y se dirigió hacia la puerta de entrada trasera, que daba a una cocina. Comprobó que no había nadie y entró con el mayor sigilo del que era capaz. Entonces alguien entró desde una de las dos puertas de la habitación. Se agachó y se ocultó tras la encimera central. El terrorista pasó por delante y, justo en el momento en el que se disponía a salir por la otra puerta, Wai Ling le agarró por el cuello y le puso la ametralladora a la altura de la sien.

- Si me dices lo que necesito saber, quizá te deje con vida.- le susurró al oído en tono amenazante. El secuestrador, aún con el susto en el cuerpo, ni siquiera asintió con la cabeza, pero la espía sabía que le iba a obedecer.- ¿Dónde está tu jefe?

- En el salón.- respondió con voz nerviosa señalando la puerta hacia la que se dirigía. Sin pensarlo dos veces, Wai Ling la dio una fuerte patada y llevó a su rehén cogido del cuello hacia su interior. Mientras avanzaba, emitió una ráfaga hacia los objetivos que allí divisó, acabando tanto con el líder –fuese quien fuese- como con dos de sus secuaces.

Los refuerzos no tardaron en llegar, pero Wai Ling acabó con todos ellos sin mayores dificultades porque les llevaba una clara ventaja: disponía de un escudo humano que le protegió de varias balas que de otra forma la hubieron dejado malherida o muerta. Tras los tiroteos, comprobó que el piso se había quedado vacío. Luego soltó el pesado cadáver con el que había estado cargado –perdió la vida en el primero de los enfrentamientos- y se dirigió al segundo y último piso. Allí encontró a Bond, atado a una silla y viendo la televisión.

- ¿Echan algo interesante?- le preguntó Wai Ling imitando el humor característico del inglés.

- Ya lo creo: no hay anuncios y todos los concursantes son mujeres.- le respondió 007 sonriente.

Soltaron una leve carcajada y la agente china se dispuso a desatarle, de nuevo usando sus útiles uñas. No tuvieron tiempo ni para iniciar una conversación, ya que el que fuera agente 002 irrumpió en la habitación y disparó a Wai Ling con una pistola. El británico debía haberse escondido en algún recóndito rincón porque la espía había garantizado la ausencia de más enemigos en la casa. Dado que estaba de espaldas a Travie y en frente de Bond, le perforó por la espalda, cerca del hombro, y cayó sobre el inglés, aún sentado y con los pies atados. Lo que hizo entonces 007 fue coger el puñal que llevaba su compañera en el cinturón, la empujó hacia su costado derecho, tirándola al suelo, y se le lanzó a Travis en un movimiento muy rápido y efectivo, pues le acertó en el cuello. No obstante, al líder terrorista le quedó un último suspiro de vida que aprovechó para volver a levantar el brazo y apuntar a Bond con su Beretta. El espía, una vez más, hizo buen uso de sus envidiables reflejos y se impulsó con los pies hacia atrás, haciendo que su silla se inclinara y cayera al suelo de espaldas. Gracias a esta maniobra, esquivó la bala que disparó su enemigo y que se hubiera introducido, casi con toda probabilidad, en su cabeza. Inmediatamente después, se desató los pies lo más rápido que pudo y se acercó a Wai Ling para ver qué tal se encontraba.

- No es grave.- le aseguraba la bella agente.- He salido de situaciones peores.

En efecto, tenía razón, pues su recuperación fue positiva desde el primer momento una vez la hospitalizaron. Entretanto, Bond disfrutaba de una suntuosa cena con sus once últimas conquistas. Había que celebrar por todo lo alto que habían sobrevivido a una situación poco menos que imposible. Y todo gracias a la increíble destreza de la que probablemente fuera la mejor espía del Servicio Secreto Chino: Wai Ling. 007 admitió que en aquella ocasión no hubiera sido capaz de salvarlas como ya lo había hecho en sus pasados encuentros.

RELATO N° 20

Francotirador aéreo

Aunque pareciera lo contrario, en aquella ocasión el agente 007 no estaba de vacaciones. Por mucho que estuviera en una playa del Caribe atado a una lancha y ataviado con unos esquis y un parapente, tenía una misión por cumplir: debía liquidar a un importante traficante de armas. ¿Y qué forma podría haber más encubierta que hacerlo durante un apacible vuelo mientras se desplazaba por encima de las palmeras? Además, era la única manera en que podía tenerle a tiro, ya que Balthza prescindía de salir de la finca de su lujosa mansión siempre que acudía a la isla debido al temor que le suscitaba una banda rival que se hacían llamar los Hyrios.

En cuestión de segundos, Bond se encontraba a unos veinte metros de altura. Esa era la única cosa que podía alertar sobre sus verdaderas intenciones, ya que un turista en ningún caso superaba los ocho o diez metros. Pero si quería tener un ángulo perfecto, esquivando todo tipo de vegetación, debía permanecer a esa altitud.

Aprovechó el tiempo que tardó el piloto de la lancha en situarla en una dirección perpendicular a la costa y en línea recta con las coordenadas del GPS que le indicaban donde se hallaba la mansión para preparar su rifle de francotirador. No había mucho viento, así que las condiciones eran bastante favorables. Sin embargo, la dificultad del disparo estaba fuera de toda duda, ya que rara vez se utilizaba un arma así en movimiento.

Llegado el momento, divisó el objetivo. Relajó el pulso y trató de mantenerle en la mira durante unos segundos para asegurarse de que cuando efectuara el disparo, la bala finalizara su trayecto en lo más profundo del cráneo del objetivo. Balthza se encontraba tomando el sol en una tumbona, de modo que, en lo que a la diana se refería, lo tenía muy fácil.

Se disponía a apretar el gatillo cuando, de repente, algo alarmó al traficante. Los guardias le informaron de algo. Bond empezó a ver a una banda de tipos armados hasta los dientes en las inmediaciones de la finca, tratando de escalar sus altas murallas. Por las vestimentas que portaban, no había duda de que se trataba de un ataque de los Hyrios. “¡Maldita sea, justo ahora!”, pensó Bond, enfadado a más no poder.

A pesar del imprevisto, decidió continuar con la misión. Le comunicó al piloto de la lancha por walkie-talkie que fijara el rumbo y la abandonara. Quería disponer de algo más de tiempo, aunque eso conllevara que el vehículo acabara saliendo a la playa a toda velocidad y finalmente se chocara, casi con toda probabilidad, con algunas de las abundantes palmeras. El piloto dejó de rechistar y obedeció la orden cuando Bond le ofreció una cuantiosa suma por el bote. Terminada la discusión, el agente inglés volvió a poner el ojo en la mira telescópica. Afortunadamente, Balthza tenía fama de no acobardarse ante nadie, de modo que, en vez de ocultarse en algún rincón de la casa, se puso en una ventana a disparar contra los atacantes como si fuera uno de sus súbditos. Era algo que le había hecho merecer el respeto de otras bandas y, sobre todo, de sus aliados.

Aquella cualidad le iba a permitir a Bond alcanzarle con su disparo. Al menos, esa era su esperanza. El problema estaba en que el criminal no paraba quieto: disparaba y se ocultaba constantemente, como era lógico. Por si fuera poco, la lancha se estaba aproximando a la orilla. Le debían quedar unos pocos segundos para que colisionara contra la arena dura y pasara a la blanda con un brusco salto. Menos mal que en aquella

diminuta playa no había bañistas porque en caso contrario más de uno hubiera corrido el riesgo de ser atropellado por la potente embarcación, que debía mantener una velocidad elevada para que 007 continuara estando a la misma altitud.

El inglés logró mantener el pulso y disparó justo cuando su objetivo se asomaba por la ventana. Desgraciadamente, la bala no le alcanzó, sino que produjo otro orificio más en la agujereada fachada de la mansión, llena de plomo procedente de las ametralladoras de los Hyrios. Volvió a intentarlo instantes después, sin casi tiempo de concentrarse, preso de la desesperación de ver cómo su bote se encontraba a escasos metros de la orilla. De nuevo, falló. “A la tercera va la vencida”, pensó, pero el tercer proyectil tampoco dio en el blanco. La lancha pasó entonces a la arena y siguió deslizándose tierra adentro, perdiendo velocidad rápidamente. “Ahora o nunca”, murmuró justo antes de efectuar el cuarto con el que sí le alcanzó, aunque no en la cabeza sino en el cuello. La diferencia estuvo en que tardó un par de segundos en morir, durante los cuales Bond temió haber fracasado.

Pero la operación no terminó ahí, ya que la banda de Balthza se percató de que había sido él, y no los Hyrios, quien había acabado con su líder, debido a que cuando efectuó el tiro, estos se encontraban huyendo del lugar, incapaces de hacerse con la mansión. Así pues, empezaron a disparar al parapente, agujereándole por doquier y, en consecuencia, iniciando un descenso cada vez más brusco. 007 lo único que podía hacer era dirigirle y esperar que no se rasgara.

Bond demostró de nuevo su habilidad cuando logró poner rumbo al aparcamiento donde había dejado su Jaguar descapotable, esquivando, además, las numerosas palmeras de la zona al seguir la dirección de la carretera. A esa altura ya no le preocupaban los disparos:

era imposible acertarle entre tanta vegetación. Lo que sí le inquietaba era caer en mitad del asfalto en el mismo momento en que estuviera pasando un vehículo.

Le quedaban pocos metros para llegar, pero también poca altura. Tan poca que apenas alcanzaba los 4 metros, y seguía descendiendo. Lo veía difícil, pero, como era costumbre en él, no se rindió, y continuó dirigiendo el parapente lo mejor que pudo. Una corriente de aire le permitió subir algo, lo justo para que no tuviera que doblar las piernas cada vez que pasara una caravana o camión. Llegó entonces al aparcamiento y realizó el aterrizaje justo sobre el asiento de su coche. Cambió el arnés del parapente por el cinturón e hizo las maniobras necesarias para abandonar el lugar lo más rápido posible.

La alegría se había adueñado de su persona por haber cumplido al fin la misión cuando vio en la distancia a varios jeeps conduciendo a gran velocidad por el carril contrario: eran los miembros de la banda de Balthza. Sin pensarlo dos veces, realizó un derrape de 180º y regresó al aparcamiento. No había ninguna otra carretera para salir de él que la que estaba siguiendo, pero era mejor que enfrentarse cara a cara contra toda una banda armada.

Entonces le vino a la mente uno de los gadgets que disponía el Jaguar. Q ya había logrado algo parecido con la góndola que empleó en Venecia durante su misión “Moonraker”, pero nunca se había probado en un coche. Aquella ocasión le venía ni que pintada para comprobar si funcionaba correctamente. Así pues, se dirigió a toda velocidad hacia la barandilla frontal del aparcamiento, cuyo destino era una caída de una docena de metros hacia el mar. Tal era la rapidez con la que la embistió que no tuvo problema alguno en despedazarla e iniciar la caída. Justo después, pulsó un botón del cuadro de mandos y

un bote hinchable surgió de los bajos del automóvil. Se hinchó en apenas 2 segundos, tal y como le había prometido Q, por lo que no se hundió en el agua sino que flotó. El siguiente paso consistió en activar la propulsión trasera. La matrícula giró y aparecieron dos toberas que emitieron sendas llamaradas. El Jaguar surcó los mares como si de una fueraborda se tratara.

Los traficantes, alucinados como nunca en su vida lo habían estado, ni siquiera intentaron dispararle, dada la distancia que les sacó en apenas unos segundos. Se enfurecieron enormemente, fruto de la impotencia provocada no sólo por el hecho de que el asesino se les escapara de entre las manos cuando pensaban que le tenían completamente a su merced en el aparcamiento, sino por no haber podido impedir la muerte de su líder a pesar de haber luchado con todas sus fuerzas contra los Hyrios, quienes, además, habían conseguido su objetivo gracias al habilidoso francotirador aéreo.

* * *

Esta novela se empezó a escribir a principios de noviembre de 2007 y se dio por concluida a finales de noviembre de 2008. La presente edición fue impresa a principios de 2016.

Las películas de la serie James Bond son producidas por EON Productions LTD y son copyright de United Artists Corporation y Danjaq LLC, y son distribuidas por Sony Pictures Entertainment. Las novelas de la serie James Bond son copyright de Ian Fleming (Glidrose) Publications Ltd. © 1961-2015 Danjaq LLC y United Artists Corporation. Todos los derechos reservados.

Todo el material publicado no está cubierto por los copyrights y marcas aquí listados ni el contenido de esta publicación tiene copyright de sus propietarios o autores originales.

* * *